



AVISO LEGAL  
REVISTA

Título: *Cuadernos Americanos*, marzo-abril de 1948 núm: 2 vol: XXXVIII

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510  
Ciudad de México, México.  
<https://cialc.unam.mx>  
En caso de un uso distinto contactar a: [cialc-sibiunam@dgb.unam.mx](mailto:cialc-sibiunam@dgb.unam.mx)

Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

*CUADERNOS*

**AMERICANOS**

MEXICO

**2**

**CUADERNOS**  
**AMERICANOS**  
(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)  
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala No 42  
Apartado Postal 965  
Teléfono 12-31-48

DIRECTOR-GERENTE  
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO  
JUAN LARREA

AÑO VII

**2**

MARZO - ABRIL  
1948

INDICE  
Pág. IX

**FE EN  
MEXICO**

**LA PATRIA  
NECESITA  
TU ESFUERZO**



**CAMPAÑA DE RECUPERACION ECONOMICA DE MEXICO**



Los CERTIFICADOS DE PARTICIPACION de la NACIONAL FINANCIERA, S. A., son inversiones que contribuyen a la industrialización de México y que, entre otras ventajas, ofrecen a sus tenedores las siguientes:

- FACIL NEGOCIABILIDAD.
- AMPLIAS GARANTIAS,
- RENDIMIENTOS SATISFATORIOS.
- SEGURIDAD EXTRAORDINARIA Y
- MAXIMA ESTABILIDAD.

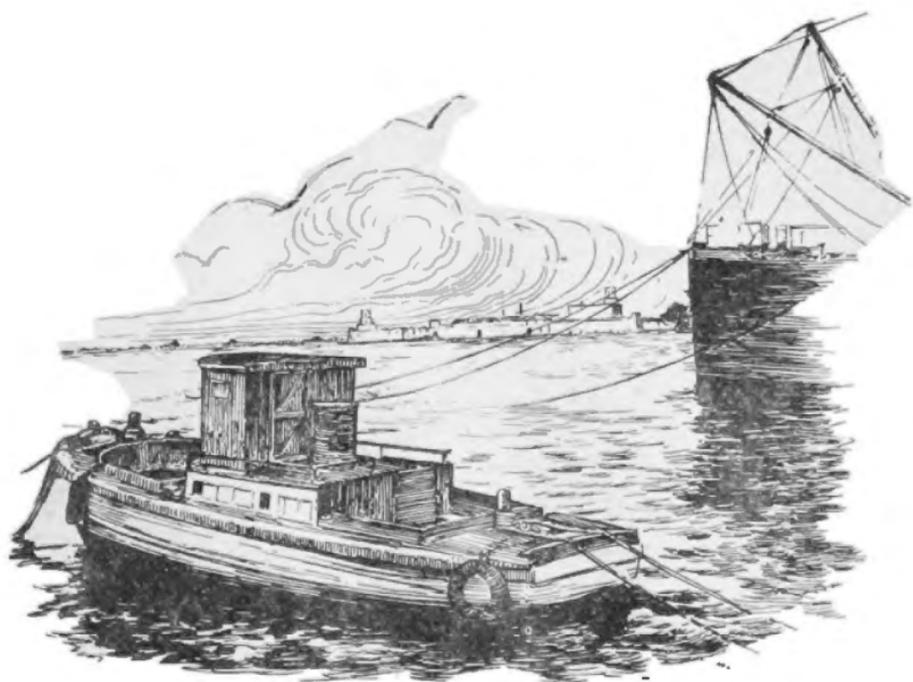
# NACIONAL FINANCIERA, S. A.

GERENCIA DE VALORES

VENUSTIANO CARRANZA ORIENTE 4 No. 853

APARTADO No. 353

MEXICO, D. F.



## *Viaje a Veracruz*

UTILIZANDO los servicios del Ferrocarril Inter-oceánico [vía Jalapa], pues haciéndolo, encontrará usted las mejores comodidades. - Coches pullman en los trenes nocturnos y coches comedores en los trenes diurnos. - Además, de día, contemplará usted paisajes incomparables que hacen del Interoceánico una línea de singular encanto para el viajero.

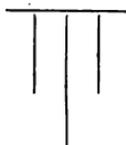
**FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO**

---

---

## *Acostumbre usted*

beber cerveza después del trabajo o del deporte. Precisa renovar las energías gastadas con un vaso de cerveza; bebida que, además de ser siempre agradable y refrescante es esencialmente nutritiva.



ASOCIACION NACIONAL DE  
FABRICANTES DE CERVEZA

# Distinción

BELMONT con su fina  
mixtura de tabacos Virginia  
Burley y Turco, va de acuer-  
do con el gusto más exigente



COMPARE CALIDAD...Y PRECIO!

La pausa que refresca



## Libros sobre la Historia de México

<b>La Civilización Maya.</b> Por S. G. Morley. ....	\$ 44.00
<b>Popol Vuh.</b> Las antiguas historias del Quiché. Edición de Adrián Beanos. ....	\$ 12.00
<b>Diálogo Sobre la Historia de la Pintura en México.</b> Por J. B. Coulo. ....	\$ 14.00
<b>Sellos del Antiguo México.</b> Por J. Enciso. ....	\$ 53.00
<b>Vigésimo séptimo Congreso Internacional de Americanistas.</b> Actas de la primera sesión celebrada en la Ciudad de México en 1939. Vol. II. ....	\$100.00
<b>Historia Tolteca Chichimeca.</b> Anales de Quauhtinchan. Versión preparada y anotada por Heinrich Berlin en colaboración con Silvia Rendón. Prólogo por Paul Kirchhoff. Con láminas. \$	35.00
<b>Ensayo bio-bibliográfico sobre Fray Alonso de la Vera Cruz.</b> Por Amancio Bolaño e Isla. ....	\$ 25.00
<b>Coahuila y Texas en la Época Colonial.</b> Por Vito Alessio Robles. ....	\$ 20.00
<b>Coahuila y Texas. Desde la consumación de la Independencia hasta el Tratado de Paz de Guadalupe Hidalgo.</b> Dos tomos. Por Vito Alessio Robles. ....	\$ 30.00
<b>La primera imprenta en las Provincias Internas de Oriente: Texas, Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila.</b> Con facsimiles. Por Vito Alessio Robles. ....	\$ 5.00
<b>Monterrey en la historia y en la leyenda.</b> Por V. Alessio Robles. ....	\$ 5.00
<b>Técnicas de Investigación en la Historia del Derecho Indiano.</b> Por R. Altamira. ....	\$ 2.00
<b>Noticias de la Península Americana de California.</b> Por J. J. Baegert. ....	\$ 20.00
<b>Don Fray Juan de Zumárraga, Primer Obispo y Arzobispo de México.</b> Documentos publicados con introducción y notas por A. M. Carreño. ....	\$ 5.00
<b>La Sociedad de Zentecua en los Albores del Régimen Colonial.</b> Actuación de los principales fundadores y primeros funcionarios públicos de la Ciudad. Por J. I. Dávila Garibol. ....	\$ 6.00
<b>La Obra de los Jesuitas Mexicanos durante la Época Colonial.</b> Dos tomos. Por el P. Gerard Decorme. ....	\$ 40.00
<b>Documentos inéditos referentes al Ilmo. Sr. Don Vasco de Quiroga.</b> Recopilados por el Dr. Nicolás León y publicados por J. M. Quintana. ....	\$ 5.00
<b>Documentos inéditos para la Historia de Tampico.</b> Siglos XVI y XVII. Recopilados por Joaquín Meade. ....	\$ 1.50
<b>Epistolario de Nueva España, 1505-1818.</b> Documentos recopilados en el Archivo de Indias de Sevilla. (Referentes en su mayoría al Siglo XVI). Por Francisco del Paso y Troncoso. Diez y seis tomos. ....	\$300.00
<b>El Arte Moderno en México.</b> Breve historia. Siglos XIX y XX. Por Justino Fernández. Prólogo de M. Toussaint. Ilustrado. \$	20.00
<b>La vida económica y social de Nueva España al finalizar el siglo XVI.</b> Por Gonzalo Gómez de Cervantes. (Documento del Siglo XVI) ....	\$ 15.00
<b>Prehistoria de México.</b> Por F. Plancarte y Navarrete. ....	\$ 15.00
<b>Fray Margil de Jesús, Apóstol de América.</b> Por E. E. Ríos. ....	\$ 10.00
<b>Hernán Cortés.</b> Sus hijos y sus nietos, caballeros de las Ordenes Militares. Por Manuel Romero de Terreros. ....	\$ 3.50
<b>Los Retratos de Hernán Cortés.</b> Por Manuel Romero de Terreros. ....	\$ 10.00

DE VENTA EN LA

**ANTIGUA LIBRERÍA ROBREDO**

Esq. Guatemala y Argentina

México, D. F.

# TIERRA FIRME

La realidad de América en la más espléndida colección de libros editada en el Continente

## TIERRA FIRME

*Una editorial mexicana que ha dado un tono distinto, digno, particular, a la producción de libros en habla castellana—el Fondo de Cultura Económica—ha lanzado una iniciativa trascendental para la vida intelectual de los países de nuestro continente.*

*Los nombres más esclarecidos de las letras de nuestro tiempo figuran en la lista de los colaboradores comprometidos a apoyar con su propia obra esta iniciativa, cumplida con el propósito de darle a nuestra cultura un material informativo de que carece, para que nos acerquemos por las vías anchas del conocimiento de nuestra realidad auténtica.*

"ARGENTINA LIBRE".

Buenos Aires  
Argentina.

## CUATRÓ ULTIMOS TITULOS

**34** LA NOVELA ECUATORIANA, por *Angel F. Rojas*. Dls. 1.25, \$6.00.

Un estudio a fondo que explica y deslinda las razones por las cuales la novela ecuatoriana ha alcanzado la significación continental que tiene en nuestros días.

**35** LA FILOSOFIA EN CUBA, por *Mardo Vitier*. Dls. 1.25, \$6.00.

Un profundo estudio del movimiento filosófico cubano desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días. Vitier presenta todos los aspectos relacionados con tal movimiento: inquietudes, polémicas, libros y revistas, etc.

**36** LA PINTURA EN COLOMBIA, por *Gabriel Giraldo Jaramillo*. Con 49 reproducciones. Dls. 1.90, \$9.00.

El primer estudio sistemático de las actividades pictóricas en Colombia desde la época colonial hasta el presente.

**37** GEOGRAFIA DE MEXICO, por *Jorge A. Vivó*. Con 70 mapas y 39 ilustraciones fuera de texto. Dls. 1.90, \$9.00.

Este libro viene a fomentar el estudio de los problemas geográficos, políticos y económicos, valiéndose de las últimas investigaciones realizadas por los más distinguidos especialistas nacionales y extranjeros.

De venta en todas las buenas librerías

## FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO, 63

MEXICO, D. F.

# CUADERNOS AMERICANOS

No. 2      Marzo-Abril de 1948      Vol. XXXVIII

---

## I N D I C E

	<b>Págs.</b>
<b>NUESTRO TIEMPO</b>	
FRANCISCO AYALA. Ojeada sobre este mundo	7
RISIERI FRONDIZI. Las universidades argentinas bajo el régimen de Perón	40
MARGARITA NELKEN. París 1948. Aspectos cul- turales	61
<b>AVENTURA DEL PENSAMIENTO</b>	
GUILLERMO DÍAZ DOIN. El feudalismo del siglo XX y el gobierno mundial	89
JAN BAZANT. Un estudio comparativo de la re- volución mexicana	106
RAIMUNDO LIDA. Vossler y la historia de la lengua	113
<i>Alfred North Whitehead, inspirador de una generación,</i> por PAUL WEISS	128
<b>PRESENCIA DEL PASADO</b>	
ERWIN WALTER PALM. España ante la realidad americana	135
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ. La revista literaria "El Renacimiento"	168
SILVIO ZAVALA. La historiografía norteamerica- na y la guerra de 47	190
<i>Primera reunión panamericana de consulta sobre Historia,</i> por JOSÉ MIRANDA	207

	Págs.
<b>DIMENSION IMAGINARIA</b>	
GABRIELA MISTRAL. Ocotillo . . . . .	217
SARA DE IBÁÑEZ. Pastoral . . . . .	219
GUILLERMO DE TORRE. El existencialismo en la literatura. ( <i>Concluye</i> ) . . . . .	223
JUAN LARREA. Toma del "Guernica" y Libera- ción del arte de la pintura . . . . .	235
MAX AUB. De algún tiempo a esta parte. Mo- nólogo . . . . .	258
<i>Música popular del Brasil</i> , por ANTONIO ALATORRE . . . . .	279

•

•

*Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS son riguro-  
samente inéditos en todos los idiomas.  
Se prohíbe su reproducción sin indicar su procedencia.*

## NOVEDADES

- JEAN BABELON: Cervantes** ..... \$ 7.00  
 Ni caprichosamente novelesca, ni secamente documental, esta nueva biografía de Cervantes se recomienda por su seriedad histórica, por el acierto con que el autor traza un cuadro completo de la vida y la obra del Príncipe de los Ingenios. Además, hace claros para el lector en general los puntos de vista que ha impuesto en los últimos años la crítica cervantina especializada. Con ilustraciones.
- GEORGE VERNADSKY: Historia de Rusia** ..... \$ 12.00  
 Desde los orígenes del pueblo ruso en la época de los escitas hasta la segunda guerra mundial. Tal es el vastísimo contenido de esta gran historia, nutrida de datos precisos y escrita con absoluta objetividad.
- ESTEBAN SALAZAR CHAPELA: Perico en Londres** ..... \$ 7.00  
 La vida pintoresca y nostálgica de los españoles exilados en la capital inglesa, tras la guerra española, con agudas reflexiones sobre los choques y afinidades de psicologías, se refleja magistralmente en esta novela de firme interés argumental y escrita con amenidad e ingenio.
- LUIS CERNUDA: Como quien espera el alba** ..... \$ 4.00  
 Constituye esta nueva colección lírica del prestigioso poeta español Luis Cernuda, la parte octava de su obra agrupada bajo el título común de *La realidad y el deseo*.
- MAXIMILIAN BECK: Psicología (esencia y realidad del alma)** ..... \$ 10.00  
 Procedente de las más nuevas corrientes filosóficas, el autor ha sabido trasladar sus preocupaciones al campo psicológico, trazando así el más actual tratado de la materia.
- SOREN KIERKEGAARD: Temor y temblor** ..... \$ 4.00  
 "Nuestra época organiza una verdadera liquidación en el orden de las ideas" escribe, al comenzar el prólogo, el famoso filósofo danés, verdadero precursor del existencialismo, la corriente filosófica más apasionante del día.
- RODOLFO MONDOLFO: Tres filósofos del Renacimiento (Bruno, Galileo, Campanella)** ..... \$ 5.00  
 La visión de los tres mayores filósofos del Renacimiento, renovada por el mejor conocedor actual de la materia.
- FRANCISCO ROMERO: Filósofos y problemas Bca. Contemporánea No. 197** ..... \$ 3.00  
 Una nueva colección de ensayos críticos y estudios cuya diversidad de temas —Varona, Sombart, Lessing, Dilthey, etc.— muestra la unidad esencial del pensamiento filosófico de Francisco Romero.
- RAFAEL ALBERTI: El alba del Alheli. Bca. Contemporánea No. 196** ..... \$ 2.50  
 Perteneciente a la primera época de Alberti, es este uno de sus libros más puros y fragantes. Agotado hace años, se reimprime ahora por primera vez en la Biblioteca Contemporánea.
- FRANZ WEIDENREICH: Simios, gigantes y hombres** ..... \$ 6.00  
 El camino recorrido por el hombre a través de las edades. Apasionante relato de la evolución humana hecho a la luz de los más recientes descubrimientos.



## EDITORIAL LOSADA, S. A.

Alsina 1131, Buenos Aires

MONTEVIDEO

SANTIAGO DE CHILE

LIMA

EL COLEGIO DE MEXICO  
publica trimestralmente la  
*Nueva*  
*Revista de Filología Hispánica*

DIRECTOR: AMADO ALONSO

Redactores: William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

Redactor Bibliográfico: Mary Plevich.

Secretario: Raimundo Lida.

●

PRECIO DE SUSCRIPCION Y VENTA:

En México: 20 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 5 dólares norteamericanos. Número suelto: 6 pesos moneda nacional y 1.50 dólares, respectivamente.

●

REDACCIÓN:

*EL COLEGIO DE MEXICO*

SEVILLA, 30.

MÉXICO, D. F.

ADMINISTRACIÓN:

*FONDO DE CULTURA ECONOMICA*

PÁNUCO 63.

MÉXICO, D. F.



RESERVADO

PARA LA

UNION NACIONAL

DE

PRODUCTORES DE AZUCAR



# COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$ 50.000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES  
DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas,  
para construcción; Aceros para Muelles; para Herra-  
mientas; Octagonal para Minas y Hornos, etc.

Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".

Rieles de Diversas Secciones y Pesos.

Alambres y Alambrón.

Tornillos Máquina.

Coche y Arado;

Estoperoles

Pijas

Tuercas y Remaches

Arandelas

y

Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.



*Domicilio Social*

y

*Oficina General de Ventas:*

BALDERAS N° 68.

Apartado 1336.

MEXICO, D. F.

FABRICAS

en

MONTERREY, N. L.

Apartado 206.

# • REALIDAD •

— REVISTA DE IDEAS —

Director, Francisco Romero.

Buenos Aires

## SUMARIO DEL NUMERO 6

Los intelectuales argentinos y la realidad actual del país .....	Carlos Alberto Erro
¿Qué es la Literatura? Entre burguesía y proletariado .....	Jean-Paul Sartre
Técnica y Civilización .....	José Ferrater Mora
Importancia actual de la política .....	Sebastián Soler
El sentido de la vocación .....	Rafael Virasoro
Carta de París .....	Corpus Barga
Gran Bretaña y Rusia .....	George Pendle
Carta de España .....	Un Corresponsal
Epistolario de Gramsci .....	Ernesto Sábato
El "caso" Sartre en Italia .....	Renato Treves
Max Dessoir .....	A. Wagner de Reyna
El destino histórico controvertido .....	C. Sánchez Albornoz

# ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA, PREPARATO-  
RIA Y COMERCIO

Externos

PASEO DE LA REFORMA 80.

TELS: 13-03-52 - 35-51-95

KINDER - PRIMARIA

Medio Internado - Externos.

REFORMA 515 (LOMAS)

TEL.: 35-05-62

MEXICO, D. F.



**SERVIR A MEXICO**, coadyuvando al desenvolvimiento de la Industria, es la meta final de esta Empresa. De ahí nuestro firme propósito de **COOPERAR** con todas aquellas industrias que para su desarrollo dependen de los productos básicos manufacturados por Altos Hornos de México, S. A.

Nuestro constante anhelo y política es auxiliar a la industria nacional, poniendo a su disposición una producción suficiente para abastecer la creciente demanda de productos básicos, técnicamente elaborados, por procedimientos que hacen que nuestros productos sean de intachable calidad.

Esperamos confiados que nuestro servicio gratuito de consulta técnica sobre procedimientos y usos de nuestros productos, y estos mismos, será continuamente aprovechado por todos aquellos industriales que, al igual que Altos Hornos de México, S. A., desean servir a México, desarrollando la capacidad productiva de nuestro país y satisfaciendo en esta forma uno de los más legítimos anhelos de toda la Nación.

OFICINAS EN MEXICO: **ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.** ERIC. 12-86-90  
V. CARRANZA No. 25 .. 12-91-42  
DESP. 404 y 411 MEX. 35-50-78

# DEMOCRACIA EN FUNCIONES

LA interdependencia entre los fenómenos espirituales y económicos es tan compleja, y tan espontánea la tendencia de los pueblos a su mutuo conocimiento y trueque de valores, que todo inclina, dentro de una bien entendida democracia, a favorecer esas relaciones internacionales, a estimular, en lo espiritual y en lo económico, dichos intercambios.

Esta parece ser la razón por la que se observa actualmente en las esferas oficiales de los EE. UU., relativamente al turismo, una corriente pronunciada a favor de una tesis sostenida en México hace ya algunos años. El turismo es y sobre todo puede ser mucho más que asunto de distracción y solaz particular para convertirse en una circulación económica exigida por la salud del cuerpo de naciones. Hoy día, por ejemplo, los EE. UU. necesitan horizontes hacia donde dirigir los excedentes de su producción industrial siempre en auge. Mas para ello se requiere que los Estados clientes posean los dólares necesarios para la adquisición de tan deseables mercancías. Los préstamos de nación a nación, independientemente de sus peligros, conocen serias limitaciones en regímenes sensibles a los movimientos de la opinión pública. Por consiguiente, el crecimiento de las naciones menos desarrolladas que no se hallen dispuestas a renunciar a su propia industrialización conformándose con el papel de eternas abastecedoras de materias primas, dependerá en parte de su aptitud para recurrir a medidas complementarias en otro orden de cosas. Aquí es donde el turismo aparece como una industria básica capaz de restablecer el equilibrio de las balanzas exteriores. Es obvio que a la superproducción norteamericana en la industria manufacturera conviene que México responda con una superproducción similar en el ramo del turismo, es decir con la ampliación de su capacidad para absorber los caudales trashumantes. Porque el individuo que traspasa una frontera no es sólo un agente de conocimiento democrático, un pacífico lazo de unión entre los pueblos, sino que es al mismo tiempo un factor económico muy caracterizado que derrama a su paso la moneda de su país de origen. Gracias a la multiplicación de tan amables factores, puede un estado acogedor como México hacer cosecha de divisas que, bien invertidas, le permitan seguir adquiriendo sin interrupción, para su enriquecimiento nacional, aquellos artículos de la superproducción norteamericana que considere más útiles.

No es pues extraño que exista hoy una fuerte tendencia oficial en los EE. UU. en pro del encauzamiento de sus raudales turísticos hacia sus fronteras del sur con objeto de aumentar en su propio provecho nuestro poder adquisitivo, como existe en México una inclinación no menos declarada a mejorar nuestra capacidad colectora, viviendo en una armonía democrática cuyos beneficios materiales y morales no conocen todas las naciones

F. L. S.

*Para más informes, dirijase a la  
Asociación Mexicana de Turismo.*

ASOCIACION



MEXICANA

DE TURISMO

AVENIDA JUÁREZ 76.

MÉXICO, D. F.

*CUADERNOS*  
**AMERICANOS**

AÑO VII

VOL. XXXVIII

**2**

MARZO - ABRIL

1948

MÉXICO, 1° DE MARZO DE 1948

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN  
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.

CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

## JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;  
Alfonso CASO, ex Rector de la Universidad Nacional de México;  
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General del Fondo de Cultura  
Económica;

Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de Mé-  
xico;

Eugenio IMAZ, escritor;

Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de Ma-  
drid;

Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Académico;

Manuel MARTINEZ BAEZ, ex Presidente de la Academia de Medicina de México;

Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Académico;

Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.

Jesús SILVA HERZOG, ex Director de la Escuela Nacional de Economía de México.

---

Director-Gerente  
JESUS SILVA HERZOG

Secretario  
JUAN LARREA

---

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista  
sin indicar su procedencia.

## S U M A R I O

### N U E S T R O T I E M P O

- Francisco Ayala* Ojeada sobre este mundo.  
*Risieri Frondizi* Las universidades argentinas bajo el régimen de Perón.  
*Margarita Nelken* París 1948.

### A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Guillermo Díaz Doin* El feudalismo del siglo xx y el gobierno mundial.  
*Jan Bazant* Un estudio comparativo de la revolución mexicana.  
*Raimundo Lida* Vossler y la historia de la lengua.  
*Nota*, por Paul Weiss.

### P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Erwin Walter Palm* España ante la realidad americana.  
*José Luis Martínez* La revista literaria "El Renacimiento".  
*Silvio Zavala* La historiografía americana sobre la guerra de 47.  
*Nota*, por José Miranda.

### D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Gabriela Mistral* Ocotillo.  
*Sara de Ibáñez* Pastoral.  
*Guillermo de Torre* El existencialismo en la literatura. (Concluye).  
*Juan Larrea* Toma del "Guernica" y Liberación del arte de la pintura.  
*Max Aub* De algún tiempo a esta parte.  
*Nota*, por Antonio Alatorre.

## INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
María Casares en el film "L'amour autour de la maison"	65
Estreno en París de "La Dama del Alba"	66
GOYA. Autorretrato. (Museo de Viena)	80
ELEUTERIO BLASCO FERRER. Caballo. <i>Hierro</i>	81
Balcón mexicano. Fotografía	217
MAX ERNST. La Belle Jardinière. <i>Oleo</i>	218
PICASSO. Guernica.	
Figs. 1 a 26, correspondientes a documentos relacionados con este cuadro, en 16 páginas intercaladas entre las 235 y 236	



# *Nuestro Tiempo*



## OJEADA SOBRE ESTE MUNDO

Por Francisco AYALA

*Un profesor en perplejidades*

UN profesor de ciencia política —o, como en España se le llamaba oficialmente, de Derecho político; o, según la denominación francesa, de Derecho constitucional— que, tras el cataclismo de estos años, quisiera reanudar ahora sus trabajos interrumpidos, se encontraría con la ingrata sorpresa de haberse evaporado entretanto la materia misma de su especialidad: su asignatura ha desaparecido, no tal vez de los planes de estudio y de los programas universitarios, pero sí de la realidad.

Hace todavía no más de un decenio seguía siendo posible impartir a los alumnos en forma dogmática la enseñanza de algunos principios que, pese a todo, continuaban en pie, al mismo tiempo que esos principios eran sometidos a revisión crítica en los debates de seminario y en las elucubraciones de revistas y libros. Verdad es que tales académicas tareas se veían ya en aquel entonces seriamente entorpecidas por hechos brutales que, irrumpiendo en el campo de las relaciones políticas, perturbaban de manera harto grave el tradicional encuadre del fenómeno “Estado”; pero los cultores profesionales de su teoría se esforzaban en despachar el embarazo mediante alguno de estos expedientes: considerar semejantes fenómenos como manifestaciones extravagantes, anormales, *patológicas*, entendiéndolo por ello: eminentemente pasajeras, inconsistentes e indignas de consideración, y expulsándolas así del ámbito de la ciencia; o superficializar su propia labor docente, reduciéndola a una mera descripción y catálogo de formas institucionales diversas, con sus correspondientes catecismos doctrinales, sin otra comprensión ni elaboración teórica; o, en fin, abando-

nar la Teoría del Estado a cambio de una sociología política capaz de explicar los nuevos hechos en cuanto tales, saliéndose de ese modo por la tangente. Pero, a vuelta de esas dificultades, subsistía en la práctica el *minimum* indispensable de convencimiento para seguir sosteniendo —aunque tan comprometida, tan renqueante— aquella construcción científica del Estado que se fundaba sobre los supuestos de una pluralidad de poderes políticos organizados a base de entidades nacionales dentro de una comunidad de cultura, y cuya pieza maestra era el principio de la soberanía, ilimitada en el orden del gobierno a condición —condición tácita— de que éste mantuviera una inhibida neutralidad en cuanto al resto de las actividades sociales y, muy en particular, frente a la vida económica. Explicar o disimular con argumentos sutiles o con hábiles remiendos las contradicciones cada día más palmarias entre práctica y teoría, cohonestar las tendencias opuestas a aquel sistema evitando que el edificio cimentado en sus postulados se desplomara por completo, era en gran parte el infructuoso afán de los profesores, que la conflagración última desahució en definitiva.

Y ahora ¿qué queda de todo eso? La soberanía nacional, que en la mayor parte de los casos no era sino un principio cuya efectividad —como la celada hecha por don Quijote— valía más no poner a prueba, ha perdido hasta la sombra de verosimilitud bajo el régimen mundial de las dos grandes potencias en pugna: U.R.S.S. y U.S.A. Y, por otro lado, dentro de cada nación el creciente totalitarismo, contra el que se dijo luchar durante la pasada guerra, hace que el Estado intervenga cada vez más en todos los sectores de la vida social —y, sobre todo, en la economía—, incorporándose y politizándose. Aplicar a la realidad actual las categorías de la vieja Teoría del Estado resulta hasta irrisorio. Pues —para no hablar de los regímenes que ostentan sin embozo su fisonomía totalitaria, ni de aquellos otros que van transformando en tal sentido su vieja estructura liberal— los pueblos que, como Francia, como Italia, han intentado restaurar las antiguas instituciones ofrecen en su práctica política una terrible sensación de incongruencia, de falsedad, —tal cual la daría el profesor de Ciencia polí-

tica que se empeñara en reanudar sus trabajos de preguerra en los términos en que hubo de dejarlos suspendidos hace unos años.

¿Podrá, en cambio, este obstinado especialista edificar una nueva Teoría del Estado sobre los datos que le proporciona la experiencia inmediata del poder político según hoy funciona a ojos vistas? —Habrà que ponerlo muy en duda. Si todavía en el periodo que media entre las dos guerras mundiales era posible prolongar las líneas de la Teoría del Estado hacia un eventual desarrollo de la situación de acuerdo con sus tendencias inmanentes, de suerte que aquélla enlazara, por ejemplo, con una organización internacional del tipo de la S. de N., esa posibilidad ha desaparecido por completo, tanto como la constituída por las esperanzas utópicas de tono revolucionario, en el fondo de las cuales se dibujaba a su vez una doctrina y un programa acerca del régimen universal de la convivencia humana.

Los rasgos que la realidad actual presenta son los de un mundo en descomposición, cosa que en manera alguna puede confundirse con una situación revolucionaria; en cierto modo, es todo lo contrario, pues revolución implica movimiento histórico determinado por una tensión de fuerzas sociales, dialéctica real, mientras que los hechos sociales del presente corresponden a una sociedad desintegrada y encharcada donde todo es confuso, los movimientos son ciegos, los conceptos se han vaciado de significación y las palabras, corrompidas y deformes, degradadas al papel de insultos, oscuras, torpes y sumarias como gritos infra-humanos, muestran una grotesca inutilidad para lo que es su función específica: entenderse. Quizá sea que ha fallado en un momento dado una cierta generación, perdiendo de la mano el control del proceso histórico; tal vez —lo que sería más desesperante— el grado de desarrollo técnico alcanzado por nuestra civilización rebasa las capacidades humanas de control social, y la pone en peligro inminente de hundimiento. Pero, sea como quiera, parece evidente que la situación evoluciona por sí misma a impulsos de inmediatas apetencias y de elementales reacciones psicológicas que, potenciadas y canalizadas a través de los gigantes aparatos organizatorios que la técnica industrial pro-

porciona a la democracia de masas, pero privadas de toda orientación en valores, conducen al puro disparate.

*El progreso en la técnica material y en la política*

SE dirá acaso, y con razón, que técnica industrial y Democracia de masas comportan sus propios valores, a saber: el de un progreso mecánico capaz de liberar al hombre de la esclavitud del trabajo, y el de una consiguiente elevación de todos los seres humanos al plano de esa libertad. Ello es innegable. Pero será menester —con vistas a ulteriores análisis— que atendamos a las circunstancias históricas en que tuvo lugar la persecución y relativo cumplimiento de tales valores.

El gran despliegue técnico por cuya virtud ha llegado nuestra civilización a ser lo que es hoy, se cumplió —como es sabido— bajo la norma de la abstención del Estado en las relaciones sociales de producción y distribución de bienes. La parte más característica e intensa de ese despliegue llena el siglo XIX: si se compara el tono medio de la vida en Europa y América antes de la Revolución francesa con el que había llegado a adquirir cuando, en 1914, estalla la primera guerra mundial, el resultado de la comparación mostrará una diferencia asombrosa, cualquiera que sea el aspecto sobre el que la atención se fije: ya se consideren los índices sanitarios, ya el nivel de la cultura popular, la dieta normal media de las poblaciones, sus defensas contra las inclemencias naturales, el vestido, vivienda, comodidades varias, ocio y diversiones, etc., etc. Al mismo tiempo, las cifras de población se multiplicaron durante ese período de poco más de un siglo en proporciones increíbles. Y lo más notable es que ese rapidísimo, ese enorme incremento de la población fué acompañado de un aumento paralelo de su bienestar, de tal modo que las condiciones de existencia de la gran mayoría de los hombres pasaron a ser indeciblemente superiores desde el punto de vista material a las que prevalecían antes con cifras demográficas mucho más débiles.

Claro está que la gigantesca transformación no se desenvolvió sin contradicciones internas y desarreglos de con-

secuencias crueles; pero, en suma, ha conducido a una mejora muy sustancial en el promedio de las condiciones de existencia entre las masas populares y, por cierto, unas masas cuyo volumen creció entre tanto de manera colosal. El obrero agrícola o industrial de nuestros días, decorosamente vestido, suficiente y equilibradamente alimentado, alojado con decencia y sometido a una jornada de trabajo que le garantiza el descanso y solaz necesarios, a la vez que encuentra a su alcance los bienes de una mediana formación cultural, hace contraste con el paria desnutrido, harapiento y analfabeto anterior al gran despliegue económico y técnico del siglo XIX. Ciertamente es que las condiciones actuales de vida están lejos de ser ideales, y que grandes sectores de la población mundial siguen sufriendo penosas privaciones. Pero se debe reconocer que esos sectores más desafortunados de la humanidad representan precisamente un residuo económico-social de la situación previa a la gran revolución industrial que ha transformado la fisonomía del mundo; y que fué ésta la que permitió el evidente mejoramiento, en su promedio, de la suerte del género humano. Sin los frutos técnicos producidos por ella, ni la población mundial hubiera podido multiplicarse como se ha multiplicado, ni mucho menos hubiera podido disfrutar de los bienes que hoy están a la disposición de sus grandes multitudes.

*El proletariado dentro del capitalismo*

SERÍA, por supuesto, una falsa inferencia la de que el gran despliegue económico y técnico que en tan breve lapso ha traído tal progreso sea un *resultado* de la aplicación de ciertos principios doctrinales. Pero, en todo caso, la revolución industrial se encuentra presidida por el principio fundamental de la abstención del Estado en las relaciones sociales de carácter económico, y nadie puede pensar que sea ésta una conexión accidental. En fenómenos de tal naturaleza la casualidad tiene escaso papel.

Pues bien, el principio de la abstención del Estado corresponde a la teoría política democrático-liberal, que confiere al poder público la exclusiva misión de salvaguardar

el orden público, identificando éste con el sistema de los derechos individuales que configuran la libertad del individuo. . . Quizás sea excesivo —repetimos— atribuir al régimen de tales derechos el florecimiento económico social en cuestión, pero nadie podrá negar que la no intervención del Estado en las actividades económicas, comenzando por la supresión de muchas trabas legales que, tradicionalmente, se oponían a la libre iniciativa del particular, fué condición indispensable, sin la cual el proceso de elevación general no hubiera podido cumplirse: regulaciones numerosas y diversas, mantenidas por el viejo Estado autoritario, cerraban el paso al movimiento que tan benéfico había de resultar a la postre, al introducir un progreso en beneficio de la población total.

Y, sin embargo, no tardaron en levantarse contra la teoría del Estado que sostenía el principio de inhibición de los poderes públicos en la actividad económica objeciones, tanto doctrinales como prácticas, que conducirían a la deliberada vulneración de dicho principio. La historia de esas objeciones es, sustancialmente, la historia del movimiento socialista; pues por lo pronto la crítica contra la abstención del Estado en las relaciones de producción surge a la vista de ciertos trastornos e injusticias ocasionadas al comienzo por el libre juego de las actividades industriales. Infinidad de veces, hasta llegar a convertirse en lugar común, ha sido descrita la situación del industrialismo incipiente, en la que, por efecto de la concentración capitalista y el funcionamiento de la ley de la oferta y la demanda en el mercado de trabajo cuando el proletariado carecía de organización, dieron lugar a su extrema miseria. Tal situación suscitó diatribas diversas, unas inspiradas en actitudes humanitarias, y otras —más consistentes— dirigidas en un sentido polémico contra el orden social vigente a la sazón, y contra los principios doctrinales que le servían de soporte ideológico.

Cuajada en una filosofía de la historia, la interpretación hecha por Marx de las ocasionales circunstancias que iniciaban el industrialismo en el occidente de Europa montó sobre la lucha de clases un programa de revolución social alrededor del cual ha girado por toda una centuria

la política europea. Al cabo de ella, resulta asombroso comprobar que tanto heroísmo, esperanzas, sacrificios, cuantos esfuerzos se han hecho para promover una revolución entendida, según su programa, como cambio orgánico de la estructura de la sociedad, estaban invalidados por la torpeza de su anacronismo: respondían a unos supuestos que en la realidad habían dejado de darse desde muy pronto: los supuestos del industrialismo incipiente. Sus circunstancias tenían el carácter de un desarreglo transitorio, estaban originadas en la readaptación social a nuevas condiciones técnicas en el proceso de producción, y el propio proceso debía restablecer en seguida los equilibrios sociales. Por paradoja, el programa de una revolución que, suprimiendo el poder de la clase propietaria y explotadora, y eliminando con ello la clase misma, transformara el orden social, es decir, la política de la lucha de clases, sirvió con eficacia al desarrollo del capitalismo, proveyéndolo de lo que es su elemento indispensable: una masa trabajadora preparada, sana, activa y dotada de capacidad adquisitiva. Paradoja sólo aparente, ya que el proletariado pertenece al orden capitalista, no por el mero hecho de que éste determina su aparición y necesita de su existencia como mano de obra y como consumidor, sino también porque su mentalidad se erige sobre las propias actitudes espirituales que dieron lugar a la mentalidad burguesa empresaria, reproduciéndola con vuelo alicorto, en aspiraciones prácticas que traducen a proporciones mezquinas los mismos ideales de vida.

La crítica contra la opresión de clase suministró, pues, el instrumento ideológico que promovería la sindicación obrera, y ésta, a su vez, determinó, a través de las peripecias de la lucha de clases, la ascensión del proletariado dentro del régimen capitalista, —su ascensión como capa social, a la par que crecía y prosperaba el sistema económico mismo. De hecho, las masas trabajadoras elevaron su nivel a un plano superior al que jamás antes habían tenido en la historia, y eso, dentro del sistema de la economía libre y bajo el principio, por ellas criticado y combatido, de la abstención del Estado.

Pero esa elevación, a la vez que permitía el formidable despliegue técnico del capitalismo, tenía que producir cambios en la estructura de la sociedad que desautorizaran de más en más el esquema inicial de la contraposición de clases que fundaba la filosofía de la revolución. Tanto que, si alguna vez lo había sido, pronto dejó de ser practicable la complejísima operación de discriminar explotadores de explotados. Prescindiendo de la diversidad de intereses — tantas veces señalada y comprobada como contraste— entre obreros industriales y campesinos (estos últimos, por su lado, en condiciones tan diversas como las que van desde el siervo de la gleba hasta el pequeño propietario que cultiva el predio con su familia y acaso un criado); prescindiendo de igual contraste entre los trabajadores asalariados de la industria y ese abigarrado e incómodo conjunto que el marxismo, en precipitado saldo chapucero, englobó bajo la común denominación de “pequeña burguesía”, ¡qué gradaciones no se han ido marcando dentro del proletariado industrial mismo, desde el técnico bien cotizado hasta el peón, con las consabidas pugnas y tensiones! Más visibles todavía resultan éstas entre las industrias diversas, cuyos obreros —por mucho que se presumen unidos en un supremo interés de clase— no dejan, llegado el caso, de defender sus respectivos intereses en colisión. Y nada digamos por lo que se refiere a la competencia de intereses entre los proletariados de distintos países. ¿Hasta qué punto cabrá considerar explotado, por ejemplo, a un obrero cuyo nivel de vida sea superior al término medio consentido por la productividad efectiva de su país, cuando ese plus se basa en el coloniaje u otros medios de poder con los que dicho país se asegura una renta nacional por encima de su riqueza propia? Preciso será reconocer que no carecía de alguna base aquella fórmula con que el fascismo retorció la tesis de la lucha de clases, hablando de: “naciones capitalistas y naciones proletarias”...

*La economía en el puño del Estado. El oro y el hierro*

CON esto, tropezamos ya en el Estado como factor activo de la vida económica, factor que ha llegado a ser el decisivo tras el ocaso del principio que postulaba su abstención rigurosa. Es notorio que dicho principio jamás había sido llevado a la práctica de un modo absoluto; pero, mientras que en el siglo XIX era generalmente observado como criterio inspirador, a partir de la primera guerra mundial, en cambio, viene siendo vulnerado sistemáticamente y se ha llegado a crear alrededor suyo una atmósfera de desprestigio. Dimana éste, sobre todo, de la crítica socialista, repetida sin cansancio, y según la cual la abstención del Estado en la competencia económica entre partes desiguales equivalía, en verdad, a una intervención a favor de la parte más fuerte, de modo que las libertades por él garantidas resultaban ficticias, puesto que en el contrato de trabajo uno de los contratantes, el obrero, lejos de ser libre, estaba sometido a la voluntad del empresario, —de donde la demanda de una intervención autoritaria del poder público para restablecer el equilibrio. Dimana también, en segundo lugar, del temor de los sectores patronales que comprobaban con alarma cómo la fuerza efectiva del proletariado crecía y crecía hasta romper el equilibrio en sentido inverso, obligándoles a desear por su parte análoga intervención.

Y así, tan pronto en defensa de la clase trabajadora y a estímulo de sus partidos (política social), tan pronto en defensa de la industria nacional y a estímulo de sus empresarios (aranceles protectores, subsidios de fomento), el Estado ha venido interfiriendo con intensidad cada día mayor en la vida económica de los países, hasta llegarse al punto en que —por unos u otros caminos, y con intenciones diversas, cuando no opuestas— controla ahora en casi todas partes las actividades sustanciales de producción y distribución de la riqueza, teniendo así en un puño la economía.

Es claro que, para producirse semejante estatificación de la vida económica fué menester, como condición previa, que el sistema entero de la economía evolucionara, según lo ha hecho durante los últimos cien años, hasta adquirir

rasgos estructurales homogéneos a los que presenta la organización estatal, cediendo lo espontáneo a favor de lo calculado, la autorregulación a favor del plan, la iniciativa abierta a favor de los circuitos cerrados, hasta substituir la economía mundial libre por las autarquías nacionales. Evolución tal hacia la complejidad mecánica y la abstracción formalista en la estructura de la economía estaba indicada en cierta medida por las tendencias internas de la técnica de producción capitalista; pero, en no pequeña parte, estaba determinada también por el marco político nacional dentro del cual hubo de desarrollarse el capitalismo en la fase actual de nuestra civilización, y que hacía depender de una pluralidad de Estados en competencia el cumplimiento de ciertas condiciones de su desarrollo. Piénsese, por ejemplo, que la vida económica actual toda está fundada sobre el crédito, y que éste a su vez reposa en último extremo sobre la autoridad pública: son los medios de poder del Estado soberano los que prestan su garantía suprema al conjunto de los valores en circulación. La teoría estatal del dinero que G. F. Knapp elaboró a principios de este siglo estaba implícita ya en la primera acuñación de metal precioso: lo que en un principio fué mera garantía del valor podría suplantarse en un momento dado al valor mismo por su mero signo. . . para cuya multiplicación no hay límites. Y Goethe había percibido desde bien pronto, con la intuición del poeta, lo que implicaban los billetes de banco de curso legal: era nada menos que la piedra filosofal, que Mefistófeles entregaba al fin, tras de tantos siglos como los alquimistas la habían perseguido en su vano empeño de fabricar oro. Ahora, quien tuviera el hierro tendría también el oro. Así, a la inflación que el Dr. Schacht preparó después de la derrota alemana de 1918, se le llamó estafa, y a la economía de guerra montada más tarde por los nazis, con sus marcos de ocupación y medidas por el estilo, se le ha llamado robo; pero, con todo, el Dr. Schacht está absuelto, y nadie se atrevería hoy ya a aplicar tan duros calificativos a operaciones financieras de tipo análogo. El oro hecho a base de hierro mediante la alquimia del Estado se muestra tan idóneo como el extraído de las minas; de modo que quienes hacían cuentas y pronósticos

acerca de la capacidad económica de Alemania en los prodomos y comienzos de la pasada guerra, calculando sobre los datos de sus disponibilidades metálicas, debieron comprobar muy pronto que los supuestos de la economía monetaria habían perdido su vigencia.

Pero ¿se mide bien el significado que envuelve esta nueva situación? Significa: economía dirigida; significa: la economía entera pendiente del Estado que, dueño de sus claves, puede intervenir e interviene de hecho, directa o indirectamente, en todos los sectores y aspectos de la actividad económica de la población; significa: que estando en manos del Estado la producción y la distribución de riquezas, los gobernantes pueden alterar mediante el aparato oficial, y como por arte de magia, la estructura misma de la sociedad. Y aquí vuelve a hacerse patente de otra manera el anacronismo de los partidos proletarios empeñados en la revolución social, cuando mediante el juego de los impuestos, los aranceles aduaneros, los cupos de exportación e importación, el control de cambios, las regulaciones industriales, la política social, el monopolio del crédito, etc., etc., depende de la voluntad del Estado el operar de manera solapada e incruenta, si no imperceptible, y en todo caso con un minimum de trastornos, las más audaces modificaciones en el seno de la sociedad, al mismo tiempo que el despliegue de su organización conectado con el progreso de la técnica material (teléfono, aviación y ametralladora) privaba de perspectivas serias a cualquier movimiento subversivo. Había pasado la era de las revoluciones; ya sólo podían intentarse golpes de Estado. Y aquellos partidos revolucionarios, en la medida en que su programa no se hubiera convertido en pura palabrería, se agotaban en inútiles esfuerzos por derribar una puerta que era practicable con sólo accionar su llave, y sólo así. ¿Quiénes lo hicieron en efecto? ¿Con qué fines y qué resultados?

*El sans-culotte patriota. Fuentes del nacionalismo*

A esto, importa repetir que la evolución político-social correspondiente a las transformaciones operadas por el desarrollo del capitalismo, y sobre todo la ascensión del

proletariado, evolución que condujo a la Democracia de masas, se cumplió dentro del marco de los Estados nacionales, y ello, a estímulos tanto de las reivindicaciones políticas de clase como de los motivos ideológicos derivados del dogma de la soberanía popular, motivos para los que debían mostrar sensibilidad muy despierta los grupos sociales carentes de una superior cultura. El patriotismo había sido ya en la Revolución francesa patrimonio espiritual único de los descamisados, frente a los valores tradicionales sostenidos por la aristocracia, e incluso frente a los valores intelectuales y morales propios de la burguesía racionalista. ¿Qué de extraño tiene que las nuevas masas, primarias, emocionales y simplistas, que se incorporan a la vida política durante el presente siglo acudan también a remediar su desamparo mental en los reservorios ideológicos del nacionalismo? Burlarse de esta tosca religión y denostar a sus secuaces, es fácil; pero el indigente que se ve privado de una formación religiosa sin que la sustituya una formación filosófica capaz de suministrarle una concepción del mundo; cuyos recuerdos de infancia le ofrecen un cuadro familiar lamentable, penoso siempre y con frecuencia vergonzoso, en lugar de respetables tradiciones domésticas; cuyos ideales de vida, reducidos al goce de bienes materiales, han sido defraudados una vez y otra por la ingrata realidad; cuyas circunstancias actuales no ofrecen asidero alguno a la propia estimación, ¿no es comprensible que este pobre ser se envuelva en la bandera de la patria, ante la que todo el mundo se descubre? ¿que preste algún contenido a la nada de su yo, prendiéndose una escarapela en la solapa? ¿que ilumine su insignificancia con la gloria de los héroes, y se sienta participar—él, que nada vale—en los valores intachables de su nación? Esta pueril añagaza es acaso lo único que da una sombra de sentido humano al vacío de su existencia, magnificando ilusoriamente su nulidad con todos los oropeles del culto patriótico.

Ilusoriamente, mas no sin consecuencias prácticas de gravedad suma. Proviene esta gravedad, ante todo, de que los sentimientos sobre que la ideología nacionalista se funda son connaturales al hombre, primarios y muy legítimos en sí mismos: su base es el amor a la tierra natal, que se

tiene por sagrado. El alma reclama los valles de la infancia, el paisaje y celaje, las montañas, mares, los colores, olores y ritmos. ¿Había de estar abstraído por completo el ser humano a esa vinculación de tantos y tantos seres vivientes como cumplen su existencia en respuesta feliz a un determinado ambiente, fuera del cual padecen cuando no sucumben? De igual manera que el gato se aferra a su rincón abandonado, así el hombre suspira por el lugar de su crianza, y siente fuera de él un desgarrón, a veces muy sutil, otras insufrible. Para muchos, desprendidos de aquellos parajes, la vida entera se configura en pura nostalgia. Pero el ser humano vive históricamente; es emprendedor, y construye su propio ambiente, integrándolo con los elementos más diversos. De los caracteres de sus respectivas experiencias dependerán los de su nostalgia. El campesino gallego arrancado a la pequeña comunidad rural donde vivía sumergido en el paisaje, para trasladarse a América, añorará por siempre su aldea, aunque le dé en sus quejas el nombre de Galicia o de España; el estudiante que ha recorrido su región antes de emigrar, y que ha ligado lo que veía a referencias históricas y problemas actuales, añorará, y eso con menos apremio, el complejo a que se ensanchó su experiencia en aquella época de formación. . . Tales son las raíces naturales del patriotismo, que puede identificarse con el sentimiento de la propia vida vivida; de modo que, lejos de excluir, es capaz de incorporar en el innato amor a la tierra todas las tierras que sucesivamente se han ido abriendo a la mirada y a los pies y dejando su impronta en el alma.

Ahora bien, sobre esos sentimientos funda el nacionalismo una actitud política que transfiere tan rica y directa experiencia al esquema arbitrario del Estado, trazado por los azares del juego de poder, según sabe cualquiera que posea siquiera las más someras nociones de historia: batallas, matrimonios, decesos, habilidades o torpezas diplomáticas, y la casualidad misma, han entrado con variable proporción a perfilar las naciones—nunca, sin embargo, de un modo definitivo—en el marco del Estado soberano. Y al hacer esa conversión de los sentimientos naturales a intenciones políticas, aquéllos se desnaturalizan hasta ser tan

artificiales como el Estado mismo, aparato organizado para el ejercicio del poder. El amor a la tierra propia encarnado en el sujeto, y que ha penetrado en él con el aire que respira, con el sol y la lluvia que tocan su piel, con el paisaje que se le entra por los ojos, con el suelo que pisa, es substituído por la idea del territorio del Estado, que el sujeto percibe por vía intelectual, reducido a símbolo, a mera forma alusiva, en un mapa, en una abstracción remotamente referida a la tierra misma, que —claro está— no coincide con la experiencia efectiva de cada cual.

¿Cómo se operó esa maravilla de prestidigitación? Cuando los representantes intelectuales de los grupos reaccionarios, para oponerse a la política racionalista —radical— de la burguesía, aglutinaron los motivos que estimaban peculiares de la nacionalidad, constituyendo una doctrina de base mística, estaban lejos de adivinar que su fervor daría lugar a un sistema de postulados no menos abstractos que los reprochados a sus adversarios,<sup>1</sup> aunque tales postulados no fueran ya principios de valor universal, y que la pululante riqueza cultural que ellos afirmaban frente al esquematismo racionalista degeneraría hasta convertirse en deleznable bambalinas para un culto beocio.

Y sin embargo, no otro tenía que ser el resultado del avance de la democracia dentro del Estado nacional. Que aquellos grupos reaccionarios tuvieran a su hora una vivencia de la tierra más intensa que la burguesía urbana y comercial, era muy comprensible, puesto que estaban ligados al agro; e igualmente se explica que esgrimieran los valores de la tradición, acordes con su modo de vida, para luchar contra los que, según el suyo, sostenía la burguesía. Mas cuando, corrido el tiempo y extendida la democracia, llegan a apoderarse del Estado las masas de una capa social infe-

<sup>1</sup> Léanse en cualquier hemeroteca los discursos patrióticos que tanto se prodigan en todos los países: las mismas frases hechas, los mismos acuñados ditirambos, expresan la devoción a cada bandera. Y si se visitan las capitales de varios Estados —cosa que puede ser ahora cuestión de días o aun de horas— la misma actitud heroica sobre el mismo caballo de bronce —puras abstracciones— aludirán en cada lugar a diversos nombres y fechas. Tales clichés, sin embargo, se excluyen entre sí, pues aspiran a lo absoluto en lo concreto.

rior, y lo hacen inorgánicamente, desligadas ya de toda articulación clasista, es —a falta de otra— esa misma ideología, aunque reducida a las más burdas simplificaciones, la que le sirve como medio de expresión. Si uno se pregunta —y no puede dejar de preguntárselo con asombro— cómo han ido cayendo en el frenesí nacionalista masas obreras que durante todo un siglo nutrieron los partidos del proletariado bajo organizaciones internacionales, tendrá que aceptar por respuesta un conjunto de circunstancias que equivalga a describir la situación: ante todo, la incongruencia del programa revolucionario, formulado sobre un anacronismo y dogmáticamente aferrado a supuestos ya desaparecidos desde hacía tiempo. Cuando esa incongruencia hace insostenible la posición de los partidos obreros, y caen corroidos por sus pertinaces torpezas, el afiliado encuentra a mano, en su desconcierto, tan sólo esa ideología que prevalece en otros sectores de la población próximos a él, y que, ofrecida en fórmulas simples, halaga de todas maneras su castigada personalidad. Al asumir tal ideología, el hombre de la masa le añade increíble virulencia, porque se entrega entero a ella. Toda la energía vital de su entidad fisiológica, toda la frenética afirmación del propio yo que viene de las raíces de cada individualidad, y que en él carece de otros cauces por donde verterse diversificada hacia realizaciones objetivas,<sup>2</sup> se vertirá en himno, en marcha, en ademán, en simbolismo, canalizará multiplicada a través del Estado como voluntad de poderío, y

<sup>2</sup> Para el hombre medio de nuestros días, encajado rigidamente —con mecánica rigidez— en su alvéolo social, ocupado en un trabajo que no le consiente iniciativas, pero que tampoco agota sus energías sino que, por el contrario, le garantiza muchas horas de ocio, apenas hay, en efecto, otro desahogo de sus impulsos vitales, fuera de esa actividad política, que la participación —emotiva, como espectador— en las competiciones futbolísticas. Ser "hincha" de un equipo implica desplegar una pasión, una violencia, un fanatismo, que contrasta con la trivialidad e indiferencia de las circunstancias que inicialmente determinaron a cada cual en la elección de su equipo. El hombre de masa pone en sus entusiasmos políticos el mismo irrazonado y frenético ardor que en sus entusiasmos de "hincha": sólo que con resultados terriblemente peligrosos, pues ya no se reducen a un motín, al linchamiento de un árbitro. . .

desembocará en la guerra tan pronto como un motivo de fricción con otro Estado surja, o se agudice una colisión de intereses.

### *Capitalismo y guerra*

SE ha oído con frecuencia la acusación, dirigida al capitalismo, de promover y sostener las guerras en beneficio propio, sin perjuicio de acusarle también de inteligencia con el enemigo por encima de las fronteras (intereses "internacionales", capitalismo "sin patria", son denuetos que suelen aplicarle quienes apoyan su política en las masas obreras nacionalistas). Ambas acusaciones se han combinado, incluso, para evidenciar la pérfida maniobra de una turbia potencia oculta que azuza a los pueblos unos contra otros para lucrarse de la matanza. Desde luego, la objetividad técnica del sistema capitalista le consiente explotar los conflictos bélicos entre diferentes pueblos, o se lo consintió mientras todavía no fueron los Estados mismos quienes organizaban de arriba abajo la economía de guerra para hacer ésta total. Pero si alguna vez pudo el capitalismo promover guerras coloniales que disfrazaban sus iniquidades bajo el nombre de "operaciones de policía" (y éste sí que era su propio y peculiar campo: la expansión sobre ámbitos culturales ajenos al Occidente), las guerras directas entre Estados rivales fueron siempre una consecuencia, no tanto del capitalismo, como del encuadre nacional en que tuvo que desarrollarse, con detrimento de su lógica interna. Esta exigía, en efecto, que el Estado se abstuviera de intervenir en la actividad económica y, con tanto mayor motivo, de perturbarla y dislocarla mediante acciones violentas de tales proporciones. El principio liberal de neutralidad del Estado, base del capitalismo, respondía al hecho de que el alto nivel de vida proporcionado a la gran masa de la población por el colosal despliegue técnico que la moderna economía implica, reposa sobre una organización internacional de las relaciones de producción y consumo. La complejidad e interdependencia creciente de una economía muy tecnificada, que abarca a masas inmensas de

hombres con un elevado standard de vida, tiene que ligar en un sistema único y solidario todos los bienes de la tierra: tanto los procesos de producción como los de distribución han de cumplirse, fundamentalmente, en un plano internacional, pues ninguno de los Estados puede, con sus solos recursos naturales, mantener para su población el standard en que, gracias a la cooperación y coordinación de intereses, ha llegado a encontrarse. No otra es la causa de que todos los intentos de autarquía realizados hayan conducido de inmediato a la reducción de dicho standard de vida, debiendo justificarse ante la nación sometida a privaciones mediante promesas de un mejor futuro, promesas cuya fórmula más elocuente fué la alternativa nazi de "mantequilla" o "cañones".

Sin llegar a ese extremo de la autarquía como deliberada preparación de la guerra, es evidente que la tendencia hacia la regulación de la economía por el Estado —y toda intervención de autoridad pública significa regulación— empuja hacia la guerra inexorablemente. Al modificar según criterios políticos la economía nacional —que es un sector solidario de la economía mundial— crea desequilibrios cuya agudización no tiene otra salida. Pues claro está que semejante actuación será contrapesada por intento paralelo y opuesto de los restantes Estados; y así, sometidas a parcial control por cada uno de ellos, las riquezas que, en conjunto y solidariamente, sostienen el elevado standard de nuestra civilización material, es inevitable que se produzcan tensiones entre los sectores de la humanidad organizados políticamente en Estados diversos, desequilibrios y tensiones cuyo desenlace ha de ser la guerra, puesto que cada cual tratará de complementar su propia economía a expensas de la ajena, llegando hasta el empleo de la violencia cuando estime hallarse en estado de satisfacer por tal medio sus aspiraciones. En este sentido, parece incontrovertible que el totalitarismo (que, en el terreno económico significa: planificación sobre base nacional, economía sostenida y dirigida por el Estado) conduce a la guerra.

Pero el hecho de que el despliegue técnico de la economía, tal como se ha cumplido en el capitalismo, requiera apoyarse en una organización social de alta complejidad,

dotada con algunos de los caracteres que presenta el Estado moderno, no implica que esta organización haya de consistir, precisamente en ese Estado nacional, cuya intervención (aunque abusiva, quizás ineludible dadas las circunstancias) entorpece a causa de su estrechez, el lógico desenvolvimiento del sistema capitalista, originando en su seno contradicciones que los desgarran y conflagraciones que amenazan hundir toda su estructura. Es indudable que las formaciones políticas nacionales han sido rebasadas de todas maneras —con incontrovertible claridad, de un siglo a esta parte— por el desarrollo capitalista de las técnicas, hasta el punto de que el empleo que el mismo Estado hizo de esas nuevas técnicas para recluir la vida social en la angostura de sus fronteras tenía el significado de una verdadera aberración, y ha terminado por volverse contra su propia existencia en cuanto instrumento de una nación soberana a través de la última guerra. Después de ella, tales fronteras políticas se han hecho ilusorias: la economía está organizándose en forma unitaria alrededor de cada uno de los gigantescos núcleos de poder mundial que substituyen en el mapa mundi a la constelación anterior de Estados soberanos en competencia; y la trama técnica de la vida social se extiende en el ámbito marcado por las correspondientes áreas de poder, pese a los obstáculos —en el fondo, insignificantes— opuestos por aquel nacionalismo que fué base del Estado durante su postrera fase aberrante, y cuyo residuo, en directa contradicción con los hechos y con las tendencias ostensibles de la historia, toma ahora las más disparatadas formulaciones, gesticulando en el vacío.

#### *La democracia irresponsable*

**P**ROCUREMOS señalar, aunque sea con indicación sumárisima, las raíces de ese nacionalismo perturbador que impuso al desarrollo de la economía, por la interferencia del Estado, una desviación funesta (funesta para el sistema capitalista mismo, funesta también y sobre todo para las poblaciones encorsetadas en moldes nacionales que las lle-

varían a padecer inauditos sufrimientos), y que desembocaría en la tremenda crisis del presente.

Dos factores pueden apuntarse como decisivos al respecto en la evolución que ha conducido hasta la actual sociedad de masas el incremento continuo de la democracia y la disolución de los principios culturales que aglutinaron al Occidente, dotándolo de unidad. Más que de dos factores independientes, se trata en realidad de dos aspectos íntimamente ligados del mismo proceso. Contemplémoslos por un momento.

Cuando se piensa en la cantidad de males que durante mucho tiempo se atribuyeron a la política de gabinete, a la diplomacia secreta, a la conducta incontrolada de príncipes absolutos, y se compara el espectáculo—quizás no demasiado brillante—del que, bajo tales príncipes, se llamó “concierto europeo” con el desconcierto en que cayó el mundo bajo el régimen democrático, hay materia bastante para muchas y muy amargas reflexiones. Se esperaba que la incorporación de las masas populares a los problemas de gobierno, llevando a la base de la población la conciencia y la responsabilidad del propio destino, pondría freno a la arbitrariedad del poder y anularía el efecto de las tentaciones personalistas, impidiendo las veleidades guerreras nacidas del orgullo, de la vanidad, del amor propio, de la ambición individual o de intereses inconfesables, la plena publicidad y los mecanismos electorales reducirían al mínimo el volumen de esa plaga, si no la eliminaban por completo.

Lejos de ser así, ocurrió todo lo contrario, conforme avanzó el principio democrático, las guerras, no mejor justificadas, se hicieron infinitamente más encarnizadas y crueles, desde las napoleónicas hasta la *Blitzkrieg* y la atómica; la arbitrariedad del poder alcanzó proporciones antes increíbles, y los intereses turbios, en lugar de verse cohibidos, se ostentaron con mayor cinismo y hasta triunfaron a veces con cierta aquiescencia muda por parte del público. Tanto la política interna como las relaciones internacionales fueron desprendiéndose cada vez más de normas y convenciones; las actuaciones de los gobernantes haciéndose cada vez más imprevisibles, sorpresivas e inseguras; el

mundo, más caótico. Y ¿quién era ahora el responsable de este caos? Sencilla, atterradoramente: ¡Nadie! Si antes se podía acusar a los príncipes, ahora la responsabilidad tenía que diluirse en la sospecha de sutiles potencias, ocultas y malvadas, de muy difícil identificación, o en el *¡Más eres tii!* dirigido al eventual adversario. Había desaparecido la relativa moderación que, en las viejas monarquías y sus gabinetes, estaba garantizada por la estabilidad misma del gobierno, cuyo único riesgo era la imprudencia; por la comunidad de los intereses dinásticos y la solidaridad de familia, por los principios culturales compartidos en una fuerte actitud conservadora. Aun el repudiado método de la negociación secreta, si es cierto que consentía el juego de intrigas y hasta su ejercicio como diversión y peligroso deporte, consentía también el empleo de matices, tanteos y cautelas, retrocesos y compromisos, que la publicidad veda, ya por demasiado sutiles, ya porque, a la luz del día, se hacen de todo punto insufribles las rozaduras del amor propio. Y sobre todo, el hecho de que, llegada la oportunidad, sea un monarca absoluto, asistido de un consejo íntimo, quien adopta la decisión, le da probabilidades de ser más meditada y calculada que las decisiones aprobadas por el voto de una multitud, en la atmósfera pasional de la discusión pública, multitud cada uno de cuyos miembros siente limitada y mínima la responsabilidad del acto que entre todos realizan. Mientras el príncipe ha de cargar sobre sus hombros hasta el fin con el paso moral de sus decisiones, el votante escurre el hombro, y echa la culpa a los mandatarios, o al partido cuya propaganda lo persuadió, de las desventuras derivadas de su acto soberano; de modo que decisiones de gravedad extrema responden a impulsos del humor, sin un estudio frío y demorado de las circunstancias ni cálculos de las consecuencias.

Todo esto se ha dicho incontables veces por los enemigos de la democracia; son viejos argumentos muy conocidos, contra los que siempre se podrá argüir que el sistema democrático de gobierno es tan sólo una forma racionalista de aristocracia, puesto que los gobernantes resultan de una selección orgánica operada a través de la competencia de capacidades y talentos, y que de hecho nunca es la multi-

tud de los menos dotados quien adopta las decisiones, sino el grupo cualificado que la representa. Y en efecto, durante el siglo pasado, incluso en el presente hasta llegar a 1914, y todavía hoy en las claudicantes supervivencias de Gran Bretaña, se encuentra combinada dentro del sistema democrático la publicidad con un cierto grado de reserva o aún secreto en cuanto a los actos de mayor responsabilidad, sin que el gobernante deje de echar al mismo tiempo una ojeada iniquita al cuerpo electoral. Pero no se trata de contraponer dos regímenes, y menos, de hacerlo para deducir la supuesta inferioridad de la democracia frente a la autocracia. Las condiciones de nuestro tiempo nos han distanciado mucho de tales discusiones doctrinarias de alcance formal, y la historia presenta, para que encuentren ejemplos todos los gustos, autocracias insoportables junto a otras benévolas, paternales y providentes; democracias tiránicas y corruptas junto a otras virtuosas, pacíficas, justicieras... En nuestra época, el avance de la democracia era un fenómeno que tenía necesidad ineluctable, ligado al despliegue del capitalismo, y —por otra parte— tan autónomo respecto de las formas institucionales que, a través de la organización constitucionalista, debía restablecer por su propio movimiento el régimen autocrático con el Estado totalitario que exacerba en una organización de masas la ideología nacionalista, bajo un caudillo popular.

*Del internacionalismo al nacionalismo proletario*

**P**ARA muchos —y hay que decir quienes: intelectuales burgueses adheridos a la causa del proletariado o simpatizando con ella en razón de principios— constituyó un terrible desengaño y una sorpresa el ver precipitarse a las masas populares en el nacionalismo. Lo ha sido, más que nada, porque esta conversión ideológica se producía al desmoronarse unas organizaciones sindicales de carácter internacional (aunque el engarce federativo supusiera ya un compromiso en cierto sentido), organizaciones que, en todo caso, profesaban el internacionalismo como programa, propugnado la unión del proletariado de todos los países

para destruir el poder de la burguesía, esto es: los Estados nacionales, que en cada uno de ellos lo oprimía. Sobre este punto, la clase obrera había planteado su lucha de modo correcto: la base internacional en que la emplazaba coincidía con los fundamentos de nuestra sociedad, es decir, de la civilización occidental, y con el cuadro de la economía capitalista. Romper el marco estrecho de los Estados nacionales y crear una estructura político-social de amplitud adecuada era la primera condición para una extensión civilizadora al resto del mundo llevada a cabo sin desgarramientos internos del Occidente. Pero, al mismo tiempo —ya lo hemos mostrado antes— la ideología adoptada por el proletariado como clase estereotipaba una situación social eminentemente transitoria, que él mismo había contribuido a alterar muy pronto, y que ahora prestaba un falso respaldo a su actuación. Cuando el momento de la prueba hubo llegado —y lo fué, sin duda alguna, agosto de 1914— el proletariado internacional retrocedió ante su tarea histórica. Pese a los aparentes triunfos políticos que le aguardaban tras de la guerra, a partir de ahí ya no actuará más como clase revolucionaria internacional; dividido en dos centrales políticas, una de ellas se aplicará a promover reformas sociales sobre base nacional que, dentro del capitalismo tardío, acelerarían la *masificación* de la sociedad; mientras que la otra inaugurará bajo el nombre de acción internacional el fenómeno de las “quintas columnas”, de los “caballos de Troya”, típico de la crisis en su fase álgida y prenuncio de la situación actual en que, a raíz de la segunda guerra mundial, los Estados nacionales se han convertido en cascarones vacíos, vinculándose la verdadera lealtad política a alguno de los grandes núcleos de poder que se disputan el reparto del mundo.

¿Por qué llegada la hora de la decisión, retrocedió el proletariado ante su tarea histórica y marchó a la guerra dividido bajo banderas nacionales? ¿Acaso porque, percibiendo el anacronismo de sus propios supuestos doctrinales, o mejor, las consecuencias de ese anacronismo, no tuvo convicción bastante, bastante claridad de conciencia para tomar a su cargo una organización económica delicada, cuya complejidad no cabía en el esquema de su ideología?

¿O acaso porque, no obstante su expreso y confeso internacionalismo, estaba penetrado de invencibles sentimientos nacionalistas? Es muy difícil calcular, ni siquiera por aproximación, los ingredientes que entran a componer un acontecimiento histórico, en el que siempre cuenta también una parte de azar; pero si se piensa que el obrero industrial irrumpe en la vida pública y asciende en la sociedad provisto de una ideología internacionalista y actuando en sindicatos internacionalmente federados, sí, mas dentro de una estructura política nacional a la que debe todos los demás elementos de su formación cultural sucinta, no parecerá demasiado raro que, por debajo de aquella ideología, se encuentren asentados los datos del nacionalismo, y eso con una simplificación pavorosa.

El burgués del siglo pasado insertaba el amor a la patria en el marco de valores espirituales de alcance universal, y dentro de ese marco podía deleitarse con la rica y jugosa variedad viviente de los paisajes, de las gentes, de los temperamentos, de las actitudes, de las costumbres y de las obras. Si al desvanecerse la fe en aquellos valores universales, los desteñidos sucesores de ese burgués han caído, acá y allá, y acullá, en una angustiada mística de la esencia nacional, cuando no en risibles deliquios folkloristas, ¿cómo podía esperarse que el obrero, cuya ideología, aun cuando rígida, estaba referida a la más inmediata realidad, ligada a las más inmediatas promesas, no aceptara una fe ingenua y torpe en los valores nacionales, substrato de su formación cultural, no bien esa ideología es desmentida por la realidad inmediata y pierde contacto con los hechos! Desacreditadas primero, luego rotas sus agrupaciones sindicales, acude pues a la seducción de una fraseología conocida y sencilla, sin fondo teórico que le exija esfuerzo alguno, y correspondiente a valores que él mismo adornó imaginativamente con los prestigios del poder y de la posición alta cuando los combatía desde su lucha clasista internacional. Ahora, confesándolos con el ardor del neófito, descansa de aquellos riesgos, de aquella tensión opositora, y se reviste con aquel prestigio, al mismo tiempo que se concede fáciles desquites. Pero, con ello, la democracia de masas se ha convertido en totalitarismo. Caen las instituciones del régimen

parlamentario liberal y se restablece la autocracia como sistema de gobierno. Esta nueva autocracia no será ya ejercida, sin embargo, por príncipes hereditarios, instruidos en normas tradicionales de moderación política y, sobre todo, curados de la avidez de una posición eminente que tienen desde la cuna, sino caudillos populares cuyo origen ilegítimo les impide sentirse nunca saturados de prerrogativas y que, apelando de continuo a la adhesión activa de las masas, acumulan poder con una sed hidrópica.

Ese proceso por el que se precipita el proletariado en las formas políticas de un cesarismo nacionalista —proceso más o menos avanzado según las circunstancias de cada país, pero que debe considerarse como el fenómeno característico de la época— se ha inaugurado en el lapso entre las dos guerras mundiales: todos los esfuerzos que durante ese período se realizaron para erigir una S. de N. que sacara al Occidente del pantano en que lo había dejado la falla del movimiento obrero tenían ya una base demasiado indecisa, como hecha de equívocos y de compromisos, para vencer a los intereses particulares que el engarce nacional del capitalismo había desarrollado. Este engarce, confirmado el modo más vigoroso en la guerra de 1914-18 (lo que equivale a decir: en una fase técnicamente muy avanzada del despliegue capitalista) implicaba la intervención creciente del Estado en la actividad económica, a partir del “socialismo de guerra” practicado durante la contienda. Los subsiguientes “avances del socialismo”, tanto como el corporativismo fascista, no hacían sino adelantar, bajo motivos ideológicos al parecer contradictorios, la organización totalitaria del Estado, que tenía que conducir, como en efecto condujo, a una nueva guerra. La calificación de *total* indica bien el grado de perfeccionamiento técnico con que ha sido hecha.

*El conservadurismo en el marasmo de postguerra*

MUCHAS esperanzas puso la gente en el desenlace de la segunda guerra mundial. Y en la medida en que sea razonable prometerse de la violencia resultados benéficos, era lícito pedir como fruto de tanto sacrificio algunas mejo-

ras, ya que no morales—pues eso sería pedir demasiado—por lo menos en orden a los dispositivos sociales que regulan y conforman la convivencia humana. Podía presumirse, por ejemplo, que siquiera los obstáculos de tipo estructural que se oponían a una organización del mundo acorde con la base económica y las condiciones técnicas de nuestra civilización occidental, esos siquiera, serían removidos. El conflicto se había planteado por la demanda de un nuevo orden mundial que Alemania intentaba fundar en su hegemonía, y no era presumible que, derrotada esta pretensión, se reincidiera, como un cuarto de siglo antes, en la restauración del equilibrio de poderes. Pero si es cierto que el sistema de los Estados soberanos ha hecho quiebra y que en lugar de su constelación se dibuja ahora la rivalidad de dos colosales imperios extraeuropeos disputándose el mundo, también lo es que siguen ahí los escombros de la vieja estructura, sin otra función que entorpecer cualquier desarrollo sano y multiplicar las dificultades y sufrimientos de una humanidad torturada.

Causa de que subsistan—y ello, en esa manera negativa—las formas institucionales de un orden político ya desaparecido en substancia, es el hecho de que su quiebra se ha producido por fuerza de necesidades técnicas, no a impulso de una voluntad cargada de sentido histórico y capaz, por lo tanto, de imprimir a los cambios operados una orientación espiritual. En verdad, pocas veces habrá asistido el hombre a cambios tan decisivos para su propio destino con una tal sensación de impotencia y—lo que es mucho peor—con una tan radical falta de ilusión. Ya antes de que la guerra terminase hubo buen cuidado en advertir a los ilusos que ella no tenía carácter ideológico. es decir, que no se estaba luchando por principios. Y apenas terminada, se vió que, en efecto, había el más decidido y general empeño en apuntalar todos los residuos de un pasado cuya funesta incongruencia la guerra misma había venido a demostrar. Los Daladier, los Blum, lázaros de su fracaso, reaparecieron y volvieron a moverse en la ciénaga política de Francia, como si nada hubiera ocurrido; la Santa Sede, cuyas simpatías fascistas y cuya indiferencia frente al dolor del mundo permitían suponerla muerta, es

sostenida en su posición internacional por las democracias anglosajonas de mayoría anticatólica, y dentro de Italia por el partido comunista; en fin, execrándolo como criatura de Hitler y Mussolini, los laboristas ingleses confirman el régimen de Franco, para asombro de él mismo. . .

Todo esto es demasiado para achacarlo a pura vocación de infamia. Habrá que atribuirlo más bien al marasmo que se produce fatalmente cuando, disuelta la sociedad humana en una masa amorfa, faltan aquellas tensiones internas que articulan las fuerzas sociales en movimientos de orientación espiritual. Sin esta orientación en valores ¿cómo puede haber un verdadero movimiento histórico? A lo sumo, se aglutinarán grupos neutros, vacíos, de todo contenido moral—partidos bizantinos, sólo diferentes en su color distintivo—destinados a canalizar la pugnacidad por vía de derivativo. En esta situación cabe aferrarse aún a los más extravagantes saldos, por simple horror al vacío.

Pero no es simple horror al vacío lo que hay detrás de esa actitud conservadora, ni los partidos en que se divide hoy la gente expresan una mera rivalidad deportiva, sino la lucha por el poder mundial entre los dos colosos que al salir de la guerra han quedado frente a frente. Para esa lucha, con su perspectiva de nueva guerra, no son desdeñables los remanentes de organización totalitaria que puedan conservarse, puesto que si el totalitarismo desemboca en la guerra, la guerra por su parte—en las condiciones técnicas del presente—requiere una organización totalitaria.

#### *Perspectivas inmediatas*

**A**L decir esto, ¿quiere acaso decirse que la situación presente no tenga otra salida sino el conflicto militar entre los dos grandes conglomerados políticos organizados respectivamente por los Estados Unidos y Rusia? Sólo quien se niegue a toda esperanza en el porvenir de la humanidad podrá admitirlo: ese conflicto, en cuyo curso peligraría la existencia misma del planeta, no dejaría en ningún caso de arruinar hasta la raíz de esta civilización que tan terrible cariz le presta. Aun cuando sea a la desesperada, ha de confiarse, pues, en que las actuales tensiones se disuelvan,

y termine por llegarse a una inteligencia que permita a los hombres convivir en el disfrute de los bienes adquiridos por su ingenio y acumulados a lo largo del multiseccular progreso técnico.

Insensato sería, no obstante, extender a tal punto la confianza en esa posibilidad tranquilizadora como para no temer a las perspectivas de los años próximos. De cualquier modo que las cosas evolucionen, y aun en el supuesto del más feliz futuro, aguarda a nuestro mundo, hasta alcanzar algún soportable reajuste, un interregno miserable, durante el cual fermentarán para hundirnos en la náusea (¡tal vez de su angustia deba surgir al fin la reforma moral capaz de promover ese reajuste!) los residuos todos del viejo orden, que han quedado ahí, abandonados, hediondos, y tanto más abominables cuanto que ya carecen por completo de sentido, de razón histórica. Bajo otros nombres, los mismos fenómenos del fascismo que afligieron a Europa en la entreguerra, amenazan ahora extender su delirio y exagerar sus aspectos grotescos, sus aspectos predatorios, sus aspectos sádicos, su oquedad mortal.

Y ello, por causas muy visibles. Hemos comenzado a vivir la etapa de integración de todos los territorios del globo alrededor de los dos núcleos de poder que se disputan su dominio y como esta integración pese a cambiantes slogans no se cumple en nombre de ningún principio que se dirija a la conciencia y convide a una participación moral sino en el nombre inconfesable del poder desnudo, con expresa renuncia a cualquier convicción ética de universal validez y eficacia, es claro que necesitará progresar bajo cuerda, dejando en pie, libradas a sí mismas y dueñas sin disputa del campo, a las tendencias situacionales que produjeron aquellos fenómenos, al mismo tiempo que se teje la unidad técnica perseguida e indispensable mediante vinculaciones económicas fundamentales que, dado el carácter complejo, abstracto y estatificado que hoy presenta la economía, deberán entablarse a través de las Administraciones públicas, regidas por grupos sociales dispuestos a la inevitable manipulación. A este tipo de gobiernos se les denominó durante la guerra, con el dramatismo a que obligaba la propaganda, "gobiernos-títeres", caracterización no me-

nos exacta desde el punto de vista internacional que la igualmente dramática de "gangsters" aplicada por razón de su tipo social a los gobernantes totalitarios.

Resulta, pues, que el proceso de integración alrededor de los grandes núcleos de poder avanza impulsado por la lógica interna de un desarrollo técnico que hace ya tiempo rebasara los marcos nacionales; pero, desasistido de toda justificación doctrinal, suele apoyarse en los mismos supuestos nacionalistas que en la práctica desmiente. De modo que, mientras se disipa y anula el último resto de autodeterminación para cada uno de los Estados menores, insisten sin cansancio en el tema de la soberanía los mismos grupos que, desde su gobierno, realizan la inexcusable operación de transvasar el poder decisivo hacia un centro extranacional. ¡No es raro que tales invocaciones tengan el inconfundible sonido de la vaciedad!

Así, las dos grandes potencias mundiales ajustan sus resortes para la eventualidad de un choque bélico moviendo a sus respectivas poblaciones con los consabidos lugares comunes del nacionalismo, los mismos lugares comunes de que se valen los gobernantes de los demás países para cumplir la acomodación a una o la otra de dichas grandes potencias (a cual, dependerá de circunstancias tan incommovibles como las geográficas, salvo —todavía— en la zona de fricción, convulsivamente disputada mediante una política internacional que utiliza con largueza las "quintas columnas").

#### *Las "revoluciones" de gangsters*

**¡GOBIERNO** de gangsters!: pocas veces una frase de intención injuriosa habrá atinado mejor a definir un fenómeno. Aquellas bandas que, a raíz de promulgada la llamada "ley seca", se constituyeron en los Estados Unidos para explotarla mediante su contravención, y que llegaron a ser lo bastante fuertes para enfrentar el aparato del Estado y tenerlo en jaque, ofrecen en efecto con su organización ilegal el más acabado punto de referencia para aclarar los rasgos de la organización que sostiene la política totalitaria. Autoridad indiscutida de un caudillo al que un halo mítico

rodea; fidelidad personal de los secuaces dentro de una estructura jerarquizada con *cliques* rivales; intrigas, pactos y zancadillas entre los segundones; apelación a un sentimentalismo popular de baja ley; alardes plebeyos, vilipendio de las normas y expreso desafío de las convenciones tradicionales; ausencia de todo escrúpulo, y una cínica falta de cualquier convicción, que consiente asumir en cualquier momento cualquier postura: la que al momento convenga, son algunos de esos rasgos.

Para que una de tales bandas llegue a apoderarse de un Estado se requiere una situación crítica como la descrita, en ella, un gobierno que responda a estamentos sociales más o menos firmes, ligado a convenciones, representante de intereses económicos constituidos, e informado por un sistema de creencias algo sólido, carecerá desde luego de la flexibilidad indispensable para promover aquellas transformaciones (*revoluciones* gustan de llamarles los totalitarios, aunque sean, como del régimen nazi se dijo, revoluciones del nihilismo) tendientes a salir del *impasse*. Cuando se ha llegado a un punto en que las condiciones técnicas—sobre todo, en el terreno de la economía—exigen romper el marco nacional, bien sea, como ocurrió en Italia, y luego en Alemania, para ensanchar la esfera del poder, bien sea, como parece característico de la etapa iniciada ahora en todo el mundo, para encuadrarse en una de las dos grandes centrales políticas surgidas de la guerra, encuentran su oportunidad organizaciones del tipo bosquejado, compuestas de hombres nuevos, procedentes en mucha parte de los bajos fondos sociales, no entorpecidos por prejuicios, ni escrúpulos, ni convicciones, no asociados entre sí con vistas a un programa objetivo, sino reunidos por la voluntad inquebrantable de adquirir de cualquier manera el poder público y compartir sus recursos. El éxito portentoso de estos equipos de gobierno radica precisamente en esa inquebrantable voluntad, a la que ningún bagaje tradicional pone rémora: toda clase de combinaciones, de actitudes, de adaptaciones, de cambios, de maniobras, de compromisos, les resulta factible.

Para arribar al poder buscarán el estribo de algún factor institucional desconcertado por la situación crítica

(su acceso es siempre por la vía del golpe de Estado); pero una vez allí se librarán de toda mediatización invocando el apoyo popular, compensando y eliminando con la gravitación de las masas la influencia de los elementos que le abrieron la puerta de la ciudadela. En cuanto a las masas mismas, no dejarán de responder en seguida al llamamiento. Mucho se ha hablado de la demagogia burda con que engañan al inocente pueblo estas autocracias, cuya propaganda mezcla sin sonrojo los más contradictorios motivos. Sería un error de intelectuales el exagerar la importancia de tal engaño. Por una parte, la mentalidad del demagogo coincide con la de las masas a que se dirige: apela a los sentimientos primarios de la multitud, los tensa en favor suyo; pero él mismo se excita con sus propios gritos, cae en su propia trampa. Y por otra parte, las masas le respaldan, no tanto en virtud del contenido de su propaganda, como al descubrir en su tono gárrulo las inflexiones familiares, testimonio de una afinidad fundamental. En definitiva, lo que une a demagogos y masas no son posibles razones, sino más bien el ademán, el gesto, la actitud pugnaz, la embriaguez de la comunidad vociferante.

Pero, aun siéndole igual en el fondo cualquier contenido ideológico, los nuevos poseedores del poder echarán mano con preferencia de los tópicos nacionalistas, mejor o peor aliados a reivindicaciones proletarias cuyos lemas significan un deslizamiento desde la filosofía social del marxismo hasta la manifestación sin ambages del puro resentimiento, compensando así los sentimientos de inferioridad mediante la identificación con los valores y símbolos patrióticos convencionalmente acatados. Tales tópicos reúnen a las ventajas de una bien asentada ortodoxia, halago de la pereza mental, la de promover la concordancia ideológica entre las masas, antes muy temidas, y los grupos sociales en que el equipo gobernante apoyó su golpe de Estado, grupos tradicionalmente afectos al nacionalismo.

El manejo inescrupuloso de todos esos motivos, reducidos a fórmulas de conveniente ambigüedad, y siempre huecas, verbalistas, permitirá cumplir ahora desde los puestos de mando la *revolución* postulada, consistente en expoliar a los sectores sociales que pudieran representar algu-

na resistencia conservadora, y en someter toda la actividad económica del país a la ordenación del Estado (lo que de hecho significa: su apropiación por el *gang* que dispone del gobierno sin limitaciones, y que se considera dueño de él a perpetuidad). ¿No está acaso en condiciones de introducir reformas tributarias que le permitan alterar la posición relativa de los diversos sectores de la población, reduciendo o arruinando a unos, vitalizando a otros, al mismo tiempo que con ello ensancha los cuadros de la Administración para alojar a sus cohortes y premiarlas con cargos públicos? ¿No posee la facultad de forzar el crédito y emitir moneda, volatilizand o ciertos valores a la vez que permite, por otro lado, inauditas especulaciones? ¿No es libre de contratar con otros Estados acerca de sus relaciones económicas? ¿No puede controlar y dirigir, mediante su oficina de cambios, mediante el régimen de contingentes y licencias, el movimiento de importación y exportación? ¿No se ha arrogado el poder de vigilar las industrias, prohibir éstas, limitar aquéllas, subvencionar aquellas otras, otorgar privilegios, denegar licencias, etc.? ¿No puede crear los monopolios que estime convenientes? Las reivindicaciones obreras, la política social, serán un buen señuelo para acelerar la fluidificación de la economía, acelerando el proceso inflacionista y llevando cada vez más a la disposición del poder público las claves de la vida económica. Los fines de autarquía que se postulan como condición de la soberanía nacional —soberanía económica!— justificarán por su lado las crecientes intervenciones autoritarias destinadas a completar el proceso estatificador.

De esta manera, la compleja textura de la economía nacional pierde toda espontaneidad, toda autonomía, y pasa a quedar coordinada y centralizada por el gobierno, es decir, bajo un puñado de hombres que —estado mayor de un partido, o banda de aventureros asociados para repartirse los beneficios del poder— carecen de raíz social independiente, de posición propia, y extraen toda su fuerza del aparato administrativo que detentan. Es frecuente oír escandalizadas críticas de la voracidad con que los dilatados séquitos de la autocracia utilizan para constituir y acrecer fortunas privadas el instrumento del Estado. Se menciona

menos —y es más grave— el hecho de que, sin necesidad de practicar ninguna conversión clandestina que derive los bienes hacia sus bolsillos, y por el simple resultado de su política económica, estos titulares del poder público dispongan sin tasa de toda la riqueza nacional; y así, se oye ponderar alguna vez la austeridad de autócratas que, habiendo borrado los límites entre el bien público y el privado, no procuran ni apetecen peculio, puesto que disponen a su arbitrio del país entero como de cosa propia. No sólo modifican autoritariamente el curso natural de los procesos económicos, sino que suprimen las bases jurídicas consuetudinarias y morales de toda normal economía, arruinando los supuestos psicológicos sobre que la correspondiente actividad descansa. El particular no puede contar en tales condiciones con una base de previsión para sus cálculos, pues el éxito de sus empresas no dependerá ya de su capacidad de organizador y gestor, o de su conocimiento de las condiciones del mercado adquirido en la experiencia de los negocios, sino de factores ajenos a la economía misma. Descorazonada la iniciativa productora, estimulado el espíritu de intriga en substitución del espíritu de empresa, emprendimientos a largo plazo y de gran magnitud serán desplazados por las operaciones rápidas e inconexas en busca de un lucro inmediato, súbito, contando con la connivencia oficial.

Y así, la vida económica se entrelaza de tal modo con la Administración pública, los negocios con las oficinas burocráticas, de tal modo los factores políticos dominan y absorben a los intereses económicos, que, en definitiva, toda la economía queda politizada, y toda la población del Estado se ve forzada a entrar en el mecanismo montado por el grupo gobernante, como en su tiempo debió engranar la actividad económica de los Estados Unidos con la organización de los gangsters, aunque ahora ya no parcial y transitoriamente, sino con la plenitud de que pueden ilustrar mejor que nada los mercados negros.

Entre tanto, el poder autocrático irá traspasando, bajo una apariencia de celosa soberanía, la clave de las decisiones fundamentales, a través de las redes de la organización técnico-económica, a la potencia mundial a que, por de-

terminación geográfica, deba incorporarse. Preciso es reconocer que tal integración resulta ineludible, y apenas deja opción a los países, dada la polarización de fuerzas surgida de la guerra. Mas como —según quedó explicado— no se tramita en virtud de libres movimientos de voluntad histórica revestidos de una justificación transcendente, sino por efecto de una ciega forzosidad técnica, al mismo tiempo que ineludible, resulta también inconfesable, y tiene que ser obra de la corrupción, consumada bajo el signo de la mentira. Por eso vemos llenárseles la boca de patriotismo, incansables en los desplantes nacionalistas, a quienes hacen del gobierno granjería, y provecho de la necesidad que obliga a ceder las decisiones últimas a uno de los dos centros rivales de poder mundial, —siendo de notar que, en aquellos Estados cuyo territorio se encuentra todavía en litigio, los partidos comunistas, empeñados en la integración de su país bajo el poder ruso, compiten con los partidarios de la integración en la órbita norteamericana en cuanto a grotescos alardes de un patriotismo nacionalista.

¿Podrá esperarse en este pantano, que sólo emite burbujas de mentira, de pestilente vaciedad, podrá esperarse salvación que no venga de las profundidades morales del hombre? Asfixiado en la radical verdad de su ser por la nada circundante, no se salvará sin una hondísima, vigorosa revolución moral. Pero, si ella se produce, podrá salvar, con el alma de cada uno, a la civilización en su conjunto, infundiéndole un nuevo sentido espiritual.

## LAS UNIVERSIDADES ARGENTINAS BAJO EL REGIMEN DE PERON

Por *Risieri FRONDI*ZI

**L**AS universidades iberoamericanas han contribuido, en forma activa, al desarrollo de "la historia como hazaña de la libertad". Más de un dictador, que vestía traje militar, ha terminado su gobierno despótico por la acción decidida de los universitarios. Ubico en Guatemala y Villaruel en Bolivia son los ejemplos más recientes. Y el proceso no terminará con ellos; otros generales tendrán que enfrentar el espíritu rebelde de nuestras universidades y la historia seguirá su camino, el camino de la libertad.

Lo anotado no es ninguna novedad para quien haya observado la evolución política en Iberoamérica; tampoco lo es para el General Perón. De ahí que se haya decidido a terminar con las universidades argentinas. Es cierto que la persecución a las universidades ha estado inspirada por odios personales, resentimientos en contra de la cultura, aspiraciones incontroladas de incapaces que veían en la expulsión en masa de profesores la única posibilidad para encaramarse en la cátedra universitaria. Pero esas y otras razones de la misma índole no hubieran bastado para explicar la destrucción de nuestras universidades. La fuerza moral de tales instituciones, su rebeldía frente a toda actitud despótica, la imposibilidad de ponerlas al servicio de la política contradictoria y deshonesta de un dictador, es la causa fundamental de su destrucción. Porque las universidades argentinas han sido destruidas en el doble plano de la realidad y del derecho. Sus mejores profesores —por su saber y su conducta— han sido separados. Pasa de un millar el número de catedráticos que han quedado fuera y han sido reemplazados por personas sin vocación ni competencia científica, inscritos apresuradamente en el partido oficial. De los que han quedado —por decisión de

Perón y de sí mismos—prefiero no hablar. Sus propios estudiantes ya los han calificado; los llaman “profesores residuales”.

El atropello no se ha dirigido tan sólo en contra de las personas que constituían la Universidad: autoridades, profesores y estudiantes. Ha ido más allá pues ha terminado con las disposiciones legales que garantizaban la autonomía universitaria, la libertad de cátedra y el respeto a profesores y estudiantes. Una nueva ley, de evidente inspiración totalitaria, rige las universidades argentinas desde el 1º de enero de 1948.

En lo que sigue, deseo hacer una breve historia de la desintegración de las universidades argentinas a base de cifras, hechos y textos legales, para que el lector pueda formarse por sí mismo una idea de esta desdichada etapa de la vida cultural y política argentina.

A partir del movimiento llamado la “reforma universitaria” que se produjo en Córdoba en 1918 —y que se extendió muy pronto a las demás universidades del país y también a muchas otras de Iberoamérica— las universidades argentinas rompieron con los moldes coloniales e iniciaron una etapa de progreso inspirada en modernas ideas pedagógicas y políticas. Se logró desalojar el nepotismo de las universidades, introducir nuevas ideas y métodos, modernizar los planes de estudios y programas, y dar mayor eficiencia a la enseñanza. Se organizaron cursos libres, seminarios, institutos de investigación. Las bibliotecas y laboratorios mejoraron rápidamente, las cátedras fueron provistas por concurso y se contrataron numerosos profesores europeos que aportaron su experiencia de investigadores consagrados a la formación de un denso clima cultural.

En los últimos treinta años, las universidades argentinas duplicaron su número. A las ya existentes de Córdoba, Buenos Aires y La Plata, se agregaron la del Litoral en 1919, la de Tucumán en 1922 y la de Cuyo en 1938. Tanto las antiguas como las nuevas universidades adquirieron justificado prestigio por el rápido mejoramiento de la la-

bor docente y por la seriedad de la formación científica y las publicaciones de sus profesores.

Con todo, muy lejos se estaba de haber alcanzado la etapa que pudiera satisfacer a quienes trabajan, callada pero intensamente, por su engrandecimiento en aulas, laboratorios y bibliotecas. Esa insatisfacción está documentada en las actas y resoluciones de numerosos congresos de profesores y estudiantes, en varios proyectos de leyes elaborados por profesores universitarios, en libros y artículos y aun en las actas de los consejos superiores y directivos de las distintas universidades. Justamente esa insatisfacción traducía el grado de madurez cultural que se había alcanzado y el sincero deseo de mejorar las universidades que tenía la mayoría de sus profesores y estudiantes.

La etapa alcanzada no satisfacía pero el progreso era evidente. Más aún, se estaba en la buena ruta. Todo lo demás —en un proceso sin fin de mejoramiento— llegaría a su tiempo si se persistía en el esfuerzo y se continuaba trabajando con la sinceridad y el entusiasmo con que se había comenzado. Un clima cultural y de genuina investigación científica no puede improvisarse; sólo un esfuerzo constante y bien orientado puede formarlos en muchos años de labor inteligente, honesta y silenciosa. Que se estaba en los comienzos de la buena ruta puede comprobarlo quien se tome el trabajo de comparar cualquier aspecto de la vida universitaria de los últimos quince con el período anterior o con el que se inicia con la "revolución" de 1943. La comparación de las publicaciones realizadas, por ejemplo, permite formarse una idea clara y objetiva de lo que era y de lo que es la universidad argentina.

La revolución del 4 de junio de 1943 pone el gobierno del país en manos de un grupo de militares que encabezaba el entonces coronel Perón y que constituía una logia denominada G. O. U. (Grupo Oficiales Unidos). El Presidente Ramírez y el General Farrell, que le sucedió, no fueron sino "mascarones de proa" como los llamó Sergio Bagú.<sup>1</sup> Los militares que habían puesto fin a un gobierno corrompido y fraudulento e iniciaban uno de confesado

<sup>1</sup> Sobre la naturaleza y significación del proceso político que se inicia con la revolución y culmina con la elección de Perón, véase el artículo de SERGIO BAGÚ publicado en esta misma revista en su

carácter nazi,<sup>2</sup> vieron en la Universidad un baluarte de resistencia a sus veleidades totalitarias.

#### EL GOBIERNO "DE FACTO" Y LAS UNIVERSIDADES

EN octubre de 1943, tres meses después de producida la revolución, numerosos profesores firmaron —conjuntamente con políticos, industriales, comerciantes, artistas y hombres representativos de las distintas actividades del país— un respetuoso manifiesto pidiendo "democracia efectiva y solidaridad americana". El gobierno, que veía en la democracia a su mayor enemigo y en la ruptura de la unidad americana un modo de ayudar a Hitler, resolvió expulsar de sus cátedras a la totalidad de los firmantes en un decreto que, por la pasión mezquina que lo inspiraba y los bajos insultos que hacían las funciones de los clásicos "considerandos", contrastaba con la serenidad y patrióticos propósitos del manifiesto. Entre los profesores separados en forma ilegal e insultante, se encontraba el Dr. Bernardo Houssay, premio Nobel de fisiología y orgullo de la ciencia argentina, que no pertenece, como la mayoría de sus colegas, a ningún partido político.

La expulsión conjunta de un sector muy importante del profesorado, sin formarse ningún sumario y en abierta violación al Art. 3º de la ley universitaria en vigencia, no

No. 3, mayo-junio, de 1946 bajo el título de *Argentina, una realidad revolucionaria*.

<sup>2</sup> Recuérdese que en 1943 los hombres que tomaron el gobierno, incluyendo el Coronel Perón, no sólo expresaban públicamente su simpatía por Hitler y su régimen, sino que lo ayudaban en forma abierta. Tal actitud aisló a la Argentina de los demás países americanos y le dió fama de "nazi" en todo el Continente, y en especial en los Estados Unidos, como pude comprobarlo personalmente. Por razones fáciles de comprender, el pueblo argentino se ha liberado de tan injustificada reputación. Lo que no se sabe —o mejor dicho, se sabe pero no se dice— es por qué razón el *gobierno* argentino ha perdido la fama de nazi que tenía ante el Departamento de Estado, justamente en momentos en que Perón inicia la aplicación de un vasto plan totalitario y armamentista. En países de clara inspiración democrática, como Venezuela, México, Guatemala, etc., el nombre de Perón continúa asociándose al de Franco y Trujillo.

logró el efecto intimidatorio que se habían propuesto las autoridades. Por el contrario, tal arbitrariedad fortaleció el espíritu de lucha de profesores y estudiantes al ponerse de manifiesto la clase de enemigos que tendrían que enfrentar las universidades en un futuro cercano.

El poco efecto intimidatorio de la medida, movió al gobierno a intervenir, en diciembre del mismo año, a cinco universidades, alegándose pretextos tan variados como inconsistentes. La única universidad que no se intervino fué la de La Plata, cuyo gobierno cayó en manos, por sucesivas renunciaciones de las legítimas autoridades, de un hombre que se puso de inmediato bajo las órdenes directas del gobierno "de facto" y que no ocultó sus simpatías por los regímenes totalitarios.

Durante esta primera intervención de las universidades, los profesores democráticos fueron perseguidos y algunos de ellos declarados cesantes. Los estudiantes, a su vez, no tuvieron mejor suerte. La Federación Universitaria Argentina —que agrupa a más de cuarenta mil estudiantes— fué declarada ilegal, por un decreto del Ministro Gustavo Martínez Zuviría, y sus miembros perseguidos por la policía. Igual suerte corrieron las Federaciones de las seis universidades que de ella dependen y los respectivos Centros estudiantiles de las Facultades. Los mítines fueron disueltos a balazos y no faltaron algunos estudiantes muertos y muchos heridos. La mayoría de los dirigentes fueron encarcelados y hubo momentos en que había más de mil estudiantes en las cárceles del país. Conocí personalmente a estudiantes de la Universidad de Tucumán que fueron torturados bajo el gobierno del Dr. Alberto Baldrich, a quien, después de tales torturas, se nombró Ministro de Instrucción Pública. En la actualidad es miembro de la Cámara Civil de Buenos Aires.

Para captar el sentido de este primer momento de la política argentina —y en particular del tratamiento que se daba a las universidades— hay que recordar que entonces el gobierno continuaba creyendo en el triunfo de Hitler y sus satélites. Las instituciones y personas democráticas eran sistemáticamente perseguidas. Y no es un secreto para nadie que la mayoría de los profesores y estu-

diantes eran democráticos y estaban a favor de las fuerzas que combatían el totalitarismo.

El convencimiento en el triunfo de Hitler fué desvaneciéndose poco a poco a medida que avanzaban los ejércitos aliados. Desde entonces la política argentina, tanto en el orden interno como en el internacional, es el resultado de las dos fuerzas opuestas que dan al gobierno una marcha tortuosa y contradictoria. Una de las fuerzas era el nazismo que perduraba en el espíritu de los gobernantes que no podían desprenderse en forma precipitada de su formación totalitaria y de la fe que habían depositado en los "ejércitos invencibles de Hitler". La otra fuerza era la que tenía su origen en la realidad del desarrollo de la guerra y, por consiguiente, crecía a medida que avanzaban los ejércitos aliados. La revolución comenzó con un carácter abiertamente nazi, tanto en lo interno como lo internacional; pero a fines de 1943 la segunda fuerza superaba a la primera y el gobierno se decidió a romper relaciones con Alemania y Japón. Se alegó el irrisorio pretexto de haberse "descubierto" una red de espionaje nazi que hacía años que existía con el consentimiento del gobierno de Castillo primero y de Ramírez después.

Este sentido de vaivén de la política argentina se revela con claridad cuando el propio Presidente Ramírez paga con su destitución la firma del decreto de ruptura de relaciones con las potencias del Eje, al ser obligado, por el grupo filo-nazi que dirigían los entonces coroneles Perón y Abalos, a entregar el gobierno al General Farrell, hombre mejor dispuesto aún que el anterior a servir de pantalla de los planes del grupo aludido.

Otro hecho bastaría por sí solo para mostrar el sentido contradictorio de la política argentina; la lucha de las dos fuerzas señaladas. Cuando el gobierno argentino se alió —tardíamente y por razones que estaban en desacuerdo con nuestra tradición y espíritu democrático y generoso— a los pueblos que combatían al régimen de Hitler, continuó, sin embargo, prohibiéndose la celebración de las victorias aliadas. Y nuestra única contribución en sangre, en esta guerra que conmovió al mundo, fué la que derramaron inocentes ciudadanos baleados por la policía de la

ciudad de Buenos Aires cuando intentaban celebrar, en forma pacífica, la entrada de las fuerzas aliadas en Berlín.

En el orden universitario, la simpatía que sentían las autoridades por la causa de Hitler se pone de manifiesto en un decreto del Interventor de la Universidad de Tucumán, Dr. Santiago de Estrada, en enero de 1944, en el que se repudia la ruptura de relaciones con Alemania y Japón y se ordena se coloque un crespón a la bandera argentina. El decreto llegó a cumplirse y la bandera fué izada, en el edificio central de la Universidad, con su correspondiente crespón en señal de duelo nacional. Los demás interventores no tuvieron la entereza necesaria para tomar una medida semejante pero sus palabras y sus actos de gobierno revelan que abrigaban sentimientos similares a los del Dr. Estrada. Por otra parte, la restitución del Dr. Estrada a un importante cargo de la magistratura de Buenos Aires prueba que su decreto interpretaba también los sentimientos íntimos del gobierno "de facto".

Embarcado en una política de acercamiento a las potencias aliadas, de cuyo triunfo ya no se podía dudar, el gobierno resuelve dar por terminadas las intervenciones a las distintas universidades y convocar a elecciones de acuerdo a los respectivos estatutos. Reincorpora, al mismo tiempo, a los profesores que había declarado cesantes en octubre de 1943 y reconoce de nuevo la legalidad de la Federación Universitaria Argentina.

Con motivo de la elección de autoridades púsose nuevamente de manifiesto el espíritu francamente democrático de profesores y estudiantes: en ninguna de las seis universidades pudo prosperar —a pesar de la presión del gobierno— la menor candidatura de un hombre de tendencia totalitaria o que estuviera dispuesto a servir los intereses del gobierno "de facto". En algunas de ellas fueron elegidas, por abrumadora mayoría de votos, las mismas autoridades que habían cesado con motivo de la intervención del Poder Ejecutivo.

La libre elección de sus propias autoridades —según lo disponía la ley Avellaneda y los respectivos Estatutos— permitió retomar la ruta de la libertad de cátedra, de respeto al profesor, consideración al estudiante y eficiencia y honestidad en la vida universitaria. Los trastornos produ-

cidos por un año de vida bajo amenazas, persecuciones y espionaje, fueron prontamente reparados por las nuevas autoridades—que interpretaban el sentimiento de profesores y estudiantes libremente expresado— y las intervenciones quedaron como un ejemplo vivo del fracaso de un régimen de gobierno de inspiración totalitaria e impuesto en contra de la voluntad de catedráticos y alumnos.

La devolución a las universidades de su régimen autónomo que le reconocía la ley y el levantamiento del “estado de sitio”, que hacía ya años que imperaba, alentó la esperanza de que el gobierno se hubiera decidido, al fin, por ajustarse a la ley y encauzar la vida institucional por las normas de la Constitución Nacional y las respectivas leyes vigentes. Pero tal creencia fué una vana y pasajera ilusión. El gobierno se había propuesto legalizar la dictadura—por el prestigio que había adquirido la democracia en los campos de batalla— y comenzó a montar la “máquina electoral” en favor del candidato oficial, Coronel Perón. Este había tomado, desde un principio, posiciones estratégicas en un gobierno que dirigía con mano de titiritero. De la Sub-secretaría de Guerra, que ocupó en un comienzo, conjuntamente con la Secretaría de Trabajo y Previsión, pasó al Ministro de Guerra en reemplazo del General Farrell, y de ahí a Vice-Presidente de la República también en reemplazo del mismo General.

La ilusión de reencauzamiento institucional sufrió un golpe definitivo al imponerse de nuevo el “estado de sitio”—que implica de hecho y de derecho la suspensión de las garantías constitucionales— y encarcelarse sin razón a la totalidad de rectores y decanos de las seis universidades. Desde ese momento el gobierno se quitó la máscara de la legalidad y la prescindencia. Ocupó el Ministerio del Interior, que tiene en sus manos todos los resortes políticos del país, el actual Vice-Presidente de la República Dr. Quijano; las arcas del Estado pusiéronse a disposición del candidato oficial; la prensa fué amordazada; los dirigentes de los partidos de la oposición y de los sindicatos libres encarcelados; y los mítines disueltos a tiros por la policía.

Las elecciones se realizaron cuando el gobierno creyó que tenía asegurado el triunfo de su candidato. De la supuesta libertad de tal elección podrá juzgar el lector des-

pués de saber que la totalidad de la campaña electoral se efectuó bajo el "estado de sitio", que se levantó tan sólo el mismo día de la elección y por el término de doce horas, y al solo efecto de dar la ilusión de una jornada libre. Ilusión solamente, porque bajo el "estado de sitio" quedan suspendidas las garantías individuales y el gobierno puede encarcelar a quien desee sin que prospere ningún recurso de *habeas corpus*. Y como el estado de sitio se reimplantó a las seis de la tarde del mismo día de la elección, el gobierno pudo mantener en la cárcel a todo opositor que le molestara.

En cuanto a la conexión de las personas elegidas con las autoridades que se suponía debían presidir elecciones libres, baste recordar al actual Presidente que fué Ministro de Guerra, Secretario de Trabajo y Previsión y Vice-Presidente en el gobierno "de facto"; al actual Vice-Presidente que fué Ministro del Interior; al actual Ministro de Guerra que fué Ministro de Guerra en momentos de la elección y quien confirió el grado de General a Perón después de habérsele concedido su retiro del ejército. Sin contar otros ministros que pasaron del Gabinete a senadurías y diputaciones nacionales—como Tessaire, Benítez, etc.—o de militares que ocupaban posiciones estratégicas y que fueron elegidos para los gobiernos de provincia.

#### INTERVENCION DE LA TOTALIDAD DE LAS UNIVERSIDADES

**E**L gobierno había advertido, desde un principio, que las universidades representaban una fuerza opositora en potencia que podía unirse en cualquier momento a la opinión sana del país, a los sindicatos libres, a la prensa no controlada, a la gente honesta que quería salir de una vez por todas de un régimen dictatorial y oprobioso. Y por la naturaleza misma de la institución y por la gran cantidad de profesores y estudiantes democráticos que la constituían, la universidad se convirtió efectivamente en una fuerza opositora. No se crea que se trataba de una militancia política. En ningún momento la Universidad participó en la lucha política, mostrando predilección por

candidato alguno. Lo único que hizo fué defender las instituciones democráticas y pedir la aplicación estricta de la Constitución y de las leyes en vigencia. Y como el gobierno quería poner las instituciones y las leyes al servicio de sus intereses y de sus planes, vió grandes enemigos en los universitarios.<sup>3</sup>

El triunfo del candidato oficial en las elecciones del 24 de febrero de 1946 implica el comienzo de una oscura y desdichada etapa de la vida universitaria argentina.<sup>4</sup> Las universidades nacionales—lo mismo que muchas instituciones particulares de carácter cultural, benéfico o profesional—pagaron con posterioridad a esa fecha el “delito de no haberse doblegado a la voluntad de la dictadura.”<sup>5</sup>

Los legisladores peronistas elegidos el 24 de febrero se dirigieron al Presidente Farrell en forma oficial, antes de que se constituyeran las Cámaras, solicitando la inmediata intervención de las seis universidades del país. Y como el pedido estaba respaldado por el Coronel Perón el gobierno “de facto” encontró pretextos “originales” para intervenir nuevamente instituciones que hacía un año que habían recuperado su autonomía por decisión del mismo gobierno. El día 2 de mayo el General Farrell decretó, sin que ninguna ley lo autorizara, la caducidad de las autoridades legal y libremente elegidas poco antes y su substitución por seis “interventores” que representaban oficialmente la voluntad del gobierno. Fácil es advertir que no sólo el decreto de intervención sino también las personas escogidas como interventores tenían el consentimiento del Presidente

<sup>3</sup> Recuérdese que las declaraciones de las universidades fueron anteriores al llamado a elecciones y lo único que se pedía era, justamente, que se llamara a elecciones de acuerdo a lo que prescribía la Constitución Nacional y la Ley electoral en vigencia.

<sup>4</sup> La gran mayoría obtenida por Perón en las cámaras nacionales y gobiernos de provincia se debió más que nada a un sistema electoral que le favoreció. En el cómputo final obtuvo el 55% de los votos y el Dr. Tamborini el 45%, a pesar de la falta de garantías, la presión oficial, la censura y la obra demagógica realizada con dineros del Estado.

<sup>5</sup> El gobierno no sólo atacó a las autoridades y profesores universitarios sino también a los estudiantes. El peronismo es responsable de una leyenda que apareció escrita profusamente en todo el país y que decía: “Haga Patria, mate un estudiante”.

electo pues al asumir éste sus funciones confirmó a tales personas en sus cargos.

Resulta ocioso destacar la gravedad de la medida tomada. No se trataba tan sólo de un decreto insólito, por ser la primera vez que se intervenía la totalidad de las universidades, sino de un paso decisivo hacia la destrucción de tales instituciones. En efecto, muy pronto se habló de la expulsión en masa de los profesores democráticos y de la reforma del régimen legal de las universidades. Esta última medida significaba la realización, en el orden universitario, de lo que acababa de llevarse a cabo en el orden nacional: legalización de un régimen dictatorial donde la norma jurídica debía coincidir con la voluntad arbitraria de un jefe.<sup>6</sup>

Ambos temores se cumplieron. La expulsión de los profesores precedió a la reforma de la ley quizá por impacientes deseos de venganza o para realizar la reforma ante el silencio cómplice de los profesores que quedaban y el aplauso de los nuevos que sustituían a los expulsados.

#### *EXPULSION EN MASA DE LOS PROFESORES DEMOCRATICOS*

**L**A totalidad de las universidades argentinas fueron intervenidas el 2 de mayo de 1946. El 4 de junio asumió la presidencia de la República el General Perón. Trans-

<sup>6</sup> Dicen algunos historiadores que los hechos del pasado adquieren sentido a la luz de hechos ulteriores. Esta tendencia a la legalización de la voluntad arbitraria y soberana del jefe se ve con claridad en una disposición reciente del partido peronista. En diciembre de 1947, la Asamblea del partido dispuso otorgar al General Perón el derecho de vetar cualquier resolución que tome la Asamblea o el Comité Ejecutivo del partido. Y como las personas que aprobaron tan "democrática" resolución son las mismas que forman la mayoría del Congreso Nacional, no se está muy lejos de conferir al actual Presidente "la suma del poder público" que tenía el tirano Rosas y que la Constitución repudia expresamente. Y si no se llega a tal extremo legal es porque no se necesita, pues el General Perón posee, de hecho, tales atribuciones al haber dado su consentimiento para que se eligiera cada uno de los legisladores y haber designado personalmente la totalidad de miembros de la Suprema Corte de Justicia después de haber hecho expulsar a sus anteriores miembros porque no reconocieron la legalidad de sus "decretos leyes".

currieron cinco meses sin que se produjeran novedades importantes. Resulta ahora fácil advertir que durante tal periodo el gobierno estaba preparando un plan de ataque a las universidades. En ese plan figuraba en primer término, como dijimos, la expulsión en masa de los profesores democráticos. Comenzó la aplicación del plan con un espíritu legalista. Así, por ejemplo, el Estatuto de la Universidad de Buenos Aires fijaba en 65 años la edad máxima para el ejercicio de la cátedra; los profesores que pasaran de esa edad necesitaban un acuerdo especial del Consejo Directivo para continuar al frente de las mismas. Ahora bien; había varios profesores mayores de 60 años pero que aún no habían alcanzado los 65 fijados por el Estatuto, que el gobierno deseaba alejar de la cátedra universitaria. Para ello modificó por decreto la disposición citada rebajando de 65 a 60 el límite máximo y obligando a tales profesores a renunciar. Una de las víctimas de esta maniobra deshonesta, que privaba a la Universidad de Buenos Aires de un grupo de excelentes profesores, fué el Dr. Bernardo Houssay, quien al año de haberse visto obligado a abandonar su cátedra y con ella la dirección del Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina, recibió la consagración del Premio Nobel.

Pero esto era tan sólo el comienzo del plan. De una arbitrariedad encubierta por disposiciones legales se pasó al atropello desenfrenado de personas y textos legales. Y en menos de dos meses—octubre y noviembre de 1946—la cifra de profesores exonerados, declarados cesantes, obligados a renunciar o que renunciaron como acto de solidaridad con sus colegas llegó a la increíble cifra de mil profesores universitarios.<sup>7</sup> Los argumentos invocados para declarar cesantes a tal número de profesores cubrieron toda la gama que va desde pretendidas razones legales hasta el reconocimiento liso y llano de que se los declaraba ce-

<sup>7</sup> Durante los últimos meses del año 1946, la arbitrariedad alcanzó un nivel tan elevado que invadió la zona de lo ridículo. Ante las numerosas renunciaciones de los profesores que consideraban incompatible el ejercicio de la cátedra con principios elementales de dignidad personal y universitaria, el Interventor de la Universidad del Litoral suscribió un decreto que prohibía a los profesores presentar su renuncia. La gente esperaba de un día para otro que apareciera un decreto que prohibiese suicidarse.

santes por ser "enemigos del gobierno". El autor de este artículo fué declarado cesante dos veces, aunque parezca mentira, en el breve plazo de un mes, y sin que mediara reincorporación alguna que justificara su segunda cesantía. La primera vez fué separado por no concurrir un día a dar su clase (*sic*). Tal medida se tomó a pesar de haberse dado el correspondiente aviso de inasistencia y de tratarse de un profesor que en los últimos tres años no había faltado más de cinco veces. Un mes más tarde fué nuevamente declarado cesante, por un interventor transitorio, por haber votado, en calidad de Miembro del Consejo Superior, en favor de un respetuoso pedido al gobierno "de facto" de aplicación de las disposiciones constitucionales. En tal decreto de cesantía se incluía al Rector de la Universidad y a cinco Miembros del Consejo Superior. No se incluía, por cierto, al propio Interventor de la Universidad, Dr. Horacio Descole, quien también había votado en favor de la misma resolución como miembro del Consejo. La razón es obvia: mientras los profesores cesantes mantuvieron sus puntos de vista en defensa de los preceptos constitucionales aun después del triunfo de Perón, el Dr. Descole se inscribió en el partido oficial exactamente veinte días después de haberse terminado el escrutinio que consagraba al actual Presidente.

Para no fatigar la atención del lector omitiré comentar otros argumentos "originales" invocados para separar a los profesores. Quiero tan sólo agregar que todos los profesores cesantes habían obtenido sus cátedras por concurso de oposición y de acuerdo a las disposiciones de la ley y los Estatutos universitarios. Tal ley, que lleva el N° 1597 y que fué sancionada en el siglo pasado, establece el procedimiento a seguir en caso de separación de profesores. Los motivos que podían dar lugar a separación estaban fijados, a su vez, en los respectivos Estatutos y eran, por lo general cinco: condenación criminal, inconducta, incompetencia, inasistencia reiterada y aceptación de empleos incompatibles con el cargo. El procedimiento estaba fijado por el Art. 3° de la citada ley nacional que decía: "La destitución de profesores se hará por el Poder Ejecutivo, a propuesta de las Facultades respectivas". ¿Necesito agregar, después de los antecedentes ofrecidos, que las Facul-

tades no propusieron destitución alguna y que el Poder Ejecutivo tampoco aprobó ninguna medida? ¿Y que, salvo contadas excepciones, ninguna de las cinco causales de destitución fueron invocadas en los respectivos decretos de cesantía?

Sorprenderá al lector que no conozca la naturaleza de "la nueva conciencia en marcha" que el Poder Ejecutivo no haya firmado una sola cesantía, mientras ordenaba a sus interventores las separaciones que comentamos. Pero es así. El actual gobierno se ha caracterizado por obrar exactamente al revés de lo que predica. Entre la literatura oficial y los actos reales de gobierno hay una diferencia tan grande que parecerían inspirados por mentes distintas.<sup>8</sup> El público ya lo sabe. Por eso cuando se inicia una campaña en contra de lo que el propio Presidente llama "imperialismo yanqui" la gente sospecha con fundamento que se ha decidido otorgar a alguna compañía norteamericana una concesión que va en contra de los intereses nacionales. El último contraste, en este sentido, fué el discurso del Presidente en favor de la paz en momentos en que enviaba al Congreso, para su aprobación, un proyecto de presupuesto en el que las cifras destinadas a las fuerzas armadas ascendían a un monto diez veces mayor que el que tenían cuando se produjo la revolución.

Las cesantías decretadas por orden de la "Secretaría Política de la Presidencia", pero sin el consentimiento legal del Señor Presidente, conjuntamente con los alejamientos "voluntarios" privaron a las universidades argentinas, en el breve plazo de tres meses, de 1,250 profesores. La Universidad de Buenos Aires perdió 148 profesores; Córdoba

<sup>8</sup> Así, por ejemplo, las declaraciones del Presidente en favor de la libertad de prensa aparecieron poco antes de que la Policía Municipal de Buenos Aires dispusiera, el 27 de agosto del año pasado, la clausura del periódico oficial del Partido Socialista "La Vanguardia" que tiene un tiraje de doscientos cincuenta mil ejemplares. Las razones de la clausura merecen figurar en la "Antología de la arbitrariedad legalizada". En efecto, después de veintidós años de funcionamiento en el mismo local, "La Vanguardia" fué clausurada porque "las tareas de impresión y de distribución de periódicos, revistas, libros y folletos que realiza, acarrea serias molestias a los vecinos". Por razones similares fueron clausurados muchos otros periódicos de la oposición.

333; La Plata 245; Litoral 433; Tucumán 57, y Cuyo 37.<sup>9</sup> Este número equivale al 70% de la totalidad del profesorado universitario argentino. En algunas Facultades —como la de Ciencias Médicas del Litoral— la nómina comprende la casi totalidad del personal docente y de investigación: 339 personas quedaron fuera de sus cargos. La falta casi total de profesores impidió, en algunos casos, formar los tribunales encargados de examinar a los alumnos a fin de curso. Entre las personas separadas de sus cátedras figura lo más destacado de la ciencia, las letras y la cultura argentina, muchos de ellos con más de veinte años de servicio.<sup>10</sup> Y no sólo fueron separados los profesores argentinos; también los extranjeros democráticos tuvieron que pagar con el alejamiento de la cátedra el “pecado” de poseer una conciencia insobornable.<sup>11</sup>

#### LA NUEVA LEY UNIVERSITARIA

LA cesantía en masa de los profesores satisfacía mezzquinos resentimientos personales y abría vacantes a la insaciable masa peronista. Pero sus jefes no se declaraban satisfechos; querían ir más allá. El General Perón lo dijo claramente en su lenguaje demagógico que todo argentino

<sup>9</sup> Tomado del folleto titulado *Avasallamiento de la Universidad Argentina* (Buenos Aires, 1947) publicado por la “Federación de Agrupaciones para la defensa y progreso de la Universidad democrática y autónoma”, en el que se dan los nombres de los profesores separados y renunciantes con especificación de la cátedra o cargo que desempeñaban y Facultades a que pertenecían. En tal nómina se han omitido involuntariamente algunos nombres y no se incluyen las cesantías del año 1947 ni los que se refieren a instituciones de enseñanza ajenas a las universidades.

<sup>10</sup> La nómina incluye nombres de prestigio internacional como Bernardo Houssay, Ricardo Rojas, Gumersindo Sayago, Mariano R. Castex, Francisco Romero, Alejandro Ceballos, Josué Gollán (h) y otros cientos de universitarios que enorgullecen la ciencia y la cultura argentina. Ver nómina completa en el folleto citado en la nota anterior.

<sup>11</sup> Entre ellos figura el Dr. Amado Alonso, que durante veinte años realizó una obra ejemplar al frente del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires y que fué declarado cesante sin que mediara ningún sumario ni acusación concreta; en la actualidad es

comprende sin necesidad de diccionario. En uno de sus tantos discursos afirmó que había que "organizar las Universidades de tal modo que fuera imposible que pudieran levantarse de nuevo en contra del pueblo". Como "el pueblo" equivale al partido peronista que tiene un jefe, un Führer, un amo indiscutido —como vimos en la nota (6) de la pág. 50—, se temió de inmediato que se reformara el régimen legal para poner las universidades al servicio del Presidente. No se temía, por cierto, la reforma de la ley sino el carácter que iba a tener tal reforma. La mayoría de los universitarios comprendían la necesidad de reformar una ley que había sido sancionada a fines del siglo pasado y cuando no existían más que dos universidades, la de Buenos Aires y la de Córdoba. Pero había que reformarla para consolidar los principios en ella establecidos de autonomía universitaria, libertad de cátedra, etc., e incorporar otros principios consagrados por la teoría y la experiencia propia y de las universidades europeas y norteamericanas.<sup>12</sup> Lo que se temía era que la reforma pusiera a las universidades —lo que sucedió en efecto— bajo el control directo del Presidente de la República para usarlas como una dependencia más al servicio de sus intereses políticos.

En la "exposición de motivos" del proyecto de ley universitaria enviado por Perón al Congreso de la Nación, con fecha 21 de octubre de 1946, y que forma parte del llamado "Plan Quinquenal", se citan las palabras del Presidente, afirmándose en el punto primero que la "elección de autoridades debe realizarse en tal forma que no represente un

---

Jefe del Departamento de Español de la Universidad de Harvard. Otros, como el conocido penalista español Luis Fernández de Asúa, tuvieron que alejarse por no poder continuar tolerando tantos atropellos a leyes y personas.

<sup>12</sup> El propio autor de este artículo participó activamente en la redacción de las bases de un proyecto de ley universitaria, en su carácter de Presidente del Centro de Estudios Universitarios de Tucumán. El proyecto fué redactado por un comité formado por un profesor, un graduado y un estudiante de cada Facultad y fué el resultado de seis meses de trabajo ininterrumpido, y de consultas, encuestas y estudios de la más diversa índole. Llegó al seno de la Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Diputados muchos meses antes de la sanción de la ley y publicóse en el Diario de Sesiones del día 6 de noviembre de 1946, págs. 4785-4794.

criterio de oposición con los anhelos populares". Y a renglón seguido se pretende justificar el cercenamiento de la autonomía universitaria con una doctrina "democrática" similar a la que sostenían Hitler y Mussolini: "El rector o los Consejeros que designe un Poder Ejecutivo libremente elegido por el pueblo, responderán a la tendencia predominante, y en ese sentido será perfectamente democrático; en tanto que esas mismas autoridades, aun elegidas por el propio claustro, pueden ser anti-democráticas, si la composición del claustro que los elige no representa el ideario de la masa ciudadana".<sup>13</sup>

La intención es perfectamente clara. Se quiere que la Universidad —a semejanza de otras instituciones autónomas y aun privadas— esté bajo el control directo del General Perón, que es el único encargado de interpretar los "anhelos populares" y representar el "ideario de la masa ciudadana".

Mientras que, de acuerdo a la ley y estatutos en vigencia, eran los profesores y estudiantes quienes elegían libremente sus autoridades, se les impone ahora en nombre de una "democracia sincera", un "Rector designado por el Poder Ejecutivo" (Art. 4º) Y como el Rector, de acuerdo al proyecto, nombra la mayoría de los miembros del Consejo de Facultad (Art. 13), el que a su vez escoge al Decano y al Vice-Decano de una terna propuesta por el Rector (Art. 14), y el Decano, por su parte, designa los delegados estudiantiles (Art. 13), la democracia además de "sincera" es perfecta: todo el mundo depende del Presidente de la República. Y basta que éste haga sonar un timbre para que la totalidad de las autoridades universitarias, por él nombradas directa o indirectamente, acudan presurosas a satisfacer sus deseos.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Tomado de la edición oficial del "PLAN DEL PODER EJECUTIVO", Cámara de Senadores de la Nación, sesión del 23 de octubre de 1946, pág. XXIV.

<sup>14</sup> A juzgar por la experiencia de los interventores nombrados por el Presidente no puede esperarse la menor posibilidad de independencia de criterio de las autoridades universitarias. Recuérdese que los interventores de las seis universidades argentinas confirieron en un banquete (sic) el título de "Doctor Honoris Causa" al General Perón. Con anterioridad, el interventor de la Universidad de La Plata había conferido un título similar a la señora del Presidente. En

La organización es "perfecta" no sólo porque todo está dispuesto para que la voluntad del Presidente se cumpla de inmediato, sino porque se ofrece un simulacro de organización democrática semejante a la que establecía la vieja ley Avellaneda. En efecto, hay un Rector, un Consejo Universitario, Consejos de Facultades con representantes de los profesores, de los estudiantes, etc. De hecho la diferencia entre lo que había y lo que se impone es muy grande; de acuerdo a la ley 1597, que rigió desde el año 1889 hasta la intervención ilegal de las universidades, profesores y estudiantes elegían sus autoridades sin la menor intromisión del Poder Ejecutivo. De acuerdo a la nueva ley, el Presidente designa las autoridades entre las personas que estén dispuestas a mantener la universidad al servicio de los intereses del partido oficial.

El avasallamiento de la autonomía de gobierno contenido en el proyecto que comentamos, y que fué consumado con la sanción definitiva de la ley por el Congreso de la Nación, va acompañado de otras disposiciones que aseguran la terminación definitiva de la libertad de cátedra y de toda forma de autonomía universitaria, incluyendo la "autonomía" moral de los profesores que, de ahora en adelante, deberán ajustar su conducta a los designios y caprichos del Presidente y su partido.

Por ejemplo, se prohíbe a los profesores, bajo amenaza de sanciones que pueden llegar a la expulsión, "realizar dentro del recinto universitario manifestaciones o actividades políticas" (Art. 41), negándose la posibilidad de un "posterior recurso universitario" (Art. 44) que pudiera reparar la injusticia.

Y después de terminar con la libertad de cátedra, la autonomía universitaria, la estabilidad del profesorado, etc., viene el remate final para quebrar, en forma oficial y documentada, los restos de la dignidad de los profesores. Se establece, en efecto, en la primera de las Disposiciones Transitorias que "los profesores titulares actuales

---

épocas de gobiernos democráticos menos "sinceros" ningún Rector se hubiera atrevido a sugerir al Consejo que se otorgara tal título a un hombre investido de poder político. La tradición de las universidades argentinas es que el título de "Doctor Honoris Causa" se confiere tan sólo por méritos científicos.

podrán continuar en sus cátedras siempre que aceptaren íntegramente el presente Estatuto. . . La aceptación a que se refiere el párrafo anterior sólo podrá ser realizada por escrito". Y "aceptar íntegramente el presente Estatuto" significa aceptar todas sus disposiciones de carácter totalitario, prestar acuerdo al avasallamiento de la universidad y a la destrucción de los principios más caros a un profesor universitario de verdad. ¿Hay alguna diferencia entre esta disposición y el juramento de fidelidad al régimen fascista que impuso Mussolini a los profesores italianos?

Quienes sean capaces de prestar tal juramento, quienes se dobleguen ante la voluntad arbitraria del Presidente serán "equitativamente recompensados" por el Gobierno. Mientras que un profesor universitario, en el régimen anterior, ganaba cuatrocientos pesos mensuales—equivalentes a cien dólares— por cátedra, pudiendo tener, en casos excepcionales, hasta cuatro cátedras como máximo, la ley aprobada por el Congreso y que entra en vigencia el 1º de enero de 1948 retribuye con tres mil quinientos pesos—casi mil dólares mensuales— la cátedra única (Art. 70). Como se ve, los tiempos cambian pero los procedimientos no: latigazos a quien se atreve a criticar; exagerada recompensa a quien calla prudentemente o sirve con docilidad. Es la vieja técnica persuasiva de los dictadores.

El proyecto del Poder Ejecutivo incluido en el "plan quinquenal" y ligeramente modificado por el propio gobierno con fecha 25 de febrero de 1947 fué aprobado por la mayoría peronista en la Cámara de Diputados el día 24 de julio de 1947. Hubo un despacho de la minoría de la Comisión de Instrucción Pública, en el que se suprimían todas las disposiciones totalitarias del proyecto primitivo, suscripto por los doctores Alfredo Calcagno y Luis Dellepiani, miembros del bloque radical opositor. El primero de los nombrados, ex-Rector de la Universidad de La Plata y conocido pedagogo, al informar el despacho de minoría reveló en sus palabras la sensación de impotencia que tenían los universitarios frente a una mayoría con orden de votar el proyecto tal cual había llegado. Dijo el Dr. Calcagno: "Comprendo que hoy va a caer mi palabra como lluvia de invierno sobre los tejados, repicando sin eco sobre la indiferencia del sector mayoritario, cuyo voto está ya deci-

dido". Y así fué en efecto. De nada valieron las palabras de distinguidos universitarios que mostraron en el debate los vicios de la nueva ley; de nada valieron las razones y los antecedentes traídos por hombres de larga experiencia universitaria —Rectores, decanos, profesores hasta ayer—, hoy sentados en los bancos de la oposición; en el momento de votar la mayoría obedeció la orden.

Con la sanción de la Cámara de Diputados el proyecto pasó al Senado que lo aprobó en sesión del día 18 de septiembre, con ligeras modificaciones. El día 26 de septiembre fué definitivamente sancionado por la Cámara de Diputados y el Poder Ejecutivo promulgó la nueva ley —que lleva el número 13031— el día 9 de octubre, previo veto del Art. 47 bis que era la única modificación de importancia que se animaron a introducir los legisladores peronistas y por la que se disponía la incompatibilidad entre el ejercicio de la cátedra universitaria y el desempeño de otras actividades públicas. Las razones del veto son obvias: la voracidad de los funcionarios peronistas no tiene límites.

El 1º de enero de 1948 entró en vigencia esta nueva ley que regirá las universidades argentinas mientras el peronismo siga gobernando el país a su antojo. El Dr. Alfredo Calcagno, a quien recordamos anteriormente, caracterizó con acierto esta ley en su informe de la minoría cuando afirmó que ella estaba inspirada por tres notas esenciales: "aniquilación de la autonomía y de la democracia universitaria; eliminación total de la participación de alumnos y graduados en el gobierno de las universidades; y establecimiento de una cultura dirigida".

Las seis universidades argentinas fueron intervenidas simultáneamente el día 2 de mayo de 1946. En menos de un año la obra destructora se había cumplido. Mil doscientos profesores universitarios quedaron fuera de sus cátedras y cargos leal y honestamente conseguidos. Los principios fundamentales de la ley que había regido las universidades por más de cincuenta años fueron derogados oficial y "legalmente", después de haber sido maltratados de hecho. Pero eso no era suficiente. La "revolución" debía realizar su obra "positiva", y la realizó. Las cátedras y cargos dejados por maestros argentinos y extranjeros de

verdad fueron provistas con personas sin títulos, sin antecedentes universitarios, sin publicaciones, sin dignidad. Profesionales inescrupulosos, estudiantes graduados con apresuramiento, políticos de comité y aun personas que carecían del título de Bachiller fueron a substituir a los maestros que habían prestigiado las universidades argentinas. En todos los rincones del peronismo se despertó la vocación por la docencia y la investigación científica: 3,500 pesos mensuales son capaces de justificar cualquier cosa.

Muchos profesores habían sido declarados cesantes por participar en política y en el "período de reconstrucción" fueron a ocupar las cátedras vacantes, sin pasar por el concurso y las pruebas de rigor, ministros del gabinete nacional,<sup>15</sup> legisladores provinciales y nacionales y miembros del partido peronista que se han destacado siempre por su falta de cultura universitaria. Y todo esto sucedió mientras el Presidente aseguraba en su discurso del 9 de octubre promulgando la ley que "la política es lo peor que puede introducirse en los claustros universitarios".

Con la aplicación de la nueva ley se cumplió la etapa final del proceso de desintegración de las universidades argentinas. De nada servirá que las universidades puedan triplicar sus presupuestos y los profesores quintuplicar sus sueldos. El espíritu universitario no puede traducirse en número de pesos. La universidad argentina se ha convertido en una escuela de servilismo, donde falta la libertad y escasean los maestros. Si alguna vez quiere llegar a ser lo que fué—para continuar de ahí su marcha ascendente—tendrá que desandar lo andado, que recuperar la libertad perdida. En esta lucha reivindicatoria están empeñados cientos de profesores y estudiantes argentinos que creen que la historia es, efectivamente, "hazaña de la libertad".

<sup>15</sup> El Ministro de Relaciones Exteriores Dr. Atilio Bramuglia fué nombrado profesor titular de Legislación del Trabajo en la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Con anterioridad no había desempeñado tareas docentes y no se le conoce ninguna publicación que tenga calidad universitaria. Dió su primera clase y pidió licencia. El Ministro de Hacienda Dr. R. A. Cereijo también fué nombrado profesor titular. La nómina de legisladores nacionales y provinciales, pertenecientes al partido oficial, y de miembros destacados del peronismo que fueron nombrados profesores universitarios sin llenar los requisitos legales es demasiado amplia para que pueda incluirse aquí.

## PARIS 1948

### ASPECTOS CULTURALES

Por *Margarita NELKEN*

**D**IFÍCIL abarcar, en su totalidad, y aun tan sólo en las principales de sus líneas generales—lo que hoy diríase más bien sus directrices—el panorama del pensamiento de un pueblo. Si preferís, de un país en uno de sus momentos. Difícil, asimismo, y no menos, divisar por anticipado los horizontes que se abren—que van clareando o se van oscureciendo— en ese mismo pueblo. En ese mismo país. Y, sin embargo, es necesario establecer en resumen, en síntesis de análisis o de simples observaciones, el clima —el “climax”— que autorice un como balance espiritual, que nos permita darnos cuenta, a la vez que de las circunstancias generadoras del pensamiento en cuestión, de nuestra propia posición frente a ellas. De nuestro propio equilibrio, o de nuestra carencia de equilibrio.

Quizá sea Francia, en estos momentos, el país que mayor embarazo ofrezca, en este sentido, al observador preocupado de equidad en sus juicios. Por lo mismo que fué, hasta hace poco, el que le brindaba mayor nitidez para su visión. Una tradición escolástica que arranca de la de un cartesianismo dominante—base y médula— nos ha acostumbrado en demasía a una clasificación de valores inspirada, fuerza es reconocerlo, en un afán instintivo de facilidad: aquí, los moralistas; allá los líricos; más acá el neo-tomismo; más allá los innovadores, con todos sus “ismos”, a lo Apollinaire o a lo Breton. Cual dicen los propios franceses: ¡“Ce serait trop beau”!

La guerra, aunque empiece tan absurdamente como la pasada, no es cosa baladí. Menos todavía, la Ocupación; y más cuando ésta imprime—hasta los tuétanos, hasta el

cinismo, la deshonra más abyecta y el más puro heroísmo y la más denodada abnegación—, el carácter que la bota hitleriana había de imprimir en las almas de aquellos cuerpos que inmisericordiosamente hollara. Digámoslo de una vez: quien viniera a la Francia de estas postrimerías del Cuarenta y siete y estos comienzos del Cuarenta y ocho con sus clichés preparaditos según fórmulas anteriores a la guerra y a la Ocupación, haría el papel de aquel que un cohete a lo Wells hubiera proyectado a la luna, y que pretendiera medir los habitantes de la luna por el rasero común a los de nuestro planeta.

Lo primero: la complejidad. La heterogeneidad.

¿Cartesianismo? ¿La claridad asentada en el gran siglo sobre las famosas tres unidades y, en el magín de cada alumno de Liceo, por una cultura clásica amartillada a fuerza de disección de Boileau y Racine?

Todo esto se nos aparece hoy, aquí, tan “pieza de museo” como una Arcadia poussinesca. (Para emplear un símil menos académico, y más a tono con la realidad cotidiana que nos brinda la ex-Ciudad Luz: tan anacrónico, cual preocupaciones de elegancia vestimentaria, en estas muchedumbres abundantes en mujeres con pantalones y pañuelos o bufandas de lana a la cabeza que, invenciblemente, evocan, junto a sus compañeros con chamarras de cuero, las muchedumbres moscovitas de los años inmediatamente post-revolucionarios).

Ya lo apuntamos: complejidad y heterogeneidad. El signo bajo el cual el pensamiento francés de hoy se busca a sí mismo, y busca sus derroteros futuros. Y que no es fácil, ni con mucho, desembrollar tales madejas, sobra decirlo.

**P** PRIMERA observación, y que salta a la vista: una fiebre intelectual intensísima.

¿Afán de revivir?

¿Afán de demostrar, y de demostrarse a sí mismo, su perennidad?

¿Afán de elevarse por encima de las contingencias cotidianas, hartas amargas, y de unas dificultades materia-

les, harto agudas, precisamente para la mayoría, la inmensa mayoría, de los artistas e intelectuales?

¿Afán de aislarse en una como torre de marfil, para olvidar, o, por lo menos, para apartarse empeñadamente de una realidad que, antes que certidumbres, aporta desalientos, y, antes que trampolines de entusiasmo, baches en que, día a día, y cada día más, se estrellan las ilusiones mejor cimentadas?

Tal cual conversación con algunos de los intelectuales franceses que mejor han cumplido, en los años negros, con sus deberes cívicos, y hasta con alguno que otro que ha dilatado este deber hasta un sacrificio sin reservas, podría hacérselo creer. Precisamente son éstos, los milagrosamente resucitados de los campos de muerte; los que con armas en la mano en los maquis, o con las armas sutiles de las conspiraciones de la Resistencia, se entregaron, dispuestos a todo, a la perpetuación de su "Francia eterna"; son éstos, los que a tiempo tuvieron los ojos abiertos, y veían y clamaban en el desierto, augurando los males que fatalmente habrían de acarrear miopías ajenas, quienes más temerosos se nos aparecen de ver de nuevo imponérseles dolores que ya una vez, se podían haber evitado; que, en el día de la Liberación, se creyó no habrían de tornar jamás; y que el miedo a determinados avances, en su opinión, va preparando, cual bochornosa, intolerable regresión.

Por todo ello, por debajo de la intensidad febril, el descorazonamiento. No el escepticismo que domina desde lo alto en el "que sais-je?" de Montaigne, ni el amable desenfado de aquellos que, al margen de Versalles, se enfrentaban valerosamente con las inevitables pequeñeces y miserias humanas. Todo lo contrario. Un: "¿y para qué?", o un "¿y para esto?", que cubre las tumbas de los héroes caídos de una ceniza agostadora.

Ansia de éxodo. De olvido y cambio total. Y, pese a todo esto, y por encima de todo, esa intensidad en la voluntad de cultivo y superación de la inteligencia, que, pese a todo, hace, de la Francia de hoy, o, más propiamente, del París de hoy, y más que nunca quizá en su historia, crisol de ideas, y amplificador de intelectos.

**E**STUDIANTES, artistas: a granel, como "antes". Ahora bien, en el Barrio Latino, en Montparnasse: por sobre todos los demás aspectos de este aspecto peculiar al París anhelado desde lejos, el de una ausencia notoria de elemento extranjero.

Inglaterra confinada, por rigurosidades en la exportación de moneda, dentro de sus estrechos límites; la Europa central, prácticamente inexistente, desde el punto de vista de posibilidades de envío fuera de jóvenes provistos de becas oficiales, o de pensiones familiares; la América del Norte ya confiada—temerariamente—en una madurez que todavía le viene de fuera adentro—los mejores conciertos, con directores y solistas europeos; los mejores museos, con obras europeas; los mejores laboratorios, con sabios traídos de Europa, y hasta en tablas de salvación inequívocamente nazis, etc.—, y la América central y del Sur, peligrosamente deslumbrada por esa atracción del país más rico del mundo, cuya opulencia precisa todavía ciertos pulimentos, ciertos desgastes, para desligarse en absoluto del brillo de los nuevos ricos. Añádase, unos países escandinavos previsoramente, o egoístamente, replegados sobre un bienestar no perdido, o recuperado; una España replegada, en disimulo de sus iniquidades e inmoralidades, sobre su disfraz de ñoñez y mojigatería, y una Italia todavía despanzurrada por toda suerte de intentos, tanteos, y mal reprimidas añoranzas fascistas. En cuanto a las aportaciones asiáticas, antaño tan densas en torno a la Sorbona, a la Facultad de Medicina y a las estridencias de los cafés montparnassianos, sería en verdad cruel preguntar por artistas o estudiantes de la China sangrante desde lustros, de la India en sangriento trance de alumbramiento, y no digamos ya de la Indochina, ascua viva de colonialismos rezagados, y de un nacionalismo decidido a imponer sus propios perfiles.

Ausencia, pues, de extranjeros. En cambio, abundancia muy visible de franceses "de color".

Se ve que Francia está realizando un esfuerzo máximo por mantener en el "Imperio" su prestigio intelectual. Ese imperio, muchas de cuyas partes han estado demasiado tiempo—y demasiado—, a lo largo de unos años en que los



María Casares en el film "L'amour autour de la maison".



Estreno de "La Dama del Alba".

conflictos armados levantaban barreras infranqueables entre la metrópoli y sus hijas lejanas, deslumbradas por influencias anti-francesas: desde la nazi a cargo de agitadores aborígenes, hasta la vichyista, a cargo de funcionarios celosos de salvaguardar sus virreinos.

Muchas becas. Muchas.

Por el "Boul. Mich." deambulan, a todas horas, enjambres de estudiantes, chicas y chicos, cuya tez revela el origen antillano o senegalés. Digamos en seguida, en honor de esta irradiación cultural de Francia, que la convivencia entre estudiantes nacidos a orillas del Sena y a orillas del Níger, o en la Guadalupe, es perfecta.

Mas ¡cuán dura, por estos días, la vida del estudiante en París! Para quien habita su propio hogar, y se halla estrechamente conectado con lo que pudiéramos llamar los medios de aprovisionamiento—sin omitir, por supuesto, los del mercado negro—la existencia deja de ser problema tan peliagudo o, al menos, cada problema que a diario surge ofrece, más o menos fácilmente, su solución. Pero, para el muchacho, o la muchacha, que ha de alquilar una habitación, en una de estas casas de encantadora vetustez por fuera, y pavorosa carencia de confort por dentro, las dificultades empiezan con la necesidad de agenciarse el carbón para la estufa, y prosiguen con cada comida que hay que tomar en uno de los pequeños restaurantes, o cafés de barrio, cuyos precios suben en flecha, semana tras semana. Cierto es, que el Estado y organizaciones privadas, o semiprivadas, prestan una cooperación digna de elogio: los refectorios "para estudiantes" se multiplican, y hasta, en algunos cuarteles, se brinda, a precios realmente módicos, comida sana, ya que no muy abundante, al aprendizaje de leyes o de medicina.

Y ¡sin embargo!...

Y, sin embargo, la vida estudiantil es hoy en el Barrio Latino, más hormigueante que nunca. Sin excepción, todas las "Grandes escuelas" acusan un cupo de alumnos superior al de cualquier año anterior a la guerra. Los eternos descontentos explican que el gran número de enriquecidos ilícitamente con el mercado negro tiende, por medio de la elevación intelectual de sus retoños, a una

elevación social, que ni sus millones, ni ninguno de sus signos exteriores de riqueza (para emplear el lenguaje de las exigencias del fisco) podría valerles. Explicación quizá buena para un sector exiguo; tan exiguo, que se pierde en la masa de la muchedumbre estudiantil; la cual, ya lo apuntamos, por el contrario ofrece, a las claras, muestras de la dureza de su vida material. Por no decir, sin ambages, de su penuria.

Y ¡sin embargo! . . .

Y, sin embargo, por aquello de que no sólo de pan vive el hombre, y el pan es, en ocasiones, lo que menos alimenta, los cafés de este Barrio Latino, cafés cuyos nombres, impresos en infinidad de novelas, en todas las lenguas del mundo, son familiares a todos los públicos del mundo, aparecen atestados de muchachas y de muchachos, que quizá no coman; que, de seguro, no comen lo bastante, pero que alegremente se gastan sus cuarenta, o cincuenta, francos, en tomarse un remedo de aperitivo, o uno de esos "jugos de uva", en que han venido a parar, en todos los cafés parisinos, la mayoría de los aperitivos de antaño.

**A**BUNDANCIA de estudiantes, como primicias de la intensidad de la vida cultural de Francia. Junto a ella, la abundancia, pasmosa, fantástica, de publicaciones.

Demasiadas, dicen algunos. Quizá con razón.

No hay papel, y hay sobra de quiebras de editoriales, pero nunca hubo tal cantidad, a diario, de "novedades", en las librerías. Ni tal cantidad de librerías. Libros de lujo, ediciones "restringidas", libros de arte, en que la presentación de un texto a menudo intrascendente, y de unas ilustraciones que, por sí solas, constituyen ya una obra de arte; en que la presentación —del conjunto— decimos, es un testimonio, y un acto de fe de la perduración, no obstante todas las dificultades materiales, del deleite en la perfección de cuantas ramas del artesanado intervienen en un "resultado" tipográfico: a granel. A montones. Los escaparates de las librerías aparecen como la más sutil de las tentaciones.

Explicación: con vistas a la exportación. Francia necesita divisas. Sus "artículos de lujo" vienen, por tanto, a

ser, en la ruta de sus exportaciones, artículos de primera necesidad, y a la par que los perfumes caros o las modas con destino transatlántico, estas ediciones de lujo que aquí, en este París de vida dura, difícil y, para los más, demasiado dura y demasiado difícil, hacen las veces de anacronismos, cuando no de incongruencia, son el equivalente del whisky escocés para la economía inglesa actual. El hecho es que, librerías con escaparates repletos de obras de lujo y ediciones de libros de arte, pululan ahora en París como nunca y como en parte alguna. Hace poco un diario anunciaba que, en la capital de Francia, se contaba un café o "bistrot" por cada sesenta y ocho habitantes; sería en verdad curioso averiguar a qué número de habitantes corresponde cada librería.

Fuera de los libros de arte, en su inmensa mayoría, ya lo indicamos, valiosos principalmente por su calidad material, ¿qué se edita?

La respuesta instintiva es: de todo. Respuesta demasiado simplista. Conviene subrayar, ante todo, la influencia notoria de la literatura americana. Norteamericana, se entiende. La distinción con la otra literatura de lengua inglesa, o sea con la inglesa, la establecen los propios editores, al anunciar: "traducido del americano"; lo cual implica, a la vez que el reconocimiento—halagador o peyorativo, como se quiera—de un idioma de perfiles inconfundibles con aquel que constituye su solera, el afán de seducir al presunto lector, al presunto cliente, con el espejismo de la realidad que en este momento ha de seducirle mejor.

Boga, pues, indiscutible, de la literatura "americana". Más exacto: de las novelas americanas. Aquí también la explicación ofrece dos caras: en una, y también en forma por demás simplista, hallamos la cola de la Liberación. Las tropas desembarcadas en Normandía, con su nimbo de heroísmo, de acción viril, y de un confort, unos adelantos de progreso sobre el Viejo Mundo, indistintamente patentados en sus pertrechos bélicos y en sus latas de conservas, en sus jabones y en sus cigarrillos, habían, forzosamente, de imponer y dejar un rastro que en la actualidad se traduce en la transformación de no pocos cafés, de antiguo historial en la vida parisina, en bares americanos, y en la afición,

de sectores muy amplios del público medianamente cultivado, a lecturas evocadoras de existencias sin relación con las disquisiciones psicológicas del tradicional "roman de mœurs", cuyas metas se llaman el "Adolphe", de Benjamín Constant, o el "Dominique", de Fromentin, para no remontarnos hasta la madre del cordero, o sea la ya insoportablemente difusa y soporífera "Princesa de Clèves".

Traducciones "del americano". Otra explicación más detenida, de esa boga que ha culminado en el "¡alerta!" de unos editores y escritores nacionales, o sea, ya que estamos en Francia, con sus ribetes de chovinismo, temerosos de ver el aluvión ahogar poco a poco la producción indígena: reflejo del deseo de evadirse, de unas generaciones ascendentes, cuyos años mejores se han visto frustrados de sus posibilidades legítimas de considerar la aventura de la vida como algo no condenado, a priori, al sufrimiento y a las privaciones. ¡Basta ya de dolor, y de volver a insistir sobre el dolor propio y ajeno! Los niños de los barrios pobres son los más necesitados de oropeles; el lector que ha vivido en su propia carne, o en la de sus seres queridos, los horrores de la deportación a los campos de exterminio, y que cada día, y cada noche, de cuatro años interminables, ha temblado de ira o de miedo, necesita, por instinto vital, evadirse de sí mismo y de su ambiente. La novela americana, directa, sencilla, por profunda que sea, joven en su brutalidad, y cuya brutalidad, así sea la de las rebeldías ante las más despiadadas injusticias sociales, es pura jalea junto a cuanto el francés medio sabe de los "interrogatorios" sufridos por sus parientes o vecinos, y cuyas descripciones de miserias cuentan de un nivel de vida harto superior al que hoy pesa sobre cualquier empleado o pequeño funcionario con sueldo que no le permite el acceso a las ventas del mercado negro; esa novela americana, por crudo que sea su realismo, hace, en este París de esta post-guerra, figura de dibujos animados entre películas dramáticas.

Evadirse hacia climas nuevos; hacia horizontes más abiertos, más benignos. . . Novelas que, por inmisericordiosa que sea la realidad que describen, le dicen al lector de este lado del Atlántico, que todavía es posible, por ahí lejos, en algún lugar del mundo, una vida sin restricciones ni ago-

bios cotidianos, ni amenazas inmediatas. Si queréis, equiparación de un Steinbeck a un cuento de hadas, o a una novela policíaca. (Y no olvidemos el éxito creciente de las novelas policíacas).

También conviene tener presente el factor del lustro de aislamiento, y su inevitable revancha. Tras sus años de "Ocupación", el lector francés se ha precipitado, con la gula de sus hambres atrasadas, sobre cuanto cine, teatro o novela, le aportaba aires de fuera. La novela, como es natural, lo más asequible. Así puede ya comprobarse cierto decaimiento en esta boga de las traducciones "del americano" que, en los meses inmediatos a la Liberación, revistió caracteres de desenfrenada borrachera. Ahora que ya se ha traducido casi todo en el campo de la novela americana de estos últimos años, se empieza a advertir, y a decir, que no todo valía la pena de ser traducido. Puede que en esto entre ya una como defensa instintiva de los propios valores; una como auto-defensa espiritual, un sobresalto del instinto de perduración de una cultura que estuvo a punto de zozobrar, y cuyo oscurecimiento de unos años ha impreso huellas indelebles de temor en quienes tienen por primer alimento el que no se cuece en el horno del panadero. Hubo el peligro del oscurecimiento total a manos del invasor; hay todavía el de la desaparición progresiva del acervo espiritual propio bajo la avalancha de valores (¿son valores? preguntan ya algunos, y de los más autorizados, y sin recatarse) ajenos, en demasía, a lo que significa ese acervo que hay que salvaguardar. Temor recrudecido, y hasta exasperado, por lo que, en las publicaciones específicamente literarias, llámase la querrela de los "condensados" o de los "liebigs". Que esa invasión, si no de las librerías que saben, desde luego, mantener incólume su dignidad, sí de los quioscos (los quioscos antaño repletos de verdaderos libros) por unos "Digest" mejor o peor trasplantados, no sólo inquieta a los que atinadamente temen los estragos de esa anti-cultura que es la pseudo-cultura de "los primarios", sino que ha dado ya lugar a disputas que nada tienen de bizantinas, por más que así las quieran tachar los interesados—en la acepción más estrecha del término—en

despachar al por mayor y al detalle, obras maestras sin derechos de autor.

El cascabel al gato lo ha atado el Presidente de la Sociedad de Gentes de Letras al rebelarse, en un semanario, contra una "Manón" servida en capítulos cortados y "comprimidos". A esta filípica de Gerard Bauer, los escritores contratados por la Editorial en cuestión para "condensar" otras obras maestras de la Literatura francesa —condensados o "liebigs", cual se les llama, sobra decirlo, pagados en dólares— han contestado oponiendo la autorización otorgada por este y este otro autor "vivo" a esa condensación de tal o tal de sus obras. A lo cual la Sociedad de Gentes de Letras, por pluma de su Presidente, ha repuesto que lo uno no invalida lo otro. Que si a un autor "vivo" le tiene sin cuidado esa mutilación de su obra, y hasta esa desfiguración, allá él; pero que la obra legada por los autores ya imposibilitados de defenderse ante los modernos "bárbaros", debe ser protegida por la sociedad toda de cuyo acervo forma parte. Lo cual ha venido a desencadenar una campaña violentísima contra esa influencia de las modalidades americanas, y, subsiguientemente, contra la de la literatura traducida "del americano".

La campaña subraya el número, realmente exiguo, de libros de valor traducidos. Algunas obras, cuyo predicamento al aparecer en las librerías francesas fué grande, y de cuyo predicamento se duelen y abochornan los que en seguida denunciaron su endeblez, hacen, en la polémica, de chivo expiatorio: verbigracia, el demasiado famoso "Ambar", modelo de esa literatura anglo-sajona femenina, hecha a todas luces para el público de cine y que no pasa, en su intención y en su alcance, de argumento de película. Otras, a causa de ese reciente "anti-americanismo", fruto de los "condensados", y de su excesivamente notorio poderío de las monedas de cambio alto en materias, en principio, al margen de tan prosaicas contingencias, sufren —o gozan— de un renuevo de escándalo. Es decir, de un nuevo auge: tal Miller, en cuya defensa, frente a los ataques de unos puritanos, creóse, en un mundillo literario entre divertido y alarmado por ese rezagado trasunto de un Santo Oficio cuyos desmanes convenia cercenar en flor,

un Comité decidido a proteger, a través del autor nefando de "Max y los Fagocitos", la libertad para el escritor de escribir lo que se le venga en gana; Miller, que ha sido uno de los "traducidos del americano" más leídos, cuyas crudezas escatológicas ya iban cansando y que torna a ser objeto de apasionadas discusiones en que se barajan, desde el proceso de "Las Flores del Mal" hasta los versículos más transparentes del "Cantar de los Cantares". Tal, también, Richard Wright cuyo "Black Boy" se aprovecha de un éxito que, por muy justo que se le reconozca, no se puede, en buena lid, afirmar obedezca únicamente al mérito literario intrínseco.

Ahora bien, pese a la boga avasalladora hasta hace muy poco de la novela americana y a su influencia, indiscutible, en muchos autores franceses, los autores extranjeros cuyas traducciones han sido adoptadas con sincera estimación por el público francés, no han llegado a Francia del otro hemisferio. Son o bien italianos (la literatura y el cine italiano son la gran revelación de la post-guerra) —el "Agostino", de Moravia, ha sido unánimemente calificado de "chef d'oeuvre"—, o rusos —en bloque— o, en fin, ingleses: de éstos, muy por delante de los demás, Graham Greene, con su "Roca de Brighton", y Ewelyn Waugh, de quien aparecen paulatinamente todas las obras.

La literatura suramericana sigue ignorándose casi en absoluto. De nombres españoles mencionase siempre reverentemente a García Lorca, de quien ya se ha vertido al francés casi todo y, últimamente, un "Romancero Gitano" afortunadamente incompleto; y decimos afortunadamente, porque, excepcionalmente, en este país en donde las traducciones suelen ser esmeradas cuando no notables, nuestro Federico ha sufrido un trato de incomprensión, de "pedestrismo", que convierte sus más sutiles imágenes en aleyuas de calendario.

**H**EMOS empezado por las traducciones; ello no quiere decir que la producción autóctona carezca de interés. Mas era preciso, incluso para situar esta última, destacar la importancia de aquéllas en la vida literaria francesa de hoy en día.

Literatura francesa actual: abundancia de "Ensayos", de "Memorias", de "Diarios"... ¿Fatiga? Quizá. Quizá, también, necesidad irreprimible de sacar a luz, ideas, preocupaciones, vacilaciones, dudas e inquietudes, para las cuales el marco de una obra de imaginación supondría linderos demasiado definidas.

Uno de los autores en torno al cual se agitan más encendidas discusiones —o sea de los más admirados— Camus, en aquella de sus obras tenida por su obra maestra: "La peste", en realidad se halla más cerca del ensayo que de la novela.

Estamos en la edad del reportazgo. La realidad ha poco vivida o que se sigue viviendo, es tan fuerte que agota, o agosta, la imaginación o, por lo menos, le imbuje cierta timidez. ¿No será que la hora presente se desborda de todo marco ficticio? El escritor que, en París, en cuanto sale de su casa se tropieza con alguna de las innúmeras placas grabadas en memoria de los que dieron su vida por la liberación de la capital ¿cómo podría forjar existencias en cuya fuerza confiara lo bastante, como para enfrentárlas a una realidad todavía tan próxima?

Tal vez sirva lo que antecede para explicar el auge creciente de los libros de Historia. Dejando de lado las "vidas noveladas", y las compilaciones de anécdotas más o menos aderezadas —lo que los franceses llaman "la pequeña Historia"— no hay semana que no nos traiga por lo menos un par de estudios históricos verdaderamente trascendentes. Citarlos todos equivaldría a convertir esta crónica en una enumeración por demás enfadosa; contentémonos pues, a modo de muestra, con citar "La lucha de clases bajo la Primera República", de Daniel Guérin, dos tomos apretados, cuya autoridad ha sido por igual alabada por tirios y troyanos. Es decir, por aquellos sectores de la crítica que comparten la ideología, inequívocamente avanzada, del autor, y por aquellos que se hallan en la acera opuesta.

Decir de un libro de Historia que arrima el ascua a su sardina es casi una perogrullada. El análisis de un período histórico cualquiera préstase, como ningún otro género literario, a propagandas en pro o en contra, con lo cual

queda dicho que en este París de una paz que muchos creen precaria, las obras que tratan de la post-Revolución del 89, verbigracia, parecen, en intención, servir ante todo a establecer un parangón entre Thermidor, el Directorio y nuestro tiempo, o entre ciertos aspectos de nuestro tiempo y la Revolución del 48 cuyo centenario ya ha empezado a desencadenar un verdadero vendaval de exégesis de toda calaña.

Y esto nos lleva, como de la mano, a hablar de la literatura partidista, o "engagé", en torno a la cual surgen, día tras día, las más apasionadas y no siempre las más limpias disputas.

Sabida es la importancia que, en la vida literaria francesa, tienen los Premios: no todos, por supuesto, ya que su abundancia les resta significación, pero siempre algunos. Los dos más destacados entre la avalancha de recompensas de esta guisa, académicas o anti-académicas, son ahora el "Premio de la Ciudad de París" y el "Premio Goncourt" cuya modicidad crematística (cinco mil francos, frente a los cien mil otorgados con el primero) nada le resta a su resonancia. Mejor dicho: la restaría si esta tradición de los premios literarios no hubiera ya perdido cuanto le era dado perder, a causa de la manifiesta arbitrariedad de sus últimas selecciones.

El último "Goncourt" ha dado lugar, no sólo a reacciones violentísimas, sino a dos escándalos mayúsculos: el primero provocado por un modo de contrajurado, espontáneamente constituido por varios representantes de la crítica joven, para designar "el peor jurado literario del año"; el segundo provocado por motivos que algunos consideran deberían quedar al margen de la literatura.

Premio Goncourt: "Les Forêts de la Nuit", de Curtis. Uno de los tantísimos libros inspirados por la tragedia que acaba de asolar a Francia. Y el hecho es que esta novela, pergeñada con bastante talento—sin que pase a mayores—y que pretende describir la atmósfera de una pequeña ciudad de provincias bajo la ocupación alemana, no sólo muestra una benevolencia molesta hacia los "ocupantes", sino que parece complacerse en no mostrar, entre los "resis-

tentes”, sino a gentes que muy poco dicen en honor de la Resistencia en particular y de la Humanidad en general.

Los defensores de Curtis, y, por tanto, del último fallo del “Goncourt”, objetan que *también* hubo podredumbre en la Resistencia, al igual que en la “no-resistencia”. Negarlo sería pueril; tanto más cuanto que la prensa francesa de continuo publica revelaciones poco edificantes sobre el particular. Ahora bien: ¿es que, acaso, la “Resistencia” fué sólo lo que Curtis nos cuenta? ¿Es que, acaso, y por muy poco “resistentes” que fueran algunas pequeñas ciudades provincianas, no tuvieron *también*, todas sin excepción, sus héroes, sus mártires, a los que no es posible olvidar? ¿Es que no es una traición a esos héroes, a esos mártires, el dar a la estampa, y no digamos ya el premiar un libro como “Les Forêts de la Nuit”?

Para muchos, el “Goncourt” de este año viene a ser una trasposición a la realidad de esa obra teatral cuyo título: “Iré a escupir sobre vuestras tumbas”, tomóse, al principio, como una humorada de mal gusto, pero que ahora ya se va teniendo por definición de un “clímax” al que es menester hacer frente enérgicamente.

¿Excesiva indulgencia para los ex-colaboracionistas? El segundo escándalo en torno al “Goncourt” así parece revelarlo. El escándalo en sí: de los diez miembros de la Academia Goncourt, ocho (los mismos que, paradójicamente, habían de premiar la obra de Curtis) negáronse a partir el pan, en su tradicional almuerzo, con sus dos colegas en su opinión —y en la de la inmensa mayoría de los franceses— demasiado rápidamente desmanchados de esa mancha de “indignidad nacional”, por lo visto menos indeleble de lo que se suponía en la hora de la Liberación y del ajuste de cuentas. Estos dos garbanzos negros: René Benjamin y Sacha Guitry, con un cinismo apuntalado sin duda por la creciente indulgencia para con sus congéneres, decidieron otorgar por su parte otro premio Goncourt. Lo cual ha tenido, como consecuencia inmediata, la de “hundir” al autor por ellos distinguido, y que seguramente, hubiera preferido no verse honrado por quienes de tal suerte habían de dishonrarle. Otra consecuencia, la de la “Affaire” calificada de “bien parisina”: Sacha Guitry, Benjamin y el edi-

tor de "su" premio, llevados ante los tribunales por la Academia Goncourt, que no tolera se fragmente y utilice su nombre.

Y es que esto de la literatura "engagée" y de la necesidad de "tomar partido", no deja de acarrear lamentables confusiones, lindantes con el sectarismo; así como el afán, en sí plausible, de concordia entre los franceses, acarrea peligrosas complacencias para los que cargan con buena parte de la responsabilidad de los crímenes, y suplicios perpetrados, en hombres y mujeres de Francia, por un invasor hábil aprovechador de ambiciones y vanidades. Se habla de los retornos (les rentrées): un Giono, un Montherlant... Ciertamente que no fueron propiamente "colaboracionistas"; tampoco fueron resistentes a la colaboración. Si no se tratara más que de ellos, el mal quedaría en falta de entereza; pero el mal reside en lo que pudiéramos llamar sus apéndices, frente a cuya "resurrección" la indulgencia lleva por fuerza el nombre de complicidad.

Que no son únicamente las publicaciones de izquierda las que tocan a rebato ante el renacer del "maurrassismo". Un "maurrassismo" que todavía no se atreve a llamarse por su nombre, pero que ya es lo bastante astuto como para arrastrar en su defensa a un escritor, resistente probado, cual Paulhan; y lo bastante seguro de su impunidad como para vocear, en estas calles salpicadas de placas conmemorativas del sacrificio de los inmolados por la Gestapo, un sucedáneo de la desaparecida "Acción Francesa" que lleva el título de "Aspectos de la Francia": o sea, las mismas iniciales que la publicación que contribuyó a abrirle las puertas a la invasión y al vichysmo.

¿Sectarismo? Si tal hay en el campo de los que creen que el olvido demasiado temprano es una traición, harto más le hay en el campo de los que, quizá por haberse alistado un poquitín tarde en las filas de los resistentes, procuran hoy engrosar con demasiada vehemencia las filas de los que algunos suponen serán los triunfadores de mañana. Por supuesto que la tarea es fácil. Demasiado fácil: llevar la corriente. Corriente de lo que aquí se llama "el partido americano" y que nada tiene que ver con la literatura americana más aceptada, la cual es, en su casi totalidad,

por el contrario, una oposición violenta, o individual —o violentamente individual— a lo que “el partido americano” significa políticamente en Francia y en Europa. Obras más o menos folletinescas sobre horrores, más o menos inventados, de los agentes “del otro lado de la cortina de hierro”, vienen a ser hoy como aquellas obras de “Los misterios del Vaticano” o “Los crímenes de la compañía de Jesús”, con que se pretendía a principios de siglo “demoler”, no ya sólo el poderío de la iglesia, sino la irradiación de la civilización cristiana. El que ahorca los hábitos es siempre el mismo, sea ex-monje, o ex-comunista, y es hacer gala de gusto poco refinado en materia psicológica, el basar opiniones en los cuentos de la cocinera que sale de la casa dando un portazo... para ir a otra, donde el trabajo se le ofrece más cómodo, o el sueldo más alto. Reconozcamos, empero, que esta clase de literatura tiene hoy, en Francia, sus partidarios, y que el mundo ofrece, en esta hora crucial para la cultura europea, ambiente propicio para los éxitos de un Koestler. Gran éxito de librería.

Sumemos a esta clase de obras, de un antisovietismo delirante, aquellas que pretenden basar en algunas páginas o simplemente en algunos aforismos de autores unánimemente ensalzados, teorías “revisionistas”, brotadas al calor de intereses actuales. Hacerle decir a Péguy lo que no quiso decir, aun cuando al parecer lo dijo, es fácil. Por la buena razón de la que la exégesis de un autor desaparecido, por fuerza procede de reacciones ajenas a este autor. Digamos, sin “calembour”, que de los vivos. Paulan, que empezó basando su cuarto a espadas en favor de algunos escritores cuya colaboración fué más bien pasiva que activa, arrastrado por las puyas de la polémica, se ha ido situando, al igual que Mauriac, en un sector que los integrantes del C.N.E. (Comité Nacional de los Escritores) del que ambos formaban parte, considera como enemigo. Claro está que ello no les resta un ápice de su indiscutible talento, ni aún de su aureola patriótica, ni a Mauriac, ni a Paulhan; pero sí crea una división lamentable entre los intelectuales apiñados, hace apenas un par de años, en torno a la idea rectora del abismo infranqueable entre franceses que tal nombre merecen y franceses indignos.

La querella, como todas las querellas, envenénase con las palabras, las cuales aquí, para mayor peligro, dícense en letras de molde. Y amenaza con hacer imposible un juicio objetivo en materia literaria. Adentrémonos en el campo de la poesía: un Eluard, un Patrice de la Tour du Pin, hoy en día los dos poetas más celebrados en Francia, ¿será posible ya decir si su auge —no nos atrevemos a decir su gloria— atañe específicamente a su obra o le debe parte de su resonancia al hecho, demasiado notorio e insistentemente subrayado, de pertenecer aquél a la extrema izquierda, y éste a las huestes de los intelectuales católicos?

**E**L Premio de la Ciudad de París (el único premio literario cuyo valor económico acompaña efectivamente su valor moral: cien mil francos), otorgado a Andrés Suarès, por el conjunto de su obra, ofrece la paradoja de destacar, precisamente en esta hora, un devoto del individualismo —por no decir del egocentrismo—, llevado hasta sus más nietzscheanas consecuencias.

Nietzscheismo: se usa y abusa del término, desde que los "sartristas", a quienes se lo endosaban, reniegan de él. ¿Será acaso más justo hablar de "alejandrismo", y recordar que los alejandrinos recomendaban, como tarea suprema para el hombre, el labrarse su propia estatua? Una frase del propio Suarès parece reconocerlo en forma por demás explícita: "Bien quisiera saber si la obra de toda nuestra vida, y en mí más que en otro ninguno, no consiste en ponernos de acuerdo con nosotros mismos". Como se ve, no es menester recurrir a fuentes extrañas a la más íntima y constante substancia francesa para establecer el "pedigree" (y perdónesenos un barbarismo que no es tanto cual lo parece) de una obra que cuenta entre sus más claros ascendentes a los moralistas del Diecisiete y a los "retrataistas" de todas las generaciones de representantes del genio francés.

Con ocasión de estos nuevos laureles, la mayoría de la crítica se ha complacido en destacar los "retratos" de Suarès entre sus mejores páginas. ¿Nietzscheismo? ¿Individualismo? Es lícito, en torno a la extraordinaria difusión

de Sartre y de sus más o menos existencialistas discípulos, clamar en contra de aquéllos que no han sabido integrarse a la necesidad de pensamiento y acción colectivos de este momento de la Humanidad; pero el hecho es que la actual exposición, en "El Petit Palais", de las obras maestras de la pintura francesa, demuestra con claridad meridiana que el espíritu francés ha sido desde que se posesionó de sí mismo hasta los existencialistas inclusive, una ascensión constante hacia la meta señalada por un Montaigne, en el siglo XVI, un La Rochefoucauld y un La Bruyère en el siglo XVII, un Chamfort en el siglo XVIII, y, siquiera a trozos, por todos los novelistas a partir del "Adolfo". En dicha exposición vemos cómo, de toda la pompa luisatorcesca, lo que perdura con la fuerza que tuvo en su tiempo es un Champaigne; cómo, un siglo más tarde, de todas las exquisiteces dieciochescas, lo que nos llega sin necesidad de que procuremos retrotraernos hasta ello, son los análisis de un La Tour y ese "Gilles" de Watteau que "se traga" sin esfuerzo, no ya sólo las pequeñas escenas de "Fiestas Galantes", sino el gran "Embarco para Citeres"; y vemos, en fin, que los clásicos que *aguantan* la proximidad de las obras maestras de los museos de Viena (expuestos en salas vecinas) son: los Clouet e Ingres, este último en sus retratos. El resto: magnífica, soberbia decoración. Escenografía. Para decirlo brutalmente: una salsa maravillosamente condimentada, pero sin el asado.

Paradoja, dijimos: tal vez no encubra sino un deseo febril, instintivo y ni siquiera definido, de caminar sobre seguro. El aplauso unánime con que ha sido acogido el Premio Nobel de Gide, cuya ideología o falta de ideología, según como se mire, nada le resta a la admiración que despierta la trama certera, nítida, de su expresión, y el hecho de que continúe siendo Proust el más distante, por las limitaciones de su psicología y su voluntad de limitación, de los problemas actuales, el autor "de más venta"; y, de otra parte, una encuesta reciente entre estudiantes reveladora de que son los clásicos, Gide y Proust, los autores hoy predilectos de la juventud, bien pudiera demostrar que no hay tal paradoja, sino en efecto, un afán de volver a encontrar un centro de gravedad. Lo que, dicho de otro

modo, pudiera ser afán de equilibrio para dominar el desequilibrio impuesto por la guerra entre las contingencias materiales y la obligada superación del destino del hombre capaz de enfrentarse con su propio espíritu.

**E**STE imperio de la modalidad clásica, con cuanto comporta, dentro de la cultura francesa, a un tiempo de orden en la composición y de profundidad en la penetración del hombre juzgado a escala de hombre, adviértese más todavía que en la producción novelística o poética, en la producción dramática.

Háblase abiertamente de un renacimiento clásico. Y es que nunca todavía desde la querrela de "Hernani", habían conocido los clásicos tamaño favor en los escenarios parisinos. Noche hay en que le es dado al espectador elegir entre cinco representaciones de Molière y en que alguna obra de éste —verbigracia "Les femmes savantes"— representase en dos teatros distintos.

La espuma: el éxito de algunas obras a toda costa innovadoras, y, por lo mismo, pronto anticuadas—"El águila bicéfala", de Cocteau, "La Inmaculada", de Heriat—no hacen sino las veces de excepciones que confirman la regla. En cuanto al surrealismo, hijo legítimo o bastardo de Breton, aparece ya, en esta post-guerra que tan afanosamente busca sus andaderas, tan "pompiér" cual los ensayos surgidos de las torres de marfil de la post-guerra anterior. Verdad es que le sustituye, en punto a apasionamiento en las discusiones, el "letrismo", que pretende sacar del sonido desligado de su expresión concertada, su máxima expresividad.

El letrismo, en poesía, no ha logrado traspasar las lindes que separan la humorada juvenilmente extravagante, de la aportación enriquecedora, y en sazón; en cambio, en el teatro, ha tenido la fortuna, con "Las Epifanías", de Henri Pichette, las cuales tuvieron, a su vez, la de una interpretación superable por parte de Gérard Philipe y María Casares <sup>1</sup> de provocar un interés sostenido que ya le

<sup>1</sup> María Casares, hija del ex-presidente del Consejo de la República Española, don Santiago Casares Quiroga, logra —suceso análogo

ha dado rango, sino de Escuela, al menos de "Movimiento" imposible de no tomar en cuenta.

Triunfo de Kafka, que Francia descubre ahora, a impulsos del existencialismo, y cuyo "Proceso", llevado a las tablas por Gide, yuxtapone curiosamente la medida clásica, substantiva a la forma de este último, a la dispersión de la inspiración de aquél, evocadora, invenciblemente, de las modalidades —literarias y artísticas— empeñadamente, y hasta morbosamente innovadoras, anejas a la Alemania de la República de Weimar.

Ahora bien: en aspectos análogos, los que brindan las obras teatrales de Sartre, con su brutalidad exacerbada, siguen imponiéndose, y no ya sólo en París y en Francia, sino en gran parte de Europa. No falta censor excesivamente severo, para hallar en ellas una trasposición "de calidad" de los dramas "estruje-nervios" del antiguo "Gran Guñol". Lo cual nos parece injusto. Más justo es, creemos, el hacer depender el éxito de Sartre, en los teatros que funcionan entre las ruinas de una Alemania mal resignada con sus obligados mea culpas, de la justificación que tal otro de sus párrafos le aporta o que ella, por la forma en que los acoge, hace que le aporte. Pero, "La ramera respetuosa" (pues el título tal cual es: "La putain respectueuse", no sabríamos estamparlo sino en francés, así como ciertos libretos de ópera no sabrían cantarse más que en italiano) pese a su crudeza, o precisamente a causa de su crudeza, y aparte de toda preocupación de escuela literaria, y no digamos ya de trasunto filosófico de Heidegger, no deja de ser, en su implacable denuncia de ciertas inmoralidades políticas y crueldades racistas estadounidenses, una de las producciones más fuertes y atrevidas del teatro contemporáneo.

Tornemos al imperio, ya apuntado, de las modalidades clásicas.

El "Don Juan" de Molière, resucitado por Jovet, constituye la sensación de la temporada. Ya el título con el cual se presenta este espectáculo dice que España sigue

---

tan sólo al de la Malibran— siendo española, y por cierto muy joven, ser tenida por una de las actrices francesas cuyas dotes y autoridad ya no se discuten.



GOYA. Autorretrato.



EUSEBIO BLASCO FERRER. Caballo. *Hierro.*

estando muy lejos: "*Don Juan*", absurdo desde luego subrayado desde el primer día por parte de la crítica, sin que, por supuesto, Jouvett, director e intérprete, diera su brazo a torcer. En cambio, el aplauso casi unánime ha acogido una encarnación de don Juan con pretensiones "a lo Greco", de todo punto disparatadas si se tiene en cuenta algo tan fundamental y tan sencillo como esto: que el Don Juan de Molière al igual que la Fedra de Racine, son personajes esencialmente pertenecientes a la corte de Versalles. Desde la primera de sus oraciones hasta el atuendo que debe acompañarlos. Trasplantarlos, en afán realista, sólo puede destacar la incommensurable distancia que los separa de los climas que sus nombres evocan ante el espectador superficial. Y querer convertir el Don Juan de Molière, por su apariencia, en comparsa del Entierro del Conde de Orgaz, no deja de resultar insoportable anacronismo. Más todavía cuando las licencias que esta vez la representación se toma con la obra de Molière, hasta el extremo de desfigurar no pocos de sus personajes y cambiar totalmente su final, antes hacen pensar en uno de los innúmeros ballets inspirados en el costumbrismo español que no en una penetración cabal del carácter, del genio hispano, en sus perfiles perennes.

**E**L hueco, el vacío sin fondo abierto en el centro —físico y espiritual— de Europa hace de París, por encima de todas las dificultades materiales y de la incompleta restañadura de sus heridas, como nunca, un hogar vivo de culturas exóticas. El teatro, el cine, son, huelga añadirlo, exponentes primordiales de ello. Digamos en seguida que, aparte la expectación producida por alguna que otra obra que brinda aspectos con los cuales el público francés hállase todavía poco familiarizado: tal, una comedia finlandesa sin mayor trascendencia, y algunas producciones cinematográficas italianas demostradoras del alto, muy alto nivel alcanzado por el cine italiano en estos últimos años; digamos en seguida que el teatro español es el que hoy ocupa, en París, el primer lugar entre las aportaciones llegadas de fuera.

El nombre de Federico García Lorca ya queda dicho que se pronuncia con singular estimación; las más de sus

obras han sido representadas y, de cuando en cuando, re-presentándose de nuevo. Constituyen, en cierto modo, una pauta para juzgar las de los demás autores españoles; los cuales, venga o no a cuento, son comparados, generalmente en sentido peyorativo, con el autor de "La Casa de Bernarda Alba", obra que, por cierto, va a ser en breve llevada a la pantalla.

El reciente estreno de "La Dama del Alba", de Alejandro Casona, vertida al francés, con gran tino, por Jean Camp, ha dado lugar a ciertas controversias, precisamente en torno a una supuesta influencia "lorquiana". Y, cual no podía por menos de suceder, la aparición en escena de la Muerte ha hecho evocar, a la mayoría de los críticos, el "teatro de misterio" de Maeterlinck. A ninguno se le ha ocurrido recordar la posible ascendencia de nuestros Autos Sacramentales.

**EXPOSICIONES:** muchas, demasiadas. El tráfico de obras de arte que, en el período inmediato a la Liberación, alcanzó proporciones de despojo, ha menguado en virtud de restricciones monetarias, hasta hacer realmente angustiosa la existencia de no pocos artistas.

Las "Galerías" abundan, y su extraordinaria abundancia da a sus exhibiciones tintes de competencia: competencia en "sensacionalismo". Si exceptuamos la exposición de "La joven pintura inglesa", que nada nuevo ha venido a enseñar, ya que no ha hecho sino sustituir el academicismo tradicional en los descendientes de los prerrafaelistas por un amaneramiento de un modernismo ya trasnochado (cubismo inclusive), pero que ofrece el aliciente de dar a conocer el arte producido, en este último lustro, en la Inglaterra aislada del continente, la reanudación del tradicional "Salón de mujeres pintoras y escultoras", que no destaca ninguna personalidad saliente, pero en el que se buscaría inútilmente lo que suele entenderse por arte femenino, en el sentido de endeblez y preciosismo que artísticamente implica el término, y alguna que otra pequeña exposición individual, reveladora de nuevos valores, entre los cuales conviene mencionar muy especialmente la de Blasco Ferrer, pintor y escultor en hierro,

cuya trayectoria, desde el campo de concentración del Vernet, a que le llevó, a su entrada en Francia, en 1939, su condición de republicano español, hasta la índole de materia de especulación para los marchantes parisinos es digna de ser destacada, nos encontramos con que también aquí el afán de clasicismo domina.

Auge del tapiz; de los muebles de las épocas en que el artesanado firmaba sus creaciones con legítimo orgullo. . . Las grandes "ventas", o sea las subastas del Hotel Drouot, son barómetro incontrastable para medirlo. Y lo es, sobre todo, el éxito sin precedentes de las tres exposiciones que desde hace meses, día tras día, congregan un desfile ininterrumpido de visitantes que bien se puede, sin hipérbole, calificar de muchedumbres, la de las adquisiciones debidas a la "Sociedad de Amigos del Louvre", en L'Orangerie, y, en el Petit Palais, la de "Las obras maestras de la Pintura Francesa del Louvre", y la de "Los tesoros de los Museos de Viena". Ambas organizadas con especial acierto, por el escritor Andrés Chamson, director en la actualidad de tan horrendo cuan conocido edificio.

Siempre (¿y cómo silenciarlo?) el mismo desconocimiento de las cosas de España, aún en los más enterados y amantes de ella: *Velásquez*, escrito con una S en lugar de zeta; *Francesco*, en vez de Francisco, al referirse a Goya, y *Jusepe*, italianizándose, y también erróneamente el nombre de pila de Rivera. Pequeñeces, sea; pero, que apenas, precisamente por incurrir en ellas gentes de muy alta categoría intelectual.

Nada importan, desde luego, a la trascendencia de las exposiciones en cuestión. La de "Los tesoros de los Museos de Viena" reúne doscientas cincuenta y nueve obras, sacadas de las antiguas colecciones imperiales. Citar obras, enumerar artistas, equivaldría a pretender transcribir el catálogo de una pinacoteca. Apuntemos, sí, que, entre las maravillas que dejan suspenso al visitante, cuéntanse cinco Velázquez—entre ellos ese retrato de la infanta Margarita Teresa con traje de color de rosa, de una seguridad en el lirismo del colorido incomparable—; un autorretrato de Goya, de un modernismo en la soltura de la pincelada que ningún artista moderno podría sobrepasar; cuatro

Rembrandts, entre ellos el famoso retrato de su hijo Tito, conocido por "El lector", tal vez el más cumplido acierto de claroscuro rembranesco y, entre los esplendores de la Escuela Italiana, ese retrato del Papa Paulo III Farnesio, que echa por tierra todos los reproches de superficialidad en el análisis psicológico que, con sobrada ligereza, se le suelen hacer a la Escuela Veneciana.

Museos de Viena o sea colecciones del Santo Imperio, el Tesoro de la Orden del Toisón de Oro, las colecciones de dibujos y grabados de la Albertina, el Tesoro de la Casa de Borgoña. . . Igual que en las pinturas, la selección aquí es imposible: armaduras, códices miniados, joyas. . . Empero, no es posible dejar de reseñar la exhibición de algunos de los mejores y más grandiosos, en cuanto a proporciones, tapices en lana, seda, oro y plata, salidos, en el siglo XVI, de los talleres de Bruselas, ni, entre las piezas de orfebrería sin par el celeberrimo "salero" de Francisco I, de Cellini; obra que tanto tiene de escultura como de orfebrería, reiteradamente citada por su autor en sus "Memorias" y en su "Tratado de orfebrería", y de la cual puede decirse que arranca la Escuela de orfebrería de Fontainebleau.

Los tesoros de los Museos de Viena son peligrosa vecindad para las obras maestras de la Pintura Francesa. La comparación siempre es odiosa, y en ningún campo menos plausible que en el del Arte. Sin ánimo, pues, de establecer parangones inútiles, algunas observaciones impónense por sí solas, en esta como vista panorámica de la pintura francesa, desde la segunda mitad del siglo XIV hasta los representantes de la Escuela "Naturalista". Tal primitivo, por ejemplo, diríase en tal forma un Berruguete que viene a subrayar hasta qué punto un Berruguete puede pasar, en ocasiones por uno de los maestros de sus fuentes flamencas. Los Le Nain, en su interpretación de la vida campesina contemporánea de los fastos de los albores del Rey Sol, sentaban ya las primicias de las rebeldías más demoledoras. Ocioso es ya, tras toda la literatura que aclara, o enmaraña, los designios de Port Royal, subrayar la estructura jansenista de un Champaigne. Mas nunca se insistirá lo bastante en el "intimismo" que guiaba los pinceles de un Chardin cuyos cuadritos, de reducidas dimensiones y proyección

infinita en las reacciones sentimentales, para quien sepa verlos proclaman, con la misma fuerza que un retrato de Clouet o un pastel de La Tour, el valor en profundidad del arte, según la definición pascaliana, "a la altura del corazón".

La última sala de esta exposición, dedicada a la Escuela Naturalista, causa extrañeza: ante "las Señoritas de orillas del Sena" que, en su época, fueron tildadas de obscenas, uno no acierta a comprender como pudo escandalizar, en lo más mínimo, el realismo de una composición que hoy aparece cual amable ilustración para novelas rosas. Está visto que, con el tiempo, con muy poco tiempo, es harto difícil situar exactamente una expresión de belleza; harto difícil distinguir lo santo y lo "non sancto" de un aspecto cualquiera. Estas "Demoiselles des bords de la Seine", que tan a las claras proclamaban su condición social a los escandalizados visitantes de los "Salones" del Segundo Imperio, nos resultan hoy señoritas de buena familia; señoritas, incluso, extremadamente recatadas.

Lo cual prueba que no es la sensualidad sin tapujos lo nefando, ya que el aficionado a especulaciones "tortuosas", halla, no lejos de éstas hoy infelices "demoiselles", manantial inagotable en el examen de los rostros de los Valois.

**F**RANCIA ha tenido siempre la cualidad señera de la gratitud para con aquellos que, a través de los siglos, le han ido dando su esplendor. En país alguno conmemóranse tan fervorosamente los aniversarios. Estos meses han sido pródigos en ellos: de Ravel, con multitud de conciertos a él dedicados; del poeta Alfredo de Vigny, con ocasión del 150 aniversario de su muerte; de Zola, con ocasión del 50 aniversario del "Yo acuso". . .

Todos dan lugar a nutridas y hasta supernutridas consideraciones literarias. Si los diez años de la desaparición del compositor del "Bolero" se han conmemorado con interpretaciones de sus obras y comentarios más o menos eruditos de las mismas, para Vigny el homenaje, consistente principalmente en una exposición, en la Biblioteca Nacional de manuscritos, documentos y retratos, ha originado una busca y rebusca, asaz indiscreta, de ropa sucia,

en la cual María Dorval, la actriz a quien el poeta del "silencio altivo" le debió no pocos sinsabores pero también la inspiración de sus más admiradas estrofas, ha adquirido una importancia a ratos, incluso, superior a la de su genial cantor. Se le han dedicado biografías enteras; no hay semanario literario que no haya sacado a relucir su puñadito de anécdotas sobre los amores del poeta o publicado fragmentos de la correspondencia cruzada entre ambos. Se ha tomado partido pro-Vigny o pro-Dorval; y, si bien es verdad que los del primer bando han podido aducir, en contra de la ingrata, versos y más versos, de entre los que ya figuran en todas las antologías de la lírica francesa, los del segundo, han podido esgrimir como arma decisiva en contra del autor de "La casa del Pastor" las tres palabras: "Muerta de pena" grabadas en la tumba de María Dorval como inapelable sentencia.

La conmemoración del cincuentenario del "Yo acuso" había, naturalmente, de salirse del marco de la literatura. Fué aprovechada sin rebozo a gusto del día y del consumidor: que, cual hizo observar Francis Jourdain en su discurso del Panthéon, la famosísima "Affaire" no fué sino un episodio de la lucha que, desde la Revolución que creyó cimentar para siempre los Derechos del Hombre, divide Francia en dos campos irreductiblemente antagónicos: el que no quiere dejar perder las conquistas de la Revolución y el que no aspira sino a borrarlas.

Mas ya se prepara una conmemoración que ha de mover por igual a los que representan a Francia en la política, en la literatura y en el arte: el centenario de la Revolución de 1848. El Romanticismo ya estaba en cuarto menguante; ya iniciaban su desarrollo las escuelas de las que la cultura francesa se ha nutrido hasta las postrimerías del siglo pasado y cuya estela no ha dejado desde entonces de percibirse. Todavía no se sabe exactamente en qué actos habrá de consistir esta conmemoración de 1848; sí se sabe ya que revestirá singular trascendencia; y sí se puede ya esperar que dé lugar a un como balance espiritual de la Francia de hoy en día.

Paris, febrero 1948.

# *Aventura del Pensamiento*



## EL FEUDALISMO DEL SIGLO XX Y EL GOBIERNO MUNDIAL

(NUEVAS REFLEXIONES SOBRE LA PAZ)

Por *Guillermo DIAZ DOIN*

**S**igo creyendo que los problemas de la guerra y la paz son los más importantes que tenemos planteados. De su solución, acertada o errónea, depende todo el porvenir de nuestra civilización y, por consiguiente, de las demás cuestiones que afectan al hombre de nuestro tiempo. No será posible resolver satisfactoriamente los problemas sociales, políticos y económicos del mundo, si previamente no se logra organizar la paz y alejar el peligro de guerra que, como una espada de Damocles, se cierne sobre nuestras cabezas. Mientras persista la psicosis bélica de que están poseídos los gobiernos y los pueblos, no podrá intentarse nada serio ni permanente en lo que respecta a la obra de reconstrucción exigida por las circunstancias en que vivimos, pues todo cuanto se lleve a cabo llevará el estigma del oportunismo y lo transitorio. Será levantar castillos en el aire. Resolver el problema de la paz, es cosa de vida o muerte para el hombre. Ahora bien, hay que resolver ese problema atacando el mal en sus raíces, combatiendo la enfermedad en sus últimos reductos, no valiéndose de remedios ocasionales y poco drásticos, que más que solucionar la cuestión sirvan para diferir la explosión de un nuevo conflicto por unos cuantos años.

Ciertamente, no se puede tener la pretensión de resolver los problemas de una vez para siempre, pues todo lo humano es mudable y contingente. Pero sí es lícito aspirar a dar por lo menos un paso adelante en el camino de la paz, alcanzando un estadio superior en el proceso de su realización. En una palabra, lo que queremos decir es

que hay que buscar las causas últimas y tratar de remediarlas *ab ovo*, no andarse por las ramas empleando una terapéutica consistente en atacar los síntomas, ya que, obrar así, no conduce a nada o, lo que es peor, conduce tan sólo a aplazar el estallido del mal por un tiempo.

Vivimos una hora de terrible confusión que, en cierto modo, contribuye a empeorar el complejo causal de nuestros males. El confusionismo se ha adueñado de las mentes y son pocas las cabezas que ven claro en el momento actual. Son contadas las personas que no se han dejado contagiar por la pasión política, y ésta, como sabemos, nubla el entendimiento y deforma los conceptos e incluso la visión de la propia realidad. Por ello se impone una labor de profilaxis, de higiene mental, que devuelva a las gentes el uso de la razón y les permita salir de las tinieblas.

Una palabra que puede servirnos de piedra de toque para evidenciar la gran confusión que reina en las mentes, es el término *fascismo*. Este es un vocablo que florece en todos los labios, pero al que cada cual le atribuye un sentido diferente. Hasta el punto de que nadie sabe ciertamente lo que significa. Ha venido a convertirse en una especie de comodín que, como en el juego del poker, sirve para realizar las combinaciones más diversas. De tal modo, que, entre el fascismo y el llamado *antifascismo*, apenas si existe diferencia alguna. En nombre de este último, se incurre en una política que se identifica con el primero.

¿Qué es en definitiva el fascismo? En realidad no nos atrevemos, a las primeras de cambio, a aventurar una respuesta categórica. Desde que dicho fenómeno político hizo su aparición, son muchos los que han intentado definirlo. Los marxistas pretendieron explicarlo diciendo que era la dictadura del gran capital "en la época de la decadencia" o la dictadura "terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, más patrioterros y más imperialistas del capital financiero". Por su parte, los liberales y los anarquistas, lo caracterizaron por sus rasgos antiliberales y antihumanitarios, es decir por sus notas negativas. Otras gentes estimaron que el fascismo era, en efecto, una dictadura reaccionaria establecida con el propósito de impedir

los avances sociales. Podríamos seguir citando muchas más definiciones, hasta agotar el vasto repertorio, mas, sin duda, todas ellas pecarían de unilateralidad, pues todas fueron formuladas teniendo en cuenta un caso particular. Pero, entonces, más que a una definición, llegaríamos a una descripción más o menos exhaustiva del fenómeno. Lo que acabaría por sumirnos en un mar de confusiones. Incluso veríamos que el fascismo presenta, a veces, caracteres contradictorios, que dependen de circunstancias de lugar y tiempo.

Sin embargo, bajo las aparentes contradicciones, tras su evidente carencia de doctrina, encontramos un rasgo común a todos los fascismos: su oportunismo. Este constituye una constante en todas las políticas fascistas. Estas han hecho suyo el lema jesuítico de *el fin justifica los medios*. Con lo que se denuncia su carácter táctico, de subordinación absoluta a los fines de la empresa. Decir que el fascismo es un régimen eminentemente oportunista, no implica agotar la esencia de este fenómeno político, pero sí representa precisar un rasgo característico del mismo. Ahora bien, establecida esta condición oportunista del fascismo, será conveniente que tratemos de descubrir cuál es su último objetivo, es decir el fin a que tiende, y ante el cual todo procedimiento le parece lícito. ¿Cuál es el fin último del fascismo? La exaltación de la nación al primer plano, o, dicho en otros términos, la deificación del Estado. El fascismo, inspirándose en la concepción estatal de Hegel, exalta el nacionalismo hasta lo infinito y convierte, por el contrario, al individuo, al ciudadano en un cero a la izquierda. El hombre, dentro de dicho sistema, se transforma en un ser secundario que queda subordinado en absoluto a la máquina del Estado. Este deja de ser un medio para que aquél realice sus fines sociales, y, nuevo Moloch, en su holocausto, se sacrifica la personalidad humana.

Vemos, pues, que el nacionalismo es la nota esencial del fascismo. Pero un nacionalismo de la peor especie, delirante, agresivo, que lleva en su seno el germen de la guerra. Ese sentimiento enfermizo de lo nacional es pródigo en consecuencias desagradables. Siempre es generador

de conflictos bélicos. Su afirmación exaltada equivale a un gesto de combate, a una actitud potencial de pelea.

El fascismo se traza como fin último la potenciación de la nación al máximo. Para ello no repara en medios. Anula libertades, pone términos a toda suerte de garantías individuales y políticas. Convierte el Estado en un ente divino, ante el que hay que prosternarse sin la menor discusión. Desaparece la posibilidad de crítica, se persigue la menor disidencia y se elimina, por consiguiente, el menor síntoma de oposición. Se desemboca fatalmente en el totalitarismo, es decir, el gobierno del partido único.

¿Consecuencias que origina esa potencialización de la nación? Entre otras, una muy grave, y de indudable trascendencia para la paz universal: la exaltación de la soberanía en términos de absoluto. Y ya sabemos, por experiencia, lo que la soberanía nacional, o mejor dicho la subsistencia de la soberanía nacional significa, como obstáculo, para la organización de la paz en el mundo.

Pero, vistas las cosas sin prejuicio y sin pasión, ¿es acaso al fascismo el único régimen que degenera en nacionalismo y que por ende contribuye a fortalecer el dogma de la soberanía nacional? De ningún modo. Todos los sistemas políticos de nuestro tiempo, en mayor o en menor medida, desde los comunistas a los llamados demoliberales, tienden al nacionalismo y muestran su identificación con el principio de soberanía. Vemos, por ejemplo, el caso de la Rusia soviética, donde el nacionalismo adquiere cada día que pasa mayores proporciones. Tendencia ésta, por otra parte, ya iniciada en los primeros tiempos de la revolución bolchevique, y que ahora no hace sino agudizarse y alcanzar su apogeo.<sup>1</sup> Y vemos también a las llamadas democracias occidentales, Inglaterra y Norteamérica, apuntar un nacionalismo que, aunque algo más atenuado, no deja de ser inquietante.

La explicación del creciente nacionalismo soviético la encontramos fácilmente en su condición de Estado totali-

<sup>1</sup> A quien le interese conocer con más detalle esta evolución de la Unión Soviética, le recomiendo la lectura de mi ensayo *El sentido nacional de la revolución rusa*, publicado en CUADERNOS AMERICANOS (No. 4, julio-agosto de 1944).

tario. Como en los regímenes fascistas, en Rusia existe el llamado partido único, y se antepone el todo, es decir, la nación, o mejor dicho las naciones soviéticas, al individuo, al hombre. La personalidad de éste queda sumida en el gran todo que son la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Se argüirá indudablemente que esta situación dictatorial es transitoria y que está llamada a desaparecer un día. Pero es evidente que el actual estado de cosas dura ya treinta años y no lleva trazas de cambiar. Y también que los gobernantes rusos dan muestras patentes de nacionalismo y se aferran con igual intransigencia al dogma de la soberanía nacional intangible.

¿Qué ocurre en Norteamérica y en Gran Bretaña? El panorama es el mismo, aunque con otras variantes, derivadas de la distinta naturaleza de sus regímenes políticos. El nacionalismo va también en aumento, ya que el Estado, personificación de la nación, crece de tamaño en forma alarmante a expensas de los individuos que la integran, y también se rinde culto al dios de la soberanía.

Igual podríamos decir del resto de los Estados nacionales del orbe. Todos son más o menos nacionalistas y defienden con tesón, como una cosa preciada, el atributo de su soberanía.

Vivimos, pues, en un mundo erizado de nacionalismos, en el que no se puede dar un paso sin tropezar con una frontera política. En Europa pululan una infinidad de naciones minúsculas, que dificultan cualquier intento de trazar grandes planes económicos. Sus divisiones políticas responden a conceptos y situaciones ya superados por nuestro tiempo. Las fronteras europeas fueron trazadas hace más de un siglo, teniendo en cuenta los medios de locomoción de entonces. Datan de la época de la diligencia. Hoy, muchas naciones europeas constituyen verdaderas jaulas que dificultan la elasticidad de movimientos que ha procurado el progreso técnico. A este respecto, consignemos, a título de anécdota que ilustra muy gráficamente cuanto venimos diciendo, que los pilotos militares belgas, ya antes de la última guerra, tropezaron con muchas dificultades para probar la velocidad de los modernos aviones de caza dentro del territorio de Bélgica, sin violar

el espacio de los países limítrofes. Eso quiere decir que existe una gran desproporción entre el progreso técnico y la organización política del mundo. Pero, lo peor del caso, es que cada día surgen nuevas reivindicaciones nacionalistas, que sin duda alguna se traducirán en la multiplicación de los Estados soberanos.

Lo que decimos no implica en modo alguno desdén ni menosprecio de las pequeñas naciones. También éstas tienen derecho a la vida. Precisamente en el momento en que escribimos estas líneas nos llega la noticia de la próxima reunión de cuatro pequeños países —Andorra, San Marino, Luxemburgo y Lichteistein— para tratar de lo que ellos llaman “elefantiasis política, mal específico del siglo xx”. Estos Estados minúsculos protestan de la existencia de grandes Estados que, según ellos, “prácticamente no caben en el mundo”. Tienen, en parte, razón en su protesta, pues el gran Estado constituye realmente un factor de desequilibrio internacional. Pero el pequeño, sin llegar al extremo de los cuatro países mencionados, representa, a su vez, un obstáculo para cualquier plan a tono con el tiempo en que vivimos. Si contemplamos el mapa político de Europa, el colorido de los distintos Estados que la integran acaba por producirnos la impresión de una malla que aprisiona el cuerpo europeo. Ciertamente, si hemos de ir de acuerdo con el imperativo de nuestra época, hemos de procurar que las aspiraciones nacionales marchen en un sentido de integración, no de disgregación, como entienden algunas mentes atrasadas. El mal de nuestro mundo estriba en la pluralidad de naciones, que chocan y pelean entre sí. Todo lo que sea aumentar el número de soberanías nacionales, contribuirá a complicar la situación y a hacer más difícil el problema de la paz.

El nacionalismo tiende a dividir el mundo en compartimentos estancos. Ello va en dirección contraria al industrialismo moderno, que pugna por expandirse y convertir el planeta en su totalidad en área de su sistema, que busca las materias primas en donde se encuentran y que pretende organizar un mercado mundial. Son, pues, dos tendencias que se contradicen y que entran en conflicto, produciendo un desequilibrio entre lo económico y lo político. El na-

cionalismo actúa como freno de las posibilidades que nos brinda la industria moderna, cuya producción ha sido elevada en proporciones gigantescas gracias a los adelantos prodigiosos de la técnica.

Hoy día existen en el mundo setenta u ochenta organismos nacionales que se miran con recelo y desconfianza, temerosos de una agresión por parte de los vecinos o de los grandes Estados. Todos fomentan el sentimiento nacionalista de sus ciudadanos y consideran sus límites geográficos como verdaderas trincheras tras de las cuales acechan los movimientos de los países colindantes o los designios de las grandes potencias. En este clima de desasosiego y de constante temor no es posible crear nada valadero ni permanente. Todas las políticas están inspiradas por la preocupación de hacer frente a eventuales agresiones. De esta situación del mundo se derivan dos males evidentes: la imposibilidad de organizar la paz y la anulación de las garantías individuales y políticas de los ciudadanos. La mística nacionalista encendida por los Estados totalitarios, llámense fascistas o comunistas, con su espejismo de la denominada política de justicia social, ha desviado a las masas del buen camino. Estas, seducidas por un materialismo grosero, se han dejado embaucar por los nuevos hechiceros, haciendo abandono de sus libertades políticas, sometiéndose como rebaños a la voz del pastor y dejándose arrastrar hacia situaciones que inevitablemente llevarán a conflictos armados entre los Estados. A cambio de pan y espectáculos, como la plebe del antiguo Imperio Romano, el hombre de nuestro tiempo va cediendo su personalidad al Estado nacional, convirtiéndose en un número anónimo del gran todo.

Pero esto no ocurre sólo en los regímenes totalitarios, donde por definición no cuenta nada la unidad humana. También en los Estados llamados democráticos vemos cómo se van mermando cada vez más las libertades públicas. De día en día los gobiernos van invadiendo la esfera privada y regimentándolo todo como consecuencia de la psicosis de guerra que se padece. Es lamentable comprobar, cómo a dos años y medio de terminada la contienda, la economía de esos países no ha recobrado su ritmo civil y

se sigue trabajando bajo el signo de la urgencia bélica. Brevemente, para resumir, para continuar este estado de cosas, es decir, si se sigue viviendo bajo el temor de una nueva guerra, y por consiguiente se continúa anteponiendo la nación al individuo, los Estados más o menos democráticos acabarán desembocando en otra especie de totalitarismo que no tendrá nada que envidiar a sus congéneres.

Tanto si la soberanía la personifica el príncipe, como ocurría en el antiguo régimen, como si la encarna la nación, el resultado es siempre el mismo cuando se considera en peligro la existencia de la comunidad: las consecuencias las sufre el ciudadano de carne y hueso. Este ve mermadas sus libertades y sus derechos y en nombre de un supuesto interés del Estado, verdadera entelequia, invirtiéndose en este caso la jerarquía de los valores, pues, dentro de una verdadera estimativa, la *ultima ratio* de toda organización política debe ser el hombre.

En el siglo xviii, al producirse las revoluciones norteamericana y francesa, luchando como luchaban sus dirigentes por afirmar los derechos y las libertades individuales, transfirieron la soberanía de la persona del rey a la nación, por estimar que ésta representaba a la comunidad. Esa reivindicación y traspaso de soberanía constituyó entonces la meta de las aspiraciones políticas, pero, más tarde, en el curso del siglo xix y más aún en lo que va transcurrido del xx, la nación, personificación de la soberanía del pueblo al transformarse en Estado totalitario, se convirtió realmente en un tirano más absoluto que los antiguos monarcas. En nombre de ella, invocando el interés nacional, se están cometiendo infinidad de desafueros, se han mermado las libertades humanas y se ha reducido al individuo a simple pieza del mecanismo social.

Las naciones europeas (y no sólo las europeas, sino todas en general, por vastas que sean, como verbigracia, la Unión Soviética y los Estados Unidos de América) han dado de sí todo lo que podían dar, han llegado a su cenit, su proceso de realización se ha cumplido históricamente, habiendo desarrollado ya toda la trayectoria de su ciclo. Si no se quiere que sus cadáveres obstruyan el camino hacia nuevas estructuras sociales, habrá que superar el estadio

presente, esta fase del proceso evolutivo de crecimiento que se inició con la primitiva célula social, la familia, pasando por los sucesivos clanes, tribus, ciudades-estados, municipios, reinos, naciones modernas, etc., e integrar los actuales organismos nacionales en una entidad suprema, la supernación, que como meta última de la evolución tienda a identificarse con el ámbito del mundo.

Algunos escritores de fina sensibilidad, capaces de calar en el substratum de la realidad, se han referido a la situación que atraviesa el mundo comparándola con el feudalismo que precedió al surgimiento del Estado nacional. No me refiero, desde luego, a la divulgada obra de Nicolás Berdiaeff, "Una nueva Edad Media", ya que éste es un libro en el que la mística y la profecía superan al análisis, convirtiéndolo en instrumento de una política banderiza. Aludo, en cambio, a dos autores, C. E. M. Joad y Emery Reves, inglés el primero, y húngaro el último. Ambos coinciden en señalar el carácter feudal de nuestra época. En un libro titulado "Why War?" y publicado en 1939, Joad establece la analogía existente entre el comportamiento de los señores feudales en la Edad Media y los Estados nacionales modernos.<sup>2</sup> Por su parte, Emery Reves, en su obra "Anatomía de la Paz", dada a luz antes de

<sup>2</sup> Estimamos interesante transcribir unos párrafos de la mencionada obra, traduciéndolos del inglés, pues en ellos se refleja, mejor que en una síntesis nuestra, el pensamiento del autor sobre este aspecto de la cuestión, en forma clara y precisa. "Considerando la futura evolución de las instituciones humanas más allá de la Nación-Estado, saludé la formación de la Liga como un avance importante en los asuntos humanos. Si la paz iba a ser asegurada, las pretensiones amorales de los Estados soberanos tenían, en mi opinión, que ser sobreesidas. ¿Por qué método? Precisamente por el mismo método como se han desestimado siempre las pretensiones amorales de los individuos soberanos, es decir, subordinándolas a una autoridad común lo suficientemente fuerte para hacer respetar su autoridad. Inglaterra, yo sé, conoció en otro tiempo un caos de barones, lores y duques en conflicto, aliados unos a otros, con el propósito de sojuzgar a sus vecinos y que desconocían la autoridad del rey. Estos señores feudales no aceptaban más derecho que su propia voluntad, no reconocían más norma de conducta que su propio interés y anteponían su engrandecimiento personal a la felicidad de sus súbditos. ¡Lo mismo que en los Estados nacionales de nuestra época! Y lo mismos que los países en la Edad Media, se vieron asolados y destruidos a causa de las disputas de los señores feudales, así la Europa

terminar la segunda guerra mundial y poco después de redactarse la Carta de las Naciones Unidas, observa con indudable acierto, poniendo el dedo en la llaga, el sorprendente paralelismo entre nuestro tiempo y las condiciones que imperaron cuando se estabilizó el feudalismo político, después del reinado de Carlomagno y de los Carolingios, y durante el siglo XIII en que se desarrolló el sistema. Según él, cuya opinión comparto, nuestro mundo internacional es evidentemente una sociedad de señores feudales modernos, las naciones-Estados, que tratan desesperadamente de preservar sus privilegios acumulados y un abusivo poder, en detrimento de los pueblos que oprimen.

Asistimos, en efecto, no hace falta ser muy lince para verlo, al fenómeno de un nuevo feudalismo que, como en la Edad Media, da lugar a que las naciones-Estados (los nuevos señores feudales) se desgarran entre sí por motivos particulares, convirtiendo el mundo en escenario de sus luchas y en campo de batalla para ventilar sus pleitos e impidiendo que la humanidad, o mejor dicho, el hombre concreto, disfrute del bienestar de que podría gozar gracias al alto grado de eficiencia alcanzado por la técnica moderna.

La desaparición del feudalismo, considerado en el orden político, pues económicamente sus derivaciones fueron

de nuestros días se ve reducida a una situación de inseguridad y de temor por las perversas ambiciones de las naciones en pugna. Entre los señores feudales de los siglos XII y XIII prevalecía la ley de la jungla; entre las naciones del siglo XX sólo se reconoce la misma ley, la de la jungla, o mejor dicho se reconocía con anterioridad a la formación de la Liga. El paralelo me parecía exacto. ¿Cómo acabó, entonces, nos preguntamos, siguiendo el hilo de nuestro razonamiento, la anarquía que predominaba entre los Estados de la Edad Media? Gracias a la acumulación de tal poder por parte del rey, que redujo al mínimo las posibilidades de resistirse a su voluntad. Al cabo de algún tiempo la oposición dejó de ser una política práctica. Son muchos los que han considerado la invención de la pólvora como la clave del triunfo definitivo del rey sobre los barones. En Inglaterra y en Francia los reyes, que lograron tener el virtual monopolio de los mosquetes y los cañones, consiguieron tal poder que fueron capaces de someter a los disidentes barones y duques. ¿Podremos abrigar alguna esperanza de que un invento semejante llegue a poner término a la anarquía internacional del siglo XX? No resultaba descabellado ver en el aeroplano un instrumento de guerra que, al proporcionar ventajas para el ataque

otras, coincidió cronológicamente con el fin de la Edad Media. La formación del Estado moderno, es decir, el Estado nacional, fué la causa y la consecuencia de su desaparición. El cuadro del mundo feudal podemos sintetizarlo aproximadamente como sigue: En la cima, el rey gozaba de un poder absoluto y hereditario, pero en la práctica no poseía como propio sino un dominio de mucha menos extensión y menos rico que el de sus grandes vasallos; pobre y débil, no es todavía más que un símbolo. Por debajo del rey, se elevaban los grandes señores feudales, quienes gozaban de todas las regalías, comprendido el derecho de guerra privada, constituyendo verdaderos Estados dentro del Estado. Llegó un tiempo (como pasa en las naciones de nuestros días) en que el feudalismo degeneró en una serie de luchas armadas de unos señores contra otros. La anarquía reinó por doquier, al mismo tiempo que perdieron vigor los principios y leyes que regían su esencia. Los duques, condes y barones guerreaban entre sí, saqueando los feudos del vecino, matando a los vasallos e incendiando las ciudades. La miseria cundió por todas partes. Al mismo tiempo, el exceso de codicia de los señores feudales, aumentando cada vez más los tributos, constituyó un obstáculo formidable para el desarrollo del comercio. Esta corrupción del sistema feudal dió lugar a que los oprimidos, tanto el hombre del campo como el burgués, volvieran sus ojos

---

obligara a las naciones, por instinto de conservación, a concentrar este poder en manos de una autoridad única, de suerte que, del mismo modo que la invención de la pólvora trajo la nación a una efectiva existencia y puso término a los intolerables conflictos de los señores feudales, la invención del aeroplano trajese un gobierno internacional a una efectiva existencia, poniendo término a las intolerables guerras de las anárquicas Naciones-Estados". La esperanza cifrada en el poder destructor del aeroplano se frustró. La anarquía internacional engendró una nueva guerra. Al parecer no hay modo de hacer entrar en razón al género humano. Recientemente, apenas si hace dos años, Albert Einstein dió la voz de alarma en un magnífico artículo en el que analizaba las consecuencias políticas de la bomba atómica. Llegaba a la conclusión de que se imponía el gobierno mundial para establecer un orden en las relaciones internacionales, pues, mientras existiesen naciones soberanas, la guerra sería inevitable. También, a juzgar por las políticas de las grandes potencias, la advertencia de Einstein ha caído igualmente en el vacío.

hacia el rey. El monarca encontró en el pueblo el instrumento necesario e indispensable para dar la batalla a los señores feudales. De esta suerte el poder fué concentrándose en manos del rey. Todos los grupos sociales interesados en el desarrollo del comercio y del artesanado tuvieron razones especiales para luchar por una organización estatal centralizada. Los señores feudales acabaron por ser liquidados y asimilados por la naciente monarquía nacional. Ocuparon su rango dentro de la corte, *pero su disfrute de soberanía desapareció por completo.*

¿No es la situación actual del mundo, con su pluralidad de Estados nacionales, en lucha constante, semejante a la que imperó en el medievo, con anterioridad al nacimiento de la monarquía absoluta? *Mutatis mutandis*, es la misma de entonces. Y, aunque no se quiera reconocer todavía por muchas gentes, la única salida posible del difícil trance en que se encuentra el mundo es la de subordinar todos esos poderes en pugna a una autoridad superior, dicho en otros términos, a un super-Estado dotado de fuerza coactiva para imponer a todos la ley común. Claro está que ese super-Estado sólo será posible, si los actuales Estados nacionales se deciden a hacer renuncia de su soberanía, pues, mientras la conserven en sus manos, el funcionamiento de aquél será ilusorio.

La defensa de la idea de soberanía absoluta representa la proclamación de la ley de la jungla en el mundo internacional. De ese modo no hay paz posible, el universo se convierte en una lucha de todos contra todos. Falta la norma coordinadora de las voluntades particulares, el freno, que es limitación, pero que al mismo tiempo es también garantía. Para poner término a esa anarquía, es necesario crear una instancia suprema, a la que puedan recurrir los que estiman sus intereses en conflicto, para que dirima sus diferencias. No otra es la función del super-Estado.

El mundo atraviesa una crisis de crecimiento y, como en todas las crisis, es necesario que supere sus conceptos tradicionales. Uno de estos conceptos es el de la soberanía nacional. Esta, después de todo, no es sino una de tantas invenciones hechas por el hombre en el curso de su evolu-

ción a metas más ambiciosas. Representa una superación histórica con respecto a otras sociedades de la antigüedad y de la Edad Media. Pero no entraña nada definitivo. Es un estadio más o menos avanzado, pero no una adquisición permanente.

Una de las tendencias primordiales de las sociedades es la de crecimientos. Vemos cómo en el curso de la historia aumenta el volumen de los grupos humanos en una ansia de expansión. Y vemos, al mismo tiempo, que el hecho de alcanzar la fase inmediatamente superior no significa en modo alguno la desaparición de las formas anteriores. Las formas menores de asociación—unas veces fundadas en lazos de sangre, otras en razones de orden geográfico—, subsisten y son compatibles con las superiores. Así la familia, el municipio, la región. ¿Por qué, pues, suponer que la creación de un super-Estado entrañaría la desaparición de las naciones modernas en lo que tienen de peculiar? Sólo representaría el cumplimiento de una ley de adaptación a nuevas situaciones. La nación quedaría integrada en un sistema más vasto. Eso sería todo.

El dilema en que se debate el mundo es el de establecer una asociación de naciones o un super-Estado. Es decir, si la vida internacional ha de ser un concierto de potencias, que conserven su soberanía (y que, por consiguiente, tengan la facultad de disentirse o no de sus obligaciones con respecto a la comunidad) o, por el contrario, que se integre una entidad suprema, ante la cual cada uno de los miembros hagan dejación de sus facultades soberanas, convirtiéndose de hecho en circunscripciones administrativas dentro del gran Estado Mundial, con gobierno propio, ley propia y órganos de aplicación de la ley, propios.

En una palabra, los hombres tienen que decidir si han de regirse internacionalmente por una ley o por un contrato. Emery Reves, en su obra "Anatomía de la Paz", señala con particular acierto la radical diferencia que existe entre uno y otro sistema. El primero, el de la ley, es susceptible de realización a condición de que las naciones hagan renuncia de su soberanía, delegándola en un poder supremo. En cambio, el segundo, el basado en el contrato,

permite que los miembros de la sociedad conserven sus atributos soberanos; pero este hecho implica la negación de un orden mundial, ya que cada una de las partes goza de libertad para denunciar el *covenant*, y, por consiguiente, para eludir el cumplimiento de sus obligaciones.

Hasta el presente no conocemos la experiencia del establecimiento de una ley mundial dotada de poder coactivo. En cambio, sí se ha ensayado el otro sistema, el de la asociación de naciones en virtud de un pacto. La antigua Liga de Ginebra y la flamante Organización de las Naciones Unidas representan este tipo de asociaciones internacionales basadas en un contrato. No son en definitiva sino pactos multilaterales. El fracaso de la Sociedad de Naciones está bastante próximo para que necesitemos recordar las causas del mismo. Por lo que respecta a las Naciones Unidas, antes de cumplirse los dos años de su funcionamiento, han demostrado de un modo efectivo su ineficacia e inoperancia. La nueva institución se ha limitado a ser un arcópagio internacional donde los delegados de cada uno de los Estados miembros ventilan verbalmente sus diferencias y cambian entre sí improperios más o menos diplomáticos. No es que menospreciemos esta función de válvula de escape que desempeña la UN. Sirve al menos para amortiguar la tensión entre los Estados rivales. Siempre es preferible la deliberación y la discusión, al aislamiento. Pero esto no basta. Son necesarios acuerdos y resoluciones positivos. Nuestras esperanzas estaban cifradas más alto. Creo que no es éste el camino a seguir, pues no conducirá a nada práctico. Registrar el fracaso de las Naciones Unidas, a estas alturas, no quiere decir en modo alguno que nos mostremos disconformes con la cooperación internacional. Por el contrario, postulamos medidas más radicales, instituciones más avanzadas que permitan el establecimiento de una ley y un derecho internacional efectivos. Con ligeras variantes, se está incurriendo en los mismos errores y vicios que determinaron el descrédito de la Sociedad de Naciones, de la que la actual Organización de las Naciones Unidas no es sino un simple heredero con otros apellidos. Se está perdiendo lamentablemente el tiempo. Los problemas difíciles que tiene planteados el mundo siguen sin resolver.

No se ha avanzado un solo paso en forma positiva en el camino de organizar una verdadera paz. Ciertamente, como dice el refrán, el hombre es el único animal que tropezca dos veces en la misma piedra. ¿Se quiere repetir, hasta agotarla, la experiencia anterior? ¿Será necesaria otra guerra mundial, la tercera, para que los gobiernos de las grandes potencias se decidan a ensayar nuevos métodos y nuevas instituciones? Reaparecen los mismos egoísmos nacionales, los mismos intereses de siempre, los mismos afanes de hegemonía y predominio. En una palabra, estamos peor que en la época que precedió a la última guerra.

Creo, sinceramente, que se impone, como única solución, el establecimiento del gobierno mundial. Sería quizás prematuro determinar, por ahora, la forma y las etapas a recorrer para llegar a esa meta. Baste, por el momento, con señalar su necesidad, y también su urgencia. Son muchas y autorizadas las voces que se oyen en ese sentido. El dilema es este: *un mundo o nada*. El hombre de nuestro tiempo ha adquirido plena conciencia de su condición de ciudadano del mundo. Se ha hecho cosmopolita, pese a la aparente contradicción de los nacionalismos exacerbados. La última guerra, con sus migraciones multitudinarias y sus operaciones militares en vasta escala, contribuyó a que se crease una conciencia de interdependencia geográfica. A veces nuestros propios antípodas gravitaban sobre nuestro destino.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Durante la pasada conflagración la conciencia de interdependencia mundial adquirió caracteres sorprendentes. El hombre comenzó a familiarizarse con la geografía, cobrando para él vital importancia los lugares más distantes del globo terráqueo. Un detalle ilustrativo de la vasta escala de la política internacional de nuestro tiempo, nos lo da el hecho de que el presidente Roosevelt, en uno de sus discursos de guerra, advirtió a sus oyentes que debían escucharlo con un mapa del mundo a la vista. Otro ejemplo de la creciente conciencia de interdependencia mundial es el siguiente párrafo del libro de Wendell L. Willkie, *Un mundo*: "Ya no hay distancias en el mundo. En este viaje aprendí que los cientos de millones de seres humanos que pueblan el Extremo Oriente están tan cerca de nosotros como Los Angeles de Nueva York por trenes expresos. No puedo por menos de estar convencido de que en el futuro lo que a ellos les afecte tiene que afectarnos a nosotros, casi tanto como los problemas de los habitantes de California afectan a las gentes de Nueva York. En el futuro nuestro pensamiento habrá de ser mundial".

El hombre, merced a los adelantos técnicos logrados en el transporte y la locomoción y los prodigios alcanzados por los medios de comunicación, la radio, la televisión, etc., se ha convertido en un auténtico ciudadano del mundo. Este se ha reducido de tamaño, y hoy día el ámbito vital del hombre coincide con los límites de nuestro planeta. La multiplicidad de fronteras, sobre todo en Europa, constituye una traba para el desarrollo físico, económico, etc., de los pueblos. Las autarquías, las fronteras políticas, los visados de pasaportes, los controles de cambios, la diversidad de monedas, actúan a modo de obstáculos que entorpecen el desenvolvimiento humano. Ser o no ser, he ahí la cuestión. El hombre debe decidirse a dar un nuevo salto en la escala de las ascensiones políticas. El Estado nacional le viene pequeño. Representa para él una verdadera camisa de fuerza. El mundo tiene que ser el escenario de la nueva organización social. En los últimos años los pueblos han entrado en una extrema *proximidad dinámica*,<sup>4</sup> la convivencia se ha hecho más íntima. Se puede hablar con propiedad de una cierta convivencia mundial. El mundo está maduro para ser regido, gobernado desde cualquier punto del planeta. Diremos mejor, no se trata sólo de un problema de madurez, sino que se impone esa solución si queremos salir con éxito de la encrucijada histórica en que nos encontramos.

Los medios de comunicación, en todos los órdenes, lo han revolucionado todo, pero el mundo político no se ha adaptado aún a la nueva situación. Esta es la empresa que nos corresponde acometer. Es una empresa de gigantes,

---

<sup>4</sup> Ortega y Gasset, en el epílogo de su obra "La rebelión de las masas" consigna su pensamiento sobre el problema de la proximidad e interdependencia de los pueblos en la siguiente forma: "Hace un siglo no importaba que el pueblo de los Estados Unidos se permitiese tener una opinión sobre lo que pasaba en Grecia y que esa opinión era inoperante sobre los destinos de Grecia. El mundo era entonces "mayor", menos compacto y elástico. La distancia dinámica entre pueblo y pueblo era tan grande que al atravesarla la opinión incongruente perdía su toxicidad. Pero en estos últimos años los pueblos han entrado en una extrema proximidad dinámica y la opinión, por ejemplo, de grandes grupos sociales norteamericanos está interviniendo de hecho—directamente como tal opinión y no su gobierno— en la guerra civil española".

pero ello no debe desanimarnos. Lo que importa es afirmar nuestra voluntad de llevarla a cabo. Todo menos contemplar impasibles el triste espectáculo de las querellas feudales de nuestros Estados nacionales. Como en otra época también crucial de la historia, propugnemos el establecimiento de una autoridad superior que ponga término a las luchas fratricidas. *Un gobierno y una ley mundial*, he ahí la divisa de la aventura que se ofrece a nuestra generación.

## UN ESTUDIO COMPARATIVO DE LA REVOLUCION MEXICANA

Por *Jan* BAZANT

**E**L problema que nos planteamos es el siguiente: ¿la Revolución Mexicana es sui géneris o es comparable a las revoluciones del Viejo Mundo? El hecho de que la Revolución Mexicana tenga un ritmo particular y distinto del de las revoluciones europeas es tan evidente que no es necesario demostrarlo. Sin duda alguna, la Revolución Mexicana difiere en sus manifestaciones de las revoluciones europeas en el grado en que México difiere de Europa. Pero cabe la pregunta de si detrás de los fenómenos locales —tanto europeos como americanos— se esconde un fundamento común.

Podemos contestar esta pregunta mediante un análisis de la Revolución Mexicana, que nos permitirá aislar sus elementos, aspectos y conceptos acerca de ella.

**E**L elemento primero de la Revolución Mexicana es el movimiento que aspira a la constitución de un régimen parlamentario conservador de la propiedad. Por lo regular, a esto se une la idea de un predominio del sector civil y de la raza blanca. Históricamente, dentro de esta corriente caben Madero y Carranza.

El elemento segundo es el agrario-indígena. Se aspira a un socialismo rural basado en el ejido concebido románticamente como un puente entre el pasado prehispánico y el futuro igualmente indígena. La admiración por el campesino se funde con la admiración por el indio. En el fondo está la idea de que el indio es el dueño legítimo del país. Esta corriente se reveló especialmente en el movimiento zapatista, y luego en las medidas agrarias de los Presidentes Obregón y Cárdenas.

De acuerdo con la concepción tercera, la Revolución Mexicana es esencialmente democrático-burguesa y progresista; en consecuencia, el proletariado debe limitarse a exigir reformas dentro de la estructura del capitalismo. La revolución democrático-burguesa debe eliminar obstáculos que impiden el desarrollo industrial-capitalista. Estos obstáculos son el latifundio y el imperialismo. La corriente democrático-progresista predomina ya en la Constitución de 1917, y forma la ideología principal de los gobiernos posteriores.

En la concepción cuarta, la Revolución Mexicana es —o debería ser— proletario-socialista. Esta idea se hace valer parcialmente bajo el régimen del Presidente Cárdenas.

La concepción proletario-socialista parte del supuesto de que México era un país burgués ya antes de la Revolución la que, por lo tanto, no pudo traer nada progresivo a menos de que se convirtiera en proletaria (socialista). Naturalmente, se puede decir que la revolución burguesa verdadera tuvo lugar ya en la Reforma que fomentó la propiedad privada mediante la confiscación de bienes eclesiásticos y el reparto de tierras comunales indígenas y que, además, fué acompañada por la revolución industrial. Se podría ir aún más lejos y comprobar elementos burgueses en la Independencia, como, por ejemplo, el interés de Hidalgo por el fomento de las industrias —el postulado mismo de la independencia nacional implica el fin de la legislación colonial anti-industrial.

Nos enfrentamos, pues, a un fenómeno que parece contradecir el esquema habitual del desarrollo histórico. De acuerdo con este esquema que simplifica considerablemente la realidad, no hay sino una sola revolución burguesa después de la cual debe seguir la revolución proletaria. La dificultad se resuelve en la forma siguiente: la revolución burguesa a veces no logra su objetivo, esto es la creación de una clase media fuerte. En Inglaterra, a partir del siglo xvii no ha habido necesidad para la burguesía de reconquistar o ampliar su poder mediante una revolución. En cambio, cuando la revolución burguesa es meramente parcial o cuando los sectores burgueses progresivos no pue-

den desalojar a los sectores burgueses conservadores por los medios parlamentarios, se precisa otra u otras revoluciones (burguesas). Esto parece ser el caso de México: apenas eliminados unos obstáculos del desarrollo capitalista-industrial, quedan otros—por ejemplo, la iglesia—o surgen otros nuevos—latifundio porfirista e imperialismo. De ahí la necesidad de repetir la revolución burguesa, primero en la Reforma y luego en la Revolución.

Volvamos ahora a nuestro análisis de la Revolución Mexicana. Es interesante ver que los cuatro aspectos o conceptos—que se hallan casi siempre entremezclados—de la Revolución Mexicana se asemejan a los diferentes programas de la revolución rusa. Decimos programas porque, a diferencia de México, en Rusia prevaleció sólo uno de ellos con exclusión de otros.

A la concepción primera, conservadora, corresponde especialmente el Partido Constitucional-Demócrata y su dirigente, profesor Milyukov. Si el Zar hubiera cedido en ocasión de la primera revolución rusa (1905), Milyukov y su Partido habrían llegado al poder (como Madero en México). Después de la revolución de febrero de 1917, ese Partido ejerció influencia sólo poco tiempo.

A la concepción agraria corresponde la de los narodniki y sus herederos, los Social-Revolucionarios. Los narodniki eran socialistas románticos que creían que Rusia podría pasar del mir, admirado como la encarnación del espíritu socialista inherente a la raza eslava, directamente al socialismo, sin tener que atravesar la penosa fase del capitalismo. El ideal de los narodniki era el campesino, el mujik. En el régimen provisional de 1917, los Social-Revolucionarios ejercieron mucha influencia.

A la corriente tercera corresponde el Partido Menchevique (Social-Demócrata) que, junto con el Social-Revolucionario, dominó la escena política rusa en los meses que precedieron a la revolución de noviembre, o sea en la corta época de la revolución democrático-burguesa.

A la concepción cuarta corresponde el bolchevismo que barrió con todos los movimientos anteriores.

Vemos que en ambos países se desarrollaron paralelamente análogos movimientos político-revolucionarios. Es-

ta semejanza entre México y Rusia —hablamos de la época prerrevolucionaria— se basa sin duda en el hecho fundamental de que en ambos países, tanto la naturaleza como los gobiernos eran tradicionalmente duros para con el hombre. Este hecho explica en parte el atraso de ambos países con respecto a la Europa occidental. Pero ese atraso era acompañado al mismo tiempo por un progreso rápido en ciertas y limitadas ramas industriales y ciertas y limitadas regiones, en tal forma que al lado de primitivas chozas campesinas brillaban modernísimos centros fabriles. La construcción de ferrocarriles comenzó en México casi al mismo tiempo que en Rusia; la industrialización que siguió después en ambos países fué tan vertiginosa que no dió tiempo para que se formara un proletariado con un modo de pensar diferente. A diferencia, por ejemplo, del obrero belga e inglés, el ruso y el mexicano tenía aún mucho de campesino con todo lo malo y lo bueno; tenía algo espontáneo y elemental, rasgos que con la rutina de siglos se habían extinguido o, por lo menos, debilitado, en el proletario de Europa occidental. Debido a ello, el obrero ruso y mexicano era un revolucionario nato. La conexión íntima entre el obrero y el campesino (¡qué diferencia de Europa occidental en la que el campesino odiaba siempre al obrero!) era sin duda un factor importante en las revoluciones rusa y mexicana.

La desproporción fundamental en la economía rusa y mexicana tuvo el efecto de un explosivo: en ningún otro país había tanta intensidad, tanta potencia del sentir y pensar político-revolucionario.

Naturalmente, el resultado ha sido muy diferente en cada uno de los dos países. En México, la corriente conservadora dominó en los primeros años de la revolución; luego prevalecieron los movimientos agrarista y democrático-progresista; y bajo el gobierno del Presidente Cárdenas existió la impresión de que se pudiera pasar a la fase proletario-socialista. Pero esa evolución quedó a medio camino en 1940.

En Rusia, en cambio, después de un corto período democrático-burgués en 1917 prevaleció el programa proletario-socialista. Sin embargo, no hay que olvidar el hecho de que fué Lenin quién realizó el programa agrarista de los

Social-Revolucionarios. La socialización de la agricultura no comenzó hasta 1928. En consecuencia, durante diez años hubo allí una combinación de la fase agraria y la socialista, hasta que prevaleciera íntegramente el concepto socialista.

Habiendo insistido en la semejanza entre México y Rusia antes de la revolución, debemos explicar la diferencia en su curso y su carácter. En 1910, y los años posteriores, el proletariado mexicano fué demasiado débil para imponer su hegemonía en la revolución (pero, desde luego, bastante fuerte para exigir e imponer reformas). Se puede decir que si el estallido de la revolución se hubiera aplazado unos diez o más años, tendríamos hoy en México un régimen soviético, ya que la industrialización comenzada con mucho ímpetu bajo Porfirio Díaz habría avanzado enormemente, junto con la fuerza proporcional del proletariado. Inversamente, si la revolución rusa hubiera ganado en 1905, Rusia tendría hoy un régimen semejante al de México, compuesto probablemente de mencheviques y social-revolucionarios. Naturalmente, también es posible que si la revolución de 1910 se hubiera aplazado una o dos décadas, México no tendría hoy un régimen revolucionario porque la industrialización del país bajo un régimen de tipo porfirista habría resuelto los problemas fundamentales, haciendo superflua toda revolución. Lo mismo se podría decir de Rusia: si la revolución de 1917 se hubiera aplazado, quizás no habría revolución porque para entonces las reformas de Stolypin, en el sentido de una estabilización del zarismo, habrían surtido efecto.<sup>1</sup>

**H**EMOS dicho ya que, a diferencia de Rusia, en la Revolución Mexicana se combinan, formando un solo fenómeno, los diferentes aspectos. Así como se combina el aspecto agrario con el democrático-burgués, se combina

<sup>1</sup> La dinámica, esencialmente igual, de las revoluciones rusa y mexicana, se puede palpar ya en las grandes revoluciones de los siglos anteriores al nuestro; se revela con claridad especialmente en la Revolución Francesa, con su etapa constitucional, voltairiana, protestante o jansenista de la gran burguesía, su fase democrático-progresista, cien-

también este último con el proletario-socialista. En esta forma, hay núcleos de economía socialista dentro del conjunto capitalista.

Esa combinación no es un patrimonio exclusivo de México pues se puede estudiar también en Europa en la que se presenta, como consecuencia de la guerra de 1939-45, toda una escala de variaciones.

Esas combinaciones se dan precisamente en los países de viejas tradiciones industriales y de arraigadas instituciones parlamentarias, en suma, en los países de una clase media fuerte. Podemos decir que si los elementos socialistas dentro del marco capitalista se deben en México a la debilidad del proletariado, en los países como Inglaterra se deben en cambio a la fuerza económica —y también política y moral de la burguesía.

En la Gran Bretaña, el Estado ha logrado arrebatar al capital privado ciertas posiciones clave, especialmente la extracción del carbón. Este combustible tiene en la Gran Bretaña una importancia estratégica tan grande como la del petróleo en México. Sin duda, quien controla las fuentes de energía puede controlar la economía en conjunto. Pero no obstante esto, al Estado británico le falta dar el paso decisivo que consistiría en la nacionalización de la industria de hierro y acero, cuyo peso específico en la economía del país corresponde al de la minería en México.

En lo ideológico, el laborismo inglés es heterogéneo. Por un lado, hay una corriente moderada, fundada en las tradiciones progresistas del Partido Liberal; reforzada con argumentos keynesianos, esta corriente considera un control estatal de la economía como un medio para rejuvenecer el capitalismo. Los extremos —México e Inglaterra— se tocan, pues en México, la democracia burguesa quiere establecer el capitalismo y en Inglaterra, quiere restablecerlo. Por el otro lado, existe la corriente que aspira a la socialización completa.

---

tífica y enciclopedista de los girondinos y su fase rousseauiana, romántica y semi-socialista de los jacobinos. El proletariado industrial era aún demasiado débil para ser un factor importante en la revolución; existieron meramente grupos de ideas socialistas.

En otro país industrial, Checoslovaquia, el Estado dió el paso decisivo con la nacionalización de la industria pesada. La revolución socialista se combina allí con la democrático-burguesa dirigida contra Alemania, y la agraria que satisface las reivindicaciones históricas del pueblo y campesinato checo con respecto del alemán. De las tres corrientes revolucionarias semejantes a las de México, predomina, pues, la socialista. (En la primera fase de la revolución checa, en 1918-38, existió la combinación de los elementos agrario, progresista y conservador, en la que predominaba este último sector).

EN conclusión, podemos decir que México se halla fuera del ritmo europeo pues la revolución democrática comienza aquí (1910) antes que en la Europa oriental y después que en la Europa occidental; mientras la revolución socialista comienza en México (1935) después que en la Europa oriental y antes que en la Europa occidental. Pero por encima de esas particularidades locales parece haber una sola ley de desarrollo histórico, válida para toda nuestra civilización occidental e industrial.

Sin embargo, nuestro conocimiento de leyes sociales no es suficientemente grande para poder decir si se trata de una ley o meramente de una "tendencia" que puede ser contrarrestada en un momento determinado, por otra y opuesta.

## VOSSLER Y LA HISTORIA DE LA LENGUA

Por Raimundo LIDA

### 1. Lengua y cultura

YA en las páginas finales de *El lenguaje como creación y evolución* (1905) ilustraba Karl Vossler su renovadora doctrina lingüística esbozando brevemente una historia "idealista" de los orígenes del francés. En 1911, Vossler desarrolló su esquema en cinco densas monografías, que refundió en libro dos años después: *La cultura de Francia reflejada en la evolución de su idioma: Historia de la lengua literaria francesa desde los comienzos hasta el presente*, obra ampliada en 1921 y, finalmente, reelaborada y completada en 1929 bajo el título de *Cultura y lengua de Francia*.

Ahora bien: por los años en que Vossler escribía su serie de artículos sobre la formación de la lengua francesa, él mismo cuidó de explicar en dos magníficos ensayos —que pasaron luego a encabezar su volumen de *Filosofía del lenguaje*— su concepto de la historia lingüística. En ellos encontramos explicados y defendidos los principios teóricos (filosóficos y metodológicos) en que apoya Vossler su historia de la *Cultura y lengua de Francia*. Trazar la historia de un idioma, nos dice allí, es trazar la historia de sus hablantes, en uno de sus aspectos. Más precisamente, es trazar la historia de su pensamiento idiomático, de su intuir y expresar en palabras, de su gusto idiomático. Esta historia, esta íntima biografía de la lengua, desatendida hasta ahora, o cultivada sólo fragmentaria y accidentalmente, debiera ser, sin embargo, la meta última de la lingüística. Vemos aquí afirmada una vez más por Vossler su concepción al mismo tiempo histórica y estética del

lenguaje. Histórica y estética, pues lo que el lingüista debe investigar son las sucesivas transformaciones de ese pensamiento y gusto idiomático que para Vossler, como para Croce, es de naturaleza fundamentalmente intuitiva y poética. Una historia profunda de la lengua francesa será la historia del gusto idiomático francés, del *ver* idiomático de los franceses.

Pero si la historia interna de una lengua es la del *ver* idiomático de la respectiva comunidad, claro está que cabe, por otra parte, una historia externa que atienda, no al *ver* mismo, sino a lo visto, a lo intuido y expresado en palabras: una historia de la lengua como espejo de la correspondiente cultura. A partir del Renacimiento se tiende a poner en relación cada vez más estrecha la vida de cada pueblo y la de su idioma. “Siempre la lengua fué compañera del imperio —decía ya Antonio de Nebrija— y de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron, y, después, junta fué la caída de entrambos”. En los últimos siglos modernos cunde rápidamente la afirmación de ese paralelismo, y con ella la de la posibilidad de *ver* documentadas en las lenguas las vicisitudes históricas de los pueblos. Leibniz la formula. Gottsched señala en las variadas condiciones físicas e históricas, en las circunstancias políticas, étnicas, religiosas e intelectuales la causa de la diversidad y transformación de las lenguas. El *Hermes* de James Harris traslada a la caracterización de los idiomas nacionales el concepto de “genio”, en el sentido de Shaftesbury; cada idioma traduce en un peculiar conjunto de ideas la idiosincrasia colectiva de sus hablantes: el despotismo oriental, la vocación política de Roma, la sabia cultura ciudadana de Grecia. El póstumo *Essai sur l'origine des langues*, de Rousseau, no sólo hace depender del clima la fisonomía de las lenguas (las del sur, nacidas del placer; las del norte, “tristes hijas de la necesidad”), sino que se empeña en mostrar cómo la estructura social y política de una comunidad influye en la vida de su lengua, que no puede ser la misma en una república libre, organizada sobre el principio de la persuasión, y en una autocracia, imperio de la violencia. Y si llegamos a pensadores como Herder y Humboldt, que tan honda acción ejercen en el

nacimiento de la moderna lingüística, los vemos presentar las lenguas particulares como típicos modos en que se refracta el Lenguaje humano y se realiza concretamente la individualidad de cada pueblo; como viva forma espiritual que se impone a sus hablantes y los asocia y modela a todos en unidad de pensamiento, de sentimiento, de experiencia: en unidad de cultura. No puede sorprendernos que en la lingüística del siglo XIX nos salga al paso persistentemente esa concepción del idioma como documento de la cultura. Si tuviésemos que señalar algún remoto antecedente de ella en la tradición misma en que brota la doctrina de Vossler, nos bastaría con recordar la *Historia de la lengua alemana* de Jakob Grimm, en cuyo primer capítulo apunta esta idea con toda claridad, aunque románticamente elaborada en una supuesta ley histórica de contraste entre el refinamiento espiritual y el desarrollo material de los pueblos. Pero es sobre todo a través de los grandes romanistas (a partir del insigne Friedrich Diez) por donde llega a Vossler esta visión de las lenguas nacionales como inseparables de las correspondientes literaturas y culturas. Y Vossler admite de buen grado la legitimidad del estudio de la lengua como documento, y el estrecho enlace de cultura y lengua. *Cultura y lengua de Francia* se llamará su libro. El lingüista debe atender a las condiciones en que transcurre la evolución idiomática de cada pueblo; a todos los hechos que, desde muy diversas zonas de la cultura de ese pueblo, parecen acompañar fielmente la historia de su lengua; a las fuerzas e influjos que la encauzan y la determinan.

## 2. *Historia de la lengua*

EL aceptar la dualidad de lingüística interna y lingüística externa de ningún modo implica para Vossler detenerse en esa simple distinción, que ya encontrábamos, por lo demás, en los neogramáticos del siglo XIX, y encontramos hoy en un Walther von Wartburg hasta cuando proclama que los fenómenos lingüísticos deben explicarse ante todo por sí mismos, por las tendencias propias del idioma, y no sólo por las presiones culturales externas. Así también la doctrina de Ferdinand de Saussure —precisamente una de

las que más viva oposición han merecido del propio Vossler—insiste en esa distinción para quitar importancia a la lingüística externa y negársela, en general, a toda concepción de la lengua como reflejo de la mentalidad o de la cultura (*ethnisme*) de sus hablantes. Dos lenguas pueden presentar fenómenos coincidentes y la coincidencia puede deberse a mero azar. Y en cualquier caso, poco significan para Saussure los modos de ver y sentir de una comunidad lingüística si se comparan con hechos puramente idiomáticos como la supresión de una vocal o la modificación de un acento, ocurridos “*fuera del espíritu*, en la esfera de las mutaciones de sonidos, que no tardan en imponer un yugo absoluto al pensamiento”. ¡Fuera del espíritu! Si Vossler se atiene también a la distinción entre historia externa e interna del idioma, será para salvar como especialmente significativo aquello que en el idioma es vivo proceso de creación e innovación, proceso que transcurre muy *dentro del espíritu*: proceso íntimamente subjetivo y no resultado mecánico de circunstancias y fuerzas externas, ni abstracto término medio de las experiencias personales originarias. Vossler buscará, sí, como Ferdinand de Saussure, el estricto objeto formal de la historia lingüística y no se mostrará menos cauto que Saussure o su discípulo Bally en afirmar la existencia de relaciones de causa a efecto entre órdenes distintos de fenómenos culturales. Sólo que Saussure se esfuerza en recortar, dentro del complejísimo conjunto de los fenómenos del lenguaje, una figura estática y, diríamos, material y tangible, que garantice a la ciencia lingüística su unidad de objeto; y no vacila para ello en amputar del lenguaje toda participación del inestable espíritu individual de los hablantes, que estorbaría al hombre de ciencia en sus intentos de determinar la estructura y el funcionamiento interior de la lengua como sistema impersonal. Vossler, en cambio, verá en ese sistema, no lo interior, sino la costra inerte y fosilizada de la lengua: *ergon* y no *enérgeia*. El *Curso* de Saussure repite una y otra vez, y vuelve a declarar con inequívoco énfasis en sus líneas finales: “La lingüística tiene por único y verdadero objeto la lengua considerada en sí misma y por sí misma”. No cuesta imaginar a Vossler asintiendo gus-

toso a esta afirmación, pero con sesgo mental bien diverso del de Saussure. Porque la lengua en sí misma, la corriente central que orienta y da sentido al múltiple conjunto de los fenómenos del lenguaje, la sustancia cuyos movimientos y transformaciones debe estudiar la historia de la lengua, no es para Vossler ningún sistema impersonal, exterior a los habitantes mismos e inaccesible a ellos, ningún término medio, ningún residuo inerte de imágenes acústicas “depositadas en cada cerebro, poco más o menos como un diccionario cuyos ejemplares, idénticos, estuvieran repartidos entre los individuos”. Es, al contrario, el vivo y concreto gusto idiomático de la comunidad, incesantemente transformado por la contribución de los estilos individuales.

Aquí debía Vossler —ya en su primer libro de teoría filológica— encontrar insuficiente la posición de Humboldt, y aquí es donde viene a incidir en su propia doctrina la fecunda influencia de la *Estética* de Croce. El mismo Croce denunciaba en Humboldt (y en Herder) peligrosos gérmenes de naturalismo y determinismo, una virtual concepción de la lengua como sistema casi biológico de necesidades en que fatalmente se ve aprisionado el espíritu del hablante individual. A la visión del lenguaje como cosa subsistente por sí que, separada de los hablantes, adquiere nueva vida en contacto con cada uno de ellos, oponía Croce la afirmación de que toda antinomia y conflicto entre individuo y comunidad tiene como único escenario precisamente el libre espíritu del sujeto individual. Es significativo que un discípulo de Saussure, Albert Sechehayé, acuda hoy a consideraciones parecidas en su polémica contra ciertas rígidas formas modernas de la doctrina de Humboldt. “El dualismo entre lo individual y lo social —concluye también Sechehayé— está en nosotros mismos. No podemos colocarnos sino en el terreno de los sistemas individuales de lengua”. Pero no se comprendería la difusión actual de estas ideas si no se tomara en cuenta el papel ejercido, aun fuera de la filología románica, por Karl Vossler, a través de toda su obra de teórico. Vossler es cordialísimo admirador del filósofo napolitano, y se complace en señalar su decisivo influjo en la filosofía contemporánea y en callar más de lo justo su propia aporta-

ción a la filosofía del lenguaje y a la metodología filológica. Lo cierto es que gracias a Vossler la concepción estética del lenguaje ha venido a dar vigoroso impulso al estudio de todo aquello que en el idioma es acto de creación, de iniciativa personal, de estilo. Y esto no puede menos de tener consecuencias directas en la coordinación y jerarquía relativa de los distintos aspectos de la investigación idiomática. Si el lenguaje es ante todo expresión y poesía, Vossler hará de la historia estilística el coronamiento de la historia lingüística. Y también su fundamento y su punto de partida, ya que los fenómenos fonéticos, morfológicos y sintácticos no son para él partículas sueltas que, yuxtapuestas mecánicamente, alcancen a revelarnos el carácter de una lengua como estilo de fisonomía individual reconocible. El todo es anterior a las partes, y da sentido a las partes. De esa fisonomía estilística peculiar de un idioma, impresa en él por la viva acción del espíritu, derivarán sus reglas gramaticales, fórmulas en que se nos aparecen petrificadas las necesidades y tendencias expresivas dominantes en la comunidad lingüística.

### 3. *Historia de la lengua e historia de la literatura*

Por lo demás, el que la historia del idioma atienda al aporte de los estilos individuales no entraña amenaza alguna contra su propia unidad. Ella no tiene por qué desahacerse en una serie de estudios parciales sobre hablas de poetas. Aunque tome muy en cuenta la acción que en el gusto idiomático de la comunidad ejercen los mejores hablantes, y procure comprender cómo estos privilegiados espíritus, urgidos por su personal afán de expresarse, ahondan a la vez en la lengua general, y la enriquecen, amplían y empujan en tal o cual dirección, no los considerará en sí y por sí, como artistas individuales, sino en su condicionamiento histórico, cultural y práctico. Dos actitudes diferentes puede adoptar por tanto el investigador ante el complejo mundo de las formas expresivas —lengua y poesía— de un pueblo: mirar con preferencia a su aspecto colectivo o a su aspecto individual; pero en la comprensión

plena de la historia del gusto idiomático, objeto uno y doble, ambos modos de estudio deben confluir. Vossler no se ha contentado con afirmar la simple identidad filológica de lenguaje y poesía. Ante todo, el admitir la unidad de historia idiomática e historia literaria no significa para él —ni para Croce, desde luego— negar la legitimidad o las ventajas prácticas de que el investigador se particularice en uno u otro aspecto: ya en las variaciones del ambiente idiomático común, ya en la fisonomía de cada una de las grandes creaciones poéticas individuales. Pero es que, además, esa unidad resulta de veras fecunda cuando, lejos de confinarse en la región de los puros conceptos filológicos identificados por la estética de Croce (intuición, expresión, lenguaje, arte, poesía, lirismo), se aplica precisamente a los problemas concretos que el filólogo debe plantear y resolver, y anima por dentro y da sentido a los métodos de análisis, y preside la visión de cada fenómeno lingüístico o literario y la de su articulación sistemática con los demás.

Ya hemos visto en qué medida el examen de las hablas poéticas individuales viene a colaborar con el de la lengua común. En forma todavía más radical subraya Vossler la necesidad de que el historiador de la literatura atienda muy principalmente al estudio de lo idiomático. “Recordemos que la potencia artística de todo poeta y de todo escritor recibe de la lengua materna su alimento y educación inicial y más directa, y que esa lengua es la atmósfera espiritual en que por fuerza ha de respirar y crecer y formarse el genio artístico individual. El cuadro histórico-literario de una época determinada lo puede lograr un análisis del ambiente idiomático con tanta eficacia, por lo menos, como la que han demostrado hasta ahora los análisis de las corrientes políticas, sociales, religiosas, etc., por no hablar de las del suelo y del clima”. La obra personal de Vossler como crítico e historiador de las literaturas románicas, y la de quienes luego han seguido su teoría y su ejemplo, se singularizan justamente por esa atención al gusto idiomático de la comunidad y, en general, por la ahincada comprensión de cada obra poética como peculiar criatura verbal. También fuera de la filología románica, sin duda, venían abriéndose paso ideas parecidas; el esteti-

cismo y formalismo de un Oskar Walzel señala enfáticamente cuánto importa al examen y valoración de la obra literaria el de su aspecto idiomático. Pero no olvidemos que aun entre los germanistas llegaron a ejercer fuerte influjo las doctrinas de Vossler. Doctrinas ejemplarmente llevadas por él a la práctica, tanto en sus estudios sobre poetas individuales —Lope, Góngora, Calderón, Sor Juana, Racine, Lafontaine, Dante, Petrarca, Leopardi— como en su concisa historia de la literatura italiana o en su Poesía de la soledad.

Y cuando sea la historia íntegra de una lengua lo que Vossler abarque, como en el presente libro, veremos también destacarse sobre el fondo común de cada época sus característicos estilos individuales: el de la *Chanson de Roland* y el de Chrétien de Troyes, el de un Rabelais y un Montaigne, el de un Racine y un Voltaire, el de los románticos, el de los refinados estilistas y los vigorosos popularistas de los siglos XIX y XX. En cada caso la creación poética hace pie en la lengua común; “el poeta, para marchar, tiene que avenirse a los andadores de la lengua misma que él señorea”, así como quien acaudilla un movimiento político se ve al mismo tiempo “arrastrado, empujado y constreñido por las fuerzas en cuyo vértice está”. Pero la lengua resulta a su vez teñida y modelada por las sucesivas creaciones individuales. Si ante la dualidad de creación y evolución Croce quería ver engranados en unidad ambos elementos, Vossler encuentra que esa unidad sólo puede realizarse, para el filólogo, en la sistemática colaboración de la historia del idioma con la de la literatura. “Cuando el historiador de la lengua se dé cuenta cabal de esto. . . , el planteamiento de sus problemas será cada vez más rico, más amplio y profundo, y su exposición será de estructura cada vez menos formulista, menos desparramada y fragmentaria y más sobria, recia y coherente, sin que —como parece que se teme— ello deba perjudicar a la exactitud y rigor constructivos del método”.

## 4. La lengua como estilo y como gramática

EL Vossler de *Positivismo e idealismo en lingüística* denunciaba en nombre de Croce, y con fervor de neófito, la falsedad de conceptos presuntamente científicos como los de comunidad lingüística, base de articulación, sistema fonético y ley fonética, a los cuales negaba toda correlación con las cosas mismas, pues a ellos no corresponden, en la realidad del lenguaje, unidades y totalidades, sino una muchedumbre de fenómenos individuales. Con los años, Vossler ha ido moderando ese ímpetu de crítica negativa, y en sus libros de madurez ya no se muestra tan dispuesto a considerar como científicamente falsos los recursos prácticos y pedagógicos de exposición y clasificación de los fenómenos. Error hay, a lo sumo, en suponer que se han explicado los hechos de la historia idiomática cuando se les ha resumido en fórmulas; en no ver que lo que estas fórmulas presentan son los resultados impersonales y pasivos y no la viva energía creadora del lenguaje.

Así, pues, su rechazo de una "ciencia" de las lenguas constituídas es rechazo de una lingüística que se reduzca a conjunto de reglas y de recuentos estadísticos. Rechazo en nombre de una investigación más penetrante, que busque más en lo hondo la causa de esos mismos fenómenos que el positivista se limita a consignar. No bastará, por ejemplo, con anotar que tal o cual forma sintáctica se ha hecho, con el tiempo, más frecuente que tal otra; hay que averiguar la razón por la cual ha llegado a preferirse esta determinada forma a aquella otra. "Y la razón es que ésta ha correspondido mejor que aquélla a las necesidades y tendencias de la mayoría de los individuos. La norma sintáctica tiene su fundamento en el carácter espiritual dominante de un pueblo". Ya vemos afirmarse aquí —si no contradiciendo a Croce, por lo menos desarrollando lo que en él aparecía sólo implícitamente— la posibilidad de una ciencia del espíritu que investigue el momento creador de la lengua común. En las "necesidades y tendencias expresivas" de la comunidad, en su "carácter espiritual dominante", insistirá luego el teórico de *Espíritu y cultura en el lenguaje* y el historiador de *Cultura y lengua de Francia*. La lengua podrá estudiarse,

pues, en lo que tiene de viva y cambiante energía expresiva. Podrá ser, según hemos visto, objeto de una estilística (o como preferiría Terracini, por menos equívoco, de una característica) que no excluya siquiera la posibilidad de comparaciones entre idiomas distintos.

Cuando el propio Vossler emprenda tales comparaciones, cuidará de no resolverlas en un casillero de abstractos rótulos clasificadores, ni en una de esas antinomias violentas y simplistas a que con tanta frecuencia lleva el afán de oponer la lengua propia a las ajenas interpretando con ingenua vanidad nacional las meras diferencias de modo de ser como diferencias jerárquicas de perfecciones e imperfecciones—baste recordar aquí el cuarto *Discurso a la nación alemana*, de Fichte. Igual cautela puede observarse en Vossler cuando compara diferentes épocas en el desarrollo de un mismo idioma. Así nos pone en guardia contra el equívoco que se oculta en conceptos como los de subjetivismo y objetivismo, cada uno de ellos ramificado en tantas especies y subespecies como pueblos y épocas se consideren. Son andamios móviles y provisionales de que el historiador ha de valerse sólo para trabajar mejor sobre los hechos. Si Vossler, en el citado pasaje de *Cultura y lengua de Francia*, propone caracterizar sumariamente el siglo XVI como "subjetivista", frente al "objetivismo" del XVII, en seguida se apresura a declarar que ese subjetivismo no puede comprenderse sino referido también a otro muy diferente objetivismo: al del francés medieval que le precede. Y claro está que, en la medida en que el historiador precise las características de cada uno de esos objetivismos —el pragmático de la Edad Media y el racionalista del siglo XVII—, irá reemplazando inevitablemente los rótulos por una descripción minuciosa e individualizadora de la mentalidad de cada época.

Vossler admite que en todo idioma podemos ver hasta cierto punto reflejada esa mentalidad colectiva de sus hablantes, pero sólo en la medida en que el idioma nos presenta una fisonomía original y unitaria, directamente accesible a la intuición. El carácter nacional se manifiesta en el lenguaje—explicaba Vossler, allá por 1932, en la Sociedad Kantiana de Buenos Aires—, no como mecanismo

gramatical, sino como visión estética. Aquí el idealismo lingüístico de Croce viene a su vez a apoyarse en el concepto humboldtiano de forma interior, aplicado a la caracterización de las lenguas. Frente a los principios universales de la lógica y de la llamada gramática general, Humboldt prefiere centrar su investigación en la diversidad de las comunidades humanas y de los individuos. Las leyes universales del pensamiento lógico no impiden al concreto pensar —que dista mucho de ser puramente lógico— refractarse en multitud de modos nacionales y regionales, así como los comunes usos idiomáticos, nacionales y regionales, no excluyen las diferencias de estilo personal entre los individuos. La lengua de cada pueblo está animada por una característica forma interior, espiritual y dinámica. Lenguas diversas son modos diversos de ver e interpretar el mundo, no modos de traducir exteriormente un mismo sistema de conocimientos. La oposición de Humboldt a los intentos de la gramática general la vemos continuarse en la abundante y acre elocuencia con que el historicismo y esteticismo de Vossler se pronuncia contra las actuales concepciones logicistas del lenguaje. “Una gramática que se mantenga ajena a conceptos históricos como el de comunidad idiomática, evolución idiomática, mezcla idiomática, etc., no puede ser ni pensada sistemáticamente ni hallada en la realidad. Verdad que otra vez hay ahora filósofos del lenguaje que reclaman una gramática independiente, general, pura, especulativa y universal, una gramática de las gramáticas. Esos neoplatónicos y neoescolásticos sacarán sin duda tanto provecho de mis consideraciones como yo de las suyas”. Vemos así a Vossler combatir, por una parte, las abstracciones que disuelven lo idiomático en lo lógico y, por otra parte, denunciar las limitaciones de todo estudio de la lengua como rígido sistema de fórmulas gramaticales. Ante el logicismo, su posición es radicalmente negativa, como de quien ve falseados por él los más seguros y fundamentales principios sobre la naturaleza misma del lenguaje. En cambio, el estudio positivista de la lengua, apoyado en toda clase de métodos psicológicos y sociológicos, no se le aparece como falso y directamente condenable, sino como impuro, fluctuante

y oportunista, como un conjunto de investigaciones no referidas a un objeto central que les dé sentido y unidad rigurosa. Contentándose con analizar la lengua como un mecanismo impersonal e instrumental que traduce los intereses prácticos de la comunidad respectiva, y con reunir ordenadamente su vocabulario y las reglas de su sintaxis, su morfología y su fonética, la gramática científicista desatiende precisamente lo único que, para Vossler, sea capaz de organizarla en unidad: la lengua como estilo. Pues el perder de vista —nos dice— los valores intuitivos y estéticos en la historia de una lengua, no puede llevar sino al estudio de aspectos parciales y marginales. Mucho tiempo y mucho esfuerzo viene dedicando la lingüística a ese estudio (y, en su propio terreno, con evidente éxito); es hora de criticar y depurar sus métodos, y de subordinar todas esas investigaciones laterales y preparatorias, las técnicas auxiliares, el registro y agrupación externa de los procesos y de sus resultados, al estudio de la lengua como activa creación espiritual.

También en este punto, si Vossler ha suavizado el tono de su crítica, mantiene, no obstante, firme su dirección primera. Ya en *Positivismo e idealismo* proclamaba la necesidad de que la lingüística se apoyara resueltamente en el principio de que la única causa eficaz de las transformaciones del lenguaje es el espíritu, con sus imprevisibles e infinitas intuiciones individuales. "Fonética, acústica, fisiología de los órganos vocales, antropología, etnología, psicología experimental, lleven el nombre que quieran, sólo son disciplinas descriptivas auxiliares y sólo pueden mostrarnos las condiciones bajo las cuales la lengua evoluciona, pero no son nunca la causa". No ha de simplificarse, pues, demasiado la relación entre lengua y mentalidad nacional. Para Vossler, la lengua de un pueblo no es producto inmediato de su psicología, como no lo es de sus circunstancias físicas, étnicas, económicas o políticas. Aunque esté sometida a esas condiciones, no se resuelve en ellas. Pues la relación entre el desarrollo de un idioma y sus condiciones de ambiente no es relación causal ni, desde luego, identidad de esencia. La confusión entre una lengua (o una lite-

ratura) y sus condiciones ha sido error típico —brillante error, alguna vez— del siglo XIX.<sup>1</sup> En lo que atañe a la teoría de la literatura, y en especial a la teoría de la historia literaria, *Positivismo e idealismo*, anterior en dos años a *Vida y poesía*, de Dilthey, abre también el fuego contra el determinismo positivista de la época, con Wilhelm Scherer como máximo representante en Alemania.

El espíritu humano, con su constante actividad creadora, es por tanto, para Vossler, el único motor eficaz de las transformaciones históricas de la lengua. En este punto, sin embargo, el Vossler de *Cultura y lengua de Francia* y el de *Filosofía del lenguaje* parece también haber renunciado al polémico esteticismo crociano de los comienzos: ahora lo vemos atender, en la vida del idioma, a las variables combinaciones y fusiones de sus valores estéticos (expresión) y sus valores prácticos (comunicación) y subrayar como períodos culminantes aquellos en que mejor se realiza la unidad entre ambas series de valores. Un idioma florece plenamente cuando su aspecto práctico, documental y comunicativo se mantiene en íntima conexión con su aspecto artístico, ornamental y monumental. En *Cultura y lengua*, Vossler va siguiendo precisamente las vicisitudes históricas de ese armonioso ajuste entre ambos aspectos de la lengua francesa, logrado en dos momentos con raro esplendor: en el siglo XII y en el XVII, en las cortes de la Francia septentrional y en los salones de París y Versalles bajo Luis XIV. Desde el punto de vista metodológico, el examen de las aproximaciones, tensiones y discordancias entre uno y otro elemento tiene muy especial significado, como que de él depende, en el sentir de Vossler, toda razonable arti-

<sup>1</sup> Todavía en el argentino Sarmiento, con esa característica actitud suya, entre respetuosa y sonriente, ante ciertas teorías "científicas" de moda, encontramos ecos de tan ingenuo naturalismo. Recuérdese, en *Conflictos y armonías de las razas en América*, aquella curiosa explicación de la "tonada" provinciana ("el golpeado... haciendo vocales graves de que carece la lengua, y ante-esdrújulas como en el inglés") por "la marcha de la cabalgadura haciendo acentuar la palabra al asentar el caballo la pata". No nos extrañe en Sarmiento. La *Psicología de los pueblos* de Wundt explicará la rotación consonántica del germánico por el aumento de la actividad respiratoria de los germanos al pasar de la llanura a la montaña.

culación de la historia literaria de un pueblo en períodos coherentes. Ese examen es, en el caso de la lengua literaria francesa, el que lo mueve a considerar como etapa orgánicamente unitaria el movimiento renacentista del siglo xvi y el clasicista del xvii.

De todos modos, lo que siempre ha singularizado a Vossler como historiador del francés ha sido sin duda el relieve con que sabe poner ante nuestros ojos la vertiente estética del idioma. Una metódica colaboración de lingüística y estética daba ya fisonomía bien reconocible a sus primeros esbozos de historia idiomática en *El lenguaje como creación y evolución*. En las obras posteriores de Vossler, y particularmente en su amplio cuadro de la *Cultura y lengua de Francia*, se nos aparece más robustecida aún aquella aguda sensibilidad suya para lo individual y distintivo, que lo lleva a no aceptar —mientras que Humboldt sí tiende a aceptarlo— el carácter propio de cada pueblo como entidad compacta y permanente. El gusto idiomático de los franceses no se da de una vez y para siempre, y así el historiador de la lengua irá siguiendo en todas sus sinuosidades los cambios de dirección y de tono: en el francés antiguo, a lo largo de la Edad Media, en el Renacimiento y el Clasicismo, en la Ilustración, en el siglo xix y las primeras décadas del xx.<sup>2</sup> Y con ello nos irá mostrando el sentimiento idiomático como actividad perpetuamente creadora, no sólo receptiva y pasiva, aunque la comunidad misma (pueblo o clase social o escuela poética) no proceda con el deliberado intento de innovar, y hasta cuando precisamente se proponga imitar con exacta fidelidad los modelos consa-

<sup>2</sup> Claro está que, para la documentación y ordenación práctica de los hechos estudiados, Vossler se apoya constantemente en la obra de los grandes historiadores de la lengua francesa que le han precedido, y en multitud de monografías particulares. Si alguna diferencia se puede señalar (y con la intención de reproche la ha señalado Karl Jaberg) entre el Vossler de *Cultura y lengua* y el Vossler historiador de las literaturas románicas, es el no ser investigador tan directamente especializado en el análisis de concretos problemas lingüísticos como en el de los literarios. El propio Vossler no siente, desde luego, reparo alguno en acudir a eruditos historiadores de la lengua como Nyrop, Meyer-Lübke o Brunot, cuyas sistemáticas investigaciones no pretende él de ningún modo desconocer ni reemplazar, sino, simplemente, interpretar.

grados. A las situaciones nuevas y originales está siempre alerta la mirada de este sagaz historiador de la lengua, valido de su raro don de comprender como poeta lo poético y de presentar diáfananamente en sus finos repliegues y en su unidad los usos más contradictorios y fluctuantes de la época o corriente literaria que considere.

## ALFRED NORTH WHITEHEAD INSPIRADOR DE UNA GENERACION

1861 - 1947

**H**AY hombres que prefieren lo que debe ser; otros, en cambio, ponen el acento en lo que es. Los primeros son moralistas, los segundos científicos. Whitehead tenía algo de ambos, como era de esperar tratándose de un filósofo. Pero era, también, algo más. Era, quizás primariamente, un preocupado por buscar conexiones entre hechos que la teoría parecía querer mantener aparte. Estaba, igualmente, presto a lo que podía ser, en parte por el afán de entender este mundo en que cotidianamente vivimos. Era esencialmente un hombre reflexivo, como cabía esperar de alguien que avizora todas las cosas desde la perspectiva de lo posible. Pero era también exacto y riguroso, como correspondía a un matemático y a un lógico que tiene que vérselas con el hecho como ocupación familiar.

Lo posible, decía Whitehead, se ve libre de las restricciones que son características de las cosas en este mundo más o menos arbitrario. Se ve libre también de los límites característicos de la lógica y matemática tradicionales. No está constreñido a lo que ha sido o es; incluye mucho que no fué jamás realizado. No hay en lo posible fronteras infranqueables, como no las hay en el mundo de los hechos, y ha de haber sólo una ciencia que abrace todos estos aspectos. Desde los inicios mismos de su meditación Whitehead se percató de, y exploró, esta verdad.

En el primero de sus trabajos de gran aliento, "Tratado de Álgebra Universal", se ocupó de la matemática como de una disciplina capaz de permitirnos, de una manera exacta, pasar, de una región bien definida del mundo de la posibilidad a otra cualquiera. Trabajo, éste, original e independiente, pero que, sin embargo, no alcanzó mucha influencia. Hoy se encuentra un poco pasado de moda, en parte debido a la elaboración ulterior del mismo Whitehead, y en parte porque su contenido hállase en los tres volúmenes de sus "Principia Mathematica", publicados en colaboración con su discípulo Bertrand Russell.

Los "Principia Mathematica" es una de las más monumentales fortalezas de pensamiento riguroso que poseemos. Whitehead confesaba

en cierta ocasión que la mayor de sus realizaciones había sido proporcionar la primera prueba efectiva de que  $1 + 1 = 2$ ; realización que requirió más de cien páginas de razonamiento cuidadoso y la utilización de un simbolismo complicadísimo. Pero la obra se la caracteriza más corrientemente como el intento de traer la lógica y la matemática a un origen común, deduciendo las proposiciones básicas de ambos campos de una media docena de verdades y algunas ideas indefinidas. La obra ha inspirado a toda una generación y sólo en nuestros días hemos aprendido a ir más allá, en parte reflexionando sobre los problemas que ahí se plantean.

Era característico de Whitehead mirar a sus propias obras con un considerable desprendimiento. Renegaba de los discípulos y le repugnaba la idolatría. Todo lo que decía se relacionaba con algo más, y en consecuencia, estaba siempre dispuesto a aceptar la relevancia de los más diversos puntos de vista y aproximaciones sobre los suyos. Creyendo firmemente que la vida intelectual exigía la ampliación constante de la imaginación y el ajuste del discurso a la infinita riqueza de la realidad, era el más flexible y juvenil de los hombres en lo que respecta al espíritu, a la lengua y al pensamiento.

Whitehead dejó pronto atrás, las perspectivas y valores de los "Principia Mathematica", para consagrarse a cuestiones que le asaltaban más allá de estas provincias y de este método. Sus primeras especulaciones fueron en alto grado técnicas y de interés limitado, aunque existen aún filósofos de la ciencia que piensan que su "Principio de la Relatividad" ha sido imprudentemente pasado por alto, y que aun estudian sus "Principios del Conocimiento Natural" y su "Concepto de la Naturaleza" como las obras más significativas en lo que concierne a la naturaleza y significación del conocimiento científico. No fué empero, sino hasta la venida de Whitehead a América, en 1924, a la edad de 63 años, que empezó a hacerse evidente al mundo la amplitud de sus intereses, la brillantez de su espíritu y la frescura, profundidad y arrojo de su pensamiento. Harvard le dió ocasión de expresarse; ahí, como frecuentemente observaba, empezó a vivir una nueva vida. Enseñó temas nuevos, hizo nuevos amigos y en menos de seis años se dió a conocer al mundo como uno de los espíritus especulativos más grandes.

De 1925 a 1938 escribió ocho libros. De ellos el más popular fué su "Ciencia y el Mundo Moderno". Aún no salimos de la perplejidad en que nos sumió su aparición. Brillantemente escrito, salpicado de agudos epigramas que sirven para lanzar al espíritu hacia nuevos rum-

bos, traza sólo, al parecer, la historia de la ciencia moderna, pero en verdad enuncia muchas de las más importantes y originales ideas que para nuestra generación ha sido una fortuna escuchar. Es aquí donde puso en evidencia el carácter arbitrario e irreal que Newton y sus seguidores, entre los cuales se cuenta Einstein, suponían que era el de nuestro universo; también es aquí donde se muestra que Dios tiene su lugar en una cosmología científica comprensiva; e igualmente se demuestra que todas las cosas están entrelazadas sin que se pierda, empero, su individualidad.

El siguiente gran trabajo de Whitehead fué su libro "Proceso y Realidad". Es su obra más dificultosa pero también la más fundamentada. Es la obra de filosofía inglesa más comprensiva, original y sistemática que haya aparecido desde los días de Hobbes. Penosa de lectura para sus contemporáneos y colegas, no entendida por los recensoros y por la mayoría de sus discípulos, ha alcanzado la condición de una obra indispensable.

Lo desmañado y oscuro de su estilo, la abstracción de muchos de sus giros, las discusiones técnicas de que está sembrado, hacen que "Proceso y Realidad" ejerza su influencia no más allá de una escasa minoría de pensadores industriosos e independientes. Pero su efecto indirecto ha sido y continuará siendo enorme. Permanecerá, para siempre, como punto culminante en la historia del intelecto, como fuente perenne de ideas fundamentales, como monumento de la metafísica, de la cosmología y de la teología, como manadero que separa tajantemente el pensamiento del siglo veinte del pensamiento del siglo diecinueve.

De acuerdo con "Proceso y Realidad", este universo está formado por una copia de seres. Whitehead los llama "ocasiones actuales". Cada una de ellas es un punto en que lo finito se junta con lo posible, en que la idea de Dios se une a la historia, y en donde lo físico se entrelaza con lo mental. Cada una de estas "ocasiones actuales", "prehende", recoge e intimiza para sí misma todo lo que la trasciende en el mundo que ha sido y en el mundo que puede ser, para constituir una novedosa unidad actual. Cada una de ellas es la coyuntura de la totalidad del pasado y de la totalidad del futuro.

Cualquiera cosa que ha sido o pudo ser tiene significado para una ocasión actual. Nada está localizado infranqueablemente, aquí y en ningún sentido allí, que no tenga significación para algo que lo trasciende. Pero el significado que haya de tener el resto del universo para este ente particular sólo este ente particular puede decidirlo, lo

mismo que el cuándo y el cómo de su importancia. Cada ente, según Whitehead, se hace a sí mismo lo que es. Cada ente es una aventura de autocreación, una aventura que mira hacia atrás en procura de materiales y hacia adelante en procura de direcciones, pero que en definitiva se logra en la soledad de la intimidad absoluta. Esto vale lo mismo para las ocasiones actuales que localizamos en los hombres como para las que localizamos en las piedras o en los compuestos químicos. Somos todos, los vivientes y los muertos, los humanos y los subhumanos, partes de una única naturaleza. Tenemos orígenes diferentes pero similares, lo mismo que son similares las carreras y los destinos. Cada uno de nosotros es un artista cósmico que echa mano de la totalidad de lo actual y de lo posible para fabricarse su unidad privada que es lo más peculiar de nosotros mismos.

Una ocasión actual existe sólo por un momento atómico, por un corto lapso de tiempo que no puede subdividirse. Se toma la totalidad de tal momento como ocasión de hacerse a sí mismo, y cuando el momento ha sido dejado atrás la ocasión también ha pasado. El fenecimiento es así el acompañante necesario de la creación.

Pero en cierto sentido cada cosa es recordada por Dios, y "prehen-dida", recogida y preservada, en consecuencia, por todo lo que viene después de ella. Cada uno de nosotros no es más que una serie de ocasiones actuales íntimamente relacionadas. Ninguno de nosotros es permanente, ninguno es repetible, ninguno carece de eficacia sobre todo lo que ha de venir. Somos íntimamente más ricos, más frecuen-mente quizá que otros seres podemos hacer que fulgure la conciencia, que a otros les está negada, pero en principio somos semejantes a todos los demás entes. Como todos los demás somos puntos focales que unifican al cosmos de una manera original y fresca, ofreciéndonos a la vez como materiales para ser unificados por alguien que pueda seguirnos, y junto con todos los otros seres en este mundo del espacio-tiempo, incidimos y completamos esa ocasión actual suprema que es Dios. Es esta una cosmología en que no hay lugar para los macizos, incoloros y auto-suficientes átomos del pasado, sino que fundamenta hondo y en firme el punto de vista contemporáneo a tenor del cual las realidades fundamentales son sucesos cuánticos interrelacionados en un espacio-tiempo cósmico.

"Proceso y Realidad" durará lo que dure nuestra actual época científica. Pero sus "Aventuras de Ideas" por no estar atado a las vicisitudes de las bogas científicas es un libro más duradero. Pero no sólo por esto. Creo que se le leerá, ponderará y discutirá mucho tiempo

después de que todos nosotros hayamos desaparecido. Es un libro clásico de nuestro tiempo, un libro sabio, a la vez que de madurez. Whitehead siente que con él toca lo mejor de su rendimiento. A la vez profundo y lúcido, original y erudito, comprensivo y detallado, ocúpase por igual con las raíces, la vida y los frutos de la cosmología, la religión, el arte, la ética y la civilización. De mil modos diferentes puntualiza las limitaciones del lenguaje, de la educación, de la ciencia y religión tradicionales, y delicada, pero firmemente, lleva al lector a la evidencia de que la historia de la civilización no es sino un caso especial de la historia de un cosmos en que las ideas pueden, y a veces logran, "persuadir" a los hechos brutos de la vida y de la experiencia de que se armonicen, se acallen y se ennoblezcan. Hay una tenue, pero segura, dirección de las cosas hacia la excelencia que merece ser fomentada, cuidada, sostenida. Somos civilizados en la medida en que impedimos que esta dirección hacia la excelencia se entorpezca por fuerzas contrarias o se aquiete por la suposición dogmática de que la riqueza del ideal ha sido ya agotada.

En toda la obra de Whitehead, pero quizás no de mejor manera que en las frases finales de este libro, se sumariza el tiempo de una vida de pensamiento y de ser civilizado. "En el corazón de la naturaleza de las cosas, hay siempre el sueño de la juventud y la madurez de la tragedia. La aventura del universo toma su punto de partida en el sueño y madura en la belleza trágica. Es este el secreto de la unión del deleite con la paz —de que el sufrimiento alcanza su fin— en una armonía de armonías. La experiencia inmediata de este hecho final, con su unión de juventud y de tragedia, es el sentido de la paz. Adentrándose por este rumbo el mundo recoge la persuasión que ha de llevar a las perfecciones que son posibles que surjan de sus diversas ocasiones individuales".

*Paul WEISS.*

# *Presencia del Pasado*



## ESPAÑA ANTE LA REALIDAD AMERICANA

Por Erwin Walter PALM

"Indias del mundo"

BERNARDO DE BALBUENA:  
*Grandeza Mexicana. VII.*

EL momento del Descubrimiento de América coincide con la crisis decisiva del mundo gótico. Mientras en el Norte de Europa aquellos decenios significan la descomposición de las formas de vida medievales y la adaptación al nuevo clima preparado por el Renacimiento italiano, en la misma Italia el *quattrocento* se apaga con una repentina llamarada gótica, que por un instante transfigura los ideales del tiempo pasado: fe y caballería.

Mientras tanto, España, después de haber pasado por unas crisis profundas en tiempos de los Trastamaras, recobra —absorbida en la última cruzada de Europa— un vigor y optimismo tales que parece no darse cuenta del mundo en torno a ella, llevando la ola medieval hasta los primeros años de Carlos V.

La atmósfera de la metrópoli hace que la grandiosa empresa del Descubrimiento se presente, en un primer momento, como una extensión del mundo medieval. La nueva realidad es comprendida bajo las formas ópticas de la Baja Edad Media. Son conocidos los primeros testimonios del Nuevo Mundo, las cartas de Colón y el *extracto* de su *Diario de Navegación* conservado por Las Casas. . . Como de la larga y tremenda espera ante horizontes vacíos, mantenida por las endeble promesas de juncos, hierbas, cañas o palos flotantes, y por el vuelo ominoso de alcatraces, solitarias gaviotas y del "rabiforcado, que hace gomitara a los alcatraces lo que comen para comerlo ella", surge la

tierra de Guanahani. Y como desde este momento se suceden los relatos de una naturaleza gayá, inocente y feliz. Ya el 14 de octubre, el diario apunta: "...guertas de árboles las más hermosas que yo vi, e tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de Abril y de Mayo, y mucha agua". Y en las mismas Lucayas: "Aquí es unas grandes lagunas, y sobre ellas y a la rueda es el arboledo en maravilla, y aquí y en toda la isla son todos verdes y las yerbas como en el Abril en el Andalucía; y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos que oscurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla; y después ha árboles de mil maneras, y todos de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los cognoscer, porque soy bién cierto que todos son cosa de valía...". Luego en la Juana: "aves y pajaritos y el cantar de los grillos en toda la noche con que se holgaban todos: los aires sabrosos y dulces de toda la noche ni frío ni caliente". Y pocos días más tarde: "vieron también ansares muchos y naturales ruiseñores que muy dulcemente cantaban" y —añade Las Casas— "es bien de considerar que haya tierra en que por el mes de Noviembre los ruiseñores cantan".

Desde el principio, los elementos invariables que componen este paisaje, están fijados: árbol, agua, brisa y canto de pájaros: la constelación del paisaje literario provenzal, la del *dolce stile nuovo*, la del *Decamerone*. Significativamente, la noticia del 14 de octubre habla de "huertas". Desde hace tiempo, los críticos de Colón libran una batalla, o increpando las descripciones del Almirante como "atonía di colori e monotonia di espressioni", o subrayando su don de observación y elogiando su "sentido helénico de la sorpresa ante lo nuevo".<sup>1</sup> Pero la polémica, de cierto

<sup>1</sup> ALEXANDER VON HUMBOLDT: *Examen critique de l'histoire de la géographie et du progrès de l'astronomie nautique au quinzième et seizième siècles*, Paris, 1836, III, pp. 227 squ.; Idem: *Kosmos*, IIA, cap. 1.; SAMUEL ELIOT MORISON: *El Almirante da la Mar Occano*, trad. esp. por L. A. AROCENA, Buenos Aires, 1945, p. 805. En valorar los juicios acerca del sentimiento de la naturaleza de Colón, no habrá que olvidar que la manera de ver idílica del mismo Humboldt,

modo, no da en el blanco, puesto que la óptica del Almirante es predeterminada por una tradición,<sup>2</sup> que selecciona la realidad a describir y que le hace reducirla a los cuatro elementos del paisaje culto de los trovadores y de la lírica y novela italianas, es decir, del paisaje que aun sigue siendo el paisaje ideal de aquella época, probablemente no sin sugerir consciente e inconscientemente un color paradisiaco.

Por lo demás, el paisaje subtropical de las Antillas, su naturaleza estática, no están afinados para acordes mayores. Las, si bien contadas, observaciones de gran exactitud acerca de palmas, algodón o del aspecto violentamente tropical del *cupey*, no rompen la unidad de una naturaleza preconcebida sino que caben perfectamente en la tradición del paisaje ideal, abierto al realismo del detalle desde su creación por la antigüedad clásica. Más bien, denotan la curiosidad del viajero confundido ante las nuevas plantas aun sin nombrar.

Cinco días después del descubrimiento de San Salvador, Colón anota en el *diario*: "...los árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche; y así las frutas, y así las yerbas y las piedras y todas las cosas. Verdad es que algunos árboles eran de la naturaleza de otros que hay en Castilla, por ende había muy gran diferencia, y los otros árboles de otras maneras eran tantos que no hay persona que lo pueda decir ni asemejar a otros de Castilla". Es ésta, aún hoy en día, la reacción casi típica de quien llega por vez primera al trópico. Luego, en la carta a Santángel que es la que anunció al mundo el Descubrimiento — carta escrita ya en el viaje de regreso— la "diformidad fer-

sus descripciones entusiastas de América, provocaron a su vez la sátira respecto a sus "vacas color flor de durazno" y a sus impronunciables tribus indias: cf. KARL IMMERMANN: *Münchhausen*, lib. I, cap. 11.

<sup>2</sup> LEONARDO OLSCHKI: *What Columbus saw on landing in the West Indies*, "Proceedings of the American Philosophical Society", 84, 1941, pp. 639-649; IDEM: *Storia letteraria delle scoperte geografiche*, Florencia, 1937, pp. 15 sq., apunta las fuentes bíblicas y patristicas para la descripción del paisaje paradisiaco. Para la génesis del paisaje ideal en la poesía medieval francesa, cf. CH. V. LANGLOIS: *La connaissance de la nature et du monde au moyen âge*, Paris, 1927.

mosa", según el fin del relato sucinto menos especificada que en las notas del *Diario*, adquiera ya aquel brillo exclusivo que borra paulatinamente la frescura del encuentro original. En cuanto al ruiseñor, tan obligado como riachuelo, aire y árbol —ya el 16 de septiembre, a un mes de distancia de las costas americanas, "hallaron aires temperantísimos; que era placer grande el gusto de las mañanas, *que no faltaba sino oír ruiseñores*"— la ilusión literaria<sup>3</sup> se reconcilia con la realidad antillana: quien escribe, oye cantar el ruiseñor delante de su ventana, en noviembre, al igual que Colón.<sup>4</sup>

En fin, no es tanto la cuestión del contraste entre reminiscencia y realidad —según la acertada definición de Olschki, descubrir significó "en primer lugar reconocer en la realidad lo que la imaginación y una fe tradicional daban por existente"— sino de lo que integra el paisaje

<sup>3</sup> RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *La lengua de Cristóbal Colón*, 2a. ed., Buenos Aires, 1944, p. 29 an. 1, duda de una tradición literaria "dada las escasas lecturas" de Colón. Sin embargo, habría que admitir que tal óptica común a la Edad Media hubiera influido también en un no-lector. Tanto en las escasas observaciones acerca de la naturaleza contenidas en la primera carta de Vespucci —no importa aquí a quién se deba su redacción— como en la del Dr. Chanca, de 1493 (cf. *apud* MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE: *Colección de Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XVI*, 2a. ed., Madrid, 1851, I, pp. 349 y 50), el paisaje está descrito con palabras que parecen calçadas sobre las de Colón.

<sup>4</sup> Trátase del *turdus dominicus* L. (cf. LINNAEUS: *Systema Naturae*, Upsala, 1766, I, p. 295; ALEXANDER WETMORE and DRADSHAW H. SWALES: *The birds of Haiti and the Dominican Republic*, "Smithsonian Institution Bulletin", 155, Washington, 1931 pp. 331 sq.). Su canto más fuerte y no tan conmovedor como el del ruiseñor, se semeja genéricamente lo bastante a éste como para justificar la nota de Colón; cf. la hermosa descripción que de su gorjeo a menudo "lánguido", de su "tono triste y suplicante" hace el naturalista italiano M. SONNINI, *apud* VIEILLOT: *Histoire naturelle des oiseaux de l'Amérique septentrionale*, Paris, 1807, II, pp. 13 sq., s. v. *turdus orpheus*. Agradezco estas indicaciones a mi estimado colega Prof. Dr. D. Rafael M. Moscoso.

Los juicios de Chateaubriand acerca de que el ruiseñor es de Europa "pour charmer des oreilles civilisées" y los de su contemporáneo Lenau: "... me parece de un serio y profundo significado que América no tenga ruiseñor. Esto se me antoja como una maldición poética", no son escritos *sine ira et studio*.

ideal de Colón, que, justo es admitirlo, tiene a su vez no menos fuerza de convicción que las primaveras florentinas de Fra Angélico.

Característico es lo que Colón calla: los esteros pantanosos de los ríos; <sup>5</sup> su color nada idiliaco (lo desconsolado e infernal del río de La Isabela, del Bahabonico, p. e.); las profundas sombras azules y violáceas que hubieran encantado a un Leonardo, un Giorgione o Dosso Dossi, lo mismo que la hermosa humedad que vela las lejanías del trópico o aquellas tremendas nubarradas de polvo del paisaje de *guazábara* de Montecristi (visitado durante el primer viaje) que ha de plegarse a la euforia general del paisaje colombiano.

El ojo de Colón ni está educado por el realismo de los flamencos ni preparado para captar los rasgos singulares del lugar con la viveza original de su compatriota Eneas Silvio Piccolomini. La misma *lettera rarissima* dirigida a los Reyes después del naufragio en Jamaica que descubre aquel otro trópico enemigo y abismal, lluvia viento y relámpagos, cuyas descripciones son celebradas como originales frente a la "monotonía" del paraíso antillano—los lectores de la *Divina Comedia* suelen preferir el *Infierno*—arraigan en asociaciones no menos concretas, bíblicas y patristicas ("la mar fecha sangre", "no vide el sol ni las estrellas").

En el primer viaje, lo asustante, por inesperado que sea, apenas recibe la atención de unas pocas palabras secas. Aparece la primera iguana: "andando así en cerco de una

<sup>5</sup> A principios del siglo XVIII, el misionero jesuita JEAN BAPTISTE LE PERS, por muchos años residente en la isla y autor de una *Histoire civile, morale et naturelle de l'isle de St. Domingue*, publ. del MS en "Boletín del Archivo General de la Nación", Ciudad Trujillo, 1946, IX, squ. anota a propósito de los primeros puertos de la Española tocados por Colón en 1492, los de San Nicolás y de la Concepción: "Le territoire de l'isle lui [a Colón] parut avoir quelque ressemblance avec celui d'Espagne, quoique il n'y ait rien de plus affreux pour la stérilité que les environs de ces deux ports", *op. cit.*, lib. II, *loc. cit.*, p. 256. Distintamente de las Bahamas (cf. MORISON: *op. cit.*, pp. 297 y 313), los territorios en cuestión no han sufrido ningunos cambios esenciales de vegetación ni climáticos, desde el momento del Descubrimiento (información del prof. Moscoso).

destas lagunas vide una sierpe, la cual matamos y traigo el cuero a vuestras Altezas. Ella como nos vido se echó en la laguna, y nos le seguimos dentro, porque no era muy fonda fasta que con lanzas la matamos; es de siete palmos en largo. . . ”. Las Casas, al transcribir el resumen, siente la necesidad de ser más explícito para con su público en España: “. . .Esta sierpe, verdaderamente sierpe, y cosa espantable, cuasi es manera de cocodrilo o como un lagarto. . . Tiene un cerro desde las narices hasta lo último de la cola, de espinaş grandes, que la hacen muy terrible”. La iguana toma así más bien el aspecto de un cruce entre el dragón de San Jorge y algún monstruo mitológico a la manera de Piero di Cosimo (Andromeda de los Uffizi), al igual como, de los apuntes del segundo viaje, Las Casas recoge la memoria de un monstruo marino que, según Morison, pertenece a la fauna del Loch Ness antes que a la Saona. Los relatos del Nuevo Mundo han entrado en su segunda etapa: la de la elaboración de la noticia. Las Indias obligan a quien narra.

Volvamos a la naturaleza del primer viaje. Sólo a veces la “huerta” se trueca por otro efecto, cuando Colón “certifica a los Reyes, que las montañas que desde antier ha visto por estas costas [de Cuba] y las destas islas que le parece que no las hay más altas en el mundo, ni tan hermosas y claras, sin niebla ni nieve”. Las formas apuntadas de las cadenas de montes evocan un paisaje emotivo, a la manera de Patinir: “algunas dellas [islas], que parecía que llegan al cielo y hechas como puntas de diamante, otras que, sobre su gran altura, tienen encima como una mesa, y al pie dellas fondo grandísimo”.

En cambio, cuando Colón abandona la convención literaria, sólo hay lugar —noticia del 19 de octubre— para las “muchas yerbas y muchos árboles que valen mucho en España para tinturas y para medicinas de especería” respecto a los cuales hubo de repetir, con idéntico pesar, dos días más tarde, “mas yo no los cogozco, de que llevo grande pena”. Es decir que al lado de la ficción asoma bruscamente la realidad de los fines de esta navegación. Las plantas útiles y los nombres exóticos que pronto llenarán el vocabulario español, y a través de él la curiosidad de toda

Europa, constituyen una segunda realidad puramente mercantil y desprovista de todo romanticismo, sin otra transición al paraíso antillano sino la anticipación de la abundancia. La distinción radical de las dos esferas, conciliadas en la percepción emocionada del Descubridor, indica una yuxtaposición condicionada por el estilo particular de ver de la Baja Edad Media. Inaugura así los esfuerzos plinianos de la *Historia Natural de Indias* como la de Oviedo, y por siglos impidió una efectiva asimilación del paisaje tropical de América. Bastaría (abstrayendo los ingredientes exóticos) fijarse en la identidad ideológica entre los paisajes brasileños de Albert Eckhout y de Frans Post<sup>9</sup> por un lado y por otro en los aspectos de la Italia ideal de Claude Lorrain.

Efectivamente, la visión de Colón ha definido la percepción del trópico. Y no sólo la de los contemporáneos del Descubridor (con razón se ha observado que el suyo aun es el concepto corriente de nuestros días, y que inspira hasta los paisajes de idealización comercial de los carteles de las grandes agencias viajeras). Cuando Las Casas describe la expedición al Cibao en la primavera de 1494, lo hace con los ojos y en el lenguaje de Colón, aunque ya con aquel dejo casi imperceptible de sentimentalismo retrospectivo que dota su *Historia* en tales momentos con los colores de un mural de Benozzo Gozzoli: "otro día, jueves 13 de marzo, subido el Puerto de los Hidalgos, vieron la gran vega, cosa que creo yo, y que creo no engañarme, ser una cosa de las más admirables cosas del mundo. . . la vista della es tal, tan fresca, tan verde, tan descombrada, tan pintada, toda tan llena de hermosura, que así como la vieron les pareció que habían llegado a una región del Paraíso, bañados y regalados todos en entrañable y no comparable alegría. . .".

<sup>9</sup> HUMBOLDT: *Kosmos*, IIA, 2, p. 81 (trad. esp.) insiste en el "carácter propio de la zona tórrida", captado por los dos pintores. Pero incluso si se admite el realismo de la producción de Post durante los años de su estancia en el Brasil, es significativo que, apenas vuelto a Europa presenta a América según el gusto de la época, con los colores profundos de la fantasía barroca.

La convención de una naturaleza-huerta mediterránea se integra con aquel profundo mito americano, obra de Petrus Martyr y de Las Casas, que extiende al Continente y a sus habitantes todo el ansia de felicidad de la antigüedad clásica cansada, todo el menester de un más allá terrenal y halciónico soñado por el helenismo. Frente aun a las evidencias del canibalismo, sodomía o "idolatría" de los aborígenes, Las Casas insiste en su convicción acerca de la bondad innata de los indios, suaves, píos y sencillos quienes a Colón desde el primer momento le aparecen más cristianos que sus mismos conquistadores.

Una atracción peculiar rodea el concepto de aquella predisposición natural. El espejismo del Continente cristiano, que nutre a todas las especulaciones utópicas del Renacimiento, desde Tomas Morus hasta Campanella, a los experimentos sociales desde Las Casas y Vasco de Quiroga hasta el Estado jesuítico del Paraguay, y a la experiencia inmediata que incita a Europa a una crítica de la Sociedad desde Montaigne hasta Rousseau y la Revolución francesa, toda esta atmósfera colombista aun hoy define nuestra percepción de América, como no nos desligamos tampoco del paisaje ideal conquistado por Colón.

Ante la Tierra Firme de Sudamérica Colón apunta sus especulaciones acerca del paraíso terrenal, situado en la topografía colombina encima de la "pera [de la tierra] que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar della fuera como una teta de mujer allí puesta".

Las Casas aplaude con una explicación euhemerística: "podía ser que el Paraíso terrenal estuviera en parte de aquella región, tampoco el Almirante opinaba fuera de razón supuestas las novedades y mudanzas que se le ofrecían, mayormente la templanza y suavidad de los aires. . ." —En la imaginación de Europa, el devenir de América absorbe todo el acopio de sueños pastorales y mesiánicos con el cual la humanidad occidental se opone al proceso histórico. "Desta gente que vivía en estas islas de los lucayos", dice Las Casas, "aunque el Almirante da testimonio de los bienes naturales que cognoscó dellas, pero cierto mucho más,

sin comparación, después alcanzamos de su bondad natural, de su simplicidad, humildad, mansedumbre, pacabilidad e inclinaciones virtuosas, buenos ingenios, prontitud e prontísima disposición para recibir nuestra Sancta fe y ser imbuidos en la religión cristiana, los que con ellos mucho en esta isla Española conversamos, . . . cuando . . . de los . . . lucayos hablaremos. . . no hallo gentes ni nación a quien mejor la pueda comparar, que a la que los antiguos y hoy llaman y llamamos Seres, pueblos orientales de la India, de quien por los autores antiguos se dice ser entre sí quietísimos y mansísimos; huyen de la conversación de otras gentes inquietas, y por este miedo no quieren los comercios de otros, más de que ponen sus cosas en las riberas de un río sin tratar con los que las vienen a comprar del precio, sino que según que les parece que deben de dar lo señalan, y así venden sus cosas, pero no compran de las ajenas. Entre ellos no hay mujer mala ni adúltera, ni ladrón se lleva a juicio, ni jamás se halló uno que matase a otro; viven castísimos, no padecen malos tiempos, ni pestilencia; a la mujer preñada nunca hombre la toca ni cuando está en el tiempo de su purgación; no comen carnes inmundas, sacrificios ningunos tienen; según las reglas de la justicia cada uno es juez de sí mismo; viven mucho y sin enfermedad pasan desta vida, y por esto los historiadores los llaman sanctísimos y felicísimos". Raras veces la geografía de la felicidad creada por Herodoto ha encontrado una aplicación tan hermosa, un acento tan sincero de renovada fe, como en esta reproducción de Strabon y de Ammiano Marcelino donde, tras el curioso relato del comercio mudo entre las poblaciones fronterizas de la China, surge el ansia de un mundo justo que tiñe la cosmografía de la Estoa y, en particular, de Poseidonios.

O bien será Diódoro cuya descripción de otra población bienaventurada de los confines del mundo antiguo debe servir para comprender la realidad de las Antillas afortunadas. Esta vez, los lucayos se comparan a los pueblos de Etiopía, quienes por tener dos lenguas "hablaban no sólo como hombres sino como aves cantaban". Por otra vez Las Casas ha escogido aquí un pueblo ideal de la crítica pagana de la civilización que alcanza el justo premio de una vida

*secundum naturam*: "Tienen la costumbre de vivir hasta cierta edad. Y llegados a ella, ellos mismos se dan la muerte; hay cierta hierba, sobre la cual, si alguno se echa, viénele luego un muy suave sueño y así muere; las mujeres tienen comunes... viven concordes, sin revueltas, pacíficamente...".

Las imágenes de la bienaventuranza, reflejadas en una realidad fresca sustraída a la depravación de los sistemas sociales e intelectuales de Europa, muestran el impacto de toda la *olbiografía* clásica y medieval que se vuelca sobre el Nuevo Mundo. Por lo demás, la presencia en el Caribe de sirenas y amazonas, de gigantes y hombres rabones, o la búsqueda de la Fuente de la Juventud y la localización de los Cipangos, Ofir, Eldorado y Jauja obedecen a una tradición tenaz de la geografía teratológica que en las islas cada vez más lejanas de la periferia del mundo conocido fija la morada de los seres fabulosos de la imaginación del hombre. No se trata, pues, tan sólo de que en Indias se empiecen a contar las mismas leyendas que en Europa, que los conquistadores llevan consigo asignándoles su lugar en el Continente inexplorado; de que en el Viejo Mundo como en Indias las perlas nazcan del rocío del cielo que según los autores clásicos "en ciertos tiempos del año, cuando tienen la inclinación y apetito de concebir" cae en las ostras entreabiertas que en las playas del mar se exponen "cuasi como si esperasen y deseasen su marido". Sino he aquí que el navegante del siglo xv ingresa en la realidad fuera de las Columnas de Hércules, en la cual existen aún vivientes todos los monstruos y todas las promesas del mundo pagano. La seriedad de este hecho no puede ser menospreciada.

En efecto, el resumen del diario de Colón hace respirar el sentimiento de la transgresión, probado durante el primer viaje. Muy pronto el audaz postulado del Ulixes dantesco:

"non vogliate negar l'esperienza  
diretro al Sol, del mondo senza gente"

se trueca en la preocupación supersticiosa de la gente de mar: "sobre las muchas cosas en que tomaban ocasión de desmayar... fué la prosperidad que Dios les daba en

darles tan buenos y favorables vientos, que siempre iban con ellos allá, y la mar tan llena que más parecía laguna de agua muerta que mar, a lo cual no poco ayudaba no la hallar tan salobre como la que dejaban atrás. Por manera, que inferían, que, pues siempre llevaban un viento. . . y la mar tan mansa, *que debían de estar en otro mundo y regiones diversas del mundo de allá*, y que no tenían viento con que se tornar".<sup>7</sup> Algo de este sentimiento aun tiembla en la mención patética de las "nuevas estrellas" del hemisferio descritas por Colón en 1500, pronto el tópicos obligado de todo relato de Indias (todavía lo es para el viajero moderno la aparición de la Cruz del Sur).

Desde luego, todo el aparato clásico y bíblico sirve de punto de referencia y de orientación comparativa en la realidad confundidora del Nuevo Mundo (como —será bueno recordarlo— antes había servido a los misioneros franciscanos que en el siglo XIII se adentraron en Asia, y a Marco Polo o los que siguieron a él).<sup>8</sup> Pero, es patente que al mismo tiempo que sirve de sistema de coordenadas para asimilar lo extraordinario, proyecta una convención, un recuerdo, un matiz, que impide la captación del nuevo ambiente en categorías nuevas. La *interpretatio Romana* aplicada al panteón indio, la constatación sumaria y gustosamente repetida a través de toda la obra de Oviedo, de que los indios de la Española veneraron ante todo al diablo, o el

<sup>7</sup> FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *Historia de la Indias*, con prólogo de GONZALO DE REPARAZ, Madrid, 1927, lib. I, cap. 37. No sé cuánto hay que atribuir a la estilización hecha por Las Casas. El extracto correspondiente del *Diario* (*Raccolta di documenti e studi colombiani pubblicati dalla R. Commissione Colombiana*, Roma, 1892-94, Parte I, vol. II, —cit. en adelante como *Diario*— 22 y 23 de septiembre) no menciona el *otro mundo*. Por otra parte, la expresión como tal no debía ser ajena a Colón quien la emplea dos veces en la *Relación del tercer viaje* y en la *carta al ama del Príncipe Don Juan* (1500), mientras en 1493 Petrus Martyr ya se había referido a Colón como a "ille Novi Orbis repertor" (carta al Cardenal Sforza, *Raccolta*, III, 2, p. 43). Para la aplicación del término a Asia, cf. MORISON: *op. cit.*, pp. 464 squ.

<sup>8</sup> OLSCHKI: *Storia letteraria*, p. 154, subraya que las observaciones de aquellos viajeros a Asia enmudecen ante las "regioni non toccate dall' afflato poetico e non nobilitate dai ricordi biblici e storici leggendariamente trasfigurati".

programático "si alguno se maravillare de algunos ritos y costumbres de los indios y los despreciare por insipientes y necios, ó los detestare por inhumanos ó otros semejantes, y a veces peores. . ." establecen una ecuación que indudablemente obstruye el acceso a la nueva realidad. (Fray Ramón Pane —en Santo Domingo desde 1493—,<sup>9</sup> cuya sencillez ingenua de "pobre ermitaño" coincide casi con la refinada supresión del yo europeo en las narraciones de un explorador moderno como Frobenius, y luego en México Motolinia y Fray Bernardino de Sahagún, son rarísimas excepciones no superadas en la historiografía de las religiones hasta principios del siglo XIX). Un semejante obstáculo a la asimilación de la nueva realidad levanta la nomenclatura semiirónica de *Venezuela* o el bautismo nostálgico de *Española* (procedimiento común a todas las colonizaciones), ". . . vista la grandeza y hermosura desta isla, y parecer a la tierra de España, puesto que muy aventajada, y que habían tomado pescado de ella semejante a los pescados o de los mismos de Castilla, y por otras razones y semejanzas. . .". Así también los indios de repente emergen en el papel de caballeros moros y "comienzan a escaramuzar y jugar entre sí, al principio como en España cuando se juega a las cañas" o sus *areytos* se convierten en *romances* y aun los frailes jerónimos en 1517 se refieren, con un lapso significativo, a "estos moros". (El mismo Colón había comparado tan sólo los *bobíos* indios con los *alfaneques* del Norte de Africa).

Sin embargo, la ficción de paisaje y mito es por lo menos semiconsiente. Y puede ser perforada, como el hombre de la Baja Edad Media de hecho puede salir de la tradición erótica y de la apariencia caballeresca. Esta facultad de escapar a las reglas, de abandonar la ilusión —no me refiero a un distanciamiento irónico, mas, por el contrario, a la presencia simultánea, sin mediación, de realidad e ideal, tan característica de la última fase de un ciclo de civilización— no se limita al caso, ya aducido, de la tran-

<sup>9</sup> Como puede inferirse de su propio testimonio al final de su *Relación*.

sición brusca de un paisaje ideal a una naturaleza explotable (la tradición geórgica de las literaturas romances y de la vida mediterránea pudieran, hasta cierto punto, conciliar tal contraste), sino que el problema se complica por una doblez que es el producto fatal de toda existencia entre la metrópoli y la tierra nueva.

En el sentido estricto, la discrepancia, a menudo mencionada, entre las alabanzas tributadas a la temperatura templada de las Antillas, en las cartas de Colón a Luis de Santángel y a Gabriel Sánchez de un lado y el apunte del diario que "por el camino de las otras islas en aquellas diz que hacía gran calor y allí [en Cuba] no", puede explicarse como la voluntad de presentar el territorio descubierta como particularmente atractivo. Sin embargo, no existía obligación para Colón—como, en cambio, sí existió de hallar oro y especias—de colorear su relato del clima, si no fuera por el deseo de presentarlo conforme al estilo sentado por los demás detalles de su narración.<sup>10</sup>

Ya más llamativo es el hecho de que Colón continúa presumiendo de encontrarse en las Indias cuando su expectación de ciudades y reyes fabulosos es siempre de nuevo desengañada por islas desprovistas de ciudades y por civi-

<sup>10</sup> Sin embargo, el *Diario* menciona dos veces un moderado frío, muy propio de algunos días del invierno, por así llamarlo, de la Española. El 6 de diciembre apunta: "no se ha visto tanto frío como allí, aunque no es de contar por frío, mas dígolo al respecto de las otras tierras" (el subrayado es mío), y tres días después, el 9 de diciembre, "este día llovió é hizo tiempo de invierno como en Castilla por Octubre". Las dos noticias coinciden otra vez en probar la exactitud de las observaciones originales del Almirante. Cuando pasan a la carta a Santángel, lo relativo del frío otoñal pierde la precisión de la primera constatación, ante la sugestión genérica del invierno: "tenia fuerza el frio este invierno, mas ellos lo sufren por la costumbre".

La supresión de la noticia acerca del calor puede ser una simple contingencia de la redacción de la carta, que necesariamente borra los detalles no esenciales; tampoco puede esperarse de una carta-relación del siglo xv que sea escrita con la acribia de un boletín meteorológico. Pero quedaría por explicar por qué cabe la noticia del frío y se suprime la del calor. ¿Casualidad? ¿O deseo de diferenciar las tierras descubiertas de las costas tórridas del Africa cuyos ríos son comparados desfavorablemente con los de la Española?

lizaciones ante cuya primitividad el diario no oculta el ansia de llegar finalmente al país del gran Kan; e incluso, persiste en la ficción cuando ya los portugueses han descubierto las Indias verdaderas. Y, otra vez, podría explicarse esta tenacidad, al igual que luego la defensa acalorada del asiento y de la salubridad de La Isabela, o como dictadas por el apremio de Colón en la Corte, o, mejor, por las mismas convicciones inquebrantables y a prueba de demostraciones que habían hecho posible todo el Descubrimiento. Los ejemplos podrían fácilmente multiplicarse: el naufragio en la Navidad —por ninguna parte mencionado como tal— en la carta a Santángel se trueca en la toma de posesión de “una villa grande” y pocas semanas después, en la carta a Rafael Sánchez, hasta de una “ciudad grande”. Las proporciones se agrandan como antes se habían disminuído las distancias de la metrópoli, en los malabarismos náuticos del viaje de ida frente a la tripulación asustada y supersticiosa (una estratagema seguramente tan vieja como la misma navegación). Tanto las enunciaciones estilizadas acerca del clima, del asiento de los primeros establecimientos y de la identificación del descubrimiento con las Indias, como la supresión de otras noticias tales como las relativas al trato amoroso con las isleñas desnudas (detalles escabrosos, por cierto muy al gusto de los navegantes italianos, como muestran las cartas de Michele de Cuneo y de Américo Vespucci), son integradas por una segunda serie de apuntes que revelan más inmediatamente la posición entre dos realidades.

Ya hemos visto que la Navidad es una cosa en Indias, y otra diferente en España. La relación del tercer viaje anuncia a los Reyes que Colón ha descubierto el paraíso terrenal encima de la pera del mundo: “y creo que nadie no podría llegar al colmo como yo dije”. Se ha argüido repetidas veces que, a falta de oro, el Almirante tuvo que encontrar algo como el Paraíso. Esto puede ser el motivo concomitante de una convicción. Pero ante todo, el paraíso es para el consumo de los de España, y surge concreto sólo en la *relación*. Colón, en el golfo de Paria, no hace la

menor tentativa de penetrar en el Edén.<sup>11</sup> De manera semejante habrá que interpretar la doble apreciación de los indios. Después de la primera anotación algo desilusionada sobre la pobreza de los indios, y —el pecado original de Colón— la fría evaluación de las masas desnudas como prospectivos súbditos, servidores o siervos cautivos —las notas siempre a tono con aquella sorprendente inocencia, que había de sugerir a Petrus Martyr el mito del *buen salvaje*—, la carta al tesorero Sánchez declara, después de una extensa descripción de la sencillez de los aborígenes: “asimismo compraban como idiotas, por algodón y oro, trozos y fragmentos de arcos, de vasijas, de botellas, o de tinajas. . .”. Por fin, las repetidas menciones de que los indios creían a los españoles llegados del cielo, no carecen de un sabor de comprensible complacencia por parte de aquellos que acababan de transgredir felizmente los límites del mundo conocido.

Cada uno de estos rasgos, tomado por sí, sería de poca o ninguna monta. Sin embargo, todos coinciden en presumir una realidad distinta de la consabida. No importan tanto los motivos —siempre originados en un deseo de justificar de una u otra manera la aventura frente a los quedados atrás— sino del hecho de que el papel asumido prescribe una dirección, una conducta, frente a la realidad cotidiana. He aquí que asoma desde el primer momento el problema que luego será el del *indiano*, y de todo colono quien fuera de la metrópoli es otro hombre: su desequilibrio entre dos sistemas de coordenadas distintos. No se trata, bien entendido, ni de la grandilocuencia del *miles gloriosus* —la habrá, luego, en la conquista de México—, ni de la psicología del marinero, la misma siempre desde los días de Ulises, sino de la exposición a un ambiente en el cual faltan los puntos de referencia tradicionales y que penetra el advenedizo con una experiencia que lo enajena a su ambiente nativo, mientras sigue agarrándose a su acos-

---

<sup>11</sup> La indicación concreta de Colón difiere lo bastante de las constataciones más bien metafóricas de Vespucci, de “si existe algún Paraíso sobre la tierra en este mundo, no debe estar lejos de estas regiones del Sud, donde el cielo es tan benéfico. . .”, como para justificar una cierta sorpresa ante tan poca curiosidad.

tumbrada escala de valores. Con una identificación afectiva igual a la intuición poética, el Descubridor volcó sobre la lejanía inexplorada su *intramundo* hecho de tradición y espera. Pero a diferencia del poeta, construyó *una falsa realidad* que existe sólo en referencias a y en oposición contra la vida abandonada. (El mismo *indiano* lejos de la patria añora la existencia dejada atrás). Aquella diferencia, observada entre el *Diario* y las cartas, entre la observación fresca y exacta y su aspecto genérico y ligeramente *pointé* en la observación destinada para el mundo, se repite entre la imagen de América dejada por Colón y la de los historiógrafos inmediatamente sucesivos, Petrus Martyr y Las Casas. Volverá a repetirse a más de un siglo de distancia en la pintura de Frans Post quien al regresar a Europa sustituye su paleta hecha en el trópico por los colores de moda. Por otro lado, Ortega y Gasset ha observado el divertido nacionalismo indiano del colono frente a los recién llegados, su profunda identificación con la nueva tierra que transforma los españoles después de sólo cinco años en "fauna imprevista". La posibilidad de una doble vivencia de la nueva realidad, para consumo propio y para consumo ajeno, prepara el camino para un arte *sui generis*, nostálgico y pretencioso a la vez: ni puramente recuerdo, ni crecido en el lugar. Entre tanto la realidad americana queda sin asimilar.

Un curioso apéndice a las cuestiones de orientación lo provee, en la generación siguiente, la observación de Juan de Castellanos de que en Santo Domingo

"Hay una natural magnificencia  
de gente forastera conocida  
Pues allí sin dinero y sin renta  
En el punto que traje se sustenta",

observación que refleja un deseo de seguridad social surgido al lado de la inquietud del conquistador, un cansancio que busca en las Indias una estaticidad negada a la Europa de Carlos V y de Felipe II, no menos turbulenta que la de nuestros días.

Por lo demás, conforme crece la influencia del Renacimiento italiano en la metrópoli, las comparaciones se

hacen más clásicas. Pero faltará por mucho tiempo quien exprese el paisaje americano por sí mismo.

Incluso la hermosa *Grandeza Mexicana* de Bernardo de Balbuena a menudo aludida como primer ejemplo de una nueva penetración de la naturaleza, su

real jardín que sin engaño  
a los de Chipre vence en hermosura  
y al mundo en temple ameno y sitio extraño...

en el fondo tampoco pesa más allá de un vivo testimonio de amor retórico—no me fijo en el hecho siempre de nuevo citado de que Balbuena sólo mencione plantas europeas—extrañamente consanguíneo al “clasicismo romántico... de los poetas de la decadencia latina”.<sup>12</sup> Sólo Acosta (“hasta ahora no he visto Autor que trate de declarar las causas y razón de tales novedades y extrañezas de la naturaleza”) empieza a atacar efectivamente el problema fascinante de la *extrañeza americana* analizando la superposición de las dos realidades no conciliadas.<sup>13</sup> Pero sus esfuerzos para liberar el Continente de las consecuencias de la geografía imaginaria quedan sin eco hasta surgir, en el siglo xvii, el *antimito*, el menosprecio de Buffon contra la naturaleza americana y la oposición de Hume y de Cornelio de Pauw contra la imagen del buen salvaje.

No es, pues, únicamente por falta de un gran poeta entre los primeros colonizadores, a pesar de todo el entu-

<sup>12</sup> MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO: *Obras Completas*, II, *Historia de la Poesía Hispanoamericana*, Madrid, 1911, I, p. 55. También será bueno recordar que un poeta que nunca dejó América, como Pedro de Oña, se sirve de “las reminiscencias de los jardines de Armida y de Alcina” para expresar las escenas de naturaleza de su *Arauco Domado*, Lima, 1596; cf. MENÉNDEZ PELAYO: loc. cit., II, pp. 310 sq.

<sup>13</sup> Para nuestro problema de la *falsa realidad*, es interesante constatar que el alejamiento del Continente producirá una nueva imagen, un paisaje americano nostálgico. prácticamente el mismo desde la *Histórica Relación del Reino de Chile* del padre jesuíta ALONSO DE OVALLE, escrita en Roma a mediados del siglo xvii, hasta los recuerdos de los humanistas jesuitas expulsados en el siglo xviii, redactados igualmente en Italia (cf. MARIANO PICÓN-SALAS: *De la Conquista a la Independencia*, México, 1944, Cap. VII). Por lo demás, este tipo de idealización persiste hasta en la obra de Alejandro von Humboldt.

siasmo, que las descripciones de la ciudad de Santo Domingo quedan en la hipérbole humanista o se contentan con las comparaciones pedestres de su río al Guadalquivir o Tíber, y de su asiento al de Barcelona, sino que el relato retrocede y naturalmente al recuerdo metropolitano o clásico para dominar y asimilar la realidad de las Indias.

Del ejemplo clásico se sirve también la oposición al ambiente, aquella reacción de las odas de Geraldini, su

Me superi nimiun radiantia numina Phoebi

Heu penitus lacerant;

Humida terra nocet; prosunt alimenta nec ulla

Pomaque nulla placent,

aunque en este caso la experiencia de un nuevo Ponto excede sensiblemente el esquema literario. Mientras tanto, Oviedo, más robusto como tipo humano y según su origen espiritual opuesto a las ternuras humanistas del italiano, da fe de un raro optimismo de la civilización, al constatar, unos veinticinco años después, en 1548: "estas tierras... muy trocadas las veo... en cuanto a los temporales del frío y de la calor, y cada día cuanto más van e más corre el tiempo, tanto más templada y menos calor hallamos... se va domando y aplacando la región y rigurosidad della con el señorío de los españoles".

Examinemos ahora algunos de los hombres que en los primeros veinte años pasan por la Española. Es demasiado conocida para ser tratada aquí la formación mental esencialmente medieval de Colón, es decir, no sólo las categorías bajo las cuales se le presenta la realidad del Nuevo Mundo, sino los precedentes del viaje, sus supuestos intelectuales: salvo los cálculos coetáneos de Pablo Toscanelli, Ptolomeo y las noticias geográficas del Bajo Imperio Romano, el *speculum* de Vicente de Beauvais, la *imago mundi* de Pierre d'Ailly, Marco Polo y Mandeville, inciertas tradiciones marineras, la Biblia, Séneca, profecías y alusiones paganas y cristianas, he aquí los ingredientes que nutren las especulaciones de doctos y profanos,<sup>14</sup> durante toda la

<sup>14</sup> No importa aquí el momento de la realización de la empresa, en el cual coinciden la situación particular de España con el ansia de lejanía medieval y la curiosidad renacentista de un mundo a explorar, la cual última, en efecto, salvo la autoridad alentadora de Paolo Tosca-

Edad Media. También la descripción que deja de él Las Casas, a propósito de su vuelta de Indias en 1493 y del recibimiento en Barcelona: "Tenía grande y autorizada persona, que parecía un senador del pueblo romano, señalaba su cara veneranda, llena de canas y de modesta risa", evoca más bien los rasgos del fiel criado de un monarca medieval que la idea de un *condottiere* o cortesano. En cambio, el altisonante y renacentista *Archibbalassius*, tan triunfal en sí mismo, que le aplica a Colón Petrus Martyr, tiene como un falso sonido al lado de la imagen leal de Las Casas y del fondo de oro de los títulos tradicionales o fabulosos de *Almirante de la Mar Océano* y *Visorey de las Indias*.

Pero he aquí a una de las personas más llamativas del segundo viaje, a Alonso Hojeda, quien después en compañía de Vespucci y de Juan de la Cosa explora las costas del Continente de Sudamérica, cuyo retrato nos lo ha conservado Las Casas en una de sus páginas más vivas: "Pequeño de cuerpo, pero muy bien proporcionado y muy bien dispuesto, hermoso de gesto, la cara hermosa y los ojos muy grandes, de los más sueltos hombres en correr y hacer vueltas, y en todas las otras cosas de fuerzas, que venían en la flota y que quedaban en España. Todas las perfecciones que un hombre podía tener corporales, parecía que se habían juntado en él, sino ser pequeño. . .". Es el tipo del guerrero medieval al cual se mezcla no sé qué duende siniestro bien español: "Cuando la reina Da. Isabel subió a la torre de la Iglesia Mayor de Sevilla, de donde mirando los hombres que están abajo, por grandes que sean parecen enanos, se salió en el madero que sale veinte pies fuera de la torre, y lo midió por sus pies apriesa, como si fuera por un ladrillado, y después, al cabo del madero, sacó él un pié bajo en vago donde la vuelta, y con la misma priesa se tornó a la torre. . . Díjose también del, que puesto el pié izquierdo en el pié de la torre, o principio della que

nelli, tiene la menor participación en la ejecución de los planes de Colón. La teoría bastante larga de sus antecesores: vikingos, cruzados y viajeros tales como Marco Polo y John Mandeville, basta para desvincular el descubrimiento de las asociaciones demasiado estrechas con el Renacimiento italiano, si bien habrá que distinguir cuidadosamente entre meros *ballazgos* y el *Descubrimiento*.

está junto al suelo, tiró una naranja que llegó hasta lo más alto. . .”.

Por lo pronto, tales pruebas de destreza distan mucho del atletismo de la personalidad universal y harmónica de un Leon Battista Alberti, quien los pies cerrados salta sobre los circunstantes o lanza una moneda hasta la cúpula de la Catedral de Florencia, y arraigan antes en el terruño de las fuerzas ocultas tendiendo, hacia la esfera de las malas artes de un caballero de la epopeya medieval. En efecto, no sólo es Hojeda un esgrimista temido, al parecer a prueba de toda herida, viviendo en Castilla “en muchos ruidos y desafíos” y en Indias “siempre el primero que había de hacer sangre dondequiera que hubiera guerra o rencilla”, sino que es él a quien se recurre por ardidés y tretas en situaciones difíciles para la expedición. Es él quien, junto con pocos compañeros, osa marchar a través de la isla alzada hacia los territorios lejanos del cacique Caonabo para asegurarse de su persona. Mostrándole unos grillos logra vencerlo de ataviarse con el metal reluciente, el “*turey* del cielo”, adorado por los indios, y persuadirlo de montarse tras de él en su caballo. Da algunas vueltas con el guerrero así honrado, y huye a pleno galope con su preso, ante los ojos atónitos de los indios. Llevado a La Isabela, el jefe taíno, con el profundo instinto del indio para todo lo mágico, queda indiferente ante Colón (aunque este es claramente reconocible como la persona principal) y se pone de pie, en cambio, cada vez que entra Hojeda, levantando las manos encadenadas hacia su vencedor.

El engaño por codicia hecho al compañero de armas, a quien roba la nave para adelantársele en el descubrimiento de Urabá, completa el retrato entre siniestro y desenfrenado de un hombre que para escapar a sus enemigos se lanza al mar, las manos esposadas, y que esquivo su muerte por una “ligereza” del cuerpo que le permite huidas prodigiosas, o que amenaza incluso matar al virrey y llevarse a la virreina, en la expedición a tierra firme. Soberbio, ávido, envidioso, iracundo, cruel, reúne en característico contraste medieval el catálogo casi completo de los vicios mundanos con una devoción y fe absolutas. Cuando muere, su muerte penitente completa el retrato: “Murió en la ciudad

de Santo Domingo, paupérrimo y en su cama, créese por la devoción que tenía con nuestra Señora, que no fué chico milagro. Mandóse enterrar en Sant Francisco, a la entrada de la iglesia, donde todos los que entraran fueren sus huesos los primeros que pisasen”: el tipo de la religiosidad medieval como la describe Huizinga en el ejemplo del Santo Pierre Thomas el promotor de la cruzada de Alejandria quien, como tantas *laudes* medievales lo repiten, quiere ser enterrado “a la entrada del coro, de modo que todos los hombres pisén su cadáver y aun las cabras y los perros”.

Menos pintoresco que Hojeda, y más flexible, es Nicolás de Ovando, el segundo gobernador de Las Indias y fundador de la actual ciudad de Santo Domingo. Comendador de la Orden de Alcántara, añade al cuadro ofrecido por la entereza optimista de Hojeda, los rasgos de la abstinencia y de una tiranía metódica—por cierto justificada por el alboroto de la colonia—la que se entromete en las más efímeras aventuras de amor, obligando a los españoles a casar sus concubinas indias. Sus ardides durante la pacificación de la isla, más lugubres que los de Hojeda, aquella su mano que puesta sobre la cruz de su hábito de Alcántara, da la señal convenida para prender a los indios principales reunidos en fiesta y quemarlos vivos, ya tienen algo del celo sistemático de la Contrarreforma, lo mismo como el proceso sumario y despiadado que hace a la graciosa cacica Anacaona. Después de siete años de gobierno, deja la isla tan pobre que tiene que tomar a préstamo dinero para volver a España, habiendo legado algunas casas construídas por él, en parte a su Orden, en parte al Hospital de San Nicolás de su fundación.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> LAS CASAS: *op. cit.*, lib. II, cap. 50. No quiero dejar de transcribir un rasgo que a este caballero severo, cuya honradez es atestiguada tanto por Las Casas como por Oviedo, le integra en la naciente sociedad colonial; durante la causa seguida por desfalcos al tesorero Santa Clara, el comendador en la subasta ordenada para recuperar los bienes públicos despilfarrados, le ayuda a su protegido de una manera tan original como desvergonzada: pregonando personalmente unas piñas para acrecentar el precio de la mercancía, ofrece al mejor postor la segura esperanza de sus favores, a la par que el jugoso fruto (LAS CASAS; *Historia*, lib. II, cap. 42).

La misma castidad que Ovando, la observa el Tesorero de la Española, el aragonés Miguel de Pasamonte, de quien Oviedo narra que "nunca conoció muger carnalmente". Una carta de 1520 nos lo presenta: "la crónica que yo al presente leo" (escribe al tiempo del alzamiento de los comuneros a Lope de Conchilo, secretario del Consejo Real) "es la Biblia y Lactancio Firmiano". Lo suficientemente económico para merecer los elogios del "rey tacaño", parco y algo tieso, pero fiel criado de su monarca, pronto se convierte en una de las cabezas del partido anticolombista, amargándole la vida a don Diego Colón e intriguando contra el Virrey con una convicción y pasión tan españolas como medievales.

Mientras tanto, los primeros frailes dominicos viven una vida de nueva Thebaide en "una choza, al cabo de un corral, [sc. del donador Pedro de Lumbreras] porque no había entonces casas sino de paja, y estrechas. Allí les daba de comer caçabi de raíces, que es pan de muy poca substancia, si se come sin carne o pescado; solamente se les daba algunos huevos, y de cuando en cuando, si acaescia pescar algún pescadillo, que era rarísimo. Alguna cocina de berzas, muchas veces sin aceite, solamente con axi, que es la pimienta de los indios, porque de todas las cosas de Castilla era grande la penuria que había en esta isla. Pan de trigo ni vino, aun para las misas, con dificultad lo había. Dormían en unos cadalechos de horquetas y bars o palos hechos, y por colchones paja seca por encima; el vestido era de jerga aspérrima, y una túnica de lana mal carada".

La rebelión de Francisco Roldán contra el gobierno de los Colones so color de alzamiento de populares contra el señor feudal, trasplanta al Nuevo Mundo desde el primer momento la anarquía secular de los reinos de la Península.

Sobre este fondo oscuro de pasiones y devoción, ascética y piedad se dibuja clara y amable la figura del infeliz Diego de Nicuesa, compañero de descubrimiento de Hojeda en la expedición al golfo de Urabá. Caballeresco, enamorado, elegante, "persona muy cuerda y palanciana y graciosa en decir, gran tañedor de vihuela" —tam-

bién se lo menciona como compositor de "villancicos para la noche del nacimiento del señor"—"y sobre todo gran jinete, que sobre una yegua que tenía... hacía maravillas, ...de los dotados de gracias y perfecciones", y aunque sólo "mediano de cuerpo... cuando jugaba a las cañas, el cañazo que él daba sobre la adarga los huesos decían que molía",<sup>16</sup> lleva a Indias algo de la atmósfera gentil de la corte. Es casi natural que hubo de ser él quien como procurador de la isla, pidió las armas para las nuevas ciudades.

Otro de los primitivos moradores de la Española, Ponce de León, descubre La Florida, guiado por el deseo de hallar la Fuente de la Juventud para sanar de su vejez achacosa.

En cambio, en un tipo humano como Hernán Cortés, el fondo medieval ya encuentra un nuevo equilibrio de sus energías en la esfera del Renacimiento.

La misma historiografía de la época, aunque fijada sólo desde el tercer decenio del siglo en adelante,<sup>17</sup> se desarrolla en categorías esencialmente medievales. Oviedo, el primer cronista oficial de Indias, escribe una *Historia General y Natural de las Indias*, en la cual, a pesar de sus

<sup>16</sup> LAS CASAS: *op. cit.*, lib. II, cap. 52. Su muerte (embarcado por los rebeldes del Darien en un buque que hace agua, sus huellas se pierden en el Caribe) y, antes, su amistad, casi forman materia de un romance. OVIEDO capta la atmósfera, al narrar su reconciliación con Hojeda acosado por los indios de Cartagena: "llegada la barca a tierra... saltó Nicuesa en el agua hasta la cinta, con su espada y su rodela, con sobrado enojo que tenía contra Hojeda. E assi como salió del agua en tierra, llegado le dixo: señor Diego de Nicuesa, desbaratado soy y mala jornada ha seido la mia: que los indios me han muerto la mejor gente que traia, é a Johan de la Cosa, mi teniente, con cient hombres. Entonces Diego de Nicuesa, mirándole en el rostro vido que se le arrasaban los ojos de agua a Hojeda e lo mismo hicieron los suyos a Diego de Nicuesa..." (GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO: *Historia General y Natural de las Indias*, ed. Academia de la Historia, Madrid, 1851, lib. XVII, cap. 3). Es instructivo cotejar como LAS CASAS: *op. cit.*, lib. II, cap. 67, relata los mismos sucesos, privados de su brillo caballeresco.

<sup>17</sup> OVIEDO escribe su *Sumario de la Natural Historia de las Indias* en 1525, Las Casas empieza a escribir sobre la Española en 1527, según su propio testimonio.

frecuentes citas de Petrarca,<sup>18</sup> del alarde de viajes y experiencias personales, o de las explícitas referencias a su público italiano, se mezclan milagros y sucesos históricos en un mismo plano con leyendas cristianas y mitos paganos, supersticiones, opiniones, elogios y rencores personales, sin distancia ni crítica, todo esto en tiempos de Maquiavelo y de Guicciardini, cuando en el aire enjuto de Florencia el juego de la historia ha vuelto a ser transparente como no lo fué desde los días de la antigüedad clásica. Una cierta sentenciosidad moralista, propia de época de crisis, pertenece tanto a la Edad Media como al Renacimiento. Ya viejo y amargado, de alcaide de la fortaleza de Santo Domingo, donde reside desde 1533 en la soledad de la torre que mira a río y a mar, interviene en numerosos asuntos de la ciudad con su maledicencia agria y ergotista, pero siempre en plena conciencia de su grave oficio de historiador, recordando su propio pasado a través de la gloria de Castilla, en curiosos tratados entre memorias y heráldica, como las *Batallas y Quincuagenas*, unos diálogos sobre los hechos del reinado de los Reyes Católicos, o las *Quincuagenas de los generosos e ilustres e no menos famosos reyes, príncipes, duques, marqueses e condes e caballeros e personas notables de España*, que el autor alejado de la Corte le traen de vivo cuerpo toda la nobleza de España. Compone, además de otras cosas, un *Tratado general de todas las armas* y un *Libro de Linajes y armas*. En un aislamiento más duro y menos consentido, Maquiavelo, en su retiro de San Casciano, vistiendo traje de etiqueta pasa las noches analizando con fría objetividad a protagonistas y desarrollo de la historia, mientras Oviedo traza cuidadosamente el enmarañado lineamiento, emblemático y superficial, del tiempo pasado. Habiendo ya antes ensayado su pluma en una novela caballeresca, *Don Claribalte*, el antiguo amigo de Sannazaro vierte al castellano—también en este particular fiel a una tradición y un gusto formados entre la Baja Edad Media y el Renacimiento—la sátira boccaciesca *Il Corbaccio*, y sueña en Santo Domingo con

<sup>18</sup> Es decir, de los sonetos y no de los tratados morales escritos en latín, que habían integrado a Petrarca ya en la literatura del siglo xv de España y Francia.

un peregrinaje poético a la tumba de Juan de Mena. Rodeado de sus libros, logra de cierto modo cerrar la brecha entre los *caballeros de letras* y los *caballeros de Conquista*, o, al menos, se pinta así a sí mismo al final de una vida de una actividad monstruosa: "Discurri por toda Italia, donde me di todo lo que yo puede a saber e leer e entender la lengua toscana, y buscando libros en ella, de los cuales tengo algunos que ha más de cincuenta y cinco años que están en mi compañía, deseando por su media no perder de todo punto mi tiempo".

Noble y denigrado injustamente, Las Casas no menos apasionado en redactar sus *Apologética Historia* e *Historia de las Indias*, a menudo incurre en un modo de demostración por analogías aún esencialmente prerrenacentista, lo que no impide que otras páginas le salgan con un realismo y con una fuerza de dicción que trascienden por mucho el tenor general de la obra. Curiosa en ambos historiadores, pero mucho más acusada en Las Casas, es la extraña falta de memoria frente a hechos históricos recién pasados. El mismo Las Casas se queja a veces de no haber apuntado sucesos relativos a los primeros días de su estancia en Indias, o confiesa no recordar claramente las fechas de acciones en las cuales muchas veces intervino personalmente; pero más frecuentemente si se da cuenta de su olvido o confunde los sucesos vividos poco años atrás. Esta negligencia le ha importado una serie de insultos gratuitos por parte de sus críticos que mejor hubieran tenido que dirigirse contra la época. Ya que se ataca un rasgo común a toda la historiografía de la Baja Edad Media: su poca acribia en cuanto a datos y fechas, y su superficialidad que insiste minuciosamente en detalles de segundo y tercer orden. Hui-zinga nos ha enseñado a entender como aspectos característicos de la pasionalidad y de la credulidad del historiador medieval, de su tipo de historiografía ideal, en breve de su falta de crítica, una serie de casos en los cuales testigos oculares, cortesanos y cronistas como Froissart, Monstrellet, Olivier de la Marche y hasta Commines, confunden y olvidan sucesos decisivos de su vida.

Las obras de dos hombres que temprano vienen a conocer la realidad americana en la Española, las *Elegías de*

*Varones Ilustres de Indias*, escritas por Juan de Castellanos, en Tunja, (Colombia), hacia fines del siglo, y la verdadera Historia de los sucesos de la Conquista de la Nueva España de Bernal Díaz, escrita en Guatemala, llevan este estilo hasta los fines del siglo. Los cronistas oficiales, como Antonio de Herrera, a pesar de su acceso a los archivos del Consejo de Indias, no rompen con la tradición. Las melancólicas consideraciones de Castellanos, su *ubi sunt*, su elogio a la generación caballeresca que ha bajado a la tumba, coinciden con observaciones no menos resignadas de Oviedo, y tanto reflejan la verdad como se integran en la corriente medieval. Luego la sociedad española entra en una nueva fase que aquí no nos concierne.

Un tal ambiente estimula naturalmente la fantasía popular a reproducir los tipos de la experiencia religiosa o social tradicionales. Antes de hundirse Santiago de los Caballeros, en el terremoto de 1562, aparece un fraile ominoso, nadie sabe de dónde, que maldice la ciudad y amonesta a los justos a abandonarla con él. En la colina del Santo Cerro, que domina La Vega Real, Cristóbal Colón planta una cruz. Los indios tratan de destruirla por todos los medios, intentando excavarla, tirarla al suelo, cortarla o quemarla. La cruz resiste; hasta la Virgen aparece para protegerla contra las llamas. Pronto una antiquísima memoria del hombre, un *survival* totémico, se adhiere a esta resistencia milagrosa: "Es tradición en esta tierra que tanto a de durar la ysla como durare esta Sta. Cruz," relata en 1650 el canónigo Alcocer, como mil años antes en tiempos fatales para el Occidente, el venerable Beda transmite el vetusto vaticinio acerca de los destinos de la Urbe Eterna: "Quandiu stabit Colysaeus stabit et Roma". Además, en la altura desierta del mismo Cerro "se oyen cantos celestiales y se ven muchas luces de noche en ordenansa como en procesión" y la mañana después se encuentran "gotas de cera muy blanca y olorosa." Santo Domingo, en el siglo XVI, lo mismo que México tiene su misterioso "tapado", sea preso real como el *homme du masque de fer*, o leproso o fugitivo; tiene sus espectros perfectamente ataviados a la castellana que aparecen en las ruinas de La Isabela; y, aun tarde, en el siglo XVIII, su obligada

historia del mono que quiere lanzar una niña de un mirador y desiste por intervención de la Virgen, al igual como algunos siglos antes se había aplacado el de la *Torre de la Scimmia* (Torre del Mono) en Roma.

También en las instituciones jurídicas y políticas la Baja Edad Media emigra al Nuevo Mundo. La toma de posesión de los nuevos territorios refleja el antiquísimo ceremonial germano, envuelto en un aire más bien godo que renacentista. Los testimonios de fundación de una ciudad describen al fundador: "paseándose por el sobredicho pueblo, cortando de los árboles ramas i arrancando de las yerbas e cavando con sus manos de la tierra, haciendo otros muchos abtos de posesión" tan simbólicos como el gesto del emperador Odón I al tirar su lanza en el mar del Norte (señal no tanto hiperbólica cuanto concreta en sus pretensiones). O hay que imaginarse a los españoles en tierras del Estrecho de Magallanes, desierto y lejos de todos los recuerdos de la humanidad, campeando "un estandarte real de damasco carmesí con un Cristo y un escudo de las armas reales diciendo [el fundador] a bozes altas muchas veces: he españa, españa, es estrecho, estrecho, ciudad del nombre de Jesús por el rey don Felipe nuestro señor, respondiendo todos los presentes las mismas palabras: he españa, españa. . .". El "arbolar picota" como señal de justicia, generalmente el primer acto de las fundaciones españolas, pertenece al mismo estrato de usos jurídicos.

Entre tanto, las pintorescas *huestes indianas*, al sueldo y bajo el mando de los conquistadores particulares, y participando en las utilidades finales del botín, prácticamente continúan el tipo de ejército medieval, el mismo, de la Reconquista, "mientras en las guerras de Italia y de Flandes ya se están formando los tercios españoles profesionales a sueldo del rey." El elemento aventurero de los segundones y de los hijosdalgo, entre caballeros y pecheros, le presta una base eminentemente popular a estas mesnadas, que luego constituirán la nueva nobleza de ultramar.

Otras instituciones, ya camino de apagarse en España, como el oficio y título de *Adlantado*, recobran nueva fuerza en América. Siendo originalmente un oficial mi-

litar y jurídico en tierras limítrofes o reconquistadas a los moros, el Adelantado, en los primeros decenios de la Conquista, se transforma con una dignidad algo vaga, concedida con frecuencia, que extiende a ultramar la atmósfera secular fronteriza de la Península.

También el régimen municipal, fundado en las antiguas libertades y prerrogativas de las ciudades, desempeña "un papel tan destacado como el que hubieron de desempeñar en la metrópoli los viejos municipios de Castilla en los tiempos de su mayor esplendor", una ventaja que las ciudades guardan celosamente frente a las pretensiones del Descubridor o de la incipiente burocracia colonial. El Cabildo, que, al igual del *municipium* romano, núcleo cristalizador en la romanización del orbe, había prestado servicios tan excelentes en la organización de las tierras recién sometidas en la Península, lleva a América la larga experiencia de la Reconquista. Es, además, característico, cómo en momentos de fuertes corrientes tendientes a una unificación de los derechos en la metrópoli, los descubrimientos, puesto que sufragados por Castilla, se incorporan en el derecho castellano, que aun después de la creación del derecho propiamente indiano, queda como derecho suplementario.

Si a este panorama le añadimos las instituciones del *repartimiento* y la *encomienda*, la asignación a los colonos de lotes de indios, definida clásicamente por Solórzano como "emparentada con el patrocinio romano, los feudos medievales y más inmediatamente con los señoríos españoles", la prolongación en Indias de la Baja Edad Media manifiesta ya en tantas esferas, revela su sólido fundamento social.<sup>19</sup>

Claro está que se proyectan a ultramar también los conflictos propios de una época de transición como lo es la de los Reyes Católicos. El Estado, que precisamente en aquellos momentos se encamina hacia la centralización, y las fuerzas centrífugas de la nobleza, chocan en Indias

<sup>19</sup> Más tarde, en México, se concedieron encomiendas incluso a los indios nobles, cf. JOAQUÍN G. ICAZBALCETA: *Colección de Documentos para la Historia de México*, II, pp. 549 sqq.

como chocaron en Castilla. Pero el choque entre la empresa privada y el Estado asume un grado de virulencia específica por el carácter particularista de las capitulaciones recientes que, desde las famosas de Santa Fe pactadas con Cristóbal Colón hasta las concluidas por Carlos V con una casa comercial extranjera, los Welser, privan al Estado de una serie de prerrogativas importantes, una situación no remediada, y al menos no regularizada en el orden jurídico, hasta la promulgación, en 1573, de las *Ordenanzas generales de Descubrimiento y Nueva Población*. Las consecuencias de la presencia inicial en Indias de dos poderes distintos nunca se borraron completamente en todo el tiempo del dominio español. Y al igual que en la metrópoli, los Reyes, para asegurar su intervención en el suministro del derecho y para afianzar su soberanía, crean, en 1494, como Cortés de Apelación las Reales Chancillerías de Valladolid y Ciudad Real (la última desde 1505 trasladada a Granada); en Santo Domingo, Fernando V instala en 1511 una Real Audiencia, desde su principio entendida como el instrumento para menguar la jurisdicción y reducir la esfera de poder efectivo de la nueva nobleza feudal, es decir, de los descendientes de Colón, garantizando una apelación directa al rey. La grave interferencia con las prerrogativas capituladas en Santa Fe evidencia que ya D. Diego no gobierna a raíz de derechos heredados sino por merced de la Corona. Luego las Audiencias se extienden a Tierra Firme, casi al paso con la misma conquista (y ya en 1527 se crea la primera para Nueva España), mientras la dignidad del Virrey sigue reduciéndose hasta llegar a ser una simple representación, un funcionario administrativo que juega un papel honroso. Por lo pronto, es en la Española donde nace la constelación decisiva para la articulación de la sociedad colonial: Municipio, Audiencia y Virreinato.

El hecho que en las ciudades de Indias sigan existiendo barrios menestrales —en Santo Domingo al menos hay una *Calle de Plateros y Escuderos*— o barriadas apartadas para los indios, como en México y Lima, integra la imagen de la ciudad la tradición medieval europea, si bien ya en 1561 una cédula abole el barrio menestral obligatorio a raíz

de una petición de la ciudad de Valladolid, y como quiera en Indias estas restricciones nunca fueron rígidamente observadas. En la Española, pronto privada de sus indios, no rigen al principio ningunas disposiciones de segregación, por lo contrario, en los pueblos se estimula la convivencia de indios y españoles para instruir a los aborígenes, y sólo más tarde, en tiempos del gobierno de los Padres Jerónimos (1517-19), aparecen unas *reducciones* compulsorias creadas para la protección de los indios. El indio de la Española no sobrevivió hasta llegar a constituir el triste proletariado de las ciudades de Tierra Firme aunque los restos míseros de los indios salidos de las minas, hasta confundirse con los negros o extinguirse completamente, sirven de criados, espías, tropa, policía o verdugos. Pero esta proletarianización ya excede las formas sociales típicas de la Edad Media.

Sin embargo, la realidad sobria e inexorable, dentro de la cual se cumple la transformación en burocracia centralizada del multicolor mundo medieval con sus iniciativas siempre de nuevo aventuradas, es interferida por empresas netamente medievales. Ya los sueños de Colón de servirse del Descubrimiento para liberar el Santo Sepulcro van cediendo a las combinaciones políticas de Carlos V, más realistas y despojadas de todo sentimentalismo. Pero, aún en 1520 Las Casas logra llevar a la práctica su plan de una *Orden de los Caballeros de Espuela dorada*, fundada para colonizar en un espíritu distinto de los encomendados y para hacer de la conversión de los indios una cruzada a la vez civilizadora y pacífica. A través de la gastada ideología caballeresca luce el fin práctico. Es significativo que Las Casas no sólo recurre a la institución medieval de la orden caballeresca para darle forma a su expedición, sino que su empresa de colonización recluta a sus miembros ligando el fin puramente ideal de la asociación caballeresca con la ventaja práctica y la aureola ya comercializada del título y de los derechos nobiliarios. Al igual que la *Orden de la Pasión* de un "proyectista religioso" como Philippe de Mézières, el canciller de Pedro I de Lusignan en Chipre, ideada más de un siglo antes para combatir a los turcos, la de la *Espuela dorada* es integrada

por los distintos estamientos ofreciéndole al pechero la meta de la libertad en tierra americana. Con la misma idea de la Orden se le concreta a Las Casas todo el aparato perteneciente: espuela dorada y manto blanco con cruz roja, terminada en "ciertos ramillos erpados que la hacían muy graciosa y adornada" "para que a los indios pareciese que era otra gente diferente de los españoles que habían visto".

En esa atmósfera, que más tarde se compenetrará con el ideario de los círculos erasmistas en torno a Cisneros y Carlos V, crece también la noble oposición de los padres dominicos contra la encomienda y sus abusos. Al principio, no es más que la protesta del misionero frente a las injusticias de la sociedad colonial. Pero desde el momento en el cual estalla el conflicto local, producido por el sermón que Fray Antonio de Montesinos, en 1511, predica contra la explotación del indio, irritando a los colonos, hasta que Las Casas logra llevar el asunto ante la publicidad de la Corte, la disputa asume proporciones que envuelven la entera justificación teológica y jurídica de la Conquista y del derecho de la guerra. El caso particular de los indios de la Española e islas circunvecinas (desde la segunda veintena del siglo integrado por la suerte de los de Tierra Firme) será, en última instancia, el punto de salida para la renovación de las teorías estoico-cristianas del derecho natural y para la creación del derecho internacional. Será, así, un preludio para los grandes sistemas de Grocio y de Puffendorff, dirigidos contra la arbitrariedad del absolutismo, que todavía constituyen una de las bases del concepto moderno—ya en peligro—de la libertad individual y de la limitación de la esfera del Estado. La neoscolástica española, demócrata, en cuanto tiene que defender al Papado contra las usurpaciones del absolutismo, prepara el camino con un siglo de anticipación.

Mas la discusión surge de fondos netamente medievales. Ya Santo Tomás distingue "jus divinum, quod est ex gratia, non tollit jus humanum, quod est ex naturali ratione". Las cruzadas despertaron una viva polémica acerca del derecho de la guerra contra los infieles, en cuya elaboración intervienen los canonistas de toda Europa, pero

especialmente italianos y franceses como de naciones más inmediatamente interesadas en la fundamentación jurídica de la empresa contra los infieles —los españoles por entonces están ausentes de la discusión, probablemente a causa del choque diario con los musulmanes, que, a pesar de la alta cultura jurídica de la época, impidió el distanciamiento necesario;— hasta no ha de excluirse que los gérmenes de la teoría que se opone a una justificación de la guerra por motivos religiosos, paradójicamente se deban a la generosidad del pensamiento islámico, el mismo que a Europa ha enseñado la noble lección de un estilo caballeresco.

A principio del siglo xvi, el cardenal Cayetano (el italiano Tomás de Vio) —del cual Las Casas narra que al enterarse de la suerte de los indios no vaciló en colocar en el infierno a Fernando el Católico— sigue el criterio de Santo Tomás, interpretación en la cual, a su vez, se basa la obra que decidirá la disputa en favor de los indios: la *Primera Relección de los Indios* de Francisco Vitoria. Tanto la tradición tomista de sus precursores como el encuentro con los antitomistas como Maior y Santiago Almain, que en París discutían los problemas de la justa guerra contra los infieles, influyen en Vitoria, cuyos estudios en la Sorbonne sugieren su familiaridad con la antigua literatura francesa al respecto, la que en la etapa pre-vitoriana de la disputa aflora en España con los teólogos de la junto de 1520, opuesta a Fonseca. Por lo demás, la discusión era tan divulgada que un tratado del derecho de la guerra y de la etiqueta caballeresca en general, como el *Arbre des Batailles* de Honoré Bonet, tratado que precisamente niega el justo título de una guerra declarada con el fin de convertir a los sarracenos, puede figurar en la novela popular *Tirant lo Blanch* (“tesoro de contento” y “mina de pasatiempo” del cura bibliófilo del Don Quijote y fuente de inspiración para Boiardo, Ariosto y Bandello) donde el escudero la recibe de manos del eremita como breviario de la caballería.

Cuando, por fin, en 1550, después que las *Nuevas Leyes* de 1542 ya habían decidido contra los encomenderos, Las Casas disputa públicamente con el representante

del partido vencido, el aristotélico Ginés de Sepúlveda, autor del *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, la doctrina aristotélica pura se ha convertido otra vez en un instrumento contra las corrientes cristiano-platónicas, al igual que poco antes el aristotelismo tardío del estudio de Padua en manos de Pomponazzi, quien, al negar la posibilidad filosófica de la inmortalidad del alma, toma su recurso a la *teoría de la doble verdad*. La gran controversia teológica cierra con dignidad la primera etapa de la presencia de Europa en el Nuevo Mundo, trascendiendo ya en algo los límites del marco medieval, y enlazando la protesta social con el pensamiento utópico del Renacimiento. El plano, en el cual se desarrolla la contienda, todavía es medieval, aunque las armas a veces ya parecen del nuevo evo, y los argumentos, con posiciones invertidas, evocan otra conciencia ruidosa de la época en pro de la libertad: la de las *epistulae obscurorum virorum* de Reuchlin y Hutten contra los dominicos de Colonia.

Mientras tanto, en las universidades americanas, recién fundadas,—lo mismo como en las españolas— Aristóteles sigue en su lugar hasta el siglo xviii. También el arte durante un primer momento continuará en ultramar, naturalmente y sin cuidar del nuevo ambiente, las corrientes aún vigorosas del gótico metropolitano.

# LA REVISTA LITERARIA

"EL RENACIMIENTO"

Por José Luis MARTÍNEZ

## FUNCION DE LAS REVISTAS LITERARIAS DE MEXICO

A pesar de que el siglo XIX mexicano, esa época de la "buena crianza" y de los "hombres apasionados y orgullosos",<sup>1</sup> ha sido el período de nuestra historia literaria hasta hoy más generosamente estudiado, no podemos aún afirmar que ese conocimiento haya agotado un material que cada vez comprendemos más rico y más valioso. Los investigadores han realizado estudios biográficos y críticos de los autores destacados y aun de las figuras menores; conocemos ya los pasos evolutivos que siguen los géneros literarios y las características más acentuadas de la cultura, pero no se ha contado en estos estudios sino con una parte de los documentos que pueden ilustrarnos, olvidando otros, que acaso por su misma humildad, por su carácter transitorio son los más reveladores de la vida literaria de México a partir de los primeros años del siglo pasado.

Los libros que han sido la base informativa para el conocimiento de nuestras letras son pues sólo una parte, no siempre la más valiosa, de la actividad literaria. Su proceso de selección no ha obedecido en todos los casos al único imperativo de la calidad. Aquí como en otros campos, los factores económicos son decisivos en numerosas ocasiones. Mas, para fortuna de los escritores, las revistas literarias han vivido, sucediéndose unas a otras, para recoger con largueza las páginas del poderoso y las del humilde, las de la personalidad consagrada, las del escritor obscuro y las del joven que se inicia en la literatura. Su prolifera-

<sup>1</sup> FERNÁNDEZ LEDESMA, ENRIQUE. *Viajes al siglo XIX*. Señales y simpatías de la vida de México. México, 1933, p. 9.

ción extraordinaria en México está condicionada por la tradicional pobreza en que han vivido nuestras letras y por la necesidad que experimenta el escritor de hacer pública su obra inmediata, de conocer la producción de sus contemporáneos, de registrar o conmemorar los acontecimientos que interesan a la actividad de su espíritu.

Desprovisto en los primeros años de nuestro periodismo —primera mitad del siglo XVIII— de órganos propios, el periodismo literario fué naciendo como un parásito dentro de publicaciones de otra índole, noticiosas o políticas, hasta que su invasión ganó casi totalmente una primera publicación, el *Diario de México* que se publicó entre 1805 y 1817. A partir de estas fechas, y pese a todas las calamidades políticas que asolaron nuestro país durante más de la mitad del siglo XIX, las revistas literarias se reprodujeron y maduraron en ritmo ascendente, sin dejar por ello de intervenir la literatura en los periódicos comunes. A partir de estas fechas puede afirmarse que, cuando menos, la mitad de la literatura mexicana está más que contenida, olvidada en revistas cuyo número, sólo en esta centuria, llega casi a doscientas y cuyo contenido es la expresión más justa de nuestra vida literaria.

Pero si pretendiésemos encontrar en tan nutrido conjunto la publicación más significativa y elocuente, la que compendiase en sí misma todo el carácter de la época, ninguna nos parecería mejor que el semanario *El Renacimiento* que se publicó en México, en 1869, bajo la inspiración del espíritu más noble y lúcido con que contó la literatura mexicana en el siglo XIX, Ignacio Manuel Altamirano. En ella se cruzaban las dos épocas literarias de aquella centuria, la que va del término de la guerra de independencia al año en que con el fusilamiento de Maximiliano termina medio siglo de constantes sobresaltos políticos y sociales, y la que, a partir de 1867, transcurre hasta las postrimerías del XIX, bajo el signo nacionalista de Altamirano, en un ambiente que parecía pacífico y próspero para quienes asistieron a la elaboración sangrienta de la república, a la instauración de la Reforma y a la sedimentación final, pronto corrompida, del porfirismo. Situada en los límites mismos de una y otra etapa, la revista *El Renacimiento* reúne a los escritores que habían surgido desde la primera mitad del siglo

y a los que habrían de florecer en la última; allí conviven los conservadores derrotados y los liberales triunfantes y en ella, en fin, están manifestados los mejores valores literarios de nuestro siglo XIX y los más nobles ideales culturales que movieron a los hombres de aquella centuria. Es *El Renacimiento*, por todo ello, el documento que mejor sintetiza el carácter literario, y aun cultural y social, de toda una época.

#### ALTAMIRANO Y "EL RENACIMIENTO"

"Si las obras en verso de Altamirano —escribía don Ezequiel A. Chávez en 1935, en uno de los artículos con que se conmemoró el primer centenario del nacimiento del autor de *Clemencia*—, ocupan, salvo raras excepciones, dieciséis o diecisiete años de su vida —su juventud y los comienzos de su edad viril—, en contemplación admirada de la naturaleza y con apasionado lirismo, de los veinte a los treinta y seis años; si los discursos que de él nos han llegado, coleccionados en 1889, cuando aún vivía, abrazan veintitrés años, en plena edad viril, de los veinticinco a los cuarenta y siete, proclamación elocuente de su fe política, de su amor a la patria, a las letras, al progreso, a la humanidad; si su obra de crítica de la literatura y del teatro, lo mismo que de los sucesos para él contemporáneos, de valor histórico, y de los acontecimientos pasados, abraza veintiuno o veintidós años, de los treinta y cuatro a los cincuenta y cinco de su vida, sazonados frutos de su virilidad y de su madurez, su labor de novelista comprende visiblemente veintidós años, los mismos casi que su obra de crítica, de 1867 a 1889, creadora proyección de su vida sentimental, transfigurada en los paisajes materiales y sociales elegidos por su fantasía".<sup>2</sup>

En 1869, consiguientemente, Altamirano contaba treinta y cinco años de edad, estaba a punto de concluir su período de creación poética, se encontraba en la cima de su carrera política y comenzaba a realizar sus dos empresas de madurez, sus textos críticos y estudios culturales

<sup>2</sup> CHÁVEZ, EZEQUIEL A. "Altamirano Inédito", en *Homenaje a Ignacio M. Altamirano*. Imprenta Universitaria. México, 1935, p. 87.

y sus novelas. Por lo que respecta a su actividad exclusivamente periodística debe recordarse que, en los años anteriores a la aparición de su revista *El Renacimiento*, dedicó casi la totalidad de sus trabajos intelectuales a la lucha en favor de los ideales liberales y reformistas. De ahí que, en ese período, sean más importantes sus trabajos políticos, tanto en los periódicos que fundó o dirigió como en aquellos en que colaboró, que sus trabajos propiamente literarios. Además de *El Correo de México* ya mencionado, Altamirano fundó los siguientes periódicos: cuando no contaba más de dieciocho años publicó en Toluca el curioso periódico *Los Papachos*, aquel que llevaba este curioso subtítulo: "A pedantes habladores, ya sean viejos o muchachos, les haremos mil papachos", que recuerda los epígrafes a que era eficionado en sus periódicos Fernández de Lizardi. En él publicó Altamirano, atendiendo a los informes de González Obregón,<sup>3</sup> sus primeras producciones en prosa, sus primeros versos y algunos artículos satíricos. Años más tarde, durante la intervención francesa y acaso en los intervalos de sus acciones militares, fundó en el Estado de Guerrero otro periódico al que llamó *El Eco de la Reforma*, del cual se conservan muy escasas noticias. Ya no como fundador sino como colaborador participó, en los años anteriores a 1869, en los siguientes: en *La Chinaca* (México, 1862-1863), periódico liberal de corta vida, escribió al lado de sus amigos y compañeros Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, Francisco Zarco y Guillermo Prieto. En *El Monitor Republicano*, periódico que con diversas interrupciones venía publicándose desde 1844, órgano de las ideas liberales, Altamirano figuró como redactor. Allí publicó, en 1862, la requisitoria contra el Barón de Wagner después reproducida en folleto. En *La Voz del Pueblo*, periódico publicado en C. Guerrero en 1866, hay algunos editoriales con su firma. En *El Siglo XIX*, el órgano periodístico sin duda más representativo de aquella centuria, Altamirano publicó crónicas teatrales y otros artículos entre 1868 y 1870. En *El Semanario Ilustrado*, revista que se publicó en México en 1868 y 1869, Altamirano, finalmente, había publicado algunas colaboraciones al lado de

<sup>3</sup> GONZÁLEZ OBREGÓN, LUIS. "Biografía de Ignacio M. Altamirano", *Ibidem*, p. 4.

otras de Ramírez, Prieto y Luis G. Ortiz, que escribían allí lo mismo de literatura que de ciencias, costumbres y sucesos contemporáneos, tal como era el uso de la época. Como ha podido advertirse, la actividad periodística de Altamirano en esta etapa de su vida puede considerarse modesta si se la compara con la que realizaría en los años siguientes. Contribuyeron a ello los tropiezos que en tiempos tan tormentosos debían sufrir todas las actividades intelectuales y, fundamentalmente, el hecho de que Altamirano, comprendiendo que su deber para con la patria y para con sus convicciones políticas se encontraba en el campo del combate, había tomado las armas para luchar, con heroísmo ejemplar, por la instauración de los ideales liberales y para librar a México del invasor francés. Pero al triunfo de la causa liberal y cuando sobrevino la liquidación del imperio de Maximiliano, Altamirano pudo entregarse al fin a la tarea de construir un espíritu para su patria que ya había reconquistado su existencia. De los años de lucha aprendió medularmente tres grandes artes: el del hombre, el del político y el del escritor, y una misión, su vocación sustantiva: la del maestro. Y el maestro y el hombre advierten con lucidez cuál es el camino por seguir. Un país amenazado dos veces, por distintos agresores y en un corto intervalo, en su autonomía territorial y política; un país agotado por luchas fratricidas que dirimieron todos los credos y todos los cacicazgos, sólo podía fortalecerse y engrandecerse por el retorno a la propia esencia que le da vida, a su pasado más noble y a su porvenir más auténtico. La bandera que había de alentar a un pueblo agotado y desilusionado debía ser pues, el nacionalismo, y Altamirano fué quien primero llamó a la aristocracia intelectual de México en torno a ella en las páginas de *El Renacimiento*.

#### "EL RENACIMIENTO". HISTORIA EXTERNA

¿CÓMO surgió la idea de fundar un nuevo semanario con estos propósitos? En 1867 y 1868 el grupo presidido por Altamirano había celebrado, en las casas de diferentes escritores, unas reuniones a las que se llamó Veladas Literarias. Allí se leyeron obras nuevas, se homenajeó a Guillermo Prieto, se acogieron los trabajos de literatos de pro-

vincias y de allí surgió el impulso que habría de madurar en *El Renacimiento*. En un precioso y raro folleto que lleva por título *Veladas Literarias. Colección de poesías leídas por sus autores en una reunión de poetas mexicanos* (México, 1867) se encuentran algunos de los frutos de aquellas Veladas: poesías de Prieto, Altamirano, Ortiz, Riva Palacio, Olavarría, de Cuéllar, Peredo, Ramírez, Chavero, Zenea, Montiel, Joaquín Téllez, Joaquín Villalobos, Justo Sierra, J. P. de los Ríos, R. G. Páez, A. E. de B. y Caravantes y José Rosas Moreno, una conmovida salutación de Rafael Martínez de la Torre al recibir en su casa al grupo de poetas y estas cordiales palabras de presentación en las que se adivina la mano del maestro: "Las poesías que contiene este libro son los primeros acordes de la lira mexicana, modulados bajo la oliva de la paz. De regreso al hogar, después de las batallas, hay una fiesta de familia, en la que los poetas se estrechan como hermanos y ensayan de nuevo sus cantos favoritos. El soldado recuerda sus campañas, el viajero describe sus viajes, y el expatriado vuelve conmovido a visitar la tumba de sus padres. Todos, a su retorno, vienen a abrir una página literaria en los anales de México. Recuerdos, impresiones y fantasías, los ayer del infortunio y los himnos de la victoria. He aquí el espíritu de las *Veladas Literarias*. Si este libro fuere aceptado por los amantes a las letras, quedará destinado a recoger en adelante las olvidadas flores de la literatura nacional".

Olavarría y Ferrari, veinticinco años más tarde, recordará además que en torno a Altamirano congregábase "una multitud de jóvenes escritores fraternalmente unidos, y los viejos campeones de antiguas lides literarias, poseedores ya de fama y nombradía",<sup>4</sup> y nos explica luego que si a Altamirano se debió la inspiración y la dirección espiritual de *El Renacimiento*, Gonzalo A. Esteva fué quien proporcionó los elementos materiales para realizarla. Como era debido, ambos, Altamirano y Esteva, figuraron como editores al frente del primer tomo de este Periódico Literario. Los redactores fueron Ignacio Ramírez, José Sebastián Se-

<sup>4</sup> OLAVARRIA Y FERRARI, ENRIQUE DE. "Crónica general", en *El Renacimiento*. Periódico literario. Segunda época. México, 1894, p. 33.

gura, Guillermo Prieto, Manuel Peredo y Justo Sierra y los colaboradores, que en número de sesenta y dos figurar en la portada del primer tomo, incluían a casi todos los escritores mexicanos y extranjeros residentes en México que tenían una significación por entonces. Los impresores escogidos para realizar la publicación fueron Francisco Díaz de León y Santiago White, cuyos talleres estaban en la calle Segunda de la Monterilla número 12. Díaz de León, que iniciaba su carrera tipográfica, había de ser en las últimas décadas del siglo XIX el continuador de la brillante tradición que tanto ilustraran impresores como Ignacio Cumplido y Vicente García Torres. Su labor junto con White en *El Renacimiento*, si no puede reputarse por memorable, no puede tachársela tampoco de descuidada. La impresión es correcta y limpia, la composición sobria y las ilustraciones que embellecen los dos tomos del periódico, debidas a los litógrafos H. Iriarte, V. Debray, Lara y Salazar, casi todas ellas de personajes, lugares y asuntos mexicanos, tienen la calidad que es común en los trabajos de la época. Al iniciarse el segundo tomo, el 4 de septiembre, con el número 36 de la revista, fué necesario introducir algunos cambios. Problemas económicos determinaron a Altamirano y a Esteva a traspasar la propiedad del periódico a los impresores que, a partir de aquella fecha, convirtieron en editores. El cuerpo de redactores fué engrosado por Francisco Pimentel, Manuel Orozco y Berra y Gonzalo A. Esteva; Altamirano se convirtió en Redactor en Jefe y los colaboradores llegaron a setenta. Debe explicarse, para honra de Díaz de León y White, que su nuevo carácter de editores no los indujo a introducir cambios que acaso pudieran mejorar las economías de la publicación, a costa de su autonomía y calidad literarias. Altamirano continuó siendo su animador y la calidad de su contenido siguió el rumbo ascendente señalado desde el primer número. Aparte de las colaboraciones variables en prosa y verso, fueron proyectadas tres secciones constantes en *El Renacimiento*: la *Crónica de la semana* y el *Boletín bibliográfico*, de los que se encargó Altamirano, y la *Revista teatral* confiada al Dr. Manuel Peredo. Las *Crónicas*, que requieren una consideración adecuada a su importancia, las escribió Altamirano regularmente excepto una, la correspondiente al

21 de agosto, en que tuvo que suspenderla por fuerza mayor; el *Boletín*, de gran utilidad informativa, apareció mensualmente en todo el tomo primero—que va del 2 de enero al 28 de agosto— y en él se registraron las novedades editoriales añadiendo una breve descripción y comentario; las *Revistas teatrales*, escritas con algunas interrupciones, nos ofrecen una reseña discreta y amena de cuanto ocurría en el mundo dramático de aquellos días, ya que el Dr. Peredo tenía no sólo una bien ganada reputación de crítico teatral sino que aun tenemos constancia de uno de sus intentos dramáticos, la pieza *Quien todo lo quiere*. . ., estrenada con éxito el 29 de diciembre de 1868 en el Teatro Principal.

Desde el primer número de *El Renacimiento*, Altamirano formuló en su memorable Introducción el espíritu que animaba a su periódico y el programa que se proponía seguir. Luego de hacer una revisión de las actividades intelectuales que habían sido posibles en los años anteriores, en que "todos los espíritus estaban bajo la influencia de las preocupaciones políticas", cree llegada una nueva hora. "Cesó la lucha—escribe—, volvieron a encontrarse en el hogar los antiguos amigos, los hermanos, y natural era que bajo el cielo sereno y hermoso de la patria, ya libres de cuidados, volviessen a cultivar sus queridos estudios y a entonar sus cantos armoniosos". Para reunir esos renovados entusiasmos ha sido fundado *El Renacimiento* y para que participen en él llama "a los amantes de las bellas letras de todas las comuniones políticas" cuyo auxilio será aceptado con agradecimiento y con cariño. "Muy felices seríamos—concluye diciendo Altamirano— si lográsemos por este medio apagar completamente los rencores que dividen todavía por desgracia a los hijos de la madre común". Quien un día no lejano, cuando pretendía concederse una amnistía para los conservadores, ocupó la tribuna de la Cámara de Diputados para pedir el castigo de los enemigos, "cuyos cráneos deberían estar ya blancos en la picota", ofrece hoy la concordia con nobles y generosas palabras que recibieron de liberales y conservadores, de los hombres maduros y de los jóvenes una acogida excepcional, que marcó, como ha advertido uno de nuestros historiadores, la verdadera amnistía. Y unos meses más adelante habría

de robustecer ese mismo llamado en las palabras elocuentes del discurso que pronunció en el Panteón de San Fernando, al depositarse allí las cenizas de los generales Arteaga y Salazar. En esa ocasión exclamaba "Oh! ¿por qué la desgracia nos hace hermanos y la victoria y la dicha nos hacen enemigos? ¿Por qué hoy que nos agrupamos todos, sin distinción de opiniones y de banderías en derredor de los antiguos caudillos, como teniendo vergüenza de presentarnos desunidos ante ellos que nos vieron fraternizar bajo sus órdenes, por qué, digo, no deponemos para siempre nuestras mezquinas pasiones personales, haciendo el juramento de hermandad, como una ofrenda al borde de la tumba sagrada de los héroes?

"Si no somos capaces de tan fácil sacrificio, bendita sea entonces la adversidad que es la única que nos hace servir a nuestro país. ¿Esa reconciliación importaría la abjuración de nuestras ideas y de nuestra independencia de carácter, ni la dignidad ni el orgullo de un gobierno? No ciertamente. Importaría sólo la moderación de nuestras luchas de familia y la práctica pura de la democracia, la cesación completa de los trastornos civiles, la grandeza de la Nación".<sup>5</sup>

Y al lograr la convivencia dentro de las páginas de *El Renacimiento* de un Montes de Oca y un Roa Bárcena, imperialistas y conservadores, junto a un Ramírez y a un Prieto, republicanos y liberales, manteniendo íntegramente la promesa de respeto a las creencias políticas individuales de cada uno, se logró, como lo anunciaba el título de la revista, un renacimiento cultural pocas veces igualado en nuestra historia y acaso más valioso que ningún otro por ese sello de autenticidad que le prestaban su carácter comprensivo y sus firmes raíces nacionales.

---

<sup>5</sup> ALTAMIRANO, IGNACIO MANUEL. "Discurso pronunciado por encargo del Poder Ejecutivo de la Unión, en el Panteón de San Fernando de México, en el de depositarse allí las cenizas de los beneméritos generales Arteaga y Salazar, el día 17 de julio de 1869", en *Discursos patrióticos*. Selección y prólogo de Manuel Toussaint. Editorial "Cultura". México, 1932, p. 167.

## CULTURA NACIONAL

EL RENACIMIENTO fué, desde su primera hasta su última página, un semillero de temas, sugerencias y conquistas culturales en los que puede reconocerse siempre la mano inspiradora de Altamirano. Acaso el tema que con mayor constancia e interés llenó las páginas de este semanario fué el de la cultura nacional. Los estudios sobre asuntos mexicanos, especialmente literarios, recibieron siempre particular atención. Francisco Pimentel, que a la sazón reunía los materiales para la que había de ser su *Historia crítica de la poesía en México*, publicó en *El Renacimiento* algunos de los mejores capítulos de esa obra. Altamirano colaboró con estudios sobre los novelistas Fernando Orozco y Berra y Florencio M. del Castillo y sobre el músico Melesio Morales; José Tomás de Cuéllar escribió un artículo sobre *La literatura nacional*; Gonzalo A. Esteva dió un estudio sobre Rafael Roa Bárcena, jurisconsulto y escritor; José María Roa Bárcena se ocupó del poeta Casimiro del Collado, que aunque español de origen podía considerarse ya mexicano, y Alfredo Chavero, Manuel Orozco y Berra y Pedro C. Paz discurrieron con sabiduría sobre temas arqueológicos. Los estudios históricos recibieron una atención no menos destacada. En *El Renacimiento*, Manuel Orozco y Berra publicó sus sabias indagaciones sobre los conquistadores de México y sobre la acuñación de la moneda; Ignacio Cornejo hizo aparecer sus *Efemérides mexicanas* y Valentín Uhink y Pedro Santacilia contribuyeron con eruditas disertaciones sobre temas de bibliología, algunas veces tocantes a asuntos mexicanos. Al promover esta clase de trabajos, Altamirano siente la necesidad de atraer hacia lo nacional tanto a los hombres de estudio como a los artistas. A propósito de un cuadro alegórico del pintor Monroy, insiste en la conveniencia de que "nuestros artistas exploten las riquezas no tocadas aún de nuestra vida antigua y moderna".

En la educación vió siempre Altamirano el mejor instrumento para la creación de una cultura nacional. El analfabetismo de una porción considerable de nuestra población le llenaba de tristeza y creía, con razón, que la base de todo gobierno "en que pueden fundarse las esperanzas de grandeza y de gloria futuras, es la instrucción pública".

Su *Crónica* del 9 de enero está llena de sagaces atisbos sobre este fundamental problema mexicano, lo mismo que sus artículos sobre la personalidad y la benemérita obra educativa y de beneficencia de Vidal Alcocer y sobre Manuel López Cotilla, el gran educador jalisciense. "La instrucción primaria—decía en su *Crónica* antes mencionada—debe ser como el sol en el mediodía, debe iluminarlo todo, y no dejar ni antro, ni rincón que no bañe con sus rayos. Mientras esto no sea, vanas han de ser las ilusiones que se forjen sobre el porvenir de nuestro país y las esperanzas de que se desarrollen el amor a la paz y al trabajo, y de que se ahuyenten de nuestros campos yermos y de nuestras poblaciones atrasadas los negros fantasmas de la miseria, de la revolución y del robo que hasta aquí han parecido ser los malos genios de la nación". Palabras cuya trágica verdad, a casi un siglo de distancia, continúa siendo válida para nosotros, a pesar de los esfuerzos que de tiempo en tiempo han emprendido nuestros educadores, sin que hasta ahora ni el tiempo ni las circunstancias les hayan permitido lograr esa conquista básica para el progreso de nuestro pueblo.

Como buen indígena y mexicano culto Altamirano afirmaba también la necesidad de que se prestase mayor atención al estudio de nuestras lenguas aborígenes. Aunque es probable que no conociese los textos literarios indígenas hoy divulgados, procuraba el estudio de esas lenguas como un medio de afirmación nacional y un instrumento para el conocimiento de nuestras antigüedades históricas. Deplora que sean extranjeros sus mejores conocedores y aplaude los trabajos de don Faustino Chimalpopoca Galicia, autor de una gramática de la lengua mexicana. Los estudios de don Francisco Pimentel sobre los idiomas indígenas de la República Mexicana, publicados en *El Renacimiento*, concurren al mismo propósito.

Ya fuera por el conocimiento de nuestras personalidades eminentes, ya por el de nuestra historia, ya por el fortalecimiento de nuestra educación o por el cultivo de las lenguas indígenas, Altamirano busca, y a su empeño concurren los escritores que reúne *El Renacimiento*, la afirmación de una conciencia y un orgullo nacionales. Detestaba profundamente, como queda expreso en la in-

vectiva de su *Crónica* del 22 de mayo, ese espíritu que tan frecuentemente nos lleva a exaltar todo lo extranjero y a menospreciar lo propio. Sus ideas al respecto son de una energía y una agudeza notables. Ocurrió en aquellos días que, requiriéndose un himno sobre Zaragoza, un grupo de mexicanos fué a solicitarlo al compositor español Gatzambide, cuando nuestro compatriota Aniceto Ortega había compuesto una vibrante marcha sobre el mismo tema. Un caso pues frecuente entre nosotros, que lo mismo podría ilustrarse con nuestro himno nacional cuya música se debe al catalán Jaime Nunó. Cuando Altamirano conoce el sucedido, una justificada ira le hace perder su serenidad habitual. "Semejantes torpezas —escribe— no se comprenden ni se explican sino diciendo que somos muy inclinados a desdeñar lo nuestro, muy afectos a admirar lo extranjero aunque sea inferior, y muy propensos a la idolatría, que es la más estúpida de las ceguedades; que en nuestro país bien puede haber un genio deslumbrador, pues nosotros nos apresuramos a taponarlo con el manto del desprecio, para correr a ponernos de hinojos delante del primer recién venido de Europa a quien no conocemos, pero cuya superioridad creemos a pie juntillas porque así lo aseguran unos cuantos papeles públicos".

"Desde que el Papa —continúa diciendo— tuvo que declararnos hombres para ser considerados como tales, no parece sino que de Europa deben soplarnos las opiniones, las creencias, el buen gusto y la simpatía o la antipatía".

Tan iracundas y justicieras palabras no nacían, sin embargo, de un hombre que hubiera abrazado un nacionalismo cerrado y xenófobo. Los estudios que dedicaron el mismo Altamirano y muchos otros colaboradores de *El Renacimiento* a diferentes dominios de la cultura universal —como vamos a confirmarlo inmediatamente— prueban que lo que se buscaba era lo que antes he llamado la afirmación de una conciencia y un orgullo nacionales. Se quería probar al mundo la calidad y la dignidad de nuestros escritores, artistas, sabios y educadores; la nobleza de algunas figuras de nuestro pasado histórico; las posibilidades de nuestro paisaje, de nuestras costumbres y de nuestro temperamento para realizar con ellos obras de mérito artístico, y todo ello para concurrir con nuestra propia

voz y con nuestra propia índole al coro de todas las culturas, en el que hasta entonces parecía que sólo deseábamos participar con ecos de voces extrañas y procurando ocultar cuanto fuese posible la realidad de la que partíamos.

### CULTURA UNIVERSAL

**J**UNTO a la preocupación esencial por México y las cosas mexicanas, *El Renacimiento* no sólo mantuvo el interés por aquellos dominios de la cultura universal ya cultivados con anterioridad sino que aun exploró nuevos dominios, hasta entonces apenas conocidos. Si las letras clásicas tuvieron un lugar en la cultura mexicana desde los primeros días de la Colonia y las letras francesas penetraron en México en la segunda mitad del siglo xvii, el resto de las culturas europeas se mantuvo como *terra incognita* para nuestros lectores, salvo raras excepciones, hasta bien entrado el siglo xix. El caso de la cultura española debe ser considerado aparte, por cuanto su injerto en las viejas raíces indígenas estuvo complicado con la conquista material y espiritual. Durante tres siglos, la cultura española había sido la de nuestra metrópoli y, si a partir de la independencia no pocos escritores mexicanos mostraron un despego por aquella tutela intelectual que había tenido en nosotros tan largo imperio, nunca llegamos a considerarla como algo extraño al edificio propio que tan lenta y penosamente íbamos erigiendo. Pero en aquellos días, no eran los resquemores contra España los más vivos; aún estaba fresco el recuerdo ominoso de la intervención y el imperio y era natural que el resentimiento se dirigiera contra lo francés, aunque sólo se manifestase en el entusiasmo con que se estudian otras literaturas europeas. A pesar de ello, los estudios y traducciones franceses no fueron totalmente desterrados de las páginas de *El Renacimiento*: Justo Sierra publica excelentes ensayos sobre Hugo y Lamartine; traducen a Víctor Hugo, Isabel Prieto de Landázuri, Manuel M. Flores y José Rosas Moreno; *Le lac* de Lamartine tiene un intérprete afortunado y digno de atención en Ricardo Ituarte; José María Roa Bárcena y José Rosas Moreno vierten al español, con menos felicidad,

otras composiciones del mismo Lamartine; Manuel M. Flores traduce a Musset, e Ignacio Manuel Altamirano, finalmente, pone en español un artículo de Eugène Cortet sobre la Semana Santa. Si lo anterior puede considerarse como una prolongación adelgazada de lo que era una costumbre desde los orígenes de nuestro periodismo literario, el interés por otras culturas europeas sí debe considerarse como una de las conquistas de *El Renacimiento*, aunque no se trate en todos los casos de innovaciones. En el caso de la cultura alemana, y sin que tenga suficientes datos para confirmar mi opinión, creo que las penetraciones que aparecen en la revista que examinamos pueden considerarse de las primeras en nuestro país. Como siempre, Altamirano nos ha dejado expresos los móviles de ese interés por la cultura de la patria de Goethe. En su *Crónica de la semana* del 23 de enero, con su acostumbrada perspicacia, escribe: "Antes se creía que el francés era la clave de las ciencias; ahora es preciso estudiar el alemán si se quiere *saber*. Los franceses traducen; los alemanes piensan y crean. Las ciencias naturales, la literatura, la crítica, hoy están resplandeciendo en Alemania. Sus universidades son los faros de la ciencia, sus libros son rayos de luz, sus sabios son hoy los maestros en todo. Y ¿así descuidamos el estudio del alemán, cuando al contrario, debía enseñarse este idioma de preferencia a los demás extranjeros que se hablan hoy?" Después de escuchar las palabras de Altamirano preguntémosnos nosotros: ¿no tiene acaso este llamado un paralelo con el que, en las primeras décadas de nuestro siglo, lanzara José Ortega y Gasset desde su *Revista de Occidente* y que tanta influencia tuviera sobre la formación de los filósofos y hombres de estudio españoles e hispanoamericanos? Pero no insistamos más en este nuevo caso que muestra hasta qué punto nos es necesario que sea un extranjero quien marque las rutas culturales por seguir, y continuemos examinando el interés que se mostró en las páginas de *El Renacimiento* por la cultura alemana. Alentados quizá por las enseñanzas del "sabio y modesto profesor" Oloardo Hassey, algunos mexicanos y extranjeros residentes en México dieron muestras de sus conocimientos de la lengua alemana con las traducciones que publica-

ron en la revista que nos ocupa. José Sebastián Segura, el de más firmes conocimientos, traduce las parábolas de Krummacher, antecediéndolas con una docta introducción, y vierte, además, poemas de Goethe y de Schiller. Su traducción del poema *Las campanas* de este último, mereció ser considerada por Menéndez Pelayo como más próxima al metro original y menos parafrástica que la de Hartzenbusch. Rafael de Zayas Enríquez envía desde Medellín una traducción de *La muerte del bardo* de Uhland; Esther Tapia de Castellanos imita un poema de Novalis e Ignacio Manuel Altamirano, además de su traducción de los *Idilios* de Gessner, probablemente hecha a través del francés, propone a la crítica un problema todavía sin solución plausible al poner el vago subtítulo de "Cuento alemán" a *Las tres flores*.

Las letras inglesas están representadas en *El Renacimiento* por un hermoso estudio de Altamirano sobre Dickens y tres traducciones de Lord Byron, firmadas respectivamente por José Monroy, Ramón Valle y José María Roa Bárcena, esta última precedida de un estudio. Una de las sorpresas que guarda la revista que examinamos es la traducción de *El cuervo* de Edgar Poe, realizada por Ignacio Mariscal. A pesar de nuestra vecindad, la literatura norteamericana es una de las que llegan más tardíamente al conocimiento de los lectores mexicanos. Desde las primeras décadas del siglo XIX se leyeron en México novelas norteamericanas, pero nunca llegó a existir, sino hasta nuestros días, una corriente de comunicación constante y sistemática. El camino que los libros norteamericanos tuvieron que recorrer para llegar hasta nosotros fué siempre a través de Francia o España que nos hacían conocer las creaciones de nuestros vecinos. En el caso de Edgar Poe, ignoro por qué medios lo hayan conocido Ignacio Mariscal, su traductor, Pedro Santacilia, a quien está dedicada la versión, y Altamirano de quien dice Santacilia que nadie mejor que él conoce la obra del poeta norteamericano. Pero el hecho es que, si esta traducción se publica en 1869, aunque estuviese hecha dos años antes, puede considerarse —de acuerdo con la información que da Pedro Salinas en su artículo *Poe in Spain and Spanish Ame-*

rica<sup>6</sup>— como la primera traducción hispanoamericana de Edgar Poe.

Más dispersa es la huella que las letras italianas dejan en *El Renacimiento*. La Edad Media está representada por Dante cuyo canto xxxiii del *Infierno* traduce fragmentariamente Manuel Peredo, el cronista teatral, para que sea declamado por la trágica Carolina Civili, y por Petrarca, de quien hay una imitación suscrita por José Rosas Moreno. Del siglo xvii el Dr. Peredo vierte un poema dramático de Metastasio. Y del Romanticismo, el Barón Gustavo Godawa de Gostkowsky, de origen polaco y que usaba el seudónimo "Nemo", escoge la figura de Rossini para dedicarle un entusiasta estudio.

El contacto con la literatura española no puede ser más débil. Se reduce a un artículo, de memorable elegancia, de Justo Sierra sobre el orador Emilio Castelar y a una imitación que hace de Campoamor Manuel M. Flores. Respecto a la literatura de los países hispanoamericanos, por la que Altamirano había mostrado tanta simpatía en su *Revista literaria*, 1868, proponiéndola en algunos aspectos como un modelo para la nacional, no puede registrarse en *El Renacimiento* más que la publicación de dos poemas entonces inéditos del cubano José María Heredia, cuyos títulos aluden ya a su larga estancia en México: *Epístola al C. Andrés Quintana Roo* y la *Campana de Zacatecas*.

Pero no sólo apreciaban las letras modernas los redactores de esta revista. Tanto para los escritores liberales como para los conservadores la cultura clásica había sido un elemento importante en su educación y ello explica que, tras sus intereses más recientes, subsistiera el fondo clásico del que dan pruebas las traducciones de Horacio, Virgilio, Mosco, Catulo, y Teócrito realizadas por el cubano Juan Clemente Zenea, Luis G. Ortiz y el celebrado humanista Ipadro Acaico.

En otros dominios culturales cultivados por *El Renacimiento* deben destacarse los estudios filológicos de Iгна-

<sup>6</sup> SALINAS, PEDRO. "Poe in Spain and Spanish America", en *Poe in foreign lands and tongues*. A Symposium. The John Hopkins Press. Baltimore, 1941, p. 25.

cio Ramírez y de Oloardo Hassey. Junto con los de Francisco Pimentel sobre las lenguas indígenas, los *Estudios sobre literatura* de Ramírez, agudos aunque carezcan de rigor científico, pueden considerarse la contribución mexicana más importante que en el siglo XIX recibe esta disciplina. Interesante personalidad es la de este alemán, Oloardo Hassey, que tanto se asemeja a la de un huésped del México contemporáneo, el milanés Gutierre Tibón. Así como Tibón discurre con sabiduría e ingenio sobre el origen y las peripecias de América, de nuestros apellidos y de nuestro lenguaje, Hassey escribe para *El Renacimiento*, con erudición no menos copiosa, sobre asuntos filológicos o arqueológicos, sobre la historia del diablo —su nacimiento, su juventud, su imperio y su decrepitud— o sobre curiosos incidentes del pasado.

#### EL PANORAMA LITERARIO

PERO no se formaba *El Renacimiento* sólo con estudios y traducciones. Al lado de este panorama tan amplio y rico de los continentes culturales explorados, como entre los cuerpos severos del edificio los prados floridos, estaba la producción literaria misma, la poesía, la novela, las crónicas y los artículos, ya que el teatro sólo llegaba por entonces a las revistas literarias a través de reseñas. La poesía fue sin duda el género más cultivado. Todos los poetas de renombre colaboraron en la revista, los viejos y los jóvenes, los liberales y los conservadores, los clásicos y los románticos. Al lado de Manuel Carpio, José Joaquín Pesado, Ignacio Montes de Oca y José María Roa Bárcena, de formación clásica, figuran los románticos Manuel M. Flores, Luis G. Ortiz, Juan Valle, Guillermo y Gonzalo A. Esteva, Isabel Prieto de Landázuri, Esther Tapia de Castellanos, José Rosas Moreno y Casimiro del Collado. Y como un matiz mexicano del romanticismo, ponían en el coro una nota de gracia festiva dos poetas costumbristas: Guillermo Prieto y José Tomás de Cuéllar. Otro matiz no menos mexicano, el de nuestro paisaje, cantado en una melodía muelle y ondulante cuyas cadencias recordaban el sopor y languidez tropicales que las inspiraban, llegó a *El*

*Renacimiento* con los seis poemas que publicó Altamirano como un anticipo de sus *Rimas*, que reuniría dos años más tarde. Entre los muchos poetas jóvenes que publican en esta revista sus primicias líricas, tres de ellos, que apenas frisaban los veinte años, alcanzarían la fama: Justo Sierra, Agustín F. Cuenca y Manuel Acuña. Las poesías de circunstancias que publica el primero no podrán reputarse como sus composiciones más felices: la elocuencia conceptuosa de que en ellas hace gala el futuro Ministro de Instrucción Pública, era sin duda más adecuada a la prosa doctrinaria en que tanto descollaría años más tarde. En la única poesía de Cuenca publicada en *El Renacimiento*, *A Cuba*, no puede reconocerse todavía ese anuncio del Modernismo que, según los más autorizados estudios, caracteriza su obra. Acuña, en cambio, como si previera su desaparición inminente, se apresuraba a decir la breve y amarga canción que sería su legado. Después de dos composiciones insustanciales, cuyo nombre común de *Doloras* alude ya a su dulzón y melancólico modelo, publica uno de sus mejores poemas *¡El hombre!*, que le gana las censuras de algunos de los periódicos católicos de la época. Pese a sus indefinibles vulgaridades y a su pedantería declamatoria, en este poema, como en dos o tres más de Acuña, llegaba a la poesía mexicana un soplo de angustia metafísica hasta entonces no escuchado y que no carece, en sus momentos felices, de nobleza y elevación poética. Pero no todos los poetas, jóvenes entonces, que concurrieron a las páginas de *El Renacimiento* alcanzaron renombre. Entre muchos otros que pueden continuar en el olvido, merecen recordarse algunos poco conocidos y dignos de atención: Luis Ponce, de producción irregular, pero afortunado en algunos momentos de su poema *El ángel de la tristeza*; Ricardo Ituarte, de quien ya hemos destacado la calidad de su traducción de Lamartine, autor de un poema de circunstancias escrito con soltura en elegantes estrofas sáficas; Manuel Peredo, el cronista y autor teatral, poeta apreciable en su canto *A la noche*, y José María Bandera cuya delicada *Serenata* es la pieza más lograda de su copiosa producción.

La novela, como la poesía, se cultiva también con abundancia por los redactores de *El Renacimiento*, aunque

en forma más desigual. Junto a narraciones profundas e insustanciales, tan lejanas ya a nuestra sensibilidad actual, como la de Gonzalo A. Esteva, *María Ana, Historia de un loco*, la de Roberto A. Esteva, *Una pasión italiana* o la de Emilio Rey, *Amor de ángel*, la misma revista publica, en folletín separado, *El ángel del porvenir* de Justo Sierra —obra que suelen olvidar las bibliografías de la obra del maestro mexicano— y *Clemencia* de Ignacio Manuel Altamirano, la mejor novela que salió de su pluma y una de las que más contribuyeron a la depuración de esta especie literaria en México. Como obras narrativas deben considerarse también los cuadros costumbristas, llenos de la agudeza popular que caracteriza sus escritos, que además de algunos artículos y poesías, publicó en esta revista José Tomás de Cuéllar, "Facundo".

En el campo del ensayo y de la crónica, *El Renacimiento* contribuye a las letras mexicanas con dos prosistas excepcionales, el mismo Ignacio Manuel Altamirano y Justo Sierra. Si en los cuadros más divulgados de la evolución de la prosa en México suele adscribirse a Gutiérrez Nájera la totalidad del salto renovador, quien lea las encantadoras *Crónicas de la semana* de Altamirano, que durante el año de vida de su revista encabezaron cada uno de sus números, convendrá, con las agudas observaciones de Rafael Heliodoro Valle y Francisco Monterde, para quienes estos artículos anuncian la prosa espiritual e intencionada de los grandes cronistas del Modernismo mexicano: Gutiérrez Nájera y Urbina<sup>7</sup>. La anuncian, añadiría, con sus cualidades de gracia y elegancia, y sin su amaneramiento, sin extremar todavía su exquisitez y, si menos refinadas, más viriles y substanciales. En las *Crónicas* de Altamirano la nobleza y la ponderación no excluyen la perspicacia ni la valentía de los juicios, y por todo ello, junto al aprecio que concedemos al Altamirano maestro, al novelista, al orador y al poeta, es preciso re-

<sup>7</sup> VALLE, RAFAEL HELIODORO. "El Renacimiento", en *Bibliografía de Ignacio Manuel Altamirano*. D. A. P. P. México, 1939. Bibliografías Mexicanas, No. 8, p. 6.

MONTERDE, FRANCISCO. "El maestro Altamirano, polígrafo", en *Cultura Mexicana*. Aspectos literarios. Editorial Intercontinental. México, 1946, p. 221.

condar también al gran prosista de estas *Crónicas*, maduro y auténtico. A propósito de crónicas cabe recordar aquí los datos que nos proporciona Altamirano respecto a sus orígenes en México. Niceto de Zamacois propagó la especie de que el Sr. Mabellán, en las columnas de *El Monitor Republicano*, fué su introductor. Altamirano, entonces, aclara que fué Luis G. Ortiz en el folletín de *El Siglo XIX*, en 1867, su verdadero introductor. A Ortiz le siguió José Tomás de Cuéllar, cronista de *El Correo de México*, y Altamirano mismo quien escribió una crónica también en 1867. El Sr. Mabellán, finalmente, sólo comenzó a escribirlas al año siguiente. Volviendo a los grandes prosistas de *El Renacimiento*, debemos añadir que algunos de los artículos que allí publica el entonces joven Justo Sierra tienen ya la calidad magistral de sus obras de madurez. Su prosa, de severa fastuosidad, está llena de pasajes no indignos del mejor Renan. Su fantasía 666, *Cayo Nero*, luego recogida en los *Cuentos románticos*, tiene la nobleza de las páginas antiguas que finge y su artículo sobre Castelar es una muestra notable de su talento y un testimonio apasionado de sus entusiasmos juveniles.

#### IRRADIACION ESPIRITUAL

TAL es el contenido que llena las 802 páginas de los dos tomos de esta excepcional revista mexicana. Cuando agobios económicos que ignoramos determinaron a sus editores y redactores a concluirla, al año justo de su aparición, Altamirano anunciaba nuevos proyectos literarios y afirmaba la creencia de que se había ya cumplido el objeto que se propuso *El Renacimiento*, pues en la capital y en los estados se advertía un despertar de las letras mexicanas. Si los proyectos literarios no llegaron a cumplirse del todo, la semilla depositada había sido fecunda. El despertar a que alude Altamirano fué, en verdad, extraordinario. En la década que siguió a la fecha en que concluyó *El Renacimiento* —25 de diciembre de 1869— se fundaron treinta y cinco nuevas revistas literarias en la capital y en los estados, algunas de ellas notables como la edición literaria de los domingos de *El Federalista* (México, 1872-1877);

*La Linterna Mágica* (México, 1872); que dirigía José Tomás de Cuéllar; *El Artista* (México, 1874-1875) en que colaboró Justo Sierra; *La Alianza Literaria* que publicaron en 1876, en Guadalajara, Antonio Zaragoza, Manuel Caballero y Manuel Puga y Acal, entre otros; *La Aurora Literaria* que apareció en la misma ciudad, de 1877 a 1881, redactada por el mismo grupo de escritores jaliscienses y por Alberto Santoscoy y el gramático Tomás V. Gómez, y *El Mundo Científico y Literario* (México, 1878), suplemento dominical del periódico *La Libertad*. Y todavía veinticinco años más tarde, en 1894, cuando ya habían muerto muchos de los colaboradores de *El Renacimiento*, entre ellos el mismo Altamirano, Enrique de Olavarría y Ferrari se rodeó de los escritores finiseculares más distinguidos para resucitar, en una segunda época, aquella revista ejemplar. Sin desestimar su esfuerzo, la publicación de Olavarría y Ferrari, aunque llevase el mismo nombre de su precursora, resultó totalmente diferente a ella, con nuevas firmas y con nuevo espíritu, semejante quizá sólo en el fervor y en la calidad con que se procuraba realzarla.

Mas no sólo en las revistas literarias fué notorio el resurgimiento de las letras mexicanas en el período que siguió a *El Renacimiento*. La poesía, la novela y el ensayo —ya que no el teatro que no pudo superar la calidad alcanzada en la primera mitad del siglo— fueron cultivados en esa época de paz con un esplendor y un entusiasmo poco frecuentes en nuestra historia. Y si la influencia de Altamirano no puede considerarse la única que determina este renacimiento, sin su magisterio generoso y fecundo no hubiesen alcanzado nuestras letras la vitalidad que muestran en las últimas décadas del siglo XIX. El signo que las distingue, el impulso central que las mueve fué aquel nacionalismo sin extremos proclamado por el maestro. En cada una de las corrientes principales de nuestras letras de este período puede reconocerse la huella de quien, mejor que ningún otro, había madurado en años heroicos y austeros un mensaje espiritual para su pueblo. A la mitad de su vida y de su carrera, cumplido ya su deber para con la patria en las horas amargas, demócrata y culto, perspicaz renovador, conciliador e íntegro, Altamirano, ampliando

la lección de Lizardi, supo descubrir la dignidad artística de lo mexicano sin olvidar, por ello, la necesidad de una circulación universal. Tal fué la enseñanza substancial que expresó a través de *El Renacimiento*. Y aunque la publicación de esta revista no fuese más que uno de los pasos de su actividad intelectual, en ella se marcó el momento más fructífero y elocuente de su magisterio, el compendio mejor de su pensamiento mexicano. Al mismo tiempo, gracias a la concordia que supo fundar y a su situación temporal en el cruce de las dos épocas de su siglo, *El Renacimiento* puede considerarse el documento mayor de nuestras letras en esta centuria. Con razón pudo decir Altamirano, en la introducción al tomo segundo, que su "periódico llegará a ser un monumento en el que se examinarán más tarde los grados de adelanto literario de la época presente." En él están representados los escritores más característicos, las corrientes literarias más destacadas, los valores culturales más fértiles que conforman nuestras letras en los años que transcurren de la proclamación de la Independencia a la aparición de los primeros signos modernistas, anuncio ya de una nueva etapa.

¿Qué otra revista literaria mexicana, del pasado o del presente, puede ofrecernos la riqueza de impulsos y la irradiación espiritual que contiene *El Renacimiento*? ¿Cuál otra ha conseguido esta calidad en el contenido, afianzando, al mismo tiempo, su sentido mexicano, su conciencia social, su integridad humana? Otras ha habido más refinadas y exclusivas, más cultas y cosmopolitas, pero ajenas radicalmente a México si no es porque surgían de sus hombres. Acaso con mayor modestia, los escritores que hicieron *El Renacimiento* procuraron con todo su esfuerzo y con toda su sensibilidad realizar una literatura mexicana y una obra que enalteciera a su pueblo. Consiguieron publicar la más valiosa revista literaria con que cuenta México y uno de los documentos más estimulantes y hermosos de las letras mexicanas.

## LA HISTORIOGRAFIA NORTE-AMERICANA SOBRE LA GUERRA DEL 47

Por *Silvio ZAVALA*

¿CÓMO se ha escrito la historia de la guerra del 47 en los libros norteamericanos?

Esta pregunta es inseparable de esta otra de mayor alcance: ¿Cómo ha reaccionado el espíritu de ese pueblo ante los acontecimientos históricos que ahora recordamos?

Basta el enunciado de estas preguntas para comprender que su respuesta exige una penetración honda —una “entrada” en la vieja acepción del vocablo empleado por los primeros exploradores de nuestro Continente— por las intimidades intelectuales y éticas del alma norteamericana.

Aventura interesante, sin duda, pero a la que no podemos entregarnos sin el temor de errar ante reacciones extrañas o de caer en desacuerdo con las que hieran nuestra sensibilidad de mexicanos.

Mas se ha querido, en este programa de estudios que algunos historiadores crucemos las fronteras espirituales, para hablar los mexicanos de temas de Estados Unidos, y, a la inversa, los estadounidenses de aspectos históricos mexicanos.

A los cien años de la guerra, esto ya es posible; puesto que la extrañeza o el desacuerdo, en la medida en que aun existan en torno de la historia que conmemoramos, no deben impedirnos el estudio sereno de un drama que tan vivamente nos ha interesado.

Quede pues en claro que vamos a tratar de sentimientos nacionales, de ideas morales y religiosas, de conceptos del derecho que pertenecen a un mundo interior humano, a la conciencia histórica de un pueblo que llegó a enfrentarse con el nuestro en la forma más trágica posible, como es la guerra.

En los momentos anteriores a la contienda del 47, y mientras ésta se libraba, los norteamericanos y los mexicanos se vieron afectados por los acontecimientos y dieron curso a ideas y sentimientos que no sólo nos interesan como opinión de época, sino también como semillero de sugerencias que recogerían los historiadores posteriores.

Para entender a éstos es preciso, por lo tanto, rehacer el ambiente espiritual de la década del 40.

Por lo que ve a la opinión norteamericana, cabe analizar, en primer término, la corriente contraria a la guerra, que se inspira en ciertos casos en razones de partido.

Daniel Webster sostiene que es una guerra de pretextos. Henry Clay puntualiza que no es deseable obtener territorio ajeno con el propósito de extender la esclavitud a él. Abraham Lincoln defiende en la Cámara de Diputados que puesto que México había ejercido jurisdicción en el lado norte del Río Grande, la primera sangre norteamericana vertida en la guerra lo fué en suelo mexicano y no norteamericano (una declaración de importancia para la definición del agresor). El propio Gral. Winfield Scott, que era del Partido Whig, usó en México una frase que fué recibida con entusiasmo y repetida con fruición por el gobierno mexicano de entonces: dijo ser ésa una "guerra desnaturalizada". Con lo que no pensaba precisamente que fuese una guerra injusta, pero sí desafortunada y contraria a la amistad que debió reinar siempre entre las dos repúblicas, como vecinas naturales en la geografía, como pueblos americanos llamados a impulsar en estas tierras las instituciones republicanas y democráticas, y a enlazarse por una sincera amistad. Con lo que, en medio de esa guerra, encontramos gérmenes de la que vendría a ser la doctrina, mucho más tardía, del buen vecino. La guerra y la enemistad no son "naturales" en esta parte del mundo. Una feliz definición por encima de las trágicas diferencias de aquel momento.

En ocasiones la oposición es más franca aún, como lo demuestra el discurso de Theodore Parker, de 7 de junio de 1846, en el que exclama: "¡Ahora el Gobierno y su Congreso arrojarán la culpa sobre el inocente y dirán que la guerra existe 'por obra de México'! Si alguna vez se ha

dicho una mentira creo que esta ha sido la ocasión. Entonces el 'amado pueblo' será llamado a contribuir con dinero y hombres, porque 'el suelo de esta libre república es invadido', y el gobernador de Massachusetts, uno de los hombres que declararon inconstitucional la anexión de Texas, recomienda la guerra que apenas ahora nos dijo que combatiríamos, y apela a nuestro 'patriotismo' y 'humanidad' como argumentos para hacer la matanza de los mexicanos, cuando ellos están en lo justo y nosotros en lo erróneo! . . . Yo no me sorprendo nada de que los diputados norteos votaran por toda esta obra de crimen. . .”.

De otra parte, la corriente en pro de la justificación de esa guerra encuentra apoyo en el gobierno y sus agentes, el partido demócrata entonces en el poder, buena parte de la prensa y una zona amplia de la opinión popular.

En cuanto a la posición diplomática del gobierno de Estados Unidos —tema ya tratado por distinguidos escritores y conferenciantes mexicanos— sólo nos corresponde señalar algunos matices críticos, como los que se relacionan con los esfuerzos encaminados a cubrir con el manto de la neutralidad la ayuda de armas y hombres prestada a los texanos desde suelo norteamericano; y la paradójica aserción del Presidente Polk en el sentido de que “después de reiteradas amenazas, México ha cruzado la frontera de los Estados Unidos, ha invadido nuestro territorio y ha derramado sangre americana sobre el suelo americano. . . la guerra existe. . . por obra de México. . .”.

En la esfera de los guerreros, estos delicados problemas adquieren un aire de mayor sencillez. Kearny invade Nuevo México al frente de las tropas norteamericanas y explica a los habitantes mexicanos de esa región: “Por algún tiempo los Estados Unidos han considerado vuestro país como una parte de nuestro territorio, y hemos venido a tomar posesión de él. . .”. Una versión al alcance de todos. De manera semejante, los guerreros que desembarcan en Monterrey explican que, estando en guerra los Estados Unidos y México, toman posesión de la Alta California y que este territorio se convierte en parte de los Estados Unidos.

Las opiniones de prensa ofrecen mayor enjundia. Dice el *Picayune*, de 5 de mayo de 1845, que no hay en mate-

máticas una proposición demostrable de manera más absoluta que la imposibilidad de tener un buen entendimiento con México antes de darle una completa tunda. Y el *Plebeian*, de 10. de marzo del propio año, proclama que el mundo entero no puede resistir el avance norteamericano, hasta que su altiva bandera ondee sobre cada pulgada de territorio en el Continente de Norteamérica.

Esta última manifestación ya nos enfrenta a la ideología del *Destino Manifiesto*, clave de la expansión norteamericana de esa época, y, por lo tanto, indispensable para comprender la actitud con respecto a la guerra con México.

Atribuyen los tratadistas la primera formulación de esa doctrina a la pluma de John L. O'Sullivan en el *New York Morning News*, diciembre de 1845, con motivo de la disputa con Inglaterra por el territorio de Oregón. Proclamó entonces "el derecho de nuestro destino manifiesto a extendernos y poseer todo este Continente que la Providencia nos ha dado para el desarrollo del gran experimento de libertad y de gobierno propio federado, encomendado a nosotros". Es una tesis providencialista y de alto orgullo por las instituciones de los Estados Unidos, que se resuelve en una tarea de expansión.

El Destino Manifiesto hace suyo el argumento de que el goce de la tierra corresponde a las mejores manos, es decir, justifica la expansión a base de la idea del mejor uso del suelo y sus recursos. Por ejemplo, el diputado Cox opinaba en relación con México, que ninguna nación tiene derecho a conservar suelo virgen y rico en estado improductivo. La idea se extiende del campo agrícola al minero y, en general, a toda explotación de recursos, como se observa todavía en nuestros días con respecto al petróleo.

Otro argumento grato a esa corriente expansionista es el de extender el "área de la libertad". Esto suponía impedir la extensión de colonias de las monarquías europeas en tierra americana, o sea, cortar los apetitos de Francia e Inglaterra sobre Texas y California. Pero amparaba al mismo tiempo el crecimiento de Estados Unidos a costa de México, sin que obstara que este último país no aceptaba la institución de la esclavitud que propagaban los colonos sureños de los Estados Unidos. Puede creerse, por

lo tanto, que al pensar en la extensión del "área de libertad", en los términos empleados por Andrew Jackson, en 1843, con relación a Texas, sólo se tenía en cuenta la de los anglosajones y no la del hombre en general.

Existe cierta diferencia entre la expansión sobre tierras vacantes o pobladas por indios bárbaros y las ocupadas, en mayor o menor densidad, por los pueblos hispanoamericanos.

El anglosajón se encontró ante un dilema. De una parte sentía repulsión hacia gentes que consideraba inferiores. De otra, apetecía sus tierras. En las provincias del norte de México, escasamente pobladas, no llegó a adquirir suma gravedad este problema, aunque sería erróneo suponer que no existió del todo. Pero cuando la guerra del 47 procuró al vencedor la posibilidad de anexarse aun las regiones centrales del país, ya hubo necesidad de pensar en la amalgama que resultaría, así como en la clase de relación que se entablaría entre norteamericanos y mexicanos. La solución ideológica fué de índole tutelar: los Estados Unidos pueden ejercer sobre esos pueblos un dominio que los conduzca a la regeneración. Decía en aquel año el *New York Herald*, que la universal nación yankee puede regenerar al pueblo de México en pocos años; "y creemos que es una de las tareas de nuestro destino la de civilizar aquel hermoso país y capacitar a sus habitantes para apreciar algunas de las muchas ventajas y bendiciones que poseen".

La anexión de todo México no cuajó. Pero se había dado un paso importante, tanto en el reino de la doctrina como en el orden práctico por lo que ve a los habitantes de Nuevo México y California, para avanzar de una colonización sobre territorios vacantes o semipoblados a la administración colonial sobre pueblos extraños. Esto tendría repercusiones prácticas en la década del 90 y en el siglo XX, a medida que zonas diversas, como Filipinas y Puerto Rico, cayeron bajo la influencia norteamericana.

Estados Unidos, comenta Mark Sullivan, ha sentido fundamentalmente el impulso de colonizar, no el de la administración colonial. Pero esto sólo parece válido hasta cierto punto y en ciertas épocas.

Trazada a grandes rasgos la opinión norteamericana del 40 en torno de la guerra con México, resulta posible y más fácil caracterizar la historiografía de tiempos más recientes.

Conviene distinguir entre:

a.—Las historias generales de Estados Unidos.

b.—Las historias diplomáticas.

c.—Las historias de las ideas de la expansión.

d.—Las monografías especializadas sobre la guerra con México.

Antes conviene advertir que no se trata de una literatura muy copiosa. No quiere esto decir que falten documentos ni obras. Pero sorprende, por ejemplo, en la obra de Michel Kraus, *A history of American history*, New York, 1937, la ausencia de referencias al caso mexicano. Todo se reduce a una alusión incidental a la monografía de Justin H. Smith (p. 449), y a recordar la experiencia que adquirió en esa guerra el héroe de la Confederación, Robert E. Lee (p. 569).

a.—*Ejemplos de historias generales.*

Faulkner, Kepner y Bartlett, *Vida del pueblo norteamericano* (publicada en español en 1941).

Sobre la motivación de la guerra dicen: "la declaración del Presidente (Polk), según la cual aquella tierra (del primer combate) era norteamericana y la guerra existía por obra de México, era cuestión de opinión, no de hecho. Sin embargo, sus argumentos fueron bastante válidos para el Congreso y se declaró la guerra en la primavera de 1846" (p. 70).

El resultado ventajoso de la guerra: "Como Texas, California constituyó un rico aumento de territorio nacional".

Conveniencia de una expansión mayor que la lograda con el tratado Gadsden o de La Mesilla: "México, escaso de fondos, acordó vender un trozo de tierra que incluía la boca del río Colorado. El Congreso se negó a ratificar este acuerdo, pero finalmente consintió en pagar diez millones por un territorio más pequeño. Desgraciadamente esta absurda y cicatera política hizo perder el dominio del río Colorado, indispensable para el riego, y del Golfo de Cali-

fornia, útil a la defensa naval". No sabemos cómo puede repercutir este último comentario en la mentalidad de jóvenes estudiantes de High School o Secundaria, pero acaso pudiera tentarlos a prometerse a sí mismos que cuando sean mayores acabarán o redondearán ese negocio que los cicateros abuelos dejaron inconcluso.

S. E. Morison y H. S. Commanger, *The Growth of the American Republic*, New York, Oxford University Press, 1942, 2 vols.

Es obra escrita por norteamericanos, pero de ella puede el lector mexicano sacar impresiones de equilibrio, serenidad y mesura. No es fácil que se sienta lastimado, lo cual se debe, no sólo a la inteligencia de los autores, sino también a cierto aire de caballerosidad que campea por sus páginas. No creo que hayan escrito esta parte de su obra para ser sometida al juicio de los lectores mexicanos, pero de tal prueba salen airosos.

Situación de las provincias de la frontera antes de la guerra: "España ha dejado la marca de su distinción en la arquitectura, los nombres de lugares y las costumbres de estas provincias fronterizas; pero su dominio sobre ellas fué superficial, así como su conexión con México fué tenue. Débil, desorganizado y falto de energía expansiva, México no supo hacer uso de ellas y era demasiado orgulloso para desprenderse de las mismas" (p. 578-79). Esto parece preparar un planteamiento de hecho propicio a la irrupción de las ideas del Destino Manifiesto, pero los autores se apartan de esa senda trillada para exponer: "una gran controversia de la historia americana gira en torno de Texas y la Guerra con México. Una teoría inventada por los abolicionistas, elevada a la categoría de ortodoxa por el partido Republicano, y a la que dieron circulación literaria tales hombres como James Russell Lowell, miran la colonización americana de Texas, la anexión a los Estados Unidos, y la Guerra con México, como el fruto de una gigantesca conspiración de políticos sureños a fines de obtener 'ergástulas mayores para colmarlas de esclavos'. La otra teoría mira todo el movimiento como un esfuerzo más o menos consciente y enteramente justificable de pioneros de altas miras para adelantar la civilización y la de-

mocracia en una región débilmente poseída por una sociedad decadente. Probablemente encontraremos la verdad en algún punto entre ambos extremos" (p. 580).

En cumplimiento de esta promesa encontramos a continuación que se acepta que Texas nunca formó parte de Luisiana y que la reclamación de Estados Unidos sobre este territorio, renunciada en el tratado de 1819, no se basaba en nada mejor que el hecho de que Napoleón estuviera preparado para ocupar esa provincia antes de que decidiera vender la Luisiana a los Estados Unidos (p. 580). El Presidente Jackson no hizo ningún esfuerzo para prevenir la ayuda contraria a la neutralidad que se prestaba desde Estados Unidos a los texanos, si bien en las cuestiones del reconocimiento y la anexión su actitud fué correcta diplomáticamente. Sólo el penúltimo día de su administración (3 de marzo de 1837), después que el Congreso había dado su aprobación, Jackson reconoció a la República de la Estrella Solitaria (p. 583). Los autores interpretan los pasos dados por la administración de Tyler con respecto a la anexión de Texas en el sentido de que la simple perspectiva de la abolición de la esclavitud en una república vecina era razón suficiente para absorberla, con lo que venía a sugerir que la misión de los Estados Unidos era asegurar el mundo para la esclavitud (p. 586). Si Polk se hubiera contentado con Texas y no hubiera ido en busca de algo más, no hay razón para suponer que México hubiera iniciado las hostilidades (p. 589). Mientras Polk estaba preparando una rebelión en California, se propuso ver lo que podía obtener de México a cambio de las reclamaciones (p. 589). El envío de las fuerzas bajo Taylor: "En consecuencia el Presidente (Polk) intentó forzar la solución de una controversia de fronteras. Ese es el punto importante. También ocurre que su punto de vista en la controversia era erróneo" (p. 590). "El verdadero obstáculo para un arreglo pacífico era el hecho de que Polk quería mucho más que la frontera en el Río Grande. Sus ojos estaban fijos sobre el Pacífico, y nada menos que la Alta California hubiera satisfecho su ambición expansiva" (p. 591). El 25 de abril comenzó a preparar un mensaje al Congreso pidiendo la guerra sobre la sola base del re-

chazo del enviado Slidell y las reclamaciones no pagadas (p. 591). Hubo algunas reservas de parte de dos ministros. Entonces llegaron noticias de la primera escaramuza, y el Gabinete aprobó unánimemente el mensaje de guerra (p. 592). Los autores lo describen sin comentario. Pero en seguida explican cómo reaccionó la opinión pública en pro y en contra, concluyendo con una declaración de la legislatura de Massachusetts poco favorable a esa guerra. Luego hablan los autores del movimiento para adquirir todo México, pero no parecen demostrar mucha simpatía por ese proyecto, y comentan que la ratificación del tratado de Guadalupe fué, de hecho, una victoria más enfática que la guerra (p. 597).

En cuanto a los resultados de la guerra: "Los Estados Unidos habían completado su área continental substancialmente hasta los límites actuales. Sólo quedaba por completar la presente frontera suroccidental de los Estados Unidos por la 'compra Gadsden' hecha a México (1853) del valle del río Gila, en la Arizona del sur. Pero también quedaba por ver si estas inmensas y valiosas adquisiciones se añadirían a la 'atmósfera de libertad' o proveerían 'mayores ergástulas para colmarlas de esclavos'" (p. 597). Es decir, la expansión fué grande y valiosa, pero contribuyó a emponzoñar el problema de la desunión entre los estados norteaños y los esclavistas, que se resolvería en la terrible guerra civil del 60. Una reflexión semejante se encuentra, entre los historiadores mexicanos, en Justo Sierra.

En otros aspectos incidentales volvemos a encontrar, como en el tema central de la justificación de la guerra, el propósito de adueñarse de la objetividad profunda que yace en los agitados problemas de la historia. Por ejemplo, las relaciones entre mexicanos y anglosajones en California eran poco cordiales: "Los americanos consideraban a los españoles como flojos, aniñados y cobardes; los mexicanos californianos juzgaban a los recién venidos como brutales, codiciosos e incivilizados" (p. 588). Más adelante se lee, no en son patriotero sino como un juicio acomodado al desarrollo de la historia, que: "La campaña del General Scott fué un brillante hecho de armas" (p. 595).

Y para remate de este afán ponderado y justiciero hallamos un importante juicio sobre cierto autor del que tendremos que ocuparnos más abajo: "Justin H. Smith, *The Annexation of Texas y The War with Mexico* (2 vols.) son los trabajos más completos sobre uno y otro tema, basados en los archivos de Inglaterra, Francia, México, Texas y los Estados Unidos. Pero deben ser usados con precaución. El autor emplea un razonamiento deductivo y, para citar a N. W. Stephenson, "es tan mañoso en sus silencios como impetuoso en sus aserciones" (p. 785).

Por fin, dos observaciones nuestras de detalle. Hay que lamentar que repetidas veces llamen los autores "Matamoras" a la población de Matamoros, agravando innecesariamente el rigor de su belicoso origen lingüístico. Y se da como fecha de la rendición de la capital mexicana el 17 de Septiembre en vez del 14 (p. 596). No creo que nuestro elogio de esta obra obedezca tan sólo a las concesiones que entraña para el punto de vista mexicano en ese conflicto, sino también a su calidad y realizaciones en el difícil arte histórico ante un problema complejo.

b.—*Ejemplos de historias diplomáticas.*

El carácter predominante en obras de esta clase, en cualquier país, suele ser la razón de estado. La expansión se contempla como una técnica virtuosa puesta al servicio de la política nacional.

S. F. Bemis, *La diplomacia de los Estados Unidos en la América Latina* (publicada en español en 1944).

Fué una expansión sin tacha importante: "Estados Unidos adquirió todo el territorio occidental desde el Mississippi hasta el Pacífico sin despojar injustamente a ninguna nación civilizada y esta afirmación es válida en lo que respecta a la guerra con México. . . De esas adquisiciones territoriales no resultó ninguna dominación apreciable sobre pueblos extraños (exceptuando siempre, claro está, a los aborígenes, si es que podemos considerarlos como extraños)" (p. 84).

Aprobación de los resultados de la guerra: "Hay algunos historiadores filósofos que desaprueban el 'destino manifiesto'. . . Esos mismos pensadores estarían dispuestos a creer que Estados Unidos tiene que emplear su fuerza y

sus recursos para llevar al mundo entero hacia grandes ideales humanitarios. Olvidan que esos elementos de grandeza descansan sobre la posición del país y el carácter de su pueblo como nación continental. El 'destino manifiesto' de expansión continental ha sido la expresión más fuerte y más duradera del nacionalismo norteamericano, y el nacionalismo es todavía la fuerza histórica más potente en el mundo entero".

Los territorios nacionales como objeto de compra-venta: "Si México hubiera estado dispuesto a vender se hubiera evitado toda la cuestión posterior de Texas y la guerra que resultó de ella" (p. 86). Evidente, pero el juicio implica: a) que un país débil ha de vender territorio siempre que un vecino poderoso lo requiera; b) que no hay diferencia entre las compras de Luisiana y Florida a distantes monarquías europeas, y la compra a una joven república que desea organizarse sobre su propio territorio nacional.

Aprobación de la guerra: "la anarquía política y el proceder desatinado de México fueron tan causantes del conflicto como el impulso de expansión de Estados Unidos; la paz no careció de indulgencia; y Polk interpretó correctamente el destino manifiesto de su país y supo realizarlo. . . ningún compatriota del presidente Polk querría hoy deshacer la anexión de Texas o las compras mexicanas de 1848 y 1853" (p. 102).

Thomas A. Bailey, *A diplomatic history of the American people*, New York, 1940.

La motivación de la guerra: "Ciertamente Polk hubiera estado más cerca de la verdad si hubiera dicho que sangre americana había sido derramada en suelo en disputa entre Estados Unidos y México" (p. 270).

Cree que Polk "probablemente" se sintió complacido de contar con la oportunidad de la guerra (p. 271).

La indemnización en favor de México acordada por el tratado de Guadalupe, dicen algunos, pudo ser un acto de remordimiento de conciencia de Polk (p. 275); otros la ven como la característica de la generosidad americana y el limpio juego.

El destino manifiesto explica el episodio histórico: el tratado de Guadalupe aprobado por Estados Unidos debe verse bajo la luz del Destino Manifiesto, "la gran enfermedad americana", irresistible en la década del 40 (p. 276). La ruda avidez de tierra se mezcló curiosamente con el idealismo.

La anexión de "todo México": el autor no se muestra muy entusiasta de este movimiento de la década del 40. Comenta que la aprobación del tratado de 1848 probablemente salvó a Estados Unidos de los graves problemas que hubieran sobrevenido al tratar de absorber las porciones más densamente pobladas de México, problemas que Estados Unidos aprendería cuando tomó después las Filipinas y Puerto Rico.

Lo que se dejó de comprar en 1853: el precio por La Mesilla se redujo de 15 a 10 millones. Y el autor comenta: "desde el punto de vista del desarrollo futuro del suroeste de los Estados Unidos, fué desafortunado que Gadsden no asegurara una salida al Golfo de California. Debe reconocerse en su favor que trató de lograrlo lo mejor que pudo". Su tratado posiblemente evitó otra sangrienta guerra. El argumento es parecido al de Faulkner, pero la forma de la presentación lima asperezas.

Si se compara la exposición de Bemis con la de Bailey, aparece en la de este último una mayor inclinación a la objetividad a costa del nacionalismo.

### c.—*Historia de las ideas de la expansión.*

Una es la historia de los acontecimientos de la expansión. Otra, si bien enlazada, la de las ideas que acompañan y sostienen ese movimiento histórico. En suma: el Destino Manifiesto y, en general, toda la ideología norteamericana relacionada con sus asuntos exteriores.

Un estudio notable de esta clase es el de Albert K. Weinberg, *Manifest Destiny. A Study of Nationalist Expansionism in American History*, Baltimore, 1935 (The Johns Hopkins Press).

Parejas corren la información y la meditación de los problemas. Abarca todo el ámbito de esa historia, con lo que cada episodio se contempla dentro de una perspectiva general adecuada. Un capítulo especial del libro se dedica

al problema mexicano, enfocándolo como crucial en el paso de la expansión sobre tierras vacantes a la que implica la administración colonial sobre pueblos extraños. En las demás partes de la obra hay alusiones oportunas al problema mexicano.

d.—*Las monografías especializadas sobre la guerra con México.*

Sin duda la más representativa, se la viene llamando clásica, es la de Justin H. Smith, profesor que fué de Historia Moderna en el Colegio Darmouth. Concluida en 1919 y publicada en el mismo año en la ciudad de Nueva York por la casa Macmillan, bajo el título de *The War with Mexico* (2 vols.).

Viene adornada con todos los atributos de la historia profesional: el autor visitó los archivos de Estados Unidos y México, amén de los de Gran Bretaña, Francia, España, Cuba, Colombia y Perú. Los locales de los estados en su patria y México, y los municipales mexicanos. Las principales bibliotecas de todos esos lugares. Dice haber estudiado personalmente más de 100.000 manuscritos, más de 1,200 libros y folletos, y más de 200 periódicos. Su libro, pregonado, se basa casi exclusivamente en fuentes de primera mano. El autor habló o escribió con todos los veteranos sobrevivientes. Visitó durante un año los campos de batalla principales. Y trató, según cree, de penetrar nuestra psicología.

¿A qué resultado condujo esta ingente tarea? El autor afirma que un episodio que ha sido visto tanto en Estados Unidos como afuera como poco honroso para ese país, aparece ahora bajo otra luz. No cree haber llegado a esa conclusión por celo patriótico. Dice que su punto de vista inicial era el que prevalecía en Nueva Inglaterra. Estima que sus nuevas opiniones descansan sobre hechos y que son mejores que las anteriores que descansan sobre prejuicios y falta de información.

Se trata, pues, de un vasto e impresionante alegato, que se nos entrega rodeado de todas las galas de la moderna ciencia histórica.

Pero a poco de calar la mirada en estas páginas, el mexicano llega al convencimiento de que no se trata en

realidad de una obra objetiva, sino de una obra documentada y valiosa por el trabajo y el esfuerzo que representa, mas sujeta al criterio de una persona que posee su propia pauta del mundo. Es el punto de vista y el cuadro de valores de un hombre, de un ambiente dado, de una época. Y, en último término, una tardía expresión del Destino Manifiesto. Tal parece que el autor, al entregarse al examen de sus documentos, se contagió del espíritu agresivo y expansionista de ellos.

Véase, por ejemplo, su reacción totalmente negativa ante los valores de nuestra cultura hispánica. La imagen del mexicano coloreada, a menudo, por el desdén. La soberbia y segura afirmación de los valores y actos propios. La justificación de la guerra del 47 a base del nacionalismo expansionista. Y, para no cansar, esta página de conclusiones que traducimos como muestra típica del criterio del autor:

“Pero después de todo fué “una guerra de conquista”, se nos ha venido diciendo por largo tiempo. Popularmente la “conquista” es en verdad una palabra odiosa, porque se le asocia comúnmente con hechos odiosos; agresión y cruel tiranía; pero “las circunstancias alteran los casos”, y cuando los hechos son inobjetables, así lo es el término. Legalmente ha prevalecido la idea de que la conquista es el robo; pero esta idea parece haber nacido de la antigua concepción de que el gobierno posee el país, y este no es el criterio nuestro ahora”.

“Las adquisiciones forzosas pueden sin duda ser dignas de elogio. De esa manera Roma civilizó Europa, Inglaterra dió la paz, el orden y una relativa felicidad a la India, y nuestro propio país nació así; y ninguno de nosotros desandaría este camino. El bienestar de la humanidad es el verdadero principio. La vida tiene primacía sobre la muerte; la ilustración y la energía sobre la ignorancia y la torpeza. La posesión significa uso; poder y oportunidades significan servicio. La más alta ley es que todo ha de moverse hacia adelante y cooperar a realizar el destino general. Como los individuos, cada nación debe seguir su curso de acuerdo con lo mejor de sus habilidades, y si evidentemente falla, ha de pagar la pena. En la ausencia de otro

tribunal, la guerra ha de servir para imponer esa pena. 'Quienquiera que posea (en uso) a él se le debe. . . pero quienquiera que no posea así, se le ha de quitar aun lo que posea'. Ese es el derecho eterno; no la justicia de las escuelas de derecho, sino la justicia del Supremo Poder".

"De todos los conquistadores nosotros hemos sido acaso los más excusables, los más razonables, los más bienhechores. Los mexicanos habían quedado bien atrás de cumplir sus deberes para con el mundo. Siendo como eran, habían perdido una buena porción de sus derechos nacionales. . . No sólo un gobierno o un partido, sino la nación creía que nuestro destino nos llamaba hacia allá (a ocupar la Puerta Dorada), y se sintió presta a asumir la alta responsabilidad de tomar posesión".

"Además, aunque la nuestra pudo acaso ser llamada una guerra de conquista, no fué una guerra para la conquista, que es el punto realmente vital. Nos pareció necesario exigir territorio, porque de otra manera nuestras reclamaciones e indemnización no podrían ser pagadas. El conflicto nos fué impuesto; sin embargo, nos rehusamos a sacar partido de nuestra oportunidad. 'Es casi imposible, dice Bryce, para un Estado débil, poseedor de riquezas naturales que su pueblo no utiliza, dejar de derrumbarse al impacto de una raza más fuerte y emprendedora'. Pero nosotros devolvimos mucho de lo que tomamos, y pagamos por el resto más de lo que valía para México. 'Merecen alabanza los que. . . han sido más justos de lo que su verdadera fuerza les obligaba a ser', dice Tucídides; y nosotros fuimos no sólo justos sino liberales. Finalmente, dimos prueba, merced a la prosperidad y aprovechamiento de nuestros nuevos territorios, de que cumplimos ampliamente con nuestra responsabilidad".

"Así la cuenta fué equitativamente saldada y aún más. Pero aún queda algo por decir. Un conocimiento más estrecho de nosotros y de la verdadera vida nacional, enseñó a México algunos de sus errores, confirmó las relaciones políticas de sus estados, y ayudó grandemente a liberalizar sus ideas e instituciones. . .".

"Aun sentimientos más cálidos prevalecieron. Uno de los obstáculos mayores para la celebración de un tratado

fué el deseo de no pocos mexicanos de que los Estados Unidos se anexaran su país; y después que ese plan fracasó, el general en jefe americano fué invitado a convertirse en dictador por un número de años, apoyado por tropas americanas. . . el Presidente (de México) expresó —no por simple formalidad— un deseo sincero de que hubiera las más fraternales relaciones entre los dos países, como algo esencial para el bienestar de México. Ciertamente aquella nación no se ha mostrado tan cordial hacia los Estados Unidos por muchos años, como lo hizo inmediatamente después de la guerra”.

“En Europa, también, puntos de vista y sentimientos más equitativos comenzaron a abrigarse hacia nosotros. . . Sólo a base de respeto y de aprecio puede fundarse la paz y la mutua ayuda, y tanto nuestras victorias como la manera en que fueron aprovechadas promovieron la armonía entre nosotros y los poderes de Europa”. (III, 32-324).

Fué, pues, una faena limpia y provechosa en el más amplio sentido. Donde pudo haber perplejidad de conciencia, el autor sólo encuentra motivos de justificación y de orgullo. Es la victoria moral ganada al fin en la brega historiográfica, como antes se obtuvo la bélica en los campos de batalla.

*Conclusiones:* ¿Qué interés puede tener para nosotros el adentrarnos en esa conciencia histórica norteamericana —de entonces y de ahora— que ha juzgado y escrito la historia de nuestras relaciones?

A mi ver esa conciencia es inseparable de tales relaciones y posee la misma importancia que éstas. Porque lo uno no se puede entender sin lo otro. Y si la vecindad ha influido necesariamente sobre nosotros, no puede ser indiferente, para nuestra tarea de vida nacional, la repercusión que nuestros problemas han tenido ante los ojos norteamericanos. No vivimos aislados en el Mundo, ni la conciencia ajena nos permite seguir un curso de vida nacional descuidado.

De aquí que el conocimiento claro de la interpretación norteamericana de nuestra vida histórica deba ser uno de los factores presentes en la conciencia del pueblo mexicano.

Y ya que somos antiguos vecinos, y la experiencia de nuestras mutuas relaciones no es corta ni insignificante, se nos ocurre que a medida que los Estados Unidos amplían el radio de sus actividades mundiales, el mexicano se convierte en poseedor de una experiencia histórica y de un conocimiento inmediato del contacto con ese pueblo que ahora adquieren un valor general que antes no tenían.

Es posible que las exigencias de nuestro tema nos hayan llevado a caer de bruces sobre aspectos imperialistas y de mala vecindad. De hecho esos matices han existido; pero no olvidemos que en la civilización norteamericana ha habido asimismo otras corrientes liberales, democráticas y pacifistas, de cuyo triunfo depende, en buena parte, el porvenir de nuestras relaciones amistosas.

## PRIMERA REUNION PANAMERICANA DE CONSULTA SOBRE HISTORIA

**E**L Instituto Panamericano de Geografía e Historia nació en la VI Conferencia Panamericana que se celebró en La Habana el año 1928. Antes de concluirse este año, a petición del Gobierno mexicano, el Consejo Directivo de la Unión Panamericana decidía que el nuevo organismo tuviera su sede en México. Y en ella se reunía un año después—1929—la Asamblea preliminar del Instituto, en la que fué nombrado el personal directivo de la entidad y se aprobaron sus estatutos. Con arreglo a éstos, quedó el Instituto organizado en secciones y la dirección atribuída a un Comité Ejecutivo y una Dirección, generales, cuya acción se completaba con la de Comités Nacionales.

México no tardó en cumplir los compromisos que contrajo al ofrecer albergue a los servicios centrales del Instituto. Para ellos levantó en pocos meses un edificio apropiado, cuya inauguración oficial tuvo lugar el 5 de mayo de 1930. Contaron ya con locales adecuados, además de las oficinas, las secciones de Geografía e Historia y la Biblioteca, la Mapoteca y el Museo, partes principales del Instituto, según sus estatutos.

El carácter del Instituto fué claramente definido en el orto mismo de la corporación. Por razón de sus fines primordiales es una institución científica y panamericana. Su función esencial consiste, pues, en promover el cultivo de las dos disciplinas que entran en su denominación —la Geografía y la Historia—, dentro del marco americano —América y sus relaciones con otros Continentes— y con una "utilidad" americana —servir al mejor conocimiento del Nuevo Mundo—. Los altos fines americanos de la organización matriz (la Unión) son también fines fundamentales del Instituto. En consecuencia, perseguirá éste, además de sus fines peculiares —los de orden científico—, la formación de una conciencia continental y un ambiente de armonía y colaboración, es decir, la instauración de un espíritu común y fraternal, y, por ende, la remoción de los obstáculos que a ello se opongan.

Desde su constitución el Instituto ha celebrado asambleas en Río de Janeiro (1932), Washington (1935), Lima (1941) y Caracas (1946).

A pesar de dividirse en dos grandes ramas, la geográfica y la histórica, el Instituto careció durante algún tiempo de organismo encargado especialmente de la segunda de dichas ramas. De las finalidades referentes a la Historia venían ocupando las asambleas —que adoptaron varias resoluciones acerca de ella— y la Dirección —que publicó algunas obras sobre temas históricos y editó el “Boletín Bibliográfico de Antropología Americana” (desde 1937) y la “Revista de Historia de América” (desde 1938). El desarrollo del Instituto terminó por imponer la entrada de la Historia en la vía ya abierta para la división orgánica de aquél, y en la Asamblea de Caracas era creada la Comisión de Historia, a la manera que antes lo habían sido la de Cartografía y la de Geografía, con el cometido correspondiente a su área científica. Al Gobierno de México, por conducto de su Instituto Nacional de Antropología e Historia, se le confió la misión de instalar el nuevo mecanismo y de proveer a la inmediata iniciación de sus actividades.

La resolución de Caracas en que se crea la Comisión sienta también sus bases constitucionales. En primer término, señala los fines nucleares de la Comisión, que en general consisten en fomentar las investigaciones y los estudios históricos americanos y en procurar la guarda, conservación y cuidado de toda suerte de objetos y documentos relativos a la historia de nuestro Continente, fines entre los que descuellan como más concretos la preparación de una Historia de América y la formación de una guía de las instituciones y personas que se dedican en América al cultivo de la Historia. En segundo término, establece los principios de organización de dicho cuerpo. Conforme a ellos, la Comisión se compondrá de un representante por cada país miembro del Instituto, nombrado por su respectivo gobierno, y tendrá un presidente, un secretario y los comités que se organicen. En la citada resolución se crean ya cuatro comités: uno, con sede en Venezuela, que tendrá como finalidades investigar los orígenes y el desarrollo del movimiento emancipador iberoamericano, reunir los documentos relativos a los antecedentes, actuaciones y proyecciones del Congreso de Panamá y hacer las publicaciones respectivas; otro, con sede en la Argentina, cuyas finalidades serán organizar los planes y métodos que deban adoptarse en la Historia de América y coordinar los trabajos de cooperación que emprendan los países miembros del Instituto con objeto de revisar los programas y textos de historia de América; otro, con sede en el Perú, encargado de promover y coordinar los estudios y actividades que se relacionan con el folklore americano, y otro, con residencia en Cuba,

que tendrá como tarea organizar y coordinar los trabajos relativos a la conservación, arreglo y conocimiento de los archivos históricos de América.

Como ya hemos indicado, hasta el establecimiento de la Comisión, la actividad del Instituto en el campo histórico, si se prescinde de la relativa a publicaciones, reduciase a la adopción de recomendaciones dirigidas a los Estados miembros para que éstos procurasen poner en práctica alguna medida referente a los objetivos históricos del Instituto. Huelga decir que sólo por el camino de las recomendaciones no era de aguardar que se adelantara gran cosa. Por ello, la creación de la Comisión y de sus comités, con finalidades en parte concretas, daba pie para creer que se había entrado en una nueva etapa, la de la organización eficaz traducible en realizaciones permanentes.

CON el indudable designio de acelerar el proceso iniciado en Caracas, abriendo debido cauce a las posibilidades allí creadas, de desenvolvimiento orgánico y aumento de actividades, la Comisión de Historia acaba de celebrar en México la Primera Reunión de Consulta (octubre 1947).

Concurrieron a ella representantes de los Estados que integran la Unión, bien con el carácter de miembros de la Comisión, bien con el de meros delegados de los gobiernos, representantes de universidades e instituciones interesadas en los estudios históricos y profesores e investigadores de historia. Sólo los representantes de los Estados (miembros o delegados) tuvieron voz y voto; los demás concurrentes pudieron expresar sus pareceres y presentar sus iniciativas en forma de proposiciones.

Tras laboriosas sesiones, en que los asuntos fueron tratados en pleno y en comisiones especiales—correspondientes a los comités ya constituidos: de Historia de América, de Emancipación, de Archivos y de Folklore—, se adoptaron numerosos acuerdos. Los más de ellos siguen siendo recomendaciones y sugerencias a los Estados miembros para que lleven a cabo esto o aquello, y que como casi siempre caerán en saco roto. Entre otras, se aprobaron recomendaciones y sugerencias que se refieren a la protección de documentos y libros, a los monumentos americanos (exploración, conservación y restauración), al préstamo de libros y conocimiento de las existencias de éstos en las bibliotecas públicas, al estudio de la historia de las universidades americanas, a la formación de salas panamericanas en los museos, al estudio de las ideas en América (creación de centros de investigación, establecimiento de

cátedras, institución de becas y elaboración de una Historia general) y al sostenimiento de hemerotecas.

No pocos de los demás acuerdos consisten en recomendaciones o encargos a la Comisión de Historia. Como estas recomendaciones quedan supeditadas a los medios, principalmente materiales, de que dispone dicho organismo, y como tales medios apenas pasan de los necesarios para sostener el indispensable aparato administrativo y para editar el "Boletín Bibliográfico de Antropología Americana" y la "Revista de Historia de América", son, en su mayor parte, casi tan inoperantes como las anteriores. He aquí un ejemplo de esta clase de acuerdos: "Se recomienda a la Comisión de Historia que, cuando las circunstancias lo permitan y sus medios lo hagan posible, procure que se continúen las investigaciones referentes al movimiento de la población que, procedente de Europa, pasó a América en los siglos de la colonización, y que se tome en cuenta lo referente a la población indígena y africana".

Algunos de los acuerdos suponen para la Comisión obra factible, aunque a veces esta obra se hallará condicionada por la diligencia de obligados colaboradores. Los principales acuerdos de este orden fueron: que la Comisión recabe información sobre la legislación, conservación y estado de los monumentos históricos y artísticos; que la Comisión honre con algún título o distinción especial a los historiadores que por su obra global o por un trabajo particular hayan hecho destacar su personalidad en el campo de la disciplina que cultivan; que la Comisión tome la iniciativa ante el Comité Ejecutivo del Instituto para que éste provea las medidas conducentes a la más pronta ejecución y publicación de un Atlas de Historia de América y de las culturas americanas, con fines didácticos; que la Comisión estudie el problema de la elaboración de obras cooperativas de tipo monográfico, y que estudie y publique el plan que regirá esta cooperación intelectual entre los historiadores de los países americanos; que la Comisión, después de recabar y obtener de los distintos países americanos la información indispensable, forme un plan básico para que sea propuesto a los Estados de América, en el cual se atienda a la madura formación técnica del conocimiento y de la investigación históricos y a la preparación de profesores, y que, además, estimule la preparación y publicación de manuales sobre la técnica de la investigación de la Historia y ciencias afines.

Los acuerdos más importantes de la Reunión fueron, sin duda, los relativos al desarrollo de los trabajos de los comités creados en Caracas y a la organización definitiva de la Comisión. Por lo que se refiere al movimiento emancipador, se resolvió que el comité correspondiente,

además de solicitar las colaboraciones necesarias, concentre sus esfuerzos en la elaboración y publicación de una bibliografía sobre el Congreso de Panamá y otra sobre los orígenes y desarrollo de aquel movimiento, y, por otra parte, estudie los medios de fomentar la consideración de los factores económico-sociales e intelectuales en la investigación de esos orígenes y ese desarrollo.

Por lo que toca al folklore, se acordó estudiar la posibilidad de publicar manuales y guías de investigación sobre la materia y sugerir a la Comisión que estudie la conveniencia de crear un Comité de Antropología y un Subcomité, con sede éste en alguna de las Antillas.

Por lo que respecta a archivos, se decidió gestionar ante los gobiernos de los Estados miembros de la Unión la formación de consejos nacionales de archivos con importantes funciones respecto de la conservación, adquisición y utilización de documentos.

Por lo que se refiere a la Historia de América en proyecto, se declararon los propósitos a que debe obedecer y se fijó el procedimiento de realización. Propósitos: La Historia de América expresará la conciencia histórica de los pueblos del Continente, se desarrollará dentro de un elevado designio de respeto a la verdad y de conformidad con las finalidades del Instituto Panamericano. Será una historia integral, para cuya elaboración se solicitará la colaboración de los estudiosos americanos, buscando en lo posible que traten los diversos temas los especialistas en cada uno de ellos. Dicha Historia no tendrá carácter oficial alguno; las ideas e interpretaciones que contenga pertenecerán a sus autores, quienes asumirán la entera responsabilidad de ellas. La Comisión de Historia intervendrá únicamente en esta obra como agente promovedor del proyecto. La referida Historia se escribirá en modo y forma accesibles al público en general y de manera que pueda servir de base para ulteriores usos pedagógicos y científicos. Procedimiento: El Comité de Historia de América requerirá la opinión de instituciones e historiadores acerca del contenido y forma del plan de dicha Historia; como parte de esta consulta, el Comité invitará a las figuras de mayor relieve de la historiografía americana a precisar su visión personal sobre el proceso cultural del Nuevo Mundo y el sentido de su misión histórica entre los pueblos del Occidente, y estas aportaciones se publicarán en la "Revista de Historia de América" y se reunirán posteriormente en uno o varios volúmenes. El material así reunido y un anteproyecto del plan de la Historia formado por el Comité, serán presentados a la V Asamblea del Instituto que se celebrará en Santiago de Chile en 1950. En esta asamblea recaerá decisión sobre el anteproyecto, y luego se discutirá

sobre el modo de invitar a los colaboradores y de sufragar los gastos oportunos. Una vez recibidas las colaboraciones, se informará del resultado a la siguiente asamblea del Instituto por conducto de la Reunión de Consulta de la Comisión de Historia. Cuando estos procedimientos hayan sido cerrados, se acordará la manera de realizar la edición de la obra. El Comité de Historia de América quedó también encargado de dar cumplimiento a los acuerdos relativos a revisión de textos (recopilar textos y allegar información sobre ellos), a fin de que pueda presentar a la próxima asamblea de Santiago sugerencias sobre los procedimientos más adecuados para efectuar la revisión de textos de Historia de América.

En fin, por lo que respecta a la organización de la Comisión, se aprobó su reglamento y se constituyó de manera definitiva. Según el reglamento, la Comisión —integrada preceptivamente por un miembro nacional de cada uno de los Estados integrantes de la Unión Panamericana— se compondrá de los siguientes organismos: la Reunión de Consulta, la Mesa Ejecutiva, los Comités especializados y la Secretaría. La constitución definitiva se realizó nombrando Presidente efectivo de la Comisión al Dr. Silvio Zavala, miembro nacional de México, que hasta ahora había ejercido el cargo interinamente, y confirmando al personal de la Secretaría, a cuyo frente se halla el Prof. Malagón, Oficial Mayor de la Comisión.

#### CONSIDERACIONES SOBRE LA REUNIÓN Y SUS ACUERDOS

Una primera se nos ocurre, acerca de la representación de los Estados, y es la siguiente: que teniendo presentes los fines del Instituto, sería muy conveniente que los gobiernos enviasen a las reuniones de la Comisión personas que se hayan destacado en el cultivo de la Historia; pues sucede que los eruditos de esta rama del saber son bastante raros en las filas de la representación estatal. Salta a la vista que la mayoría de los gobiernos concede escaso interés a las labores de la Comisión, y cuando se les invita a participar en ellas, procuran salir del paso, ora echando mano al socorrido procedimiento de designar delegados a los representantes diplomáticos en la capital respectiva, ora al rutinario de movilizar a funcionarios de "cámara". Se reúnen así en torno de la mesa de deliberaciones personas por lo general muy cultas y distinguidas, pero no las más a propósito para comprender fácilmente y tratar expertamente las cuestiones sometidas a la asamblea. Ciertamente es que tal "defecto" de historiadores en las delegaciones estatales está contrapesado

en parte por el "exceso" de historiadores en las delegaciones institucionales. No obstante, el contrapeso no tiene la virtud de producir el equilibrio deseable, ya que sólo la representación de los Estados goza de la facultad decisoria. Queda de todas maneras en pie una incongruencia notoria. Porque parece lógico que se reserve a los historiadores el conocimiento de los problemas histórico-científicos y la decisión sobre su tratamiento. Si en las reuniones de las Comisiones de Cartografía y Geografía sólo intervienen personas de acreditada competencia en esas disciplinas, no vemos la razón para que no ocurra igual en las reuniones de la Comisión últimamente creada. A no ser la ya rancia de que todo el mundo tiene derecho a meter las narices en la Historia.

Otra consideración nos viene enseguida a la mente, y es que vendría prescindir casi por completo de los acuerdos que todavía siguen dominando en las reuniones, es decir, las recomendaciones y sugerencias a los Estados. No conducen a nada. Tal género de acuerdos es el propio de una asamblea internacional que después de reunida se disuelve, pero no de un organismo internacional permanente, como la Comisión de Historia, con posibilidades de realizar una acción precisa y continuada. En el marco de esta acción debería la Comisión trazar su órbita: fijando la obra que en las condiciones de su actual desarrollo puede efectuar, y también planeando la que gradualmente le parezca hacedero realizar después. Esto exigiría un plan o programa de realizaciones presentes y futuras, sobre el cual recaerían principalmente las discusiones en las asambleas. A las ventajas que de tal ordenación funcional se deducirían, habría que añadir la no desdeñable de atenuar considerablemente la espontánea y desbarajustada iniciativa de los delegados, de la que tanto se abusa a causa de que la Comisión no acapara, como debiera, la atención de la junta con la iniciativa propia.

Claro es que, debido a los exiguos medios económicos de que dispone, la Comisión carece de alicientes para planear o proyectar. La casi completa falta de esos medios es lo que la ha forzado a adoptar un tipo de organización inadecuado y anacrónico. Ha tenido que constituirse a la manera feudal, encomendando actividades que ella debía realizar a los Estados que se comprometan a alimentarlas con recursos propios; modalidad estructural que se opone no poco a la finalidad internacional —panamericana— y a la unidad y centralización que exige nuestro tiempo a las instituciones científicas para su mayor rendimiento. No queremos extendernos sobre los peligros que dicho tipo de organización entraña. Son casi "axiomáticos". También la carencia de medios eco-

nómicos ha hecho —y ésta es otra de las consideraciones apuntables— que la Comisión no haya podido centrar su obra en lo que es fundamental a una institución científica, como ella: en la investigación, la enseñanza y la información. Sólo en este último terreno ha podido la Comisión extenderse algo; en los otros dos ha tenido que limitarse a recomendar o sugerir a los países que realicen alguna intervención, con los resultados desalentadores que ella misma, por experiencia, da como seguros de antemano. No ignora la Comisión, sin embargo, lo que a ningún historiador se le escapa: que los progresos en su disciplina sólo podrán proceder de los adelantos en la enseñanza e investigación de la misma. Y por lo que concierne a la Historia de América (la continental), podría añadirse que los adelantos en la enseñanza y la investigación sólo cabe que partan de una institución central *ad hoc*, ya que los Estados no están en condiciones de dar una enseñanza cabal y sin prejuicios de esa historia, y muchísimo menos de emprender investigaciones encaminadas a llenar la infinidad de lagunas existentes en ella. Por lo tanto, a nuestro modesto entender, la Comisión apuntaría de la manera más certera a su blanco si centrara su obra en la enseñanza y la investigación de la Historia de América.

Creemos que los defectos señalados son los propios de un organismo que depende de una institución internacional asociativa y de radio de acción muy limitado. Es de esperar que por ser el campo particular del organismo subordinado más propicio a la expansión abierta que el general de la institución matriz, le veamos pronto dilatarse en la dirección que le marcan sus fines (científicos), prevaleciendo en su desarrollo la orientación que ya se advierte en él: la de servir a la historia continental y a la cultura y la unidad americanas. Pero si no fuera suficiente éste, otros motivos bastarían para dar pábulo a la esperanza: conocer el espíritu que ha animado a los organizadores de la Comisión y saber que ésta se halla en manos idóneas y rodeada del calor de todos los historiadores americanos.

José MIRANDA.

# *Dimensión Imaginaria*



## OCOTILLO

Por *Gabriela* MISTRAL

**O**COTILLO de Arizona  
sustentado en el desierto,  
huesecillos quemados  
crepitando y resistiendo,  
veinte gestos aventados  
y, uno, y solo, y duro anhelo.

Por sus fillos empolvados  
sube un caldo de tormento.  
En el viento va su lengua  
como va el lebrél sediento,  
y al remate está el descanso  
del ansiar y el aceceo:  
¡ocotillo refrescado  
de su sangre, no del viento!

Rasa patria, raso polvo,  
raso plexo del desierto,  
duna y dunas enhebradas,  
y hasta Dios, rasos los cielos,  
todo arena voladora  
y sólo él permaneciendo;  
toda hierba consumada  
y no más su grito entero.

Dice "¡nó!" la vieja arena  
y el blanquear del castor muerto,  
y el anillo de horizonte  
dice "¡nó!" a su prisionero,  
y Dios dice "¡sí!" tan sólo  
por el ocotillo ardiendo.

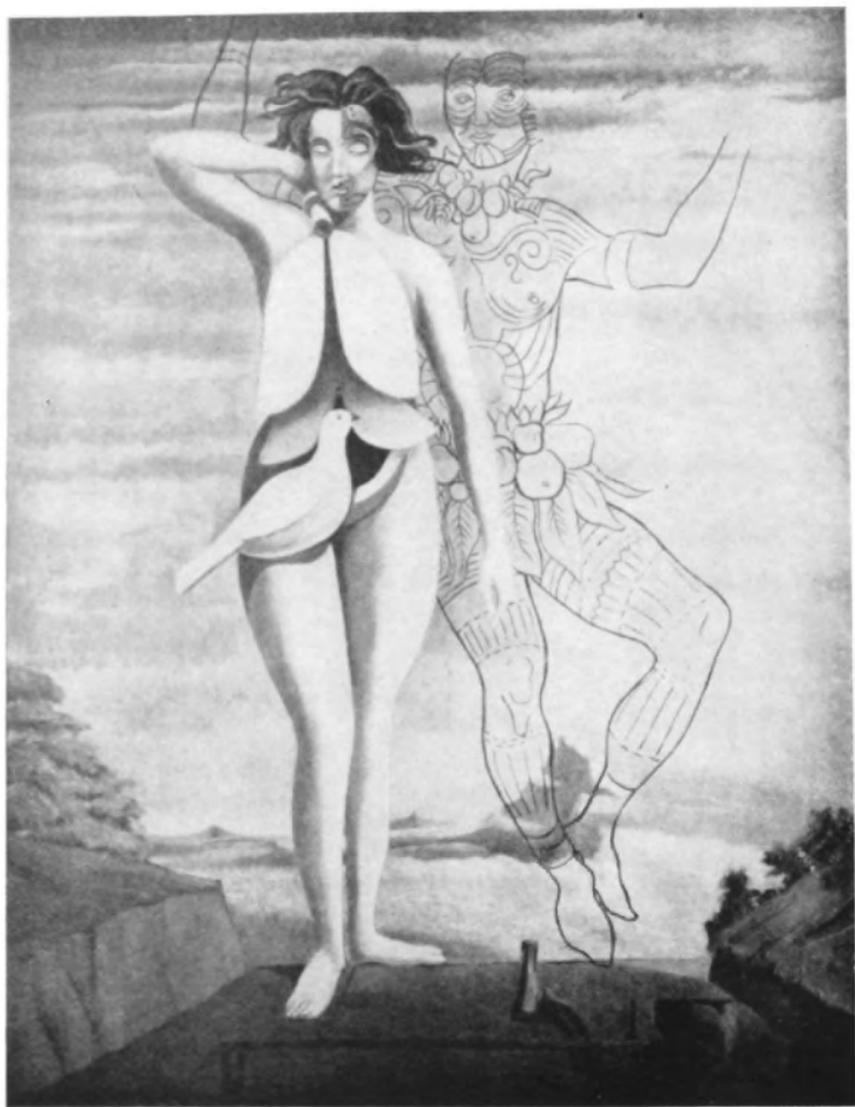
¿A quién manda su palabra  
que parece juramento?  
¿A quién clama lo que pide  
que será su refrigerio?  
¿A quién llama todavía,  
insistente como el eco?  
Al nacer, ¿a quién llamó?  
¿Y a quién mira y ve muriendo?

Cuando pára y cae rota  
la borrasca, y no hay senderos,  
voy andando hasta que alcanzo  
a su magullado cuerpo  
y lo oscuro y lo ofendido  
yo le enjugo y enderezo  
—como a aquél que me troncharon—  
con la esponja de mi cuerpo,  
y mi palma lo repasa  
en sus miembros que son fuego.

Santa Bárbara, California,

4 de febrero de 1948.





MAX ERNST. La Belle Jardinière. *Oleo.*

# PASTORAL

## *Tiempo I*

Por Sara de IBAÑEZ

### I

**L**A salvia en torno de mis sienes gira  
y un pálido panal sin nacimiento  
en el rizado trebolar suspira.

Yo inauguro en la brisa un movimiento  
blanco y tranquilo, de animal frescura  
y un ala informe en el delgado aliento.

Colmo mi dulce espacio de raíces  
que encabritan mi voz de sal oscura.  
Mi pequeño lugar de flor futura  
avanza entre un rumor de cicatrices.

En un tiempo de mar recién nacido,  
lleno de flautas ciegas amanezco  
a palomar frontera sometido.

Y por la muda sangre que obedezco  
en semillas de arcángel dividido.

## II

**E**NTRE los pozos de mi sombra trisco  
de ala en vilano hacia el rumor que afina  
la rosa cardinal en su alto risco.

Labrando un tornasol de golondrina  
desenvuelve mi lengua cazadora  
su fragante alfabeto en la neblina.

Se arriesga en flor mi pálida garganta  
y del maduro nardo se enamora.  
Tiembla en jazmín, en girasol se dora  
y el pudoroso idioma se levanta.

Vienen a mí las razas inocentes  
del pequeño jardín y el cielo enano.  
Me tocan sus arterias transparentes.

Y corro con un pueblo de la mano  
hacia mi rosa, por cantados puentes.

## III

**L**A luz redonda que el cerezo fragua.  
La fuga de las víboras sin dueño.  
El entornado párpado del agua.

La nube anclada en su primor isleño.  
El recental que endulza la colina  
y el huevecillo que me comba el sueño.

La azorada vigencia de la nieve.  
La brusca llaga que el clavel me inclina  
y el humilde cristal de la resina  
que enclaustra cedros en mi mano breve.

Todo me espera desde el hueso hundido  
donde crece el racimo de mi llanto  
y acendra la ceniza su latido.

Todo en la sangre se me vuelve canto,  
fiesta sin miedo y árbol sorprendido.

#### IV

**E**NTRE el blanco temblor de las campanas  
urgida por la luz, anda la muerte  
haciendo sitio a horneros y manzanas.

Sobre mis hombros su mirada vierte  
rotos estambres, sorprendidas venas  
y ajadas lluvias, que mi piel no advierte.

Mancha mi voz con sangre de corderos  
y caigo entre un tumulto de azucenas,  
con la sonrisa lastimada apenas  
por la raíz que rizan sus veneros.

Corta el agudo brote de mi queja  
antes de que se atreva a ser espino,  
y pronto a abrir su arisco mar, me deja

de frente al arrayán, de cara al trino,  
cerrado el norte audaz con una abeja.

## V

**B**ORRADO fué el cabrito en la colina,  
pero a través del llanto ardió en el cielo  
un aleluya audaz de golondrina.

Borrado fué su indescifrable vuelo,  
pero un delfín abriendo el mar de armiño  
en jubilosa luz curvó mi duelo.

Borrado fué en la onda el pez agudo.  
Volvió la espuma a su lujoso aliño  
y sobre el agua dura el viento niño  
con un vilano socorrió al desnudo.

Quebróse el giro vegetal del juego  
y el ajado rumor de mi alegría  
en súbito cantar alzó su fuego.

Miré en mi sangre, vi cuanto quería:  
ave, cabrito, pez, vilano ciego.

## EL EXISTENCIALISMO EN LA LITERATURA

(Concluye)

Por Guillermo de TORRE

*Breve genealogía y algunos rasgos del existencialismo*

No pretendo —me interesa advertirlo— exponer de modo cabal el concepto del existencialismo —ya que éste se inscribe en una órbita rigurosamente filosófica, monopolio de especialistas y terreno vedado a los profanos—, sino solamente, tras una somera caracterización de su raigambre y sus principios, esbozar aquellos rasgos que adquieren reflejo en lo literario y determinan un cambio de perspectivas. Aparte los textos propios de Sartre y sus corifeos —en primer término Simone de Beauvoir y Maurice Merleau-Ponty—, las exégesis y divulgaciones facilitadoras de semejante tarea no faltan. Al contrario, el embarazo está en la selección, pues sin contar los centenares de artículos en revistas y diarios de los más diversos idiomas —cierto es que, en su mayor parte, se limitan a lo superficial y anecdótico— hasta la fecha actual ha aparecido casi una docena de libros sobre el existencialismo y sobre Sartre que comprenden toda la gama, desde la apología a la diatriba, pasando por la exposición objetiva. Y la racha hermenéutica continúa.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> Como exposición y divulgación de conjunto: *L'existentialisme*, de PAUL FOULQUIÉ (Presses Universitaires de France, París, 1946); también general, pero más técnico: *Jean Paul Sartre ou une littérature philosophique*, por ROBERT CAMPBELL (Pierre Ardent, París 1945); investigación de sus orígenes y ramales: *Introduction aux existentialismes*, por EMMANUEL MOUNIER (Denoël, París 1947); objeciones desde el punto de vista católico: *L'existentialiste est-il un philosophe?*, por LUC J. LEFÈVRE (Alsatia, París, 1946) y *Le choix de J. P.*

Cómo el existencialismo no es una creación de última hora ni marca una novedad radical —supuesto que esto fuera posible en un sistema— es algo que intuimos desde el primer momento y sobre lo que venimos insistiendo hace páginas. Pero la comprobación más absoluta de tan remotos precedentes, de que el existencialismo es viejo como el mundo —y si ha suscitado tan plurales curiosidades y tan enconadas polémicas a otros motivos se debe, según dije, mas no ciertamente al de su novedad o sorpresa— nos la proporciona el cuadro genealógico trazado por Emmanuel Mounier. Véase: sus raíces, de izquierda a derecha, se llaman Sócrates, los estoicos, San Agustín, San Bernardo; su base está formada por Pascal y, un poco más arriba, por Maine de Biran; el tronco lo ocupa todo Kierkegaard; en el arranque de su copa se extiende la fenomenología; y en el despliegue o follaje de aquélla se alargan numerosas ramas, que van, empezando por el lado derecho, desde Jaspers el protestante, el movimiento personalista, y

Sartre, por R. TROISFONTAINES (Aubier, París, 1945); ataques desde el punto de vista marxista: *L'existencialisme*, por R. LEFÈBRE (Sagittaire, París, 1946) y *Breve historia del existencialismo*, por HENRI MOUGUIN (trad. esp. en *Expresión*, núms. 6 y 7, Buenos Aires, mayo y junio de 1947), además de un artículo de ROGER GARAUDY: "Sur une philosophie réactionnaire", en *Les lettres françaises*, núm. 88, París, 28 de diciembre de 1945; de carácter vario: De J. P. Sartre à L. Lavelle, por GONZAGUE TRUC (Tissot, París, 1946) y *L'homme Sartre*, por MARC BEIGBEDER (Bordas, París, 1947) y *Sartre est-il un possédé?*, por B. BOUTANG y B. PINGAUD (Table Ronde, París, 1947). Simple reacción conservadora en lo literario son los artículos de R. LAS VERGNAS en *Les Nouvelles Littéraires*, del 27 de diciembre de 1945, 3 y 31 de enero de 1946. Mayor interés por la estatura mental del autor, ha de poseer un libro de JULIEN BENDA que veo recientemente anunciado, pero que aun no ha llegado a mis manos: *Tradition de l'existencialisme ou les philosophies de la vie* (Grasset, París, 1947). En cuanto a artículos de revista en castellano, es justo mencionar el de MIGUEL ANGEL VIRASORO, "La filosofía de J. P. Sartre", en *Realidad*, núm. 3, 1947, Buenos Aires, y el de JUAN D. GARCÍA BACCA, "Existencialismo alemán y existencialismo francés", en *Cuadernos Americanos*, núm. 4, 1947, México. Una bibliografía bastante completa, no de los glosadores sino de los existencialistas franceses, podrá encontrarse en el artículo de A. PATRI, "Vue d'ensemble sur l'existencialisme", en *Paru*, núm. 26, enero de 1947, París. V. finalmente el núm. 1 ya citado de la revista *Deucalion* (París, 1946), en su mayor parte sobre el existencialismo.

el católico, Gabriel Marcel, hasta los rusos Soloviev, Chestov y Berdiaef, la rama judía de Buber y la protestante de Karl Barth; luego, en el centro, Scheler, Landsberg, Péguy, Bergson, Blondel, y La Berthonière para terminar a la izquierda, con un brazo aparte que arranca de Nietzsche, llena el mayor espacio con Heidegger y remata en un gajo con Sartre. Y aun quedan otros nombres fuera como los de Jean Wahl y Louis Lavelle. Se advertirá que el trazado de tan robusto árbol está hecho desde París, por un escritor francés, y de acuerdo con las miras tan poco internacionistas de casi todos los de su lengua, quienes a lo más cuentan con aquellos autores ya conocidos y digeridos en aquélla. De otra forma, si el genealogista hubiera sido un crítico de otro país, no habría omitido dos ramas capitales en su pro-genie, las de Unamuno y Ortega. Pero más adelante señalaremos las clarísimas premoniciones existencialistas que en la obra de éstos pueden espigarse. Por ahora continuemos esta exploración de los orígenes.

Hecha "grosso modo" —según lo ha practicado, con fines divulgadores, Paul Foulquié— la historia de la filosofía pudiera sintetizarse en dos direcciones cardinales, esencialismo y existencialismo, inscribiendo en la primera como hito originario el nombre de Platón y como término el de Husserl y los fenomenólogos. Pero acontece que ya en este esencialismo fenomenológico yacen y se imbrican ciertos elementos de la segunda dirección, pues en definitiva las esencias de Husserl no existen en sí, de modo separado, como tipos ideales de cosas posibles. Por lo demás, ¿no es muy expresivo que Sartre, aun partiendo en guerra contra aquellos conceptos, subtitule su libro fundamental "Ensayo de ontología fenomenológica"? Ahora bien, quien abre la primera brecha no es otro que Kierkegaard, el cual precisamente como hombre de pasión y no de sistema, se negaba a ser el filósofo de una doctrina determinada. Mas aquello que a despecho suyo le identifica con la nueva corriente es su radical subjetivismo, la idea de que la verdad está en lo subjetivo y de que sólo por la identidad de su sentimiento el hombre adquirirá una existencia verdadera. Pero esta subjetividad sólo existe cuando hay relación con un objeto, y no hay existencia más que cuan-

do se produce cierta relación con un ser. ¿Rehabilitación de lo concreto, abandono de las abstracciones superabstracas de un Hegel? Desde luego, pero es lamentable que al situarse teóricamente en los antípodas de lo abstracto, los existencialistas no hayan forjado simultáneamente una fraseología concreta, de relieve carnal, e incurran verbalmente en las mismas logomaquias que indirectamente reprueban, obligando a que hasta las paráfrasis más sencillas, como ésta, resbalen entre palabras erizadas.

En tales condiciones hay un único puente de acceso: el psicológico, más transitable, más colindante con lo literario. Por ello las intenciones existencialistas se nos aparecen más claras cuando nos dicen que su propósito es reproducir fielmente el flujo y reflujo de la vida interior (¿acaso Dostoiewski, acaso Joyce, acaso Kafka se habían propuesto otra cosa sin tanta parada teórica?) antes de que el espíritu intervenga para introducir una lógica que no existía. O bien afirmen que este pensamiento es como una reacción de la filosofía del hombre contra los excesos de la filosofía de las ideas y la filosofía de las cosas. Además "mientras el pensamiento abstracto —escribía Kierkegaard—<sup>14</sup> se propone comprender abstractamente lo concreto, el pensador subjetivo (leamos hoy existencialista) tiende por el contrario a comprender concretamente lo abstracto". Por este motivo tal pensamiento se expresa mejor que en las obras doctrinales en las novelas y en el teatro, "ya que si la descripción de la esencia pertenece a la filosofía propiamente dicha, únicamente la novela permitirá evocar, reflejar, en su realidad completa, singular, temporal, el chorro original de la existencia"<sup>15</sup>. Luego, en definitiva, quien desee captar vívidamente las tesis existencialistas, antes que a las exposiciones doctrinales deberá acudir a las novelas y obras teatrales de Sartre ya mencionadas, lo mismo que a las de Simone de Beauvoir —*L'invitée*, *Le sang des autres*, *Tous les hommes son mortels*, más el drama *Les bouches inutiles*— ya que cada una de

<sup>14</sup> *Post-scriptum*, apud *L'Existentialisme*, de PAUL FOULQUIÉ.

<sup>15</sup> SIMONE DE BEAUVOIR, "Littérature et métaphysique" en *Les Temps modernes*, abril, 1946.

ellas viene a ser la ilustración y corporización de tales teorías.<sup>16</sup>

¡Cuán sensible, por consiguiente, que en trance de explicar sus puntos de vista, o mejor de refutar a sus contradictores —pues, en definitiva la conferencia *L'Existencialisme est un humanisme*<sup>17</sup> resulta más bien una réplica que una exposición— Sartre no haya apelado a ejemplos concretos de sus libros! Más bien parece haberle preocupado suavizar ciertos conceptos para el gran público, quitándoles la aspereza y desolación que muestran en *L'être et le néant*. El resultado, con vistas a una extensión publicitaria, podrá ser satisfactorio, mas en el plano de la exégesis literaria pesa muy poco. ¿Qué le aclaran, por ejemplo, al lector de *La nausée*, deseoso de conocer las motivaciones alógicas de su protagonista, ciertas premisas —la existencia precede a la esencia; hay que partir de la subjetividad; el hombre es lo que él se hace, es un proyecto, etc.— que por otra parte tampoco son originales de Sartre y pertenecen a la tradición histórica del existencialismo? En todo caso, más le hubiera iluminado el comportamiento de Antoine Roquentin una definición corporizada de la angustia, sinónimo en la ocurrencia de náusea, de insensibilización ante el mundo, de la existencia sentida como un vacío y una desolación. ¿Qué le facilita internarse en los vericuetos léxicos del “en sí” y del “para sí” —lo existente bruto, la cosa estática, invariable y lo existente humano— para captar el sentido real de las indecisiones y cobardías de Mathieu, con la fauna amorral de su alrededor en *L'âge de raison*? Desde luego advertirá que son seres libres, que se definen por sus actos —siendo la gratuidad

<sup>16</sup> Cabría decir lo mismo respecto a las novelas de ALBERT CAMUS —*L'étranger*, *La peste*— y a su tragedia —*Caligula*— si este último no hubiera manifestado de forma expresa su absoluta independencia del existencialismo (v. la interview con Jeanine Delpuch en *Les Nouvelles Littéraires*, núm. 954, París, 15 de noviembre de 1945, y su carta a Henri Troyat en *La Nef*, núm. 14, París, enero de 1946), y no obstante las numerosas identidades de su pensamiento con el de Sartre —hay párrafos que se corresponden entre *Le mythe de Sisyphe* del primero y *La nausée* del segundo—. Ahora bien y en cuanto a valores literarios, Camus, más artista, ha creado una obra y un personaje, Caligula, cuya grandiosidad absurda no tiene par en ningún otro del teatro de Sartre.

<sup>17</sup> Nagel, París, 1946 (Trad. esp. Sur, Buenos Aires, 1947).

eje de los mismos— mas que al cabo no hacen gran cosa con su libertad y semejan muñecos de trapo o paquetes de instintos antes que seres humanos. Mathieu podrá encarnar la “disponibilidad total” —según quiere su autor—, pero no logra anular el recuerdo de otro disponible menos repelente —y con menos ínfulas filosóficas—, el Lafcadio de André Gide en *Les caves du Vatican*.

*Precedentes españoles*

Las precedencias múltiples del existencialismo ya han sido recordadas muchas veces; las deudas notorias de Sartre hacia Kierkegaard, y particularmente con Heidegger, fueron establecidas sin reservas.<sup>18</sup> Pero lo que aun no se ha dicho ni recordado es cómo a un lector de nuestro idioma gran parte de esas teorías no le suena a nada radicalmente nuevo; antes al contrario, advierte reminiscencias de conceptos muy familiares si ha frecuentado las obras de Unamuno, de Antonio Machado y de Ortega y Gasset. En efecto, ¿acaso “el hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere”, que yergue Unamuno con ademán grandioso desde la primera página de su *Sentimiento trágico de la vida*, no prefigura ya el predominio de la existencia sobre la esencia? (Y ambas actitudes son a la vez un eco de Kierkegaard: “La verdad radica en la subjetividad, en la existencia del hombre, en la de este o aquel hombre particulares, sin que quepa la huída hacia la abstracción de lo humano.”) Cuando Unamuno afirma, oponiéndose a Hegel, que “lo realmente real es irracional, que la razón construye sobre irracionalidades”, ¿qué otra cosa hace sino anticiparse en más de treinta años a ciertas afirmaciones de Sartre<sup>19</sup> encaminadas a demostrar que el acto libre —“elección del ser”— es absurdo “por estar más allá de todas las razones”? Y tantas otras premoniciones y puntos de contacto, que en mi profanidad sólo me es dable insinuar, pero que a un especialista correspondería desenvolver minuciosamente. La única diferencia es que Unamuno escri-

<sup>18</sup> V. “Heidegger et Sartre”, por A. DE WÆKLENS, en *Deucalion*, núm. 1, París, 1946.

<sup>19</sup> *L'être et le néant*, p. 559 (Gallimard, París, 1943).

be en una lengua viva, humana —a veces plástica, y siempre coloreada por la pasión, al “pensar con todo el cuerpo y todo el alma”— mientras que Sartre prefiere la jerigonza profesoral, abusando de los terminachos técnicos calcados de Heidegger. Desdichadamente no ha seguido la norma de Ortega cuando afirma que “la claridad es la cortesía del filósofo”.

En cuanto a Antonio Machado, ya en otro lugar recordé las precedencias heideggerianas —y, por ende, sartrescas— que existen en los soliloquios de su “alter ego” Juan de Mairena,<sup>20</sup> según él mismo hubo de puntualizar. Claro es que Machado se limitaba a un solo aspecto, el de la “angustia”, recordando cómo en ciertos versos suyos de 1907 —aquellos que empiezan: “Es una tarde cenicienta y mustia . . .”— la angustia aparecía como un hecho psíquico de raíz, que no se quiere ni se puede definir, mas sí afirmar como una nota humana persistente, como inquietud existencial (*Sorge*), antes que verdadera angustia (*Angs*) heideggeriana, pero que “va a transformarse en ella”. En términos más generales, conexiones mayores todavía podrían descubrirse entre el existencialismo y cierta veta profunda del espíritu español: la que Antonio Machado ponía de relieve al aislar cierto aspecto de Heidegger, afirmando que su filosofía se dirige al hombre, “al hombre cotidiano, antes que al estudiante de filosofía”. “El que no habla a un hombre —expresaba certeramente por boca de Juan de Mairena— no habla al hombre; el que no habla al hombre no habla a nadie.” En suma, este acento humanista radical en lo particular ¿no es acaso la nota dominante a lo largo de toda la infusa y no escrita filosofía española desde Séneca?

Pero donde las precedencias son más explícitas y abundantes es en la obra de José Ortega y Gasset. Reconocerlo así es simplemente deber justiciero, es escrúpulo de lealtad, al margen de toda reivindicación españolista —siempre sospechosa— y manteniéndonos a una pulcra distancia de cualquier “orteguismo cortesano” sin contar, por último, con que el mismo maestro se basta y se sobra para hacer valer sus prioridades y hasta pone excesivo énfasis y orgu-

<sup>20</sup> V. ANTONIO MACHADO, *Obras*, p. 788 y sigs. (Laurel, México, 1940).

llo en ellas. . . Pero el caso es que un lector español algo familiarizado con la obra de Ortega, al recorrer ahora los libros de Sartre y sus afines, capta en éstos de inmediato rostros parecidos de ciertas ideas, perfiles reminiscentes. . . Compárense no más la fisonomía del “hombre que sin ningún apoyo y sin ningún socorro está condenado a inventar el hombre”, el concepto del hombre como “porvenir”, como “proyecto”, como aquello que “él mismo se hace”, libre de “elegir”, pero preso en una “situación” determinada; compárense, digo, estos conceptos de J. P. Sartre con los de Ortega y Gasset<sup>21</sup> sosteniendo que “el hombre es libre, quiera o no, ya que, quiera o no, está forzado en cada instante a decidir lo que va a ser”, confirmando que “hay que hacer nuestro quehacer”, que “el perfil de éste surge al enfrentar la vocación de cada cual con la circunstancia”, y recordando, como ya había escrito en su obra primigenia —*Meditaciones del Quijote*, 1914—: “yo soy yo y mi circunstancia”, y quedará uno asombrado por tales similitudes y paralelismos. Estos últimos pueden estirarse aún más al recordar cómo Ortega, alzándose contra el racionalismo —*bête noire* “de los hoy existencialistas”—, pero sin dejar caer exclusivamente el otro platillo de la balanza, el vitalismo, había llegado —en *El tema de nuestro tiempo*, 1922— a elaborar una síntesis y superación de entrambos, el raciovitalismo, postulando el imperio de una razón vital. ¿Acaso, en último término, la identificación pretendida por Sartre, queriendo homologar existencialismo y humanismo avista otro puerto? Frente a estas semejanzas, y si atendiéramos únicamente a las fechas, podríamos concluir que el pensamiento de Ortega, conocido o no directamente por Sartre, ha ejercido sobre este último una influencia evidente. Pero —alguien menos cándido, cierto espíritu maligno— nos sopla al oído: ¿no será que ambos —el autor de *El tema de nuestro tiempo* y el de *L'être et le néant*— arrancan de un tronco común: Heidegger? Mas la verdad cronológica en este caso también favorece a Ortega por cuanto sus textos son anteriores a 1927, fecha en que aparece *Sein und Zeit* del profe-

<sup>21</sup> Prólogo a *Obras*, pág. XII y sigs. (1ª edición, Espasa Calpe, Madrid, 1932).

sor friburgués; y ya el primero había cuidado de aclararlo, con razones legítimas, pero con aquella demasía de énfasis que antes le reprochábamos. “Apenas hay uno o dos conceptos importantes de Heidegger —escribe Ortega— que no preexistan a veces con anterioridad de trece años en mis libros. Por ejemplo: la idea de la vida como inquietud, preocupación e inseguridad . . . se halla literalmente en mi primera obra, *Meditaciones del Quijote*, publicada en ¡1914!” Sin descartar estas prioridades, prefiero atribuir la coincidencia a ese elemento que para explicar análogas ósmosis y endósmosis en lo literario he llamado varias veces “el aire del tiempo”; la influencia de cierta atmósfera “epocal” que a todos los espíritus inmersos en ella alcanza.

En último caso lo que sí queda claro e incontrovertible es que Ortega fué uno de los primeros en alzarse contra las limitaciones o desnaturalizaciones del idealismo, contra el racionalismo unilateral, contra la filosofía como mera ciencia del conocimiento, postulando contrariamente una filosofía donde lo vital cargara el acento. Sólo en este sentido, y en sus reflejos sobre la creación literaria, puede importarnos el pleito, la averiguación de prioridades. Reflejamente también ha de importarnos en su aproximación a lo humano, a los problemas propios del ser humano. Porque la verdad es que la filosofía al uso parecía haber llegado a morderse la cola, a no salir de sí misma. Parecía haberse convertido en una estéril filosofía de la filosofía. Después de Kant —como el mismo Ortega escribió— semejaba volverse de espaldas al universo y le importaba más el método de conocimiento del mundo que el mundo mismo. En este sentido la derivación que implica la nueva escuela —nueva solamente en cuanto a expansión y renombre— hacia el existir, hacia la realidad, dando primacía a los problemas metafísicos del hombre concreto, nos parece admirable. No así el antirracionalismo de Sartre, ni su ateísmo desolador, que puede contrabalancearse, en una síntesis futura, con las vistas cristianas de Jaspers y Marcel. Por lo demás, y respecto al primer elemento, ¿no es muy significativo que en el prólogo al libro colectivo *L'existence* se hable de una integración del existencialismo a la inteligencia, sin volver por ello al antiguo racionalismo?

*Literatura comprometida*

COEXISTEN en Jean-Paul Sartre diversas maneras y personalidades —un filósofo removedor, un novelista crudo, un dramaturgo intenso, un ensayista lúcido— que muy excepcionalmente suelen darse en un solo escritor. En rigor, aun sin haber tratado expresamente la última faceta, a ella convergen dispersas caracterizaciones y reparos que venimos haciendo. Pero arriba el momento —finalizando— de aludirle, ya sin reservas, en cuanto ensayista al avistar cierta cuestión capital, tampoco planteada originariamente por el director de *Les Temps Modernes*, pero a la cual él ha aportado razones y esclarecimientos.

Me refiero a la "littérature engagée", que sólo aproximativamente cabe traducir por "literatura comprometida", ya que ese "engagement" compromete, hipoteca o deja en prenda quizá más sustancia en el original francés que en la versión literal. Pero ¿qué debe entenderse por "littérature engagée"? El concepto se presta a muchas interpretaciones y equívocos, como lo prueba el hecho de que cierta reunión de intelectuales<sup>22</sup> consagrada a debatir este tema no lograra siquiera una definición unánime.

Como tantos otros términos la mejor definición en todo caso está en su contrario: en el de literatura gratuita; es decir, en aquella que parece un juego, que intencionalmente aparenta carecer de intenciones ajenas al arte, pero que no obstante a veces produce las obras más trascendentes y duraderas. Pues aquí está la paradoja del Destino, cuyo oficio no suele ser otro que burlarse de los designios mejor concertados. Las obras puras, aquellas construídas con toda sinceridad, con un fin desinteresado, iluminadas por la gracia estética, suelen ser al cabo las más ricas en ecos y consecuencias. Y contrariamente, aquellas otras, gravadas desde su concepción por una finalidad extraartística, ávidas de demostrar algo, aunque consigan su efecto inmediato, no tardan en sufrir la carcoma del tiempo. Cierzo es que en ambos casos, llevados a su extremo límite, hay un exceso vituperable. Y no es el menor aquel co-

<sup>22</sup> V. "Literatura gratuita y literatura comprometida" en *Sur*, núm. 138, Buenos Aires, abril de 1946.

metido por quienes en su empeño de acicalar bellezas para la "eternidad" privan a su obra de toda palpitación viva y cortan cualquier engarce con la época. Ejecutan una técnica artificial semejante a la del disecador de aves, quien si elabora un producto de vitrina es a cambio de haberle arrancado previamente las entrañas. Técnica también muy semejante a la practicada por los ejecutores de neoclasicismos. Más inteligente es partir de cierto relativismo y, aceptando la fatalidad temporal, inseparable de toda obra viva, tratar de superarla por otros medios. Pues el primer deber de todo creador es ser fiel a su época, y su más grave deserción tratar de soslayarla con artilugios y escapismos.

He ahí una convicción antigua en mí —cierto es que basada en razones puramente estéticas más que morales o filosóficas—. <sup>23</sup> Verla ahora corroborada por Jean-Paul Sartre me compensa de otros disentimientos. "No nos haremos eternos —escribía el director de *Les Temps Modernes*— <sup>24</sup> corriendo en pos de la inmortalidad: no seremos absolutos por haber reflejado en nuestras obras algunos principios desencarnados, bastante vacíos y nulos para pasar de un siglo a otro, sino por el hecho de haber combatido apasionadamente en nuestra época, por haberla querido apasionadamente aceptando morir con ella." La grandeza, el desprendimiento, que no vacilaría en llamar heroico, de una declaración tan categórica seguramente será escasamente comprendida. Deshace de un manotazo los sofismas grandilocuentes, las especiosidades engañosas, los sueños de intemporalidad y eternicidad con que casi todos rumian sus vagos ensueños, su yoísmo descentrado, su falso afán de absoluto. Hay que llegar a la verdad de esa noción, situarse en el centro de su facticidad, después de practicar cierto valeroso desnudismo de sentimientos. Por eso Jean Paul Sartre puede afirmar, muy congruentemente con todo su sistema de ideas, su propósito de escribir para sus

<sup>23</sup> Cfr. págs. 15-21 de mis *Literaturas europeas de vanguardia* (Caro Raggio, Madrid, 1925).

<sup>24</sup> "Présentation" en el núm. 1 de *Les Temps Modernes*, París, octubre de 1945. Véase también su serie de ensayos "Qu'est-ce que la littérature" publicados en la misma revista, de febrero a julio de 1947. Y el titulado "Ecrire pour son époque", en *Erasmus*, núms. 11-12, La Haya, 1947.

contemporáneos, de no mirar el mundo con ojos futuros, sino con sus ojos de carne, con sus ojos verdaderos y perecederos. Ahora bien —como él mismo aclara—, esto no significa instaurar un relativismo literario, ya que no cree en lo histórico puro, puesto que “cada época descubre un aspecto de la condición humana”, en cada época el hombre “se escoge” frente al prójimo, al amor, a la muerte, al mundo . . . y esta elección metafísica, este proyecto singular y absoluto es lo que se halla en litigio. “De esta suerte —agrega—, al tomar partido en la singularidad de nuestra época, enlazamos finalmente con lo eterno, y nuestra tarea de escritores consiste en hacer entrever los valores de eternidad que se hallan implicados en los debates sociales o políticos. Pero no nos cuidamos de ir a buscarlos en un cielo inteligible; sólo tienen interés bajo su envoltura actual. Lejos de ser relativistas afirmamos solemnemente que el hombre es un absoluto. Pero lo es a su hora, en su medio y en su tierra”.

He ahí, por modo indirecto, la mejor definición, a mi parecer, de la “literatura comprometida”; aquellas obras donde el escritor es fiel a su época y tiende asimismo a traducir su afán de absoluto, sin engañar su lucidez relativista. Lo demás, aquello que suele adscribirse a la literatura comprometida, la intención moral o política, cierto espíritu de comunión humanista, es ya secundario. Puede existir como resultancia en la meta, pero sin gravar el punto de partida y, en muchos casos, es perjudicial, pues acontece que intentando dar un sentido influyente a esa literatura, suele cargarse el acento sobre lo último, con olvido inexcusable de lo previo y esencial: la literatura propiamente dicha, su calidad auténtica. Vaya esto también para quienes toman el rábano por las hojas y menospreciando el arte tratan de convertirlo en propaganda. No advierten que el arte únicamente empieza no solo allí donde acaba la propaganda, sino más exactamente en aquel punto donde ésta desaparece o se transfigura, elevándose a un plano de invisibilidad estética. La literatura más “comprometida” será así aquella que menos se preocupe de parecerlo, pero que sepa responder más profundamente a las exigencias conjugadas del espíritu sin fecha y de la época datada.

# TOMA DEL "GUERNICA" Y LIBERACION DEL ARTE DE LA PINTURA

Por Juan LARREA

*Como consecuencia de la publicación en Nueva York de un libro de Juan Larrea sobre el GUERNICA de Picasso, celebróse el 25 de noviembre en el Museum of Modern Art de aquella ciudad y bajo la palabra de su director Alfred H. Barr, Jr. que actuó de presidente, un simposio seguido de discusión pública, cuyo mayor peso recayó sobre el autor del libro. He aquí el texto de su intervención principal.*

Nos hemos reunido aquí a discutir algunos de los aspectos que presenta el cuadro más famoso de nuestra época. Y nos hemos reunido constituyéndonos casi a manera de tribunal dispuesto a entender en una obra donde se hallan quizá representados mejor que en toda otra los problemas fundamentales del arte de nuestros días. Si así fuese y si llegáramos, si no a esclarecer, por lo menos a plantear algunos de esos problemas básicos, esta reunión podría adquirir importancia cardinal en los destinos artísticos del mundo. Más aún, si el arte se hallara conectado por naturaleza, como cabe sospechar, con un orden psíquico superior, nuestra reunión tendría que ver con el porvenir de aquello que en el ser humano alcanza las cimas de lo sublime. Personalmente así lo pienso en principio. Creo que en estos momentos vamos a tocar, siquiera superficialmente, cuestiones llamadas a asumir resonancia en días venideros. Y nada puede parecerme más dentro de la lógica: visiblemente la humanidad está pasando en estos

años de un mundo a otro mundo—sin que a su tránsito le sea permitido prescindir de los caminos poéticos del arte— y la voz creadora de Europa ha dejado de sonar como en tiempos todavía cercanos. Creo en el Nuevo Mundo como continente y en la excelsitud de sus destinos.

Sobre el hecho de que el *Guernica* es el cuadro más famoso de nuestro siglo no caben diversidad de opiniones. Ningún otro ha dado lugar como él a comentarios, interpretaciones y estudios apasionados en todas las regiones del planeta, ninguno se ha reproducido y sigue reproduciéndose como el *Guernica*. Claro que no todos los artículos y comentarios que se le han dedicado son laudatorios. Sin embargo, son éstos los que predominan y entre ellos no pocos los que se distinguen por su fervor panegírico.

En esta literatura encomiástica es donde mejor se echa de ver un aspecto general del fenómeno que, a poco que se reflexione, no puede menos de desconcertarnos. Por una parte, la sensibilidad de nuestra época rinde al cuadro honores de obra cúspide. Mas ocurre, por otra, que al analizar su contenido, lo que suele decirse de él, incluso en el dominio plástico, no pasa de ser elemental y en no pocos casos infantil.

Nos encontramos, pues, en el seno de una contradicción flagrante. Porque ¿cómo puede considerarse genial una obra que carece de casi todas las virtudes atribuidas por tradición al arte de la pintura, y de la que no se acierta a sacar en limpio sino unas pocas ideas primerizas—sociales por lo regular— y el hecho de que para designar tal vez al pueblo español y a las fuerzas enemigas se haya cometido la humorada de representarlos por medio de dos cuadrúpedos? Evidentemente, no existe paridad alguna entre los datos aducidos por la intuición de nuestro siglo que ensalza de manera tan desmesurada al *Guernica*, y su capacidad de comprensión lógica. Es más, los enigmas que a este cuadro se le sospechan no son misterios de fondo sino que se circunscriben casi exclusivamente a las representaciones y en particular a dos de sus figuras: el toro y el caballo. En realidad, sin embargo, creo que no existen en la superficie, como se verá en seguida, misterios de ninguna especie.

Procede advertir que la crítica que se conduce de esta manera concede a Picasso cierta especie de genialidad plástica, mas le niega el talento lógico y discursivo. Supone que nuestro artista obra exclusivamente por impulsos apasionados, como en sueños; que sus creaciones son elementales; que su conciencia dispone de un campo de operaciones reducido. Hasta se ha llegado a afirmar que a fin de cuentas Picasso no sabe lo que ha querido decir ni hacer con las figuras de que se compone el *Guernica*.

Al pensar así se comete un grave error. No es posible ser un artista excepcional, un transformador de los gustos de la época, un percutor inexorable de su sensibilidad, si se carece del grado de conciencia eficiente. Para que lo subconsciente se exprese con amplitud en el artista es indispensable que el consciente se le adecúe, que sea perspicaz y dilatado a su vez. ¿Se concebiría, por ejemplo, al autor del Juicio Final de la Sixtina como un ser de ideas ralas, movido tan sólo por impulsos ciegos? No, Picasso piensa de manera mucho más honda y aguda de lo que suele pensarse. Pero, concentrado por temperamento, apenas se abre, e incluso en raras ocasiones, a sus amigos íntimos.

Por eso, no parece dable comprender el contenido del *Guernica* si no se supone que, tratándose de una obra genial, en el intuir de las gentes, producto, pues, de un ser dotado de viva inteligencia, ha de ser en realidad harto más compleja de lo que hemos creído hasta ahora. De esta premisa tácita arranca el estudio poético que le he dedicado no ha mucho,<sup>1</sup> donde se establece una clara división entre dos partes que siempre habrá que distinguir:

1a. Lo que el artista se ha propuesto conscientemente al pintar su cuadro, cosa que todavía, por diversas circunstancias, no ha dejado de ser un misterio para todos.

2a. Lo que ha hecho y dicho sin proponérselo, esto es, esa "part de Dieu" de que hablaba André Gide mucho antes de que se enunciaran los dogmas surrealistas, esa ingerencia divina que constituye, a juicio de dicho escritor francés, el contenido supremo de toda obra de arte.

<sup>1</sup> *Guernica. Pablo Picasso. Text by Juan Larrea. Introduction by Alfred H. Barr, Jr. Curt Valentin, publisher. New York, 1947.*

Creo que la explicación aducida en mi referido estudio acerca de lo que Picasso pretendió hacer al pintar el *Guernica* no es susceptible de grandes modificaciones. Son tantas las piezas de convicción de que disponemos que, salvo en puntos de detalle, no caben para el observador concienzudo incertidumbres. No creo tampoco que cabrían para ningún lector cuidadoso si el propio Picasso no hubiera dejado atribuirse en una interview revisada por él mismo, a lo que se sostiene, y que por ello se ha hecho famosa, afirmaciones que parecen contradecir el sentido de las conclusiones a que conduce el examen de los documentos.

Porque Picasso permitió decir a Jerome Seckler en su nombre, que el caballo representa al pueblo y el toro la brutalidad.<sup>2</sup> El candoroso lector supone irremediablemente que ese pueblo es el español republicano y que esas fuerzas brutales, si no representan el fascismo, lindan por lo menos con él, cosas ambas que pugnan con el sentido que se desprende del *Guernica* y que enturbian su significado.

Como consecuencia no resulta posible dar un paso en la exégesis si antes no se despeja dificultad tan grave. Porque ¿cómo se atreverá nadie a sostener acerca de una obra conceptos que contradicen, cuando menos en apariencia, las declaraciones de su autor? Sin embargo, no faltan razones para vernos obligados a intentarlo.

**C**ONVIENE, en primer término, tener presentes otras declaraciones hechas por Picasso a su amigo Christian Zervos en 1935: "Yo quisiera llegar—decía—a que no se supiese nunca como se han hecho mis cuadros. ¿Qué interés puede haber en esto? Lo que deseo es que de mis obras sólo se desprenda la emoción".<sup>3</sup> Quiere ello decir que la estética

<sup>2</sup> JEROME SECKLER, *Picasso explains*. "New Masses", 13 March 1945. "I talked about the significance of the bull, the horse, the hands with the lifelines, etc., and the origine of the symbols in Spanish mythology. Picasso kept nodding his head as I spoke. 'Yes', he said, 'the bull there represents brutality, the horse the people'."

Este artículo, bajo el título *Entretiens avec Picasso*, fué reproducido en el número de 20 de septiembre de 1945 por la revista francesa "Fraternité".

<sup>3</sup> *Picasso 1930-1935*. Editions Cahiers d'Art, p. 38.

de Picasso se basa exclusivamente en la emotividad que le es característica, y que en el plano pictórico aborrece todos los elementos de orden intelectual que pudieran venir a distraer el libre ejercicio de aquel sentimiento. De acuerdo con dicha estética, Picasso tiene por fuerza que eliminar o encubrir todo aquello que al herir la inteligencia del espectador mediaticese su sensibilidad. Y ello basta para hacernos saber que nuestro artista es por fuerza un forjador de misterios, un creador de deliberados subconscientes, cosa que explica el porqué se supone que carece de talento discursivo.

La consecuencia natural de esta estética picassiana es que, llegado el caso, el autor se ve obligado a hacer uso de su talento para evitar que se trasluzca el contenido conceptual de sus pinturas. He aquí una realidad básica que puede servir para aclarar en un punto dado muchas cosas.

Pero además se tienen pruebas, y precisamente con motivo del *Guernica*, de que Picasso no siempre dice la verdad. Basta confrontar algunas de las declaraciones que hizo a Jerome Seckler, con las que no hace mucho comunicó a Kanhweiler a requerimiento de Alfred H. Barr, Jr.

Decía al primero en 1945: "The *Guernica* mural is symbolic. . . allegoric. That's the reason I've used the horse, the bull, and so on. The mural is for the definite expression and solution of a problem and that is why I used symbolisme".

No puede estar más claro: Picasso, sin que se lo pida nadie, confiesa que el *Guernica* es una obra en la que se ha servido intencionalmente del símbolo y de la alegoría con objeto de expresar y resolver un problema que no declara.

Sin embargo, interrogado por Kanhweiler a instancias de Mr. Barr acerca de este mismo asunto, respondió en 1947: "Ce taureau est un taureau, ce cheval est un cheval. Il y a aussi une sorte d'oiseau, un poulet ou un pigeon, je ne me souviens plus, sur la table. Ce poulet est un poulet. Bien sûr, les symboles. . . Mais il ne faut pas que le peintre les crée, ces symboles, sans cela il vaudrait mieux *écrire* carrément ce que l'on veut dire, au lieu de le peindre. Il faut que le public, les spectateurs, voient dans le cheval, dans le taureau, des symboles qu'ils interprètent comme

ils l'entendent. Il y a des animaux: ce sont des animaux, des animaux massacrés. C'est tout pour moi, au public de voir ce qu'il veut voir".<sup>4</sup>

Resulta pues, que Picasso afirma ahora lo contrario de lo afirmado anteriormente. No se ha servido de ningún símbolo. Allá el público con sus interpretaciones. Para él no existen sino animales destrozados.

La confrontación de estos dos textos nos lleva a la consecuencia firme de que Picasso no siempre dice la verdad y que, llegado el caso, no vacila en contradecirse abiertamente. Y hasta que se atreve a desafiar el buen sentido. Porque aquí sostiene que no existen sino animales destrozados siendo así que en el *Guernica* sólo el caballo está maltratado: el toro y la paloma se encuentran, a la vista está, vivos e indemnes.

Picasso pues, no repara en recurrir al engaño cuando piensa que la verdad perjudica a su deseo de conservar el misterio preciso para que su obra produzca en cada cual la emoción en que radica su arte. Y al comprobarlo hemos dado un paso decisivo para ver claro en el contenido del *Guernica*, ya que si Picasso no dice siempre la verdad, si acude al fraude y a la ocultación, estamos obligados a tomar sus declaraciones con cautela, y hasta a rechazarlas si así conviene, cosa que permite analizar libremente el *Guernica* y sacar conclusiones incluso en contradicción con las palabras del autor siempre que al final pueda explicarse racionalmente el porqué de esa contradicción y el porqué de las declaraciones equívocas de Picasso.

<sup>4</sup> El texto de Alfred H. Barr, Jr. presentado por Henri Kanhweiler a Picasso fué el siguiente:

Lequel est correct?

I

"Parlant de sa toile *Guernica*, j'évoquais la signification du taureau, du cheval, etc., et l'origine des symboles dans la mythologie espagnole. Picasso approuvait de la tête. 'Oui, dit-il, le taureau représente la brutalité, le cheval est le peuple.'"

Jerome Seckler  
*Fraternité*, 20 Sept., 1945.

II

"el caballo representa el nacionalismo español, el toro parece ser el símbolo que figura al pueblo...".

Juan Larrea

"Videncia del *Guernica*"



Fig. 1.—GUERNICA. Junio 1937.



Fig. 2.—*Minotauronmagia*. Aguafuerte. 1935.



Fig. 3.—Primer esbozo para el *Guernica*. 1º de Mayo de 1937.



Fig. 4.—Segundo esbozo para el *Guernica*. 1º de Mayo de 1937.



Fig. 5.—Tercer esbozo para el *Guernica*. 1º de Mayo de 1937.



Fig. 6.—*Sueño y Mentira de Franco*. El cabecilla hiera a Pegaso con una flecha terminada en estandarte. 8 de Enero de 1937.



Fig. 7.—*Sueño y Mentira de Franco*. Pegaso es derribado por el cabecilla tocado con una mitra, un fez y un turbante. 8 de Enero de 1937.



Fig. 8.—*Sueño y Mentira de Franco*. El cabecilla es cornedo por el toro español.  
8 de Enero de 1937.



Fig. 9.—*Sueño y Mentira de Franco*. El toro despanzurra al caballo franquista.  
9 de Enero de 1937.



Fig. 10.—Detalle del *Guernica* en curso de ejecución (entre el segundo y el tercer estado), borrado posteriormente.



Fig. 11.—*Sueño y Mentira de Franco*. El cabecilla adorando "¡ duro" puesto en una custodia. 8 de Enero de 1937.



Fig. 12.—Alfonso XIII tecado con el ros.



Fig. 13.—*Sueño y Mentira de Franco*. El cabecilla cabalgando un cerdo y con una flecha en las manos. 8 de Enero de 1937.



Fig. 14.—*Sueño y Mentira de Franco*. La madre con el cuello atravesado por una flecha. 7 de Junio de 1937.



Fig. 15.—Boceto para el *Guernica*. 28 de Mayo. Madre con su hijo en brazos, éste atravesado por una flecha.



Fig. 16.—Bicente salpicado de flechas y azagayas. Cueva de Niaux. (Según H. Breuil).



Fig. 17.—Vaso funerario mochica (Antiguo Perú). Se ve en él un venado con el cuello atravesado por una jabalina.

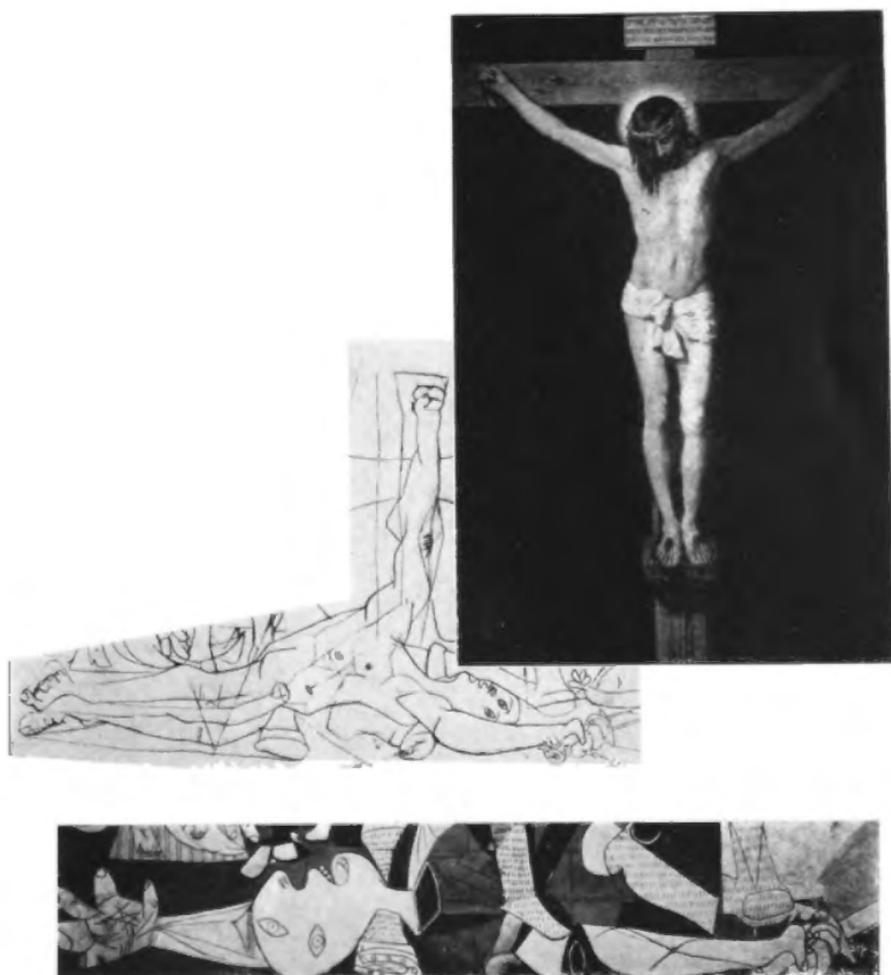


Fig. 18.—El Cristo de Velázquez; trozo del primer estado del *Guernica* donde se ve al miliciano crucificado, y trozo del cuadro definitivo donde aparece aquél reducido a una cabeza y a unos brazos en cruz.

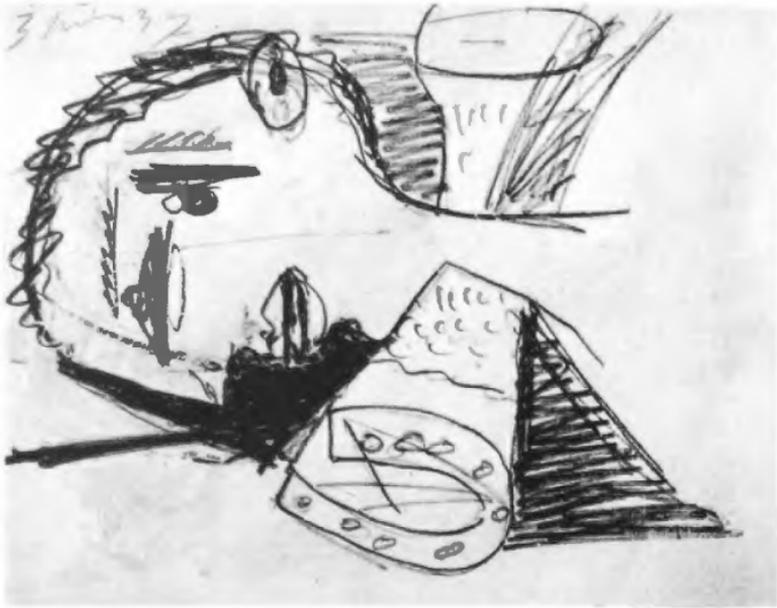


Fig. 19.—Estudio para el *Guernica*. 3 de Junio. Cabeza del miliciano entre dos herraduras portadoras de la buena suerte.

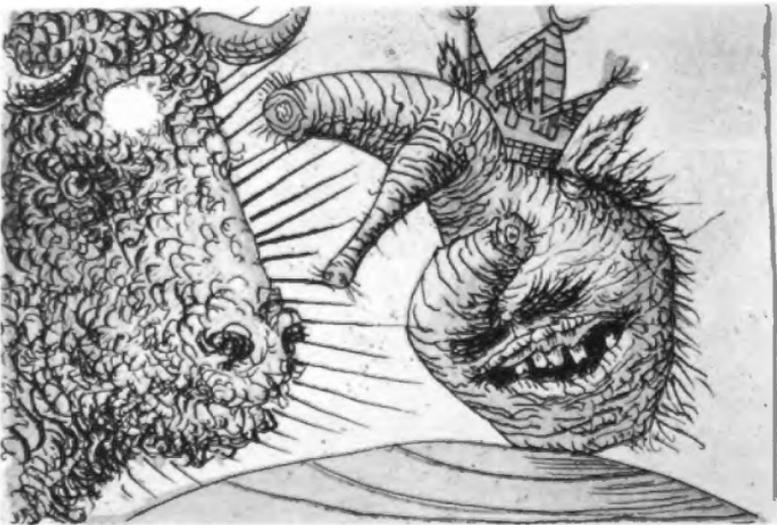


Fig. 20.—*Sueño y Mentira de Franco*. El toro fulminando al cabecilla. 9 de Enero de 1937.



Fig. 21.—Estudio para el *Guernica*. 10 de Mayo. Toño divinizado.

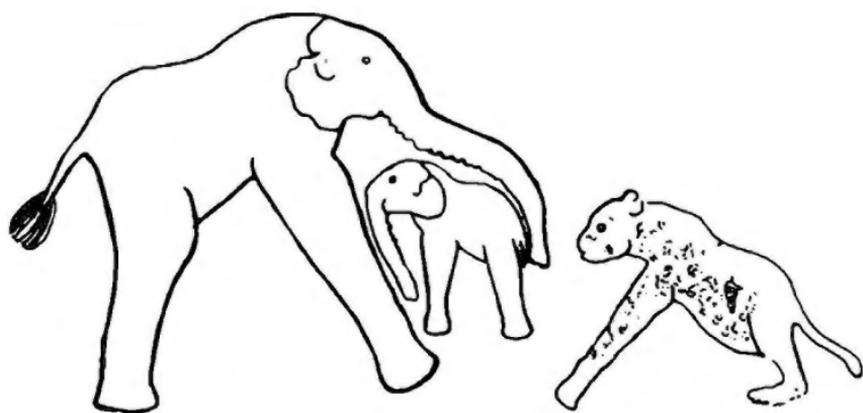


Fig. 22.—Grabado rupestre de Ain Safsaf (Argelia): Elefante defendiendo su cría contra una pantera. (Según L. Frobenius y H. Obermaier).



Fig. 23.—*Sucño y Mentira de Franco*. El cabecilla atacando a la República con un pico de demolición. 8 de Enero de 1937.



Fig. 24.—Fragmento del estado tercero del *Guernica*. Adviértase el papel que la mujer está dejando caer de su mano derecha.



Fig. 25.—Fragmento del estado séptimo. En la mano izquierda de la mujer aparece pegado un verdadero papel de baño.

# DESTRUCTION IN HIS PATH

**THE MAD BULL OF FASCISM thunders on, destroying all in its way. Hundreds of villages in Spain today are mute and broken testimony to the brutality of the Fascist invaders**



Fig. 26.—Grabado y texto publicado en el folleto "Spain" por el United Youth Committee to Aid Spanish Democracy. (New York, Noviembre - Diciembre 1936). Muchos meses antes del bombardeo de Guernica la mentalidad anglo-americana ha representado en el "toro furioso del fascismo" que se caracteriza por su "brutalidad".

EN las declaraciones a Jerome Seckler dijo Picasso algo muy concreto y que goza de todos los caracteres de autenticidad por tratarse de cosa confesada por iniciativa propia: que para resolver *un problema* privativo de este cuadro excepcional tuvo que hacer uso del símbolo y de la alegoría.

¿Qué problema puede ser ese? ¿Tal vez un problema de orden plástico? No, puesto que se trata de simbolismo, es decir, de algo que se refiere no a las formas sino al significado de las figuras. El problema a que alude tiene que relacionarse con las circunstancias políticas toda vez que dicha obra fué ejecutada en una situación, bajo un sentimiento y con un propósito políticos.

Ahora bien, suponer que el caballo que aparece en el centro del cuadro con pujos de protagonista representa al pueblo español torturado por el franquismo, como quiere Mr. Seckler y quieren generalmente las críticas inglesa y norteamericana, equivale a aceptar que Picasso no ha pretendido expresar ni resolver problema creador de ninguna especie, sino que se ha limitado a describir indirecta y caprichosamente las entidades en pugna. Dicho pensamiento no pasa, además, de ser un simplisma. ¿O es que la emoción que Picasso se propone suscitar va a ser más intensa figurando al pueblo español por medio de un caballo que representándolo mediante seres humanos en situación atribulada? He aquí una idea conmovedora tal vez para un miembro de la Sociedad Protectora de Animales, pero no para la sensibilidad latina de la que procede y a la que se dirige el cuadro.

Ha de tenerse presente, por otra parte, que son muy distintas —en realidad opuestas— las posiciones de la sensibilidad angloamericana y de la española con respecto al caballo y al toro que aquí figuran. Para los angloamericanos el caballo es el animal noble por excelencia, amigo tradicional del hombre, en ocasiones hasta casi un romántico alter ego; el toro por el contrario es un bruto sombrío, agresivo, criminal, del que no cabe esperar beneficio alguno y cuya idiosincrasia conviene perfectamente con la idea que solemos hacernos del fascismo. Para el angloamericano el caballo representa por derecho propio el bien, mientras que el toro que se le enfrenta significa sin duda el mal.

Sin embargo, el cuadro no ha sido pintado por un angloamericano ni para los angloamericanos, sino por un español que se ha servido de los símbolos peninsulares con el propósito de conmover la sensibilidad latina. Y para el español del pueblo, es decir, para cualquier español, estas cosas tienen significado muy distinto. Caballo y toro son animales que se enfrentan cotidianamente en las corridas de toros. El cornúpeto es un animal cargado de prestigio, divino casi, una especie de totem misterioso en el que se acumulan energías viriles y que mueve a admiración por el modo batallador, heroico, como hasta su último estertor se encara con la muerte. En este aspecto, para la sensibilidad española que emite sus mejores vibraciones, como se sabe, cuando la muerte la puntea, no existe animal de nobleza comparable a la del toro. Por el contrario, el caballo de las corridas —daimetralmente opuesto al que dió origen a la voz cortesana “caballerosidad”— es un animal achacoso, ridículo, un cadáver ambulante, una basura sin la más lueña dignidad biológica. Es una bestia de mala muerte, según se dice en castellano, de muerte infame. Ocurre así que cuando la sensibilidad española pretende representar algo decrépito en lo que se congregan ridículamente los residuos del pasado, idea que es la que Picasso tiene del franquismo, no dispone de símbolo más acertado que el caballo de pica.

Hermano gemelo de este caballo guernicano es el que aparece en el aguafuerte famoso *Minotauromaquia* (Fig. 2). ¿Cabe en cabeza humana que un animal tan premeditadamente escarnecido sirviera a Picasso para representar al pueblo republicano español con el que él mismo mostrábase identificado? No es posible, a mi entender, falta más garrafal de interpretación. Por eso ya desde ahora me atrevo a afirmar que si Picasso dijo o dejó decir a Mr. Seckler que el caballo representaba al pueblo fué porque en su fuero interno estaba pensando que representaba al pueblo español falangista. ¿O acaso los falangistas no han nacido en los lugares de España?

Pero ahondemos más, descendiendo a los pormenores para examinar la cuestión a la luz de los bocetos iniciales

del *Guernica*. Si se contemplan los que trazó el primer día, —1º de mayo de 1937—, es obligada la deducción de que la idea primitiva de Picasso constaba de cuatro elementos: la mujer que extiende el brazo esgrimando una lámpara; el caballo caído en el suelo que estira el cuello en trance de agonía; el toro; y por último un inesperado animal alado que se asocia al toro, un Pegaso o caballo con alas que en el boceto número 2 aparece en la extraña actitud de cabalgar al cornúpeto sobre una silla de montar para dirigirlo al estilo de un jockey (*Figs. 3 y 4*).

Es pues evidente que en aquel entonces se establecía en la mente de Picasso una clara distinción entre dos clases de caballos: el caballo alado, noble, símbolo de la virtualidad poética, el cual se relaciona con el toro cuya fuerza dirige, y el jamelgo de pica que representa el polo opuesto, innoble, despanzurrado, agónico. El boceto siguiente, número 3, de ese mismo día primero de mayo, se limita a mostrar la mujer que esgrime la lámpara y el caballo contra el que la luz parece empuñarse, pero un caballo que presenta cuatro formas diversas y a cada cual más rebuscadamente peyorativa. (*Fig. 5*). ¿Es posible suponer que mediante uno de esos ignominiosos animales se propusiera Picasso representar a su pueblo republicano español? ¿Quién sería entonces la mujer de rasgos nobles que blande la lámpara, adversaria siempre del solipedo? Esa mujer, cuya fisonomía y actitud fueron tomadas por Picasso de Dora Maar, su compañera de entonces, representa, como se expondrá después, la República española. El caballo no puede ser sino el enemigo de esa República.

Ha de tenerse presente que esa misma distinción entre el caballo alado y el jamelgo destripado y repulsivo se encuentra en los grabados de *Sueño y Mentira de Franco*. El Pegaso es asesinado por Franco que para ello se sirve del arma característica de Falange, la flecha, mientras que el segundo, el caballo de tripas al aire, entre las que aparecen las insignias nacionalistas, se identifica con Franco mismo. (*Figs. 6, 7 y 9*).

Ignoro la causa por la que no ha sido incluido entre las ilustraciones del libro recientemente editado en New

York, un trozo de pintura del *Guernica*, ejecutado entre los estados segundo y tercero y que después Picasso suprimió por complejos motivos, mas no sin antes conservarlo fotográficamente. Este hecho único de la fotografía parcial, —publicada en “Cahiers d’Art” por entonces— demuestra el interés que, a juicio de su autor, tenía dicho trozo pictórico. (Fig. 10). Se ve en él al caballo de rodillas con la boca casi pegada a una figura redonda de perfil sinuoso, que constituiría un indescifrable enigma de no existir una escena de *Sueño y Mentira de Franco* donde está su clave. En este grabado aparece el general rebelde, de rodillas también, adorando, como si fuera una hostia en su custodia, un cuerpo redondo, de perfil parecidamente quebrado, y cuya naturaleza se define por las dos palabras que sobre él se hallan escritas: “1 duro”. (Fig. 11). El objeto redondo que Franco adora no es, pues, una hostia, sino una moneda. Mas de ello se deduce que el cuerpo redondo y grafilado que el caballo adora y con el que casi se dispone a comulgar, es también una moneda cuya testa acuñada algo se parece, por cierto, a la de uno de los cuatro caballos que ya hemos visto. (Fig. 5). ¿Qué moneda? Téngase en cuenta que Picasso pinta el *Guernica* en Francia para ser allí expuesto, y que la moneda francesa lleva en castellano, por casualidad, el mismo nombre del cabecilla español: Franco. Evidentemente esa moneda es 1 Franco, es decir, figura al general faccioso adorado por el caballo falangista que al mismo tiempo manifiesta así su posición de servidumbre ante una situación y un sistema económico desalmados. ¿Cabe acaso otra explicación?

Pero hay más: la cabeza del caballo está monumentalizada en dicho trozo pictórico con una serie de formas superpuestas que nada tienen que ver con las propias de un animal de esta especie. Procede recordar que en *Sueño y Mentira* siempre aparece Franco, en su calidad de *cabecilla*, cubierto con varios tocados a la vez: una corona, una mitra episcopal, un capelo cardenalicio, un fez moro sobre un turbante, etc. (Figs. 6, 7, 8, 11, 23). Se concibe que puede aquí ocurrir algo por el estilo, lo que explicaría la presencia de esas formas tan injustificadas en una cabeza caballar. En

efecto: la forma triangulada con una oreja enhiesta y ojos a guisa de botones, recuerda notablemente la gorra o kepis característico del ejército español ante de la guerra del catorce. Se llamaba *ros* y con él solía retratarse Alfonso XIII. (Fig. 12). Detrás de esta forma triangulada aparece otra que ostenta disimuladamente el perfil de una mitra, y una tercera semejante a la capucha de una chilaba o albornoz marroquí. Por consiguiente, las tres insignias monárquico-militar, eclesiástica y marroquí que figuran repetidamente en *Sueño y Mentira de Franco* tienen aquí su réplica aunque en forma diferente para evitar que, al ser reconocidas, desposean al cuadro de su misterio. El caballo se describe así ante la imaginación creadora como una entidad militar-eclesiástico-africana, o sea como el absurdo nacionalismo adorador de ese Franco que materializa su sistema económico.

Aunque mucho nos hayamos ocupado ya del caballo no es posible dejarlo morir en paz sin haber antes examinado dos armas características relacionadas con su cuerpo y que por su naturaleza misma descartan toda idea de casualidad. Me refiero a la pica o lanza con que se ve atravesado dicho bruto y a la flecha que arranca de una de sus pezuñas para dirigirse matemáticamente, con trazado de regla, al corazón de la madre pegada a los costillares del toro. No sé si todos los aquí presentes sabrán que la flecha es el arma falangista por excelencia: como tal aparece en las insignias y escudos oficiales. Existe una Orden de la Flecha, y a los niños que crecen a la sombra del partido oficial, que en la Italia de Mussolini se llamaban *balillas*, se les designa en la España de Franco con el nombre de *flechas*. A causa de este carácter falangista, la flecha aparece en algunos grabados de *Sueño y Mentira* atravesando al Pegaso y a la madre, y en un boceto atravesando al niño, víctimas todos del general traidor. (Figs. 6, 13, 14 y 15). Ahora bien: si el caballo representara al pueblo español republicano tenía lógicamente que hallarse atravesado por la flecha franquista en vez de estarlo por una lanza, al modo como lo estaba el Pegaso en *Sueño y Mentira*. En cambio, la intención maligna que arranca de sus pezuñas

tenía que representarse, de ser ese animal el pueblo, por un arma que no fuera la flecha de Falange. Tampoco podía estar ésta dirigida contra el pecho de la madre sino contra el toro, su natural enemigo. ¿O es concebible que la representación del pueblo español republicano se sirviera del arma falangista para asesinar a la madre que, como indicaremos luego, representa a Madrid? Nada en esta organización es fortuito ni fruto del subconsciente. Constituye al contrario un conjunto de ideas minuciosamente elaboradas y precisas mediante las cuales se define irrevocablemente la condición del caballo y toma cuerpo imaginario el panorama del *Guernica*.

Señalaremos para terminar esta cuestión, un detalle característico para la sensibilidad ibérica —y pido perdón a las damas aquí presentes por el modo de sentir no poco paleolítico de mis compatriotas—. El toro es siempre, en todos los bocetos, croquis y estados del *Guernica* voluntariosamente macho y, encuéntrese en la postura en que se encuentre, se complace en exhibir del modo más ostensible sus atributos sexuales. El caballo, por el contrario, es siempre hembra. La hembra envuelve para el español, en algunos aspectos, cierto pronunciado dejo peyorativo a causa, entre otras razones, de su falta de valor, mientras que la virilidad es, en su opinión, virtud de primer orden. Cualquiera español sabe que si el caballo es hembra se debe a que representa despectivamente al falangismo con todas sus indignidades, en contraste con el toro luchador que, como el pueblo español republicano, da más importancia a la batalla que a su propia muerte.

Creo que de esta manera hemos llegado a la evidencia absoluta de lo que el caballo significaba para Picasso cuando pintó el *Guernica*. Y adquirido este convencimiento, no resulta ya tan difícil adivinar el problema que, según propia confesión, obligó al artista a recurrir a las representaciones alegóricas. Contémplese esta imagen que nos brinda el arte de las cavernas (*Fig. 16*). Representa un bisonte salpicado de flechas y azagayas. Mírese esta otra que figura un venado atravesado por una lanza y cuyo pelo fué ejecutado con un sentimiento plástico parecido al del caballo

del *Guernica* (Fig. 17). Procede del otro extremo del planeta, del arte funerario mochica del antiguo Perú. Ambas representaciones responden a una misma intención. Significan una apelación hecha a la imaginación creadora a fin de lograr, en un caso para los vivos y en el otro para los muertos, cacería suficiente. Son conjuros con los que, por arte de magia, se persigue vencer a esa especie de animales.

Contemplemos ahora el caballo que ocupa el centro del *Guernica*, atravesado asimismo por una lanza, y preguntémosnos: ¿quién es el que se la ha clavado? ¿El miliciano? No, puesto que esgrime una espada rota. ¿El toro? Nunca se ha sabido que los cornúpetos suelen servirse de armas semejantes para deshacerse de sus enemigos. Quien ha clavado esa lanza es Picasso y nadie más que Picasso. Su problema, el problema a que se refirió en su conversación con Mr. Seckler, era sencillamente hacer un acto mágico en contra del franquismo al que tenía que representar por medio de un símbolo del mismo modo que el hechicero se sirve de una figurilla de cera para representar a la persona contra la que ejerce sus maleficios. Por eso el caballo aparece en estado agónico que es el estado que Picasso desea para su enemigo mortal, y atravesado por una lanza que no deje nunca de producir efecto. Pero había que hacer compatible esta intención precisa con sus normas estéticas de suscitar emoción mediante una composición de apariencia descriptiva. De aquí que para el espectador tenía que no clarearse la intención del artista viéndose éste obligado a disfrazarla recurriendo a la ambigüedad, al equívoco. Una vez que se logra comprender esto no cabe cosa más sencilla. Lo que sucede es que tales procedimientos no son los usuales a que nos tienen acostumbrados los pintores. No debe olvidarse, sin embargo, que el arte de nuestros días, y en especial el cubismo, se ha encontrado, por razones largas de exponer, en consonancia con el arte de nuestras profundidades milenarias, coincidiendo con los primitivos en su simpatía por ciertas formas y procedimientos artísticos, y que por otra parte, el surrealismo, escuela a la que anduvo adscrito Picasso, hace de la magia una de las actividades más inmediatamente relacionadas con el oficio del artista.

**R**ESUELTO así este punto clave, no es difícil deducir el valor de las demás representaciones.

El personaje que aparece literalmente despedazado por las pezuñas del caballo —una cabeza cercenada, unos brazos extendidos, blandiendo uno de ellos una espada rota— es el miliciano defensor de la República. Desde un principio se le quiso definir como un Cristo víctima. En el primer estado del cuadro aparecía incluso dentro de una cruz. Al final, luego de una simplificación a rajatabla, se vió que bastaban los brazos en cruz para definirlo (*Fig. 18*). Merced a esta fórmula pictográfica, la adversísima e injustísima situación del personaje clama al cielo y despierta la compasión del espectador, calificando al mismo tiempo de anticristiano al catolicismo franquista. Mas dentro de su círculo de acción mágica, no ha dejado Picasso de jugar con las ambivalencias poniendo junto a la cabeza victimada, ostensiblemente, la herradura de una de las destructoras patas del caballo. Su objeto es contrarrestar su ofensiva mortífera y anular el maleficio que pudiera suponer para el miliciano —y a través de él para el ejército de la República— su representación en estado de vencimiento, proveyéndole de un talismán que le granjee la “buena suerte”. (*Fig. 19*).

Uno de los más violentos estímulos de emoción del *Guernica* proviene del grupo constituido por el toro, la madre y el niño. La actitud dominadora de este animal que aparece adueñado de la mujer, boca junto a boca y en actitud intencionadamente equívoca merced a la ostentación de sus símbolos sexuales, presta a la escena un grado de horror tal vez sin paralelo en la historia de la pintura. Todo ello, sin embargo, es pura apariencia. En realidad el toro, que representa la virilidad poderosa del pueblo español (*Figs. 8, 20, 21*) está protegiendo a la madre de la malevolencia franquista. Compárese esta escena con un documento del arte rupestre africano, recogido por Frobenius, en el que un elefante protege a su cría contra un leopardo y se verá cómo el sentimiento que ha guiado las manos de dos artistas tan alejados entre sí es parecido si no idéntico. (*Fig. 22*).

Ahora bien: como de la península ibérica se dice vulgarmente que tiene la forma de una piel de toro, lo que el pintor ha expresado al encajar dentro del contorno de este animal y de manera no poco forzada, la figura de la madre, constituye un jeroglífico sumamente preciso de España en cuyo centro se ubica Madrid, su capital. Quiere ello decir que le bastó al pintor asociar a la figura del toro la entidad materna para que en lenguaje gráfico la *madre* se le transfigurara en *Madrid*. Como por el tiempo en que se pintaba este cuadro estaba Madrid sitiada hacía meses por el ejército nacionalista, parece incuestionable que a esta situación alude la flecha que brota de las patas del caballo cuya intención coceadora es destrozarse a Madrid como ha destrozado al miliciano que la defendía. Esto es lo que con su presencia y valimiento está evitando el toro. Por tanto, si la expresión aflictiva de este grupo reclama hacia afuera, hacia el espectador, toda su commiseración indignada y todo su horror a causa de su bestialismo aparente, constituye hacia adentro un acto mágico de defensa e invulnerabilidad a favor de Madrid, un "no pasarán" como por entonces se decía, dirigido a la Imaginación creadora que trabaja en el artista y que de este modo se revela. Diáfana y claramente se comprende así por qué solía decir Picasso en aquella sazón que él no era sino un miliciano más que manejaba el pincel como los otros el fusil.

El último de los grandes personajes de la tragedia es el significado por la voluminosa cabeza y el busto de mujer que empuña la lámpara. Es, podría decirse, la idea fija y primordial del cuadro apareciendo tal como ha quedado desde el primero al último de sus apuntes, croquis y bocetos. La importancia que asume en el conjunto nos es revelada por su excepcional tamaño, por sus rasgos nobles y por ser la administradora de la luz. Representa a la República española, según se deduce claramente de uno de los aguafuertes de *Sueño y Mentira* donde un busto de mujer parecido, con los pechos asimismo al descubierto, es atacado con un pico de demolición por Franco (*Fig. 23*). La luz que empuña es el arma específica reclamada por el "oscurantismo" nacionalista personificado por el caballo agónico

contra el que se dirige, evidentemente para darle la "punta".

Las otras dos figuras de la derecha, la mujer en llamas y la que se escapa a tremendas zancadas de la quema, parecen desempeñar cometido de comparsas. La primera es como la imagen del infierno en que ha precipitado a España el falangismo. Se distingue la segunda por lo deliberadamente acusado de sus curvas traseras, lo que parece expresar, sin duda hacia lo que el caballo significa, un sentimiento tan poco delicado como concreto. A mayor abundamiento, en los cinco últimos estados tenía esta figura primero pintado junto a su mano derecha y luego prendido en su izquierda, un papel de uso estrictamente reservado. . . (Figs. 24 y 25).

Con lo cual, aunque rápidamente, todas las figuras han quedado, al parecer, dilucidadas.

Así pues, el *Guernica* posee, contra lo que generalmente se ha creído, una coherencia premeditada y profunda. Es un objeto poético de precisión, perfectamente elaborado con arreglo a un determinado fin, constituyendo una fórmula de conciliación entre dos exigencias divergentes: una, la voluntad de realizar un acto mágico en contra del franquismo y en favor de la defensa de Madrid y del triunfo de la República; otra, la necesidad de que dicho acto permanezca solapado con objeto de que la contemplación del cuadro produzca en cada individuo la emoción más intensa posible. Hay que tener presente que, sin que de ello se aperciba, el psiquismo profundo de cada espectador es requerido por el *Guernica* que le habla en el mismo lenguaje imaginativo en que le hablan a cada cual sus propios sueños, de manera que en la práctica cada cual contribuya con su descarga emotiva al fraguado del acto mágico allí descrito.

Todo ello explica con claridad el porqué de la contradicción antes señalada como propia de nuestra época cuya sensibilidad se manifiesta profundamente herida por esas misteriosas turbinas generadoras de emoción que son las figuras del *Guernica*, mientras que su conciencia no acierta

a abrirse paso a través de sus hasta ahora inexpugnables líneas de defensa.

Y una vez aquí deja de ser difícil comprender por qué Picasso ha permitido que el mundo se engañe creyendo las afirmaciones de Mr. Seckler, quien como buen angloamericano debió exponerle sus propios sentimientos acerca del caballo y del toro.<sup>5</sup> Picasso tenía que cultivar forzosamente el equívoco si había de conservar el misterio requerido por su lienzo. Es más, si se decidió a manifestar que los animales del *Guernica* eran simbólicos, debió sin duda a que estaba ya consumado el error interpretativo. Sin embargo, cuando Mr. Seckler sugiere en su entrevista que el toro —en otro cuadro— representa el fascismo, Picasso, por ser el yerro demasiado grave, se siente en el deber de corregirle para aceptar al fin, seguramente a propuesta de su interlocutor, que representa la brutalidad. ¿Por qué no? ¿O es que el pueblo combatiente no es mejor cuanto más bruto?

Supóngase, desde otro punto de vista, que hablando con entera franqueza, hubiera Picasso confesado que el caballo representaba el franquismo. Toda la trama quedaba

<sup>5</sup> No deja de ser notable el tono de superioridad con que el ingenio angloamericano Jerome Seckler se dirige en la referida interview al no tan ingenuo español Pablo Picasso, tratando de hacerle aceptar sus ideas preconcebidas acerca del simbolismo de las obras picassianas y hasta dándole lecciones sobre la vida interna del artista.

Resulta muy ilustrativo a este respecto ver como a fines de 1936, esto es, *cinco meses antes* del bombardeo de Guernica, se expresaba la mentalidad angloamericana por lo que se refiere al problema español y a sus símbolos zoomorfos. En el adjunto grabado (*Fig. 26*) del folleto "Spain" publicado en Nueva York por el United Youth Committee to Aid Spanish Democracy, aparece ya en juego el "toro del fascismo" y calificado con el mismo preciso término que empleará Seckler ocho años más tarde: "brutality". Parece indudable que bajo la presión de esa mentalidad angloamericana, Picasso, que se resistió bravamente a aceptar que el toro del *Guernica* fuera el concebido en Norteamérica con desconocimiento absoluto del alma española, es decir, que representara al fascismo, convino cortesmente en que significaba la brutalidad. ("No", said Picasso, "the bull is not fascism"... "No", he protested, "it doesn't represent fascism".)

Ahora bien, si esa brutalidad no es la del fascismo ¿de quién va a ser sino del otro contendiente, del pueblo español que contra él pelea?

al descubierto y, por consiguiente, en vez de ser el *Guernica* un cuadro que, ocultando su factura ideológica, generara emoción, se convertía incontinenti, como se está convirtiendo ahora para nosotros, en una obra cargada de sentido general que por ello dificulta la contribución emotiva, particular a cada individuo.

La explicación parece que no puede ser más convincente. Ocurre así que cuando hace pocos meses, a requerimiento de Mr. Barr se le presentan al pintor, a fin de que se pronuncie, las declaraciones que acerca del caballo y del toro él mismo, según se dice, confió a Mr. Seckler, enfrentadas a una frase de polo contrario, sacada de mi estudio, Picasso se niega a soltar prenda. De haber sido sinceras sus declaraciones a Mr. Seckler, carecía de razón para no haberlas sostenido. Al desconocerlas evidencia claramente que no concuerdan con la realidad. Es más, se da a la fuga: es decir, afirma entonces, contradiciéndose sin pudor, que las figuras del *Guernica* no poseen más contenido simbólico que el que cada espectador les preste. E intenta, viéndose cogido, una maniobra de diversión, manifestando, cosa que nadie le preguntaba, que ya no recuerda si el ave que figura en el *Guernica* es una paloma o un pollo, para inclinarse hacia la segunda alternativa. Salida graciosa, por cierto, verdadero quite desde el "burladero", pero en verdad absurda; sencillísimo es demostrar que se trata de una paloma.<sup>6</sup> ¿Qué es lo que esto significa? Simplemente que su secreto ha sido desnudado y que para encubrirlo Picasso echa mano de lo primero que se le ocurre. Mas al hacerlo así está confesando paladinamente que el sistema propuesto por la interpretación que acaban ustedes de escuchar ha entrado a saco en la fortaleza.

<sup>6</sup> Evidentemente el ave que figura en el *Guernica* ha venido a ocupar el puesto asignado al Pegaso sobre el toro en los bocetos iniciales. Es, pues, un ave de simbolismo noble asociada expresamente al cornúpeto y separada del caballo por medio de las líneas que se han convertido en el tablero de la mesa. Todo ello quiere decir que el toro es algo así como un toro alado o querubín definido de manera nada corriente. Como puede darse por seguro que el Pegaso del principio representaba la virtualidad o espíritu creador, nada más lógico que, al perder su figura de animal simbólico para vulgarizarse, cosa que dada la estética de Picasso tenía que ocurrir sin remedio, haya tomado la

A NADIE se le ocultará, después de lo dicho, que el *Guernica* es una obra de arte excepcional, de concepción distinta a cuanto estamos generalmente acostumbrados a ver con nuestros ojos. Y digo generalmente porque existe en mi conocimiento otro artista, el escultor Jacques Lipchitz, que, aunque con modalidad diferente, compone sus obras desde hace bastantes años con arreglo a un sistema en el que la plástica obedece asimismo al afán de entrar en contacto con la Imaginación creadora e intervenir en la marcha de los acontecimientos. En esto último, es bien probable que ambos, Picasso y Lipchitz, se equivoquen a la letra, pero de todas formas probable es que acierten en el espíritu. Su contribución a la transformación del mundo es, a mi entender, de otro género: se realiza mediante la aportación de elementos para la adquisición de conciencia en el campo psíquico, lo que a fin de cuentas acabará por modificar las relaciones humanas.

Pero ello no es obstáculo para que tomemos nota de lo que tal cosa significa: si hasta el presente, durante la época moderna, las artes plásticas han sido sobre todo una actividad atinente al orden físico a que pertenecen sus materiales, desde ahora puede decirse, y es la gran novedad de estos días, que el arte vuelve a ser, como en sus mejores tiempos, una actividad de orden psíquico, que en sus manifestaciones más elevadas trata de entrar en conexión, para expresarlo, con el psiquismo del mundo.

A este resultado llega el análisis que de la "parte de Dios" o parte inconsciente del *Guernica*, inconsciente in-

forma doméstica de la paloma que representa también al espíritu. Mas de esta manera el espíritu creador que en el primer momento era en la mente de Picasso de ascendencia pagana, queriéndolo o sin querer se le cristianizó como se le cristianizó el miliciano que, si en los primeros bocetos parecía ser el soldado de la crucifixión, poco después se convierte en Cristo crucificado en una verdadera cruz.

Precisamente ha sido el terror retrospectivo al Espíritu con cuanto significa, lo que le ha hecho decir a Picasso, tratando de curarse en salud, que el ave es un pollo. Ha "olvidado" que el *Guernica* representa la lucha del bien contra el mal en la que el pollo no pinta absolutamente nada. Por lo demás ya se demostrará en ocasión oportuna la inconsistencia plástica y general de afirmación tan descomedida.

cluso para Picasso, he intentado en mi referido estudio poético y que ni siquiera me es posible reseñar aquí.

Sí dire, sin embargo, que como resultado de dicho estudio, el *Guernica* se ha convertido a mis ojos en un objeto literalmente apocalíptico, revelador en estas postrimerías actuales, destinado a promover e ilustrar ese tránsito de un mundo a otro mundo que la conciencia humana está llamada a realizar en nuestra época. Más concretamente: su contenido, que en último aspecto no es propio de Picasso sino del pueblo español de quien en realidad procede el *Guernica* y a lo que debe sin duda su significado excepcional, anuncia el traslado del acento creador de Europa a América. En tal sentido, dicha composición sería un producto del Logos, esa entidad que, como el atomismo que tan extraordinarias muestras de vitalidad acaba de ofrecernos, fué concebida por la mente griega hace dos mil quinientos años, apareciendo ya diferenciado con Heráclito, tomando una forma particular con los estoicos y pasando con el helensimo a la religión cristiana quien por su parte no carecía sobre el particular de serios atisbos en la Biblia.

Pero esto supone una afirmación revolucionaria para la conciencia moderna sometida por entero a las realidades físicas: la existencia de un orden psíquico superior con arreglo a cuyos determinantes se organiza la materialidad del mundo, orden que sería para nosotros inconsciente pero que podría dejar de serlo merced a la adquisición de una especie de sentido intelectual dentro de un sistema de ideas presentido desde los tiempos de Juan Bautista Vico y que llamaríamos con los poetas románticos alemanes y con algunos modernos franceses el sentido de *videncia*.

El problema que, a mi juicio, se nos plantea referido al arte es pues un problema de psicología superior, mas no en el plano estrictamente individual ni en el que Jung ha definido como del subconsciente colectivo, sino en un orden universal de cosas no muy dispar de aquel que ha constituido el fondo de los fenómenos religiosos.

A este propósito y ayudándonos en caso preciso con el testimonio del poeta francés Jean Arthur Rimbaud, no sería difícil describir al detalle la extrema semejanza que

existe entre el proceso del arte de la pintura, o sea de la luz, a partir de mediados del siglo pasado, con los procesos transformativos del psiquismo que nos describe la teología mística. Es fácil percibir tanto en uno como en otro campo, cómo después de un momento inicial de euforia iluminada, que en la pintura corresponde al impresionismo, se realiza una desidentificación cada vez más profunda entre la conciencia y el mundo de las apariencias externas. En efecto, con diversidad de pretextos, la pintura se va alejando cada vez más de la realidad sensible, prescindiendo de ella para sumirse en lo abstracto, caminando por senderos pedregosos no exentos de cuando en cuando de profundas iluminaciones, y hallándose en estados a veces no muy disímiles de lo que suele denominarse la noche mística. El fin de ambos procesos es llegar por la vía unitiva a la identificación con el espíritu de universalidad.

No hay duda de que ese problema de la universalización de la conciencia es uno de los planteados con mayor apremio en los días que vivimos, apremio debido a que el retraso que padece en relación con los otros sectores de la actividad humana da origen a una multitud de catástrofes que cada uno de los vivientes estamos cada vez más interesados en alejar de nosotros. Tomada en su conjunto, la pintura moderna constituye el testimonio gráfico más fehaciente que poseemos del proceso transformativo que está sufriendo la psique genérica desde hace dos o tres generaciones en su marcha hacia la luz de un mundo nuevo.

He dicho que disponíamos también del testimonio de Rimbaud. En efecto, éste en su carta célebre propone la adquisición de la *videncia* mediante el "desarreglo largo, inmenso y razonado de todos los sentidos". Notoriamente esa descripción corresponde, como se expresa con mayor detalle y argumentos convincentes en mi tantas veces referido estudio, al largo, inmenso y razonado desarreglo que ha sufrido el arte de la pintura desde el año 1871 en que escribía esto Rimbaud, hasta nuestros días. El fin, por consiguiente, de este proceso desintegrador es llegar a la *videncia*. Cosa que por fin se ha conseguido, a mi parecer, en el *Guernica*.

No es posible detenerse aquí en la discusión de un problema tan arduo y complicado como el expuesto. Basta con enunciarlo, insinuando que por sus vías pudiera encontrarse salida a la difícil situación de conciencia planteada actualmente en los dominios del arte. Porque la desorientación visible en este horizonte en nada le cede a la que reina en los más confusos sectores de la actividad humana. Se proponen algunas iniciativas pero sin que ninguna aporte solución valedera. Es evidente que cuando se habla de arte social, cosa que ocurre en México con frecuencia, se está designando un aspecto parcial del arte, pero no el arte en su realidad más excelsa, donde a mi juicio se sitúa el *Guernica*, sin que por ello deje de contener éste un marcado sentimiento social. Y es que en pintura, como en las matemáticas, por ejemplo, existe una gama inmensa de posibilidades. Porque así como los números y sus relaciones pueden servir para multitud de oficios, desde sumar las cuentas elementales hasta el cálculo diferencial y las ecuaciones einstenianas que nos han puesto en comunicación con la esencia de la materia, pasando por la construcción de puentes y el recuento de las cabezas de ganado, algo parecido ocurre con el empleo de formas y colores propio del arte de la pintura. Pero al artista en su expresión más elevada lo que en verdad le interesa son las posibilidades últimas del arte, aquellas que lo justifican en el mundo psíquico superior dándole acceso a su esencia, realidad a la que han aspirado sin excepción cuantas generaciones nos han precedido. Y aquí es donde, a lo que entiendo, el *Guernica* abre perspectivas nuevas, permitiéndonos concebir la posibilidad de que la profesión humana del artista adquiera una dignidad y una nobleza incomparables. ¿No se trata acaso de individuos que trabajan a su propia y terrible costa, por las vías de la libertad, en los problemas que, por ser humanos, no son de uno sino que son de todos?

Esto es lo que quisiera dejar bien sentado antes de terminar mi intervención en esta sesión memorable: mi fe en la existencia de ese arte superior, verdadero arte de Nuevo Mundo. Mas fe no basada en principios irracionales, sino establecida, por el contrario, sobre experiencias precisas y cada vez más concretas, una de las cuales es el análisis del

*Guernica*. Se advierte en ese análisis cómo fenómenos absolutamente independientes entre sí en el plano físico, muestran en el psíquico una convergencia sorprendente que los aúna, permitiendo introducir súbitamente el orden, según frase de Henri Poincaré, allí donde reinaba la apariencia del desorden.

Ese orden es el orden creador, poético, siendo por consiguiente el arte, por derecho natural, el camino para que la conciencia pueda penetrar sus secretos más hondos y el ser humano desarrollar aquellas actividades de las que depende la creación de una sociedad y un mundo nuevos: el tercer mundo o mundo del Espíritu. Este creo que es el mensaje que a través del *Guernica*, la España traicionada y todavía clamando justicia, ha revelado a la universalidad de los pueblos. Y la creación de esa sociedad y de ese mundo nuevo se sitúa, no por capricho personal, sino por exigencias de ese orden —he aquí una de mis convicciones más arraigadas— en este continente que pisamos.

## DE ALGUN TIEMPO A ESTA PARTE

### MONOLOGO

Por Max AUB

*El decorado representa un salón. La actriz aparecerá acurrucada en un sillón. Tan pronto como habla, los maquinistas empiezan a desmontar el decorado y la protagonista a fregar el suelo. Al alzarse el forillo queda patente el escenario desnudo. Cuando los obreros han dejado la escena vacía empiezan a plantar un pobre cuartucho abuhardillado, con un camastro y una silla por todo ajuar. Todo ello con el menor ruido posible. Entre bastidores pasan las personas que generalmente se mueven por allí: traspuntes, actores, etc. . . . Páranse a veces a escuchar, otras atienden a sus quehaceres. El electricista prueba luces, lo cual las permitirá apropiadas al monólogo. Al final la actriz se quedará sola. Muévase sin más acotación que la de su genio. Es de noche.*

*Es en Viena, y en 1938.*

### EMMA

**T**ENGO las manos agarrotadas; las puedo mirar como si no fuesen mías, rojas, oscuras. Y yo estudié, mi título estaba en un marco de caoba. . . Era en la otra vida. Me quedé enrollada por el frío, las manos heladas; ya no me desnudo más que para lavarme por la mañana. Eso sí, me sigo desnudando del todo. Eso no me lo podrá quitar nadie, nadie.

Digo nadie, y ¡quién sabe! Ahora no se sabe nada: esta es la cuestión, no se está seguro de nada. Ahora mismo puede venir un policía, un agente, un portero, un cual-

quiera, un S.S. un S.A. y prohibirme que me lave por la mañana. Y no estamos en Alemania, no, sino en Viena. En Viena, y en 1938.

Parece que cuando se tienen los miembros más cerca los unos de los otros se está más caliente. Esto me recuerda cuando Adolfo decía que las personas muy altas deben tener más frío que las menudas, le hacía gracia decir eso y a mí oírlo. Lo decía por mí, que soy tan pequeña, y por él que era tan buen mozo. Un año fuimos a patinar a Grünewald, ¿qué año? No me acuerdo. Pero era antes del nacimiento de Samuel, así que hace más de veinte años. ¡Oh! por lo menos hace treinta. Yo llevaba mi abrigo de astrakán, con el cuello de skuns; sí, ahora lo recuerdo muy bien, era el año nuevo. Casi treinta años, hace ya casi treinta años y es como si yo me levantara ahora mismo y me fuese a poner el abrigo y aquel gorro de piel adornado con un ramo de violetas de Parma, y el manguito. Creo que me acuerdo de todo eso por el manguito, las embocaduras eran de seda blanca, y tenía un bolsillo dentro. Era muy caliente. ¡Qué envidia la de Marta! Aquel abrigo me sentaba muy bien. Ana me desaconsejaba que me lo hiciese tan entallado. Pero yo sabía lo que quería y me empeñé. Siempre he sido un poco tozuda. Adolfo me lo echaba en cara, sonriendo, con sólo repetir mi nombre: —Emma, Emma ¿no te parece...? —No por eso daba mi brazo a torcer, claro está. Su tono de voz, tan grave; me parecía oírle con el pecho abierto de par en par.

No tengo ni una manta de lana, sólo dos viejas, viejas de algodón. Y hace tanto frío. ¡Oh! Adolfo, perdóname si sigo pensando alguna vez, en suicidarme. Sabes que no lo haré nunca a pesar de Emilia Kühne. Tú me retienes y me detendrás si algún día estoy todavía más desesperada. ¡Pero tengo tantas ganas de estar contigo, tantas ganas!

¿Te acuerdas de Trieste? ¿Y de Salzburg? ¿Y de aquel teniente de caballería? ¿Te acuerdas, di? Si no hubiese recuerdos ¿para qué se viviría?

Debo decir muchas tonterías: —Emma, Emma... Perdóname, pero esto es tan terrible, tan espantoso. Estoy sola, Adolfo, sola. Tú no sabes lo que es eso. En las horri-

bles historias de la guerra que contabas, siempre tenías compañero. Para mí los otros soy yo, sola, y los muertos.

Estás muerto, Samuel está muerto, y yo viva. ¿Para qué? Para sufrir, sufrir en la miseria. No te puedes figurar en qué miseria. . . Pero sí lo sabes, porque estás ahí. Sin eso ¿qué sería de mí? Se lo dije el sábado al padre Neumann, cuando me confesé.

Te voy a contar una cosa que me dijeron ayer, para que la repitas allá: Schussning, el canciller sigue detenido en el Hotel Metropol. ¿Sabes lo que han inventado los nazis? Han instalado un altavoz en el techo de su cuarto, para que que no lo pueda romper, supongo yo. Y todo el día se oye a sí mismo. Todo el día, toda la noche, sin cesar, venga y venga. ¿Te das cuenta, no? Sus discursos, los de nuestra independencia, "Austria será siempre libre". ¿Por qué habrá creado Dios tales monstruos? Yo no lo creía, pero la señora de Schulte, que es una de las que todavía se porta medio decentemente, me lo ha asegurado; lo sabe por el novio, o lo que sea, de una hija de su patrona, muy bien visto en el partido, y que va, de cuando en cuando, al hotel. ¿Te das cuenta, no? Ya se que sí, y que no te enfadas si sigo con mi tranquilo. Creo que cuando estemos reunidos para siempre seguiré diciéndote: —¿Te das cuenta, no?—, para que te burles de mí. . . De día y de noche. Los discursos relativos al Anschluss, quizá no los oiga. La verdad es que nos crece un caparazón. Como a una tortuga.

¿Qué he hecho hoy? Como todos los días, desde que estoy aquí, en el teatro; pero con más frío. No puedo mover los dedos. Creo que ya no llegaré a entrar en calor. ¡Qué lástima que no puedas calentarme soplando entre las manos! Estoy aquí desde la media mañana, limpiando y limpiando. Menos mal que estás aquí conmigo. Si lo supieran se reirían de mí. Sobre todo esa tonta de Marta. Siempre quiero hablarte de ella, pero te parecería que veo visiones. Siempre la defendiste, ¿no? Siempre la disculpabas. La verdad es que era más atractiva que yo que, en el fondo, estoy segura de que la querías un poco. Al estar los tres juntos me parecía que la que sobraba era yo. No me riñas porque te lo diga hoy. Tu más antigua ami-

ga, como decías. Era verdad, pero no servía para nada. Por otra parte ¿cómo hubiese explicado yo una ruptura? A la tía Raquel, a la mamá, a todos. No podía ser. ¿Tú crees que ella no se daba cuenta? Su principal talento era hacerse la desentendida. Perdóname tantas tonterías. Tengo mucho frío. Seguramente tenías razón cuando hablábamos de Marta. Entonces, ya no te la daba tan fácilmente; pero hemos sido muy felices. Como si hubiésemos llegado a lo alto de una montaña. Aquel verano que fuimos a Suiza y subimos a la Jungfrau...

¿Verdad que Samuel no lo era? ¿Verdad que no es posible? Se ha muerto, lo han enterrado, ¿te das cuenta? Enterraron a nuestro hijo, te enterraron a ti y yo estoy viva, todavía. Tú me lo explicabas: el Señor lo había llamado. ¿Por qué no a mí? Luego vino lo tuyo, luego lo de la casa, y aun estoy aquí limpiando este teatro. ¿Tú te lo explicas? Yo, no. Nunca hubiera creído que eso fuese posible. Tú eras mejor cristiano que yo. Porque yo quisiera vivir sólo por ver como acaba el mundo con ellos. Pero ¿verdad que Samuel no lo era? Cuando voy por la calle y veo o recuerdo las cosas que pasan tengo ganas de gritar: ¡No quiero que me consuele nadie, nadie! Quizá porque te llevo en el corazón. Que no me consuele nadie, que nadie rebaje mi pena. Nadie me consuela, esa es la verdad.

Soy católica, tú sabes que soy católica desde lo hondo, a pesar de nuestra sangre. Esa sangre que siento hervir en mí como si no fuese mía, y que me saca de quicio, y me enfurece. Ya sé que es pecado. y siempre me acordaré del día en que rompí la fuente azul. Nunca me cansaré de pedirte perdón por aquello, pero me levantó una ola de no sé qué y la rompí contra el suelo, y la comida se esparció por el piso. ¡Qué lloradera me dió! Ese mismo impulso que sólo había sentido una vez en mi vida me reconcome muchas veces. ¿Tú crees que es la vejez? Si estuvieses a mi lado no me podrías sufrir. Ya sabes que no es verdad, porque he aprendido, a la fuerza, a aguantarme. Quizá no te lo creas pero hasta me da gusto. Por eso no quiero que me consuele nadie. Debe ser pecado. ¿Te das cuenta, no? A veces me dan ganas de ponerme a gritar en medio

de la calle. ¿Tú no puedes suponer eso de mí, verdad? Doña Remilgos, como me llamabas cuando me querías hacer rabiarse un poco. Daría cualquier cosa por saber si Samuel llegó a ser de ellos o no. ¡Cómo iba a serlo, si era hijo nuestro! Lo que sucede es que era un chiquillo, aun no había cumplido los veinte años. Y en seguida nos volvimos viejísimos. Tampoco era yo ninguna niña cuando lo tuve. ¿Te acuerdas de la cara que puso Marta cuando se enteró? Y tú aún decías... "Era una criatura, se debió de dejar enredar". ¡Cómo iba a serlo, si él sabía la sangre que llevaba adentro! Morirse antes de los veinte años... A veces el frío me hace el efecto de una manta. ¿Ves mis manos? Decías, ¿cuántas veces?, que mis manos eran finas y largas; míralas. Callos y sabañones. Sabañones, ¿recuerdas?, la prima Emilia nos recomendó que metiéramos las manos o los pies en orina todavía caliente para curarlos... Yo no quise nunca. Es una porquería.

Tú que estás allí, del otro lado: ¿qué les hacen? Debe de haber un infierno especial para ellos. Peste. Y Samuel, allá en España, enterrado. Hijo nuestro que debes estar en los cielos, porque no es posible que fuera de ellos. Y si fué, es otro horror que les debemos. ¿Te acuerdas cuando lo llevamos al mar por vez primera? ¿Y de cuando tuvo la pulmonía? ¿Y el día en que fumó su primer cigarrillo en la mesa? Se lo di yo y tú se lo encendiste. El se reía. No era muy alegre, pero sí muy bueno. Antes de cumplir los veinte años. ¿Te das cuenta de que si yo me hubiese muerto antes de los veinte años no te hubiese conocido? Su vida que no ha sido ¿dónde está?, ¿quién la disfruta? Segaron mis nietos en flor. No hay infierno para ellos. No quiero que me consuele nadie. Creo que Dios no me puede castigar, cuando todas las medidas están colmadas.

Duermo en un cuchitril, y aun gracias. Pero el agua gotea en la jofaina, toda la noche. Las primeras noches no me dejaba dormir. Mañana tengo que ir a casa. A limpiar el comedor, nuestro comedor, Adolfo, nuestro comedor que ahora es de esos. ¿Sabes que esta mañana llegó el hijo mayor? Me saludó atentamente, pero con compasión. Y yo no quiero que me tengan lástima, nunca. Por eso no lloro. Enceraré el comedor, mañana, a las seis de la maña-

na, ¿te das cuenta, no? Le quitaré el polvo a TU sillón, limpiaré los platos que nos dió Arnolde, los cacharros que nos regaló para nuestra boda la tía María. Lo haré como si fuese para mí. Como si la criada se hubiese marchado al pueblo, por unos días. Pero no: la criada soy yo. Yo. Criada en mi casa, en lo que era mi casa. Limpiaré el sillón de mi marido para que se siente un patán, que me mira de arriba abajo y se ríe: —“Aun puede usted dar gracias de que no la hayan seguido haciendo barrer la calle”. Perros, perros, perros. Yo no sé si está bien que yo me alegre de poder tocar, todavía, los cacharros. ¿Te parece que está mal? Duermen en nuestra cama, Adolfo, entre nuestras sábanas. Y se han puesto a gastar las de mi madre. Sólo las usamos una vez. ¿Te acuerdas? Fuiste a Berlín y yo no pude acompañarte; yo arreglé la casa para tu vuelta. ¡Qué gladiolos puse en el florero grande del salón! ¿Por qué se hundió así nuestra vida? Debiera de estar muerta. A veces pienso que Dios me hace vivir para ver su venganza. Pero muchas veces desespero. Dicen que este invierno va a ser más largo que los otros. ¿Tú qué crees? ¿Qué le pasaría a Samuel en Barcelona? Nunca supimos si murió en la cárcel o en un campo. ¿Sabes que he vuelto a ver a Ricardo Richter? ¿Te acuerdas cuando empezamos a no tener noticias de Samuel? Ni tú ni yo queríamos hablar de ello. Cada cosa que decías, por corriente o sin importancia que fuese, me sonaba a: —¿Por qué no escribirá el chico? A ti debía sucederte lo mismo. No teníamos otra cosa en la cabeza. Hasta que vino la carta de la Cruz Roja. Entonces descansamos en el dolor. Dejé de sentir mi corazón, porque, hasta entonces, cada vez que traían el correo o abría un periódico yo oía mi corazón y me hacía daño el pecho; y, además, tenía miedo de que tú lo notaras. Un día que el diario trajo noticias de las barbaridades de los rojos, en Barcelona, yo escondí el periódico, te dije que lo había empleado en la cocina, y tú me reñiste un poco: —“¡Una mujer tan ordenada como tú!” Estar todo el día en vilo, y cada noche más desesperada; un día más sin noticias. ¡Qué espanto! Y pensar que ellos tienen la culpa, ellos. ¿Te das cuenta, no? Primero, sin saber, se lo achacamos a los otros. No quiero que me

tengan lástima, pero quiero que Dios los castigue eternamente. ¡Cómo he cambiado, Adolfo! Pero tú me reconocerías, las que no conocerías serían mis manos. Por la noche gotea el grifo y no hay manera de evitarlo.

Como te decía he vuelto a ver a Richter. Me ha explicado muchas cosas. Parece que cuando empezó la guerra civil, en España, ellos se sirvieron de las embajadas extranjeras como de refugios, y que el gobierno republicano las respetó, y que allí se organizaron y procuraron mandar noticias. Y que algunos se sirvieron de la valija diplomática para eso. Y para mandar su dinero afuera. Valores, joyas, todo lo que podían, así se exportaron millones y millones. Eso explica que vigilaran a Samuel. Lo que dice Richter es que Samuel, por el cargo que ocupaba debía de saber o sospechar para qué utilizaban la valija. Aunque fuese un consulado y no la legación. Mientras nuestro país fué un país, los republicanos respetaron ese tráfico, pero en cuanto dejamos de serlo, intervinieron y es cuando detuvieron a Samuel. Lo mató el Anschluss, como a ti. Aunque quizá lo que él hacía no estaba bien hecho. Pero yo creo que no se podía negar. Yo no sabría explicártelo con la claridad que Richter lo hizo. Estábamos sentados en un banco de la avenida, así veíamos si se acercaba alguien. Cada vez que pasaban hablábamos de otra cosa, de Greta o de Magda, por ejemplo. Como él ve mejor que yo, a veces me quedaba extrañada de las cosas que, de pronto, me decía. Lo que desde luego no me pudo aclarar del todo es si Samuel era o no era. El cree que no. Pero no sé si me lo dijo para serme agradable. Parece que en el extranjero no eran tan mirados en eso de la limpieza de sangre. ¿Te acuerdas de lo orgullosos que nos pusimos cuando nos escribió que le habían nombrado secretario del consulado? Claro que no era un nombramiento oficial, pero de todos modos nos sentimos halagados: secretario del consulado de Austria en Barcelona. Tú te burlaste un poco de mí, pero, en el fondo, bien que te gustaba. Richter me ha contado muchas cosas de aquella guerra, que todavía sigue. Por lo visto fué diferente, aunque casi lo mismo. Y eso que aquí no ha habido guerra de verdad. Richter dice que ya vendrá. Quisiera vivir para verlo. ¿Te das cuenta, no?

Soy yo la que te dice esto, doña Remilgos. Cuando vinieron por ti creo que no era capaz de desearlo. Ha venido luego, poco a poco, como una ola. Por eso no quiero que me consuele nadie, nadie. ¿Y quién me consolaría? Si miramos bien las cosas, nuestro hijo ha muerto en una cárcel de los rojos y tú fusilado por sus enemigos. ¡Tú, fusilado! ¿Te das cuenta? ¡Tú! Dan ganas de reír. Tú, fabricante de artículos de celuloide. Tú, fusilado por razones de política, por delirios de raza; tú, mi marido, que jamás había votado. —“Eso no me interesa. Pídele a Dios que el negocio siga adelante y déjate de historias que no han sido hechas para nosotros”. “No hagas a nadie lo que no quisieras que te hicieran”, ese era tu lema. ¡Cómo te aprobaba yo! Cómo te defendía cuando el primo Horowitz quiso convencerte de que ellos eran una plaga del mundo. Y ¡cómo aseguraba yo que todos los políticos eran unos viva la virgen, que el mundo estaría mucho mejor sin política! A veces me pregunto si esa actitud nuestra, la mía sobre todo, no fué la causa de que Samuel se dejara embarcar tan fácilmente en aquel juego sucio. . . Otras veces pienso en que si nuestros padres no hubiesen cambiado de religión. . . Perdóname, hablo y hablo sola y ya no sé lo que me digo. Rezo cada noche tres Padresnuestros y tres Salves por vuestras almas.

Después del Anschluss cambiaste de manera de pensar, pero yo no. Hoy sería capaz de cualquier cosa, hasta de matar. Sí, Adolfo, no te apartes de mí. Soy yo, doña Remilgos, la que te sigue hablando. ¡Tantas veces desesepero de todo! ¡No saber, de verdad, dónde estáis enterrados! No saber si os enterraron en ataúdes, o si la tierra. . . Cada vez que llueve, pienso que el agua atraviesa la tierra y os corre por las mejillas. Teníais la misma cara y me la represento bajo tierra, en la tierra. Sí, Adolfo, sí, no te apures. Sigo creyendo en Dios Todopoderoso, que está en los cielos; sigo creyendo con toda mi alma. No sé qué sería de mí si no creyera. Quiero creer y creo. Siempre negué que os parecerais, sabiendo que era verdad, para hacerte rabiar un poco y porque me gustaba que me dijeran que mi hijo se me parecía a mí. Pero estoy segura que si ahora estuvieseis vivos y pasarais por la pastelería de

Cristina Goetz, ella saldría a la puerta, con su traje de hace dos temporadas puesto a la moda de hoy, y os diría con su media lengua: —“Tan bu-uen moozo co-omo su-u padre”. Y se volvería a mí: —“Ve-erdad que-querida?”. Igual que hace veinticinco años se lo decía al tuyo, metiéndote su pechazo bajo las narices. Pero me preferiste a mí.

Tengo que contarte otra cosa: cada mañana subo los ciento dieciocho escalones de la escalera de casa. No me dejan subir en el ascensor. No sé si lo han prohibido oficialmente; pero el portero, que ha ingresado hace poco en el partido, y que, por lo visto, quiere hacer carrera, me lo gritó hace días: —“Estaría bueno! ¡No los dejan bañarse juntos y entraría ahí, donde se codean!”. Desde su punto de vista no deja de tener razón. Llegará un día en que no nos dejen comer pan amasado que estará sólo para bocas puras por sus dieciséis costados. Pero no es esto lo que te quería contar, aunque es una cosa de la escalera. Al doctor que vive ahora en el entresuelo, no le conoces. Pero a los del principal, a los Weber, los recuerdas, ¿no? ¡Hay qué ver lo que hiciste por ellos, y yo les presté la vajilla azul para la fiesta que dieron el día de los esponsales de su hija mayor; seguro que a ti se te ha olvidado. Pues bien, abrieron la puerta, el otro día, cuando yo estaba descansando en su rellano. Abrieron, me vieron y volvieron a cerrar. Yo seguí para arriba y me paré en el descansillo del tercero. Debieron entreabrir la puerta y oí como dijeron: —“Ya se ha marchado. Menos mal. Yo no sé como esa gente no se da cuenta de la diferencia de los tiempos”. ¿Te das cuenta, Adolfo? ¡La diferencia de los tiempos! ¡Y no hace aún año y medio que me pidieron prestada la vajilla azul! Arriba vive un arquitecto, en el piso que era de aquellos ingleses. El primer día me ayudó a subir el último tramo. Es un austriaco verdadero. Enfrente vive, y eso es lo que quería contarte, pero con tantas cosas todo se me va de la cabeza, enfrente vive uno que fué amigo de Samuel: Franz Vollmer. No sé si te acordarás, uno alto y moreno. Yo me alegré al verle, le saludé y hasta le tendí la mano. El iba de uniforme. Ya sé que hice una tontería. Pero es que ya no puedo pensar las cosas. Iba con otro señor, de más edad. Le dijo: —“No sé como permiten

que entre 'esto' en una casa decente". Entonces yo le dije, cobardemente: —"Se enteró usted de que Samuel ha muerto en la cárcel, en Barcelona?" ¿Sabes lo que me contestó? Pero yo lo merecía, por rebajarme tanto: —"La culpa es suya. Cuando se lleva la sangre que lleva en las venas, se muere uno de vergüenza antes de nacer". ¿Comprendes? Yo quería hablar de Samuel con alguien, con quien fuera. Te lo cuento para que me regañes. ¿Tú crees que ese chico pensaba eso de verdad? Porque si es así, es todavía peor que si hubiese sido por miedo. El miedo, que es lo que persigue a todos, a todos. Como dijo ayer Sofía: —"Están envenenando a todo el país. Envenenando a los vivos y a los muertos". No hay veneno como el miedo.

Hablo y hablo y hablo. Siempre me ha gustado charlar, bastante que te burlabas de mí, aunque no muy en serio. Toda Alemania se ha vuelto ciega y sorda. Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. Ya no tienen miedo de Dios sino de sí mismos. Ya nadie tiene miedo de Dios. Ni ellos, ni nosotros. Ellos porque persiguen y matan, nosotros porque tenemos sed de venganza y no queremos que nos consuelen. Cuando me pongo a rezar sólo oigo: ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? . . . Y el odio martillea mis sienes. Todos los viejos han perdido la esperanza. Ya ves Emilia Kühne. Pero tú no sabes todavía lo de Emilia. Luego te lo tengo que contar, recuérdamelo. Antes te hablaba de Richter. Yo creo que ha vuelto de España para seguir trabajando en política. No sé si es social-demócrata o comunista. No me he atrevido a preguntárselo. Además son palabras que yo no sabría pronunciar de verdad. Parece que allí, en España, la república era un poco como la nuestra y que ellos quisieron tomar el poder, como aquí; pero Alemania está lejos y no pudieron impedir que el pueblo se opusiera. También me habló de lo de las Brigadas Internacionales. Es gente que ha venido de todas partes de la tierra. ¿Comprendes, no? Fueron a pelear a España no sólo por los españoles sino por la libertad de todos. Eso me hizo mucha impresión. De todas partes y sin que supiesen sus nombres. Y no porque los quisieran esconder, como dicen que se hace en la Legión, sino porque no les importaba que se supiese como se llamaban. Nos-

otros creíamos que eran mercenarios, pero resulta que no. Que van porque sí, a defender una idea. Y mueren allí, en tierra española, sin que nadie sepa cómo se llaman de verdad, porque a veces sus nombres son demasiado difíciles de pronunciar. Los llevó la esperanza y la fe. Entonces yo le dije, y me parece que estuve bien: —“La fe, la esperanza y la caridad”. Me dijo que yo tenía razón. A ti qué te parece? Me contó dos o tres cosas tremendas de ellos. Cuando una ha pasado aquí lo que ha pasado y se ha quedado completamente sola, como yo, que le cuenten a una cosas como éstas le da gusto, aunque sean historias de muerte. Me dijo que cuando llegaron a España los primeros tanques, los españoles no sabían servirse de ellos. Y fueron unos voluntarios, los unos jóvenes y otros que habían hecho la guerra del 14, los que se encargaron de manejarlos. Eso fué al principio, que luego, como es natural, aprendieron. ¿Te acuerdas de la guerra del 14, Adolfo? Nos pusieron el teléfono tres días antes de la movilización. Tú te marchaste el primer día. ¡Qué bien te sentaba el uniforme de oficial de ingenieros! ¡Cuánto tuve qué hacer por entonces! ¡La comida de los niños, y cuántas cosas más! Y mis hermanos, soldados franceses. ¡Pensar que Enrique o Guillermo te pudiesen matar! A veces me quedaba quieta, con el periódico en las manos, calentándome la cabeza. Te he hablado muy pocas veces de ello porque comprendía que no podía gustarte que odiara tanto la guerra que estabas haciendo. Además por aquel tiempo tuve el aborto. ¿Recuerdas? ¡Cómo no has de acordarte! Y nos fuimos a aquel pueblecito, a sesenta kilómetros de Viena. Aun lo estoy viendo. Y la casita. Entonces ya eras comandante, y te habían condecorado. ¿Te acuerdas lo orgullosa que me paseaba de tu brazo por la plaza del pueblo? ¿Cómo hubiese podido hablarte entonces de mi odio a todas las guerras? Además siempre había creído que era cosa de hombres, y que, en el fondo erais unos brutos. Ahora creo comprenderlo mejor. Ganaste tres condecoraciones. ¡Para lo que te han servido después! Tú no eras partidario de la guerra, pero una vez empezada querías que ganara tu país. No volvimos aquí hasta 1919. Todo había cambiado, me-

nos nuestro piso. Luego todo se fué olvidando, olvidando... Pusiste la fábrica.

Creo que ahora tengo un poco menos de frío. ¿De qué te estaba hablando? ¡Ah, sí!, de España. Tú sí que sabías lo que era un tanque. Los internacionales también. Un día destrozaron las líneas enemigas. Los soldados españoles casi se habían quedado sin oficiales, por causa de su rebelión, y no sabían, todavía, seguir los artefactos aquellos. Por una cosa o por otra, los que coducían las máquinas, todos voluntarios extranjeros, jóvenes y viejos, antiguos soldados, obreros de París, de Berlín, de Cuba; campesinos de todas partes, se encontraron solos en medio de las líneas fascistas. Al no ver a la infantería decidieron volver atrás. Pero como no conocían bien el terreno se perdieron. Habían vuelto al terreno leal, pero no lo sabían. ¿Te das cuenta, no? Estaban ya a salvo, pero no lo sabían. Se les acabó la gasolina. Entonces bajaron de sus carros y los destruyeron. Y cuando los republicanos venían hacia ellos y como aquéllos todavía no tenían uniformes distintos de los sublevados, los voluntarios, creyendo que eran fascistas uno después del otro se levantaron la tapa de los sesos: para que no los torturaran y les obligaran a decir lo que sabían o a inventar lo que ignoraban. Porque, además, entre ellos, había alemanes con familia en el Reich. Y rusos. ¿No te parece una historia terrible? Y una historia maravillosa. Nunca se sabrá quiénes fueron, ni cómo se llamaban. Es lo contrario del miedo. Dice Richter que a eso se llama solidaridad, y que han quedado enterrados allá más de veinte mil. Veinte mil madres que lloran porque no saben dónde están enterrados sus hijos, pero veinte mil que saben por qué lo están. Veinte mil madres que tienen la seguridad de que sus hijos no eran de los otros... Que no están en la duda, como yo. Pero ¿verdad que no es posible que Samuel estuviese de acuerdo con ellos? Y, sin embargo, ¿ya sabes que a Grossmann le han dejado la fábrica? Y el banco. Sólo que ha cambiado de nombre. Y no quiere saber nada de nosotros. Su dinero le ha costado. Yo acepto cuanto el Señor tiene a bien enviarme como sufrimiento, pero hay algo en mí que me empuja a gritar el dolor de mis heridas. Ya sé que no

me oyen ni estas paredes. Quizá me oiga Susana, allá en América. ¿Sabes que no dejan marcharse a los Lowenthal al Brasil? Tienen todos sus papeles en regla, pero exigen que paguen las contribuciones de lo que poseían, de todo lo que les han quitado. Como les quitaron cuanto tenían, no pueden pagar. Fueron a ver a Grossman para que les ayudara. No los quiso ni recibir. Cuando se muera se le llenará el esqueleto de mugre y será roído hasta el infinito. No te lo quería decir todavía, pero Susana me ha escrito, desde Chicago, diciéndome que haga todo lo posible para intentar salir, que ellos me mandarían el dinero que me haga falta. En seguida vinieron los de la policía a decirme que acepte. Lo mismo hicieron con la tía María, y cuando recibió los dólares se quedaron con ellos, para pagar sus impuestos. . . Tan pronto como se te llevaron por segunda vez fueron a la fábrica, hicieron un inventario y se incautaron de cuanto había. Luego trajeron las facturas de todo y hubo que pagarlas como si hubiésemos comprado lo nuestro. Walter intentó protestar: le enseñaron el inventario. Como no quedaba dinero el jefe de grupo se quedó con todo. Elsa me dijo que aun tuve suerte: a su padre le han puesto a trabajar en uno de sus tornos, hasta que pague con sus jornales los impuestos por la muerte de von Rath. Dicen que ellos mismos lo hicieron asesinar. De una vez se deshacían de él, porque les molestaba, y echaban la culpa a los judíos. Von Rath. . . ¿Te acuerdas, no? Yo había dejado el pastel a medio hacer. Me fui a casa de Marta. Al desembocar en la avenida vi venir hacia mí un grupo de gentes; no eran muchos, no. Gritaban por el medio de la calle, hacían parar los coches y los tranvías. Un guardia, a mi lado, se subió a la acera y se cruzó de brazos. Yo me quedé quieta, cerca de la pared, esperando a ver qué pasaba. Me cogieron del brazo, intentando arrastrarme, para que fuese con ellos, pero yo ya me había dado cuenta de qué se trataba y les dije que no me encontraba bien. Y me dejaron. A mí nunca se me ha notado. Recuerdo que el cielo estaba bajo y que se arremolinaron unas hojas de papel. Yo estaba temblando, tenía frío. Pero no como ahora, porque ahora ya no tengo miedo. No, no tengo miedo. El miedo ahora es de todos. Lo que tengo ahora

es odio, y eso calienta. Se oían rumores, a lo lejos, y yo no podía ni volver la cabeza. Luego me fui, de prisa, de prisa. ¿Por qué te vuelvo a contar esto? ¿O supuse siempre que lo sabías y no te lo conté nunca? ¿Qué habría andado? ¿Veinte pasos? En seguida vi las tiendas destrozadas. Por lo menos diez. ¿Te acuerdas? Al lado de la de Schlesinger estaba la de los viejos aquellos de Bratislava que vendían ropa hecha, luego la quincallería de Fuchs y la sombrería de aquel buen mozo de Berlín que se quiso casar con la hija de Marta, y, del otro lado, el café y la tintorería de los Schiller. El centro de la calle estaba lleno de gente, por la acera los cristales rotos. Parecían espejos y en ellos se veía el cielo. Edmundo, el hijo mayor de los Schiller, con su cara cerrada, barría la acera, frente a su casa, muy serio, con los ojos bajos. Me vió y no dijo nada. Un hombre le miraba muy fijo y se reía; sacó una piedra de no sé donde y rompió el espejo que había a un lado de la entrada de la tienda. —“Trabaja, hijo de perro, —le dijo—, que nada te cuesta”. A algunos debió de darles vergüenza, porque dieron media vuelta y se fueron. Yo no me podía mover. En la tienda de Fuchs no había nadie y por la acera corría un reguero de sangre, dos chiquillos miraban aquello, muy serios. —“Yo lo he visto —dijo uno de ellos—, quiso pegarle a un S.S.”. La gente se arremolinaba otra vez y yo, aunque hubiese querido, ya no podía pasar. Tenía miedo de que me reconociera algún vecino. Todo eso por aquel reguero de sangre. —“Sangre de cerdos”, como decían. —“Lávalo”, le ordenaron a Edmundo. Este seguía barriendo como si no se enterara de lo que estaba pasando. —“¡Qué lo friegues”, le gritaron dos o tres, entre ellos una mujer que parecía borracha. —“¿Te enteras?”, le dijeron. Tú sabes que el pobrecito es sordo como una tapia. —“Si no lo barre, que lo lama”, gritó la mujer. Aquello produjo un gran entusiasmo y se abalanzaron tres o cuatro sobre el muchacho. Lo cogieron, los unos por los pies, otros por los brazos y lo balancearon como una escoba, cabeza abajo, frotándole los morros contra las baldosas de la acera. Cada vez había más sangre. Y yo no podía apartarme. ¿Te das cuenta? No podía. Al chico debieron de clavársele cristales en la cara. Pronto se cansaron, porque los dos mucha-

chitos se habían deslizado en el interior de la tienda y salieron con dos "renards" puestos alrededor del cuello. La gente se precipitó en la tienda como un torrente. Pisotearon a Edmundo que se fué arrastrando por los suelos, hasta su casa. Yo estaba entonces metida en un portal, porque la gente crecía, crecía. Yo estaba como muerta. Quería marcharme, salir, gritar, y no podía. Me apretujaban contra la pared, aplastada. Creo que hubo un momento en el que me desmayé, pero ni caer al suelo podía, sostenida por tantos cuerpos. En eso llegaron los bomberos, porque la casa de enfrente ardía, pero les cortaron las mangas con una de las hachas que traían. Y la gente gritaba: —"Que se quemen, que se quemen". Un hombre, bien vestido, rompió el único cristal sano que quedaba en casa de Ana. Se le vió contento de su hazaña, como un chico pequeño, orgulloso de su puntería. Todos gritaban como locos. Yo no me podía mover más que a compás de la multitud. Como cuando tomamos el metro, en París, no hace más de diez años. A una mujer, que gritaba más que nadie, le dió un ataque de nervios, y se cayó y la pisotearon. Parecían poseídos del demonio. ¿Tú crees que podía ser verdad? Parecía que tuviesen hambre. Creí morirme. La guerra debe de ser una cosa así aunque vosotros contéis otra cosa para tranquilizarnos. De lo que sí te acordarás es de cómo llegué a casa. Y de cómo lloré abrazada a ti. Tú me dabas ánimos, como siempre, asegurándome que no nos podría pasar nada. Hablamos poco mientras comimos; sólo recuerdo que, al servirte el café, te dije: —"Casi me alegro de que haya muerto". Y que lloré. Entonces aun podía llorar. Tú me dabas palmaditas en el hombro, diciéndome: —"Anda, no seas bobita, no seas bobita", como si tuviésemos veinte años. Aquella misma noche vinieron por ti. Y te soltaron a la mañana siguiente. ¿Por qué te detuvieron? Nunca lo supiste. Aquella noche fué espantosa, peor todavía que éstas de ahora. Sólo pensaba como sería más fácil matarme, y menos doloroso. Si hubiese tenido cerca a alguien como sería más fácil matarme, y menos doloroso. Si hubiese tenido cerca a alguien es posible que me hubiese suicidado. Morirse solo es más difícil que con otra persona. Por eso comprendo a Emilia Kühne.

Entonces eran las fiestas por la ruptura del frente del este de los republicanos españoles. —“La muerte no tiene importancia”, decía Emilia. Pero no quería morir sola. Y me vino a buscar. No para que muriera con ella, pero para que estuviese a su lado en aquel momento. Yo no tuve valor, me negué y fué María. María es muy valiente: cuando éramos pequeñas siempre era la más decidida, se subía la primera a las rejas de aquel jardín donde todos los niños de la casa bajábamos a jugar. María era la que le contestaba al portero, cuando le pisábamos el césped. Estuvo con Emilia hasta el final. Se envenenó. María tuvo su mano en la suya hasta que se murió. Fué un pecado, pero hermoso. Yo no hubiese podido hacerlo. Claro es que Emilia había sufrido más que nadie. Más que yo, sabes que no; pero más que nadie. . .

Quisiera dormir, aunque fuese un poco. Ya no duermo casi nunca, o, si duermo no me doy cuenta. Hace demasiado frío. Mañana tengo que limpiar nuestro comedor. Cada mueble me recuerda nuestra vida, y la de Samuel. No me dejaron tiempo de llevarme nada. Roberto les dijo a los S.S. que no tenían derecho, que llamaría al comisario. Le dijeron, con sorna, que lo hiciese. Y llamó, y el comisario le dijo que efectivamente no tenían ningún derecho, pero que él no podía hacer nada. Veintisiete años, Adolfo, ¿te das cuenta, no? Veintisiete años que habíamos vivido allí. Y me echaron, como un trapo viejo. Y es cuando me obligaron a barrer las calles. Sí, no me mires las manos. Pero no quiero que me tengas lástima; ni tú ni nadie. Robaron por las calles, mientras quedó algo y luego obligaron a pagar lo robado, como si lo hubiésemos escondido. Las compañías de seguros tuvieron que reponer hasta donde pudieron. Todo para el partido, a lo que dicen. Así vivimos. Esta es nuestra Viena, Adolfo. La nuestra, ¿te das cuenta, no? Cuando vinieron a decirme que estabas muerto, yo ya lo esperaba. ¿No te enfadas, verdad? Pero fué así. Ya no tenía ninguna esperanza.

¿Si alguna vez pudiese ir a América! Pero no me dejarán salir nunca, nunca. ¿Con qué dinero? Si me lo envían se quedarán con él. ¿Te acuerdas cuando vinieron a buscarte? —“No te preocupes, me decías, todo el mundo

me conoce, ¿qué pueden tener contra mí? Todo el mundo sabe que soy una persona decente". —Todo el mundo... Parecías muy tranquilo. Había oscurecido. Adolfo, sabes, todos están muertos, muertos de miedo. Pero, en el fondo, yo creo que aun los peores nos tienen lástima y que, en el momento en que todo vuelva a ser como era, las cosas serán como antes. ¿O es que las cosas no volverán a ser nunca como fueron?... Yo fui a abrir cuando llamaron a la puerta, tú te estabas afeitando, ¿te acuerdas? Ibamos a salir aquella noche. El que mandaba te quitó la navaja de las manos y te dijo: —"Vístase y vámonos". Entonces es cuando se rió: cuando yo, tonta de mí, pregunté: —"¿A dónde?" Quise contarle lo de Samuel y tú me dijiste que me callara. El que mandaba ordenó: —"Que no toquen nada del piso". Yo le sonreí agradecida. Es cuando tú me dijiste: —"Hasta pronto". Y, luego, desde la puerta: —"Hasta en seguida". Y me quedé sola. No, no es verdad, no me quedé sola como estoy ahora; me encontré metida como en un estuche de plomo, oprimida, sin posibilidad de hacer ningún movimiento, encerrada, envuelta, dura como la piedra, como si toda yo me hubiese vuelto hueso. No lo supe hasta cuatro días después. ¿Querrás creer que se me ha olvidado quién fué el que me lo dijo primero? "Fusilado". Así, sin más. Hice cola, un día, otro día, otro. Siempre lo mismo: —"No sabemos, desconocido, deje paso que estorba, vamos, el que sigue". Fusilado. Una de aquellas tardes es cuando me echaron de casa. Vino un oficial y se quedó con ella: —"Puede quedarse a dormir en la buhardilla pero que no la veamos más por aquí". Y me hicieron un papel para que fuese al juzgado y a la Policía. Más colas. Horas y horas. En la comisaría me dijeron que volviese al día siguiente, a las seis de la mañana. Hacía tanto frío como ahora, y entonces sólo tenía una manta de algodón. En aquella buhardilla entraba la luz tan pronto como la había. Ya sabes que yo nunca pude dormir así. Cerrábamos los balcones y las cortinas; te tuviste que acostumar porque de soltero dormías con la ventana abierta. Ahora, a los sesenta años, me he tenido que acostumbrar. Ya era hora. Pero no duermo. En la comisaría nos hicieron subir a un camión, y nos llevaron a la parte trasera del

ayuntamiento, y nos dieron escobas, y nos pusieron a barrer la calle. Los niños que iban a la escuela nos miraban con curiosidad. Seis horas de trabajo. No era mucho, no, para una mujer como yo. Y así, todos los días. Entonces es cuando me dí cuenta de que vivía. Y me puse a barrer las calles alegremente, con odio. Así es como vi arder la sinagoga. Ya sé que crearás lo que te voy a contar porque no te diré más que lo que he visto, y porque lo vi con mis ojos, porque lo que cuentan. . . Tú ya sabes donde está la sinagoga, ¿no? Cuando llegué ya se le veía el esqueleto a la cúpula. Salían nubarrones por todas partes. Todo el mundo tenía vuelta la cara hacia arriba, esperando que se derrumbara la techumbre. Sonreían con un aire infantil, parecían felices con aquel gran juguete, por poco se cogen de las manos y empiezan a bailar una ronda. Se había hecho el silencio y se oía el crepitar del fuego y se veía subir las llamas hacia el cielo, claras y oscuras. En su revuelo las chispas parecían un castillo de fuegos artificiales, eso era lo que le gustaba al público. En medio de aquella tranquilidad se oyó de pronto una voz aguda que gritó: —¡Heil! ¡Heil! ¡Heil! Muchos comprendieron que era en burla. No sé como sucedió, pero, de pronto, a mi derecha, en la acera de la confitería, se arremolinó la gente: —“Perro, indecente, acaben con él, y cien insultos más. Se alargaron las manos, se levantaron los puños, aparecieron bastones y porras por encima de las cabezas. Apoyado en la pared, un joven bien parecido estaba blanco de miedo, los ojos negros le resaltaban todavía más. Lo tenía cogido por las solapas un miembro del Frente de Trabajo. Un hombre enorme, mayor que Félix, y ya sabes que Félix medía un metro ochenta y cinco y calzaba el 46, y que nunca encontraba ropa hecha. Le dió al jovencito unas bofetadas terribles. Este empezó a sangrar inmediatamente por la nariz. La gente parecía haberse vuelto loca: —Dale. Dale. Es un perro. ¡Mira como lo que primero le sangra es la nariz!, ¡cómo iba a ser si no!” El que le pegaba, jadeaba: un, dos, un, dos, y la multitud contaba lo mismo y yo no podía apartar mi vista. Mientras, detrás, se quemaba la sinagoga, pero ya nadie hacía caso. Interesaba más la sangre. Ahora se le iba, al muchacho, la cabeza de un lado

para otro, como una pelota. El gigante se la cogió por los pelos y la mantuvo fija contra la pared; entonces, con toda su fuerza, le asestó su puño enorme en medio de la cara, un puñetazo feroz. La gente aullaba. No todos porque algunos se habían marchado. Pero yo no podía moverme porque me habían dicho que en Dachau les pegaban a los presos y yo acababa de saber que tú habías muerto en Dachau. Muchos de los que quedaban estaban vestidos de uniforme, con toda clase de uniformes, y algunas mujeres. El joven se derrumbó y el gigante le aplastó la cara con sus botas y se volvió muy satisfecho, limpiándose las manos. Entonces un viejo muy atildado, que se parecía un poco al padre de Marta, con un bigote blanco, y botines, alzó un bastón y hundió su cabo en el ojo derecho del infeliz. Primero se quedaron todos quietos, y, hasta me parece que se echaron un poco para atrás; pero es posible que eso fuese sólo un movimiento mío; no sé, lo cierto es que luego se echaron todos encima del caído y lo fueron arrastrando por la calle. La cabeza rebotaba contra los adoquines y el ojo seguía veinte centímetros más lejos, unido a la cabeza por un cordón sanguinolento. Eso lo vi yo, Adolfo, yo, doña Remilgos. ¿Te das cuenta? Yo. Y aun vivo, y aun hay quien no quiere enterarse. Como Grossmann, que dice que mientras no se metan con él, votará lo que sea. Y que si quieren que no se bañe, no se bañará. Y ahora dime: ¿Tú crees que Samuel pudo ser de esos? A él lo bautizaron en la iglesia, como a nosotros y nadie le recordaba su sangre. ¡Y pensar que si no lo era ha muerto encarcelado por los que luchan contra esta canalla! ¿Por qué volvería a España? ¿Te acuerdas que en las primeras cartas nos decía que aquello no le gustaba, que todos eran unos holgazanes, que el aceite era terrible, que todo lo resolvían con dos palabras: "En seguida y mañana"? Pero cuando vino aquí, a pasar sus vacaciones, y nosotros le propusimos que se quedara, ya que sabía bastante español para ayudarte en el negocio, dijo que no, que volvería una temporada más, a pesar del aceite, de las moscas y de los "mañana". Era el año 35. ¡Si lo llegamos a saber! Si llegamos a saber ¿qué? ¿La guerra de allá? Entonces hubiese estado aquí. ¿Qué hubiera sido mejor? Qui-

zá lo hubiesen arrastrado por la calle. O sería, ¡quién sabe! como Grossmann. ¿Te das cuenta, Adolfo? Yo no lo había pensado nunca. . . Debe ser ya muy tarde. Ya no tengo ni reloj. Tengo que estar atenta a los ruidos de fuera. ¿Te acuerdas del despertador que me compraste en Venecia, en nuestro viaje de boda? Sí, el de esmalte rojo. Todavía marchaba muy bien. A mí me hubiese gustado más ir a París, ahora te lo puedo decir. Así hubiese visto a mis hermanos. Pero insististe en lo de Italia y yo hice lo que querías, de muy buen grado. ¿Recuerdas que Marta quería dar su opinión sobre lo que debíamos hacer? ¡Cómo la puse en su sitio! Todos me reñisteis luego. Pero me daba igual. ¡Poco satisfecha que estaba yo de mí misma! ¿Te acuerdas de Florencia? Tú entiendes mucho de pintura, yo nada. Y ¡cómo te enfadaste conmigo al salir de aquella famosa capilla! Me preguntaste qué me habían parecido aquellos frescos y yo te hablé de la luz eléctrica que acababan de instalar para que se vieran mejor las pinturas. Siempre te dije que yo no servía para nada. Y lo creía a pies juntillas. Pero ahora creo que el Señor quiere probarme, que, por lo menos, sirvo para sufrir y aguantar, y, que puedo, aun con mi cuerpo débil y menudo, odiar como un gigante. En Florencia es donde descubrí las tres pecas grises de tu antebrazo derecho, pegadas a tu pecho. . . Dicen que te fusilaron porque intentaste escaparte, que te mataron contra la alambrada. Ninguno de los que te conocían puede suponer que intentaras hacerlo. Nunca tuviste iniciativas audaces. La única fué la de pedir mi mano, a mi madre, que era una señora de una vez. Y las pasaste de todos colores. ¿Cómo se te iba a ocurrir escaparte? No conocías más mundo que el camino de la fábrica a casa. ¿Ibas a volver aquí? Te hubiesen cogido en seguida, te hubiesen pegado hasta la sangre. Ya sé que no hiciste nada, que te mataron porque sí. Por nada. ¿Me oyes?, por nada. A menos que, de pronto, te hubieses puesto a chillar la verdad. Pensando en mí, no lo habrías hecho, por no dejarme sola. Además, hubiese sido un suicidio. Y tú eras un buen cristiano, mejor que yo. Y no eras quien para dejarte vencer por un impulso, o por la rabia. Sólo una vez te vi pasar del rojo al blanco y derribar la mesa, y romper

la vajilla que estaba en ella. . . Y fué por una menudencia. . . Dijiste que yo tenía la culpa. . ., no te lo voy a discutir ahora, pero creo que no tenías razón. . ., la cacerola estaba demasiado caliente, y te quemaste los dedos y de ahí nació tu enfurecimiento. . .

*Durante las últimas frases la luz ha bajado ostensiblemente. Emma se ha quedado dormida. Suena una sirena. La actriz se despierta y endereza enérgicamente para decir su última frase.*

Pero un día vendrá la libertad. . .

TELON

## MUSICA POPULAR DEL BRASIL

LA colección "Tierra Firme", que nos ofrece en cada uno de sus números un nuevo elemento de la realidad hispanoamericana, se ha enriquecido ahora con un excelente estudio sobre la música popular brasileña,<sup>1</sup> libro indispensable que aparece precisamente cuando musicólogos y folkloristas se esfuerzan en llegar, por medio de análisis comparativos, a una gran obra de síntesis sobre la música popular de Hispanoamérica.

En el mismo Brasil —nos atrevemos a asegurarlo— no había hasta hoy una obra como ésta. En efecto, los estudios existentes, con muy pocas excepciones, soslayaban el análisis sistemático de la música popular; poco se preocupaban sus autores del dato preciso, de la rigurosa determinación de las fuentes, y casi todos se limitaban a la tarea, relativamente fácil, de la mera descripción. Desde hace unos veinte años —y gracias, de manera principalísima, al gran musicólogo y folklorista Mario de Andrade († 1945), que ejerció decisiva influencia en este campo— ha comenzado a aparecer sobre el tema del folklore musical brasileño una brillante serie de monografías científicas, verdaderos modelos de investigación. Oneyda Alvarenga, discípula predilecta de Mario de Andrade y autora del libro que comentamos, cita en su nutrida bibliografía muchos de estos ensayos, y en el *Boletín latinoamericano de música* dedicado al Brasil (t. VI, 1a. parte, abril de 1946) aparecen diversos estudios de los más destacados musicólogos brasileños contemporáneos: el propio Mario de Andrade, Oneyda Alvarenga, Ascenso Ferreira, Valdemar de Oliveira, Irene da Silva, Mello Carvalho y varios otros. (A estos nombres hay que añadir los de Renato Almeida y Luiz Heitor Corrêa de Azevedo, que son tal vez las figuras más conocidas en el campo de la música brasileña).

La autora confiesa con sinceridad que aun hay muchas lagunas en la investigación; pero después de leer estudios como los citados es preciso reconocer que en pocos países de la América hispánica se ha realizado labor tan seria y concienzuda como en el Brasil. Existen ya, en

---

1 ONEYDA ALVARENGA, *Música popular brasileña*, trad. de José Lión Depetre; colección "Tierra Firme" No. 33; Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1947.

ese país, magníficos elementos, materiales de primera mano para construir sobre tan vasto tema una obra definitiva. Y si no podemos decir esto del libro de Oneyda Alvarenga es porque la colección "Tierra Firme" no se ha destinado al especialista, sino al lector interesado, en general, en las cosas de nuestra América. A pesar de estas naturales limitaciones, la *Música popular brasileña* es un anticipo coherente y clarísimo de lo que ha de ser esa gran visión de conjunto.

EL plan del libro es muy sencillo, y se desarrolla con lógica y naturalidad. A un primer capítulo sobre los "orígenes" siguen otros seis en que la autora estudia las diferentes formas musicales, desde las más complejas —"danzas dramáticas" o con argumento y "danzas puras"— hasta las más simples —"juegos" y "cantos puros"—, pasando por la "música religiosa" y los "cantos de trabajo", y concluye con un estudio de las principales manifestaciones de "música popular urbana". Todos los capítulos están orientados por el primero, que es un ensayo cardinal sobre orígenes e influencias. Este trabajo de determinación es bastante arduo: no pocas características que algunos autores atribuyen a la música africana se deben, según otros, a la indígena de América. A éste se suman otros muchos escollos: la compenetración de los diversos elementos originales a lo largo del tiempo, la tremenda movilidad que es inherente al material folklórico-musical, las múltiples diferencias regionales y aun locales que se observan en los géneros de música, etc. Por otra parte, el investigador se encuentra con que el registro de melodías comenzó apenas en el siglo XIX, y que de algunas danzas dramáticas no queda ejemplo musical alguno (en general, estas danzas, dice la autora, se hallan "en franca decadencia"). . .

COMO es natural, la música brasileña se deriva sobre todo de la portuguesa o, mejor dicho, de la europea, que le ha dado esa estructura que tienen todas nuestras músicas tradicionales. Fuera de algunas danzas dramáticas en que se celebran las aventuras marítimas de Portugal y de varios juegos infantiles, los géneros y formas musicales no reflejan propiamente un influjo lusitano, sino ibérico —y aun europeo: piénsese en la influencia universal del *vals*, la *polka*, la *cuadrilla*, etc.—; es el mismo influjo ibérico que se nota, por ejemplo, en el *romance-corrído* y en los géneros bailables de toda la música hispanoamericana. La presencia de géneros españoles, como la *jota*, el *fandango*, el *bolero* y la

*tirana*, produjo entre nosotros las formas criollas que señala Carlos Vega (*Panorama de la música popular argentina*): "las danzas cubanas, el *merengue* dominicano, el *son* mexicano, el *lundú*, algunas *modinhas* y *sambas* brasileños. . . , y más tarde el *maxixe*, la *milonga*, el *tango* argentino. . . y. . . la *rumba*"; estas formas, a su vez, han influido unas sobre otras; el *lundú* brasileño se extendió por gran parte de América, y el *maxixe* alcanzó —como el *tango* y la *habanera*— esa universalidad que, según dice el mismo folklorista, "sólo se obtiene mediante la conquista previa de Europa".

A esta estructura básica proporcionada por la música portuguesa y europea se han incorporado los elementos africanos y amerindios, tan claramente perceptibles —en especial los primeros— en la música popular del Brasil, y de los cuales sabe deducir la autora, con gran tino, las "constantes nacionales" creadas a lo largo de los años.

Sin embargo, los tres elementos se han conjugado y entremezclado de tal modo que son raros los ejemplos de música ibérica pura (como los *romances*) o de danzas y cantos africanos e indígenas sin influjos portugueses.

Del indio y del negro proceden los innumerables instrumentos de percusión: la autora, en nota final "sobre los instrumentos de música en el Brasil", documenta no menos de treinta distintos. Los *chocalhos* (sonajas) indígenas que vieron en el siglo XVI los evangelizadores portugueses y el viajero francés Jean de Léry se mezclan en la música actual con los variadísimos tipos de tambor de origen africano; y otro tanto ocurre en muchos otros aspectos; no se sabe con certeza a cual de las dos influencias atribuir la disposición "estrofa-estribillo" del canto, el uso de las escalas pentafónicas y hexacordes, la nasalización *caipira* de la voz y ciertos esquemas coreográficos.

Lo cierto es que en las manifestaciones musicales aparecen textos, procesos de danza y simbolismos que son universales, como el símbolo de "muerte y resurrección" que se observa en la danza dramática más conocida, el *bumba-meu-boi*, así como en *cabocolimbo*, que son de influencia portuguesa y guaraní, respectivamente. Lo cierto, además, es que en todas las danzas dramáticas se percibe la función social y religiosa de la música, y que el pueblo ha sabido fundir, a veces en un solo texto musical o en una sola ceremonia, elementos de superstición portugueses, africanos y amerindios: así, los *iteques* (ídolos), los *orixás* negros de los ritos fetichistas, tan semejantes, por ejemplo, al *Babalú* cubano, la mezcla con creencias católicas, la intervención del *pagé*,

hechicero tupí-guaraní, a todo lo cual se suman extraños lazos con el espiritismo.

La influencia de la música negra, que —a lo que se cree— produjo en la lusoespañola danzas "obscenas" como la *chacóna* y otras, a las cuales aluden los escritores del siglo de oro español, fué decisiva en países americanos como el Brasil y las Antillas; las asimilaciones africanas son numerosísimas en la música brasileña. Sin embargo, en danzas negras, como las *congadas* o *reis do Congo*, que suelen conmemorar la costumbre africana de las "embajadas" o las tentativas de libertad (como la de Palmares) de los esclavos en el Brasil, intervienen personajes de la historia portuguesa y aun algunas figuras del ciclo carolingio... Además, según dice la autora, esas *congadas* están "completamente apartadas" de las características musicales africanas.

La música amerindia, por su parte, ostenta numerosos influjos europeos; así el *cururú*, danza religiosa en que se perciben claras huellas de la catequización jesuítica.

CON todos estos elementos el espíritu brasileño ha creado una admirable música nacional. Y es notable que la creación más perfectamente lograda, las "danzas dramáticas", no tienen equivalente en la Península ibérica ni entre los indios y negros.

Son hermosísimos, y típicamente brasileños, los cantos del *bumba-meu-boi*, como el que empieza *Si meu boi morrer* (ej. No. 9 en el libro) y algunos de las *cheganças*, y, entre las danzas puras, ese precioso *Da Babia me mandaram* (No. 58) que se canta en un *côco*.

Hay que señalar la presencia de las "constantes nacionales", como la coreografía y la sincopación negras (dos magníficos ejemplos son los núms. 73 y 101), y la de danzas sin elemento amoroso o sexual, que son mero ritmo, danza por la danza; merece destacarse, además, la belleza de la música de hechicería y la de los *acalantos* o canciones de cuna, como el exquisito *Tutú marambá* (No. 95), y el *aboio*, canto improvisado de vaqueros (No. 89).

La síntesis más feliz de las características nacionales, la expresión más acabada del *dengue* típico brasileño está quizá no tanto en la loca rapidez silábica de la *embolada* (núms. 117 y 118) ni en la dislocante "coreografía" del *frêvo* de Recife, sino en el *samba* bahiano o carioca, como el que se transcribe en el ejemplo No. 121, con su admirable juego de percusiones y su melodía sincopada y libérrima; es interesante comparar este *samba* con algunas de las obras de los compositores bra-

sileños de nuestros días, por ejemplo con el *Bombo* de Luiz Cosme que aparece en el suplemento del citado *Boletín latinoamericano de música*.

**P**ARA terminar, es preciso poner de relieve el tacto de la autora en su selección del material, pues rechaza atinadamente todo cuanto no ofrece un interés de primera importancia, todo lo que carece del carácter, del *jeitinho* nacional; y también hay que elogiar la honestidad de sus hipótesis y la diaphanidad y sencillez de su exposición.

Y si a lo dicho se añade que el libro está bellamente editado, que son muy claros los ejemplos musicales, que los textos se dan en su lengua original con traducción en pie de página, y que adornan la obra numerosos grabados —fotografías de instrumentos y de instrumentistas, escenas de danzas—, cabe decir que por vez primera tenemos en español un libro magnífico sobre el tema, cada vez más interesante, de la música popular brasileña.

*Antonio ALATORRE.*



# Cuadernos Americanos

alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganarás la luz. . .*, por LEÓN-FELIPE.
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3 y 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, 2 Vols.
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET.
- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK (7 pesos).
- 7.—*El hombre del buho*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
- 8.—*Ensayos Interamericanos*, por EDUARDO VILLASEÑOR.
- 9.—*Martí escritor*, por ANDRÉS IDUARTE. (7 pesos).
- 10.—*Jardín Cerrado*, por EMILIO PRADOS. (7 pesos).
- 11.—*Juventud de América*, por GREGORIO BERMAN. (7 pesos).
- 12.—*Corona de Sombra y Dos conversaciones con Bernard Shaw*, por RODOLFO USIGLI. (8 pesos).

Precio por cada volumen (excepto los Nos. 6, 9, 10, 11 y 12).

MEXICO. . . . .	5.00 pesos
OTROS PAISES . . . . .	1.20 dólares

## OTRAS PUBLICACIONES

- La revolución mexicana en crisis*, por JESÚS SILVA HERZOG. 1.00 peso.
- El Surrealismo entre Viejo y nuevo Mundo*, por JUAN LARREA. 3.00 pesos.
- Sugestiones para la Tercera República Española*, por MANUEL MÁRQUEZ. 1.00 peso.
- Un Ensayo sobre la Revolución Mexicana*, por JESÚS SILVA HERZOG. 2 pesos.

## REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1948:  
(6 números)

MEXICO . . . . .	25.00 pesos
OTROS PAISES DE AMERICA . . . . .	6.00 dólares
EUROPA. . . . .	7.50 "

Precio del ejemplar:

México . . . . .	5.00 pesos
Otros países . . . . .	1.10 dóls.

## S U M A R I O

### N U E S T R O T I E M P O

- Francisco Ayala* Ojeada sobre este mundo.  
*Risieri Frondizi* Las universidades argentinas bajo el régimen de Perón.  
*Margarita Nelken* París 1948.

### AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Guillermo Díaz Doin* El feudalismo del siglo xx y el gobierno mundial.  
*Jan Bazant* Un estudio comparativo de la revolución mexicana.  
*Raimundo Lida* Vossler y la historia de la lengua.  
*Nota*, por Paul Weiss.

### P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Erwin Walter Palm* España ante la realidad americana.  
*José Luis Martínez* La revista literaria "El Renacimiento".  
*Silvio Zavala* La historiografía americana sobre la guerra de 47.  
*Nota*, por José Miranda.

### D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Gabriela Mistral* Ocotillo.  
*Sara de Ibáñez* Pastoral.  
*Guillermo de Torre* El existencialismo en la literatura. (Concluye).  
*Juan Larrea* Toma del "Guernica" y Liberación del arte de la pintura.  
*Max Aub* De algún tiempo a esta parte.  
*Nota*, por Antonio Alatorre.